


# Kazuo Ishiguro

Los restos del día



CONSTRUCTO  ANAGRAMA

## Annotation

Novela en la que se basó la famosísima película interpretada por Anthony Hopkins y Emma Thompson.

Inglaterra, julio de 1956.

Stevens, el narrador, durante treinta años ha sido mayordomo de Darlington Hall. Lord Darlington murió hace tres años, y la propiedad pertenece ahora a un norteamericano. El mayordomo, por primera vez en su vida, hará un viaje. Su nuevo patrón regresará por unas semanas a su país, y le ha ofrecido al mayordomo su coche que fuera de Lord Darlington para que disfrute de unas vacaciones.

Y Stevens, en el antiguo, lento y señorial auto de sus patrones, cruzará durante días Inglaterra rumbo a Weymouth, donde vive la señora Benn, antigua ama de llaves de Darlington Hall.

Y jornada a jornada, Ishiguro desplegará ante el lector una novela perfecta de luces y claroscuros, de máscaras que apenas se deslizan para desvelar una realidad mucho más amarga que los amables paisajes que el mayordomo deja atrás.

Porque Stevens averigua que Lord Darlington fue un miembro de la clase dirigente inglesa que se dejó seducir por el fascismo y conspiró activamente para conseguir una alianza entre Inglaterra y Alemania.

Y descubre, y también el lector, que hay algo peor incluso que haber servido a un hombre indigno.

- 
- [Kazuo Ishiguro](#)
    - 
    - [PROLOGO: Julio de 1956](#)
    - [PRIMER DIA POR LA NOCHE](#)
    - [SEGUNDO DIA POR LA MAÑANA](#)
    - [SEGUNDO DIA POR LA TARDE](#)
    - [TERCER DIA POR LA MAÑANA](#)
    - [TERCER DIA POR LA TARDE](#)
    - [CUARTO DIA POR LA TARDE](#)
    - [SEXTO DIA POR LA TARDE](#)

---

---

**Kazuo Ishiguro**

**Lo que queda del día**

*A la memoria de mistress Lenore Marshall*

## PROLOGO: Julio de 1956

### *Darlington Hall*

Cada vez parece más probable que haga una excursión que desde hace unos días me ronda por la cabeza. La haré yo solo, en el cómodo Ford de mister Farraday. Según la he planeado, me permitirá llegar hasta el oeste del país a través de los más bellos paisajes de Inglaterra y seguramente me mantendrá alejado de Darlington Hall durante al menos cinco o seis días. Debo decir que la idea se me ocurrió a raíz de una sugerencia de lo más amable de mister Farraday, hace casi dos semanas, una tarde en que estaba en la biblioteca quitando el polvo de los retratos. Según recuerdo, me encontraba en lo alto de la escalera limpiando el retrato del vizconde de Wetherby cuando mi patrón entró en la biblioteca llevando unos libros, al parecer con la intención de devolverlos a sus estantes. Al verme, aprovechó la ocasión para decirme que acababa de ultimar sus planes para hacer un viaje a los Estados Unidos de cinco semanas entre los meses de agosto y septiembre. Seguidamente, dejó los libros en su mesa, se sentó en la *chaise—longue* y, estirando las piernas, me dijo mirándome a los ojos:

—Como comprenderá, Stevens, no voy a exigirle que se quede usted encerrado en esta casa todo el tiempo que yo esté fuera. He pensado que podría coger el coche y pasar unos días fuera. Creo que un descanso no le iría nada mal.

Al hacerme esta sugerencia tan repentinamente, no supe qué responder. Recuerdo que le agradecí su amabilidad, pero es bastante probable que sólo dijera vaguedades, ya que mi patrón prosiguió:

—Le hablo en serio, Stevens. Creo sinceramente que debería tomarse un descanso. Yo pagaré la gasolina. Ustedes los mayordomos siempre están encerrados en mansiones como ésta al servicio de los demás. ¿Cómo se las arreglan para conocer las bellezas que encierra su país?

No era la primera vez que mi patrón me formulaba esta pregunta. Se trata de una cuestión que, sin duda, le preocupa profundamente. En esta ocasión, allá en lo alto de la escalera, la respuesta que se me ocurrió fue que todos los que nos dedicamos a esta profesión, aunque no viésemos el país, entendiendo por ver el conocer el paisaje y visitar rincones pintorescos, en

realidad «veíamos» Inglaterra más que la gran mayoría, empleados como estábamos en casas donde se reunían las damas y los caballeros más importantes del país. Evidentemente, para expresar estos pensamientos habría tenido que dirigir a mister Farraday un discurso más bien pedante, y por este motivo me contenté con decirle:

—Señor, considero que durante todos estos años, sin salir de esta casa, he tenido el privilegio de ver lo mejor de Inglaterra.

Creo que mister Farraday no entendió mis palabras, dado que sólo añadió:

—Hablo en serio, Stevens. Una persona debe conocer su país. Siga mi consejo y salga de esta casa durante unos días.

Como podrán imaginarse, no tomé la propuesta en serio. Consideré que sólo se trataba de un ejemplo más del gran desconocimiento que los caballeros norteamericanos tienen de lo que es correcto o incorrecto en Inglaterra. El hecho de que mi reacción ante esta misma propuesta experimentase un cambio días después, es decir, que la idea de emprender una viaje al oeste del país fuese ganando terreno, se debe en gran medida, y no voy a ocultarlo, a la carta de miss Kenton, la primera carta, sin contar las felicitaciones de Navidad, que llegaba desde hacía casi siete años. Pero déjenme que les explique inmediatamente qué significa todo esto. La carta de miss Kenton provocó una concatenación de ideas relacionadas con asuntos profesionales de Darlington Hall, y fue, insisto, la preocupación que yo sentía por estos asuntos lo que me condujo a considerar de nuevo la amable sugerencia de mi patrón. Pero permítanme que me explique.

Durante estos últimos meses, he sido responsable de una serie de pequeños fallos en el ejercicio de mis deberes. Debo reconocer que todos ellos son bastante triviales. No obstante comprenderán ustedes que para alguien acostumbrado a no cometer este tipo de errores la situación resultaba preocupante, por lo que empecé a elaborar toda clase de teorías alarmistas que explicaran su causa. Como suele ocurrir en estos casos, lo más obvio me escapaba a la vista, y fueron mis elucubraciones sobre las repercusiones que podría tener la carta de miss Kenton las que me abrieron los ojos y me hicieron ver la verdad: que todos los pequeños errores que había cometido durante los últimos meses tenían como origen nada más y nada menos que una desacertada planificación de la servidumbre.

La responsabilidad de todo mayordomo es organizar al personal del que dispone con el mayor cuidado posible.

¡Quién sabe cuántas disputas, falsas acusaciones, despidos innecesarios y carreras prometedoras bruscamente interrumpidas han tenido como causa la despreocupación de un mayordomo a la hora de programar las actividades del personal a su cargo! La verdad es que comparto la opinión de los que piensan que el saber organizar un buen servicio es la aptitud primordial de cualquier mayordomo que se precie.

Es una tarea que yo mismo he hecho durante muchos años y no creo pecar de vanidoso si les digo que en muy pocas ocasiones me he visto obligado a rectificar mi trabajo. Pero si esta vez mi planificación ha resultado desacertada, sólo puede haber un culpable, y soy yo. No obstante, considero justo señalar que, en este caso, se trataba de una tarea especialmente difícil.

Lo que ocurrió fue lo siguiente. Una vez finalizada la transacción, transacción mediante la cual la familia Darlington perdió esta casa que les había pertenecido durante dos siglos, mister Farraday hizo saber que no se instalaría inmediatamente, sino que seguiría durante otros cuatro meses en los Estados Unidos para dejar zanjados una serie de asuntos. No obstante, fue su deseo que la servidumbre de su predecesor, de la cual tenía muy buenas referencias, continuase en Darlington Hall. Esta «servidumbre» a la que aludía mister Farraday constituía en realidad un grupo de seis criados que habían conservado los familiares de lord Darlington para que cuidasen la casa hasta que se realizase la transacción y durante el transcurso de ésta. Lamento tener que añadir que, una vez efectuada la compra, me fue imposible impedir que todos los criados, excepto mistress Clements, dejaran la casa para buscar otro empleo. Cuando escribí a mi nuevo patrón comunicándole que lamentaba la situación, desde los Estados Unidos me respondió que contratara a una nueva servidumbre «digna de una antigua y distinguida mansión inglesa». Empecé inmediatamente a hacer gestiones para satisfacer los deseos de mister Farraday, pero ya saben ustedes que hoy día no es fácil encontrar servidumbre con un nivel adecuado, y aunque me sentí muy satisfecho de contratar a Rosemary y a Agnes, siguiendo las recomendaciones de mistress Clements, cuando me citó mister Farraday para hablar de estos temas durante su primera estancia en nuestro país, el año pasado por primavera, mis esfuerzos para contratar a personal nuevo habían sido inútiles. En esa misma ocasión, mister Farraday me dio la mano por primera vez. Nos encontrábamos en el estudio de Darlington Hall, una habitación muy austera, y por aquel entonces ya no podía decirse que fuéramos extraños el uno para el otro, pues, aparte el problema de la servidumbre, mi nuevo patrón había

tenido oportunidad en otras ocasiones de advertir en mí cualidades que quizá no sea yo la persona más indicada para exponer, y que le hicieron considerarme digno de confianza. Fue éste el motivo, creo, por el que no tardó en hablar abiertamente conmigo, como si se tratase de una negociación, y al terminar nuestra entrevista me había encomendado la administración de una notable suma de dinero para costear los gastos que supondrían los preparativos de su nueva residencia. En cualquier caso, fue durante esta entrevista, al plantearle lo difícil que era actualmente contratar al personal adecuado, cuando mister Farraday, tras reflexionar unos instantes, me pidió que hiciese lo posible por planificar las tareas, por elaborar una «especie de servicio rotatorio», fueron sus palabras, de modo que los cuatro criados, o sea, mistress Clements, las dos chicas y yo, llevásemos el gobierno de la casa.

Esto podía implicar queuviésemos que «amortajar» algunas partes de la mansión, aunque de mí dependía, por mi experiencia y mis conocimientos, que las zonas muertas fuesen mínimas. Al pensar que años atrás había tenido a mi cargo a diecisiete criados, y que no hacía tanto tiempo habían trabajado en Darlington Hall veintiocho criados, mientras que ahora se me pedía que gobernase la misma casa con una servidumbre de cuatro, sentí, y no exagero, pánico. Aunque hice lo posible por evitarlo, mister Farraday vio en mi rostro cierto escepticismo, ya que, para tranquilizarme de algún modo, añadió que, en caso de ser necesario, podía contratar a un criado más. No obstante, repitió, si podía «arreglarme con cuatro» me estaría enormemente agradecido.

Evidentemente, como les ocurre a muchos de mi profesión, yo prefiero las cosas a la antigua usanza. No obstante, tampoco tiene sentido aferrarse sin más a las viejas costumbres, como hacen algunos. Actualmente, con la electricidad y los sistemas modernos de calefacción, no hace falta tener un servicio tan numeroso como el que se consideraba necesario hace sólo una generación. De hecho, yo mismo me he planteado últimamente que mantener un número excesivo de criados por el simple hecho de guardar las viejas costumbres ha repercutido negativamente en la calidad del trabajo. Disponen de demasiado tiempo libre, lo que resulta nocivo. Por otra parte, mister Farraday dejó bien claro que no pensaba celebrar con frecuencia la clase de acontecimientos sociales que solían darse en Darlington Hall. Así que emprendí concienzudamente la tarea que mi patrón me había encomendado. Pasé muchas horas planificando la organización de los criados, y aunque me dedicase a otras labores o estuviera descansando, era un tema que tenía siempre presente. Cualquier solución que encontraba la estudiaba desde todos



los ángulos y analizaba todas sus posibilidades. Finalmente, di con un plan que, aunque quizá no se ajustaba exactamente a los requisitos de mister Farraday, era el mejor, estaba seguro, dentro de los posibles desde un punto de vista humano. Casi todas las partes nobles de la casa seguirían funcionando en las habitaciones de los criados, incluido el pasillo, las dos despensas y el viejo lavadero, así como el pasillo de los invitados situado en la segunda planta, se cubrirían los muebles con fundas; quedarían abiertas, en cambio, todas las habitaciones principales de la primera planta y un buen número de habitaciones para invitados. Pero, naturalmente, los cuatro contaríamos con el inevitable apoyo de algunos empleados temporales. Mi planificación, por tanto, incluía las prestaciones de un jardinero, una vez a la semana de octubre a junio y dos en verano, y dos asistentes, que limpiarían cada una dos veces por semana. Para la servidumbre fija, esta planificación suponía un cambio radical de nuestra rutina de trabajo. Según había previsto, a las dos chicas no les costaría mucho adaptarse a los cambios, pero por lo que se refería a mistress Clements procuré que sus funciones sufrieran el menor número de alteraciones posible, hasta el punto de tener que asumir yo una serie de labores que, a juicio de cualquiera, sólo un mayordomo muy condescendiente aceptaría.

Aun así, no me atrevería a decir que se trataba de una mala planificación. Después de todo, permitía que un servicio de cuatro personas abarcara un gran abanico de actividades. Sin duda, convendrán conmigo en que las servidumbres mejor organizadas son aquellas que permiten cubrir sin dificultades las bajas causadas por enfermedad o por cualquier otro motivo. Aunque esta vez, todo sea dicho, se me asignó una tarea en cierto modo extraordinaria, tuve mucho cuidado en prever estas bajas siempre que me había sido posible. Sabía que si mistress Clements o las dos chicas se resistían a aceptar deberes que sobrepasaban los que tradicionalmente les correspondían, el motivo sería que sus obligaciones se habían visto incrementadas. Durante los días en que estuve luchando por organizar la labor de los criados, tuve que meditar, por tanto, el modo de conseguir que, una vez mistress Clements y las chicas hubiesen vencido su aversión al «eclecticismo» de sus nuevas funciones, juzgasen que el reparto de las tareas no les suponía ninguna nueva carga, y además lo considerasen estimulante.

Temo, sin embargo, que el ansia de ganarme el apoyo de mistress Clements y las dos chicas me impidió calcular con suficiente rigor mis limitaciones, y aunque mi experiencia y mi prudencia habitual me sirvieran

para no asignarme un número de obligaciones que excedieran mis posibilidades, por lo que a mí se refiere, no presté la suficiente atención a la cuestión de las posibles bajas. No es sorprendente, por lo tanto, que durante varios meses este descuido me valiese una serie de ocupaciones sin importancia pero extenuantes. Finalmente, comprendí que el asunto no tenía mayor misterio: me había asignado demasiados quehaceres.

Quizá les sorprenda que una deficiencia que resultaba tan evidente se me escapara durante tanto tiempo, aunque convendrán conmigo en que esto suele ocurrir con problemas a los que no hemos cesado de darles vueltas. La verdad siempre nos llega casualmente, a través de algún acontecimiento externo. Y así fue exactamente. La carta que recibí de miss Kenton, en la que en medio de largos pasajes confidenciales era patente la nostalgia por Darlington Hall, contenía claras alusiones (y de esto no me cabe la menor duda) a su deseo de volver aquí. Así pues, me vi obligado a reconsiderar la organización del servicio. Sólo entonces caí en la cuenta de que, en realidad, había lugar en él para una persona más, persona que podía desempeñar un papel importante, y de que había sido esta deficiencia la causa central de todos mis problemas. Y cuanto más lo pensaba, más evidente me resultaba que miss Kenton, dados el gran cariño que sentía por la casa y su pericia ejemplar, cualidades que ya no se encuentran fácilmente hoy día, era el componente que me permitiría darle a Darlington Hall un servicio totalmente satisfactorio.

Al analizar de este modo la situación, no tardé en volver a reconsiderar la amable propuesta que mister Farraday me había hecho unos días antes. Se me ocurrió que la excursión en coche podía ser, profesionalmente, de mucha utilidad. Es decir, podría ir hasta el oeste del país y, de paso, visitar a miss Kenton para averiguar así, de sus propios labios, si de verdad deseaba volver a trabajar en Darlington Hall. Dejaré bien claro que he releído varias veces la carta de miss Kenton, y puedo asegurar que sus insinuaciones no son fruto de mi imaginación.

A pesar de todo, no me decidía a volver a plantear el asunto a mister Farraday y, de todas formas, había algunos puntos que yo mismo debía ver claros antes de dar cualquier paso. Uno era, por ejemplo, el tema del dinero. Aun contando con la generosa oferta de mi patrón de «pagar la gasolina», el viaje podía suponer un gasto considerable si contaba el alojamiento, las comidas y algún que otro refrigerio que tomase en el trayecto. Estaba también la cuestión del vestuario, por ejemplo, saber qué trajes eran los apropiados para este tipo de viaje y si valía la pena invertir en nuevas prendas.

Actualmente poseo un buen número de trajes estupendos que el propio lord Darlington y algunos de los huéspedes que se han alojado en esta casa han tenido la amabilidad de regalarme, satisfechos, con razón, del servicio que se les ha dispensado. Hay trajes que quizá sean demasiado formales para un viaje así o hayan quedado anticuados. Pero también tengo un traje de calle que recibí en 1931 o 1932 de sir Edward Blair, un traje que apenas utilizó y que es casi de mi talla, que me vendría muy bien para las noches que pase en la sala de estar o en el comedor de las casas de huéspedes en que me aloje. Lo que no poseo, en cambio, es ropa de viaje apropiada.

Es decir, ropa con la que estar presentable en el coche, a menos que me vista con el traje que heredé de lord Chalmers hijo, durante la guerra, un traje que, a pesar de irme bastante pequeño, de color resulta perfecto. Finalmente, calculé que podía sufragar todos los gastos con mis ahorros y que, además, apurándolos, podría comprarme un traje nuevo. Espero que no estén pensando que soy excesivamente engreído, lo que ocurre simplemente es que, al no poder predecir en qué momento habré de revelar que vengo de Darlington Hall, es importante que cuando surjan estas ocasiones mi atuendo sea el propio de mi posición.

Fueron días en los que también pasé mucho tiempo estudiando los mapas de carreteras y los volúmenes de *Las maravillas de Inglaterra*, de Jane Symons. Es un libro que consta de siete volúmenes, cada uno sobre una región de las Islas Británicas, que sinceramente les recomiendo. Es una obra de los años treinta, pero hay muchos datos que siguen siendo válidos. Después de todo, las bombas de los alemanes no modificaron tanto el paisaje. La verdad es que antes de la guerra mistress Symons venía asiduamente a esta casa y se puede decir que, de todos los invitados, era ella la más apreciada entre la servidumbre, ya que siempre mostró su agradecimiento sin ningún reparo. Fue por entonces cuando, impulsado por la admiración que sentía por esta dama, durante los escasos momentos de ocio de que gozaba pude leer detenidamente su obra en la biblioteca. Recuerdo que poco después de que miss Kenton se fuera a Cornualles en 1936, al no haber estado nunca en esa parte del país, solía echar alguna ojeada al tercer volumen de la obra de mistress Symons, volumen en el que ofrece a los lectores una descripción de los encantos de Devon y Cornualles ilustrada con fotos y una serie de grabados de la región que a mí, personalmente, me resultan muy evocadores. Así fue como pude formarme una idea del lugar adonde miss Kenton había ido a pasar su vida de casada. Todo esto, como he dicho, ocurrió en los años

treinta, época en que las obras de mistress Symons gozaban de gran prestigio en todo el país. Hacía tiempo que no había vuelto a mirar aquellos volúmenes, pero los últimos acontecimientos me indujeron a bajar de los estantes el tomo dedicado a Devon y Cornualles. Volví a examinar las maravillosas ilustraciones y descripciones, y sólo pensar que cabía la posibilidad de emprender un viaje en coche por toda esa zona del país me puso en un creciente estado de agitación. Es algo que, con toda seguridad, entienden.

Finalmente, no me quedó más remedio que volver a tratar el tema con mister Farraday. Siempre cabía la posibilidad de que la propuesta que me había hecho dos semanas antes no fuese más que una idea pasajera y que ahora ya no la aprobase. Aunque, según he ido conociendo a mister Farraday durante todos estos meses, no puedo decir que mi patrón sea una persona inconsecuente, rasgo que en el dueño de una casa resulta de lo más irritante. No había motivo, por lo tanto, para pensar que ya no se mostraría tan entusiasta respecto al viaje en coche que me había propuesto y, especialmente, que ya no tuviese la amabilidad de «pagar la gasolina»; sin embargo, consideré detenidamente en qué momento debía plantearle el asunto.

Decidí que el momento más adecuado sería por la tarde, al servirle el té en el salón. Es cuando mister Farraday vuelve de su breve paseo por el campo, y son pocas las veces en que se encuentra absorto leyendo o escribiendo, como ocurre por las noches. En realidad, a esa hora del día, cuando le traigo el té, si está leyendo un libro o un periódico suele cerrarlo, levantarse y estirarse delante del ventanal, como esperando entablar conversación.

Así, el momento que yo había escogido era el propicio, pero el que las cosas salieran del modo en que salieron se debe en conjunto, a que calculé mal la situación, ya que no tuve suficientemente en cuenta el hecho de que a esa hora del día mister Farraday sólo disfruta con las conversaciones alegres y divertidas. Ayer, al llevarle el té por la tarde, sabiendo que se encontraría en ese estado de ánimo y conociendo su propensión a hablar en tono jocosos, habría sido más sensato no hacer la más mínima alusión a miss Kenton, pero es posible que entiendan que, al pedirle un favor tan generoso por su parte, era natural que le insinuase que mi petición se basaba en razones estrictamente profesionales. Así, al exponerle las razones por las que prefería hacer mi excursión por el oeste del país, en lugar de mencionar los diferentes

atractivos descritos por mistress Symons en su obra, cometí el error de explicar que la antigua ama de llaves de Darlington Hall vivía en esa región. Imagino que, a partir de ahí, intenté hacer ver a mister Farraday que el viaje me permitiría tantear una posible solución que quizá fuese la mejor para nuestro pequeño problema doméstico, pero al mencionar a miss Kenton me percaté de pronto de que más me convenía no proseguir con este tema. No sólo no estaba seguro de que miss Kenton quisiese volver a trabajar con nosotros, sino que desde hacía un año, desde que me había entrevistado por primera vez con mister Farraday, no le había vuelto a comentar la cuestión de aumentar el número de criados. Hubiera sido pretencioso por mi parte, y pretencioso es decir poco, seguir manifestando en voz alta mis propios planes sobre el futuro de Darlington Hall. De hecho, me callé bruscamente y me sentí muy violento. En cualquier caso, mister Farraday aprovechó la oportunidad para reírse y, malintencionadamente, dijo:

—Pero Stevens, ¿aventuras a su edad?

Fue una situación muy embarazosa, en la que lord Darlington nunca hubiera puesto a un empleado. No quiero con ello dejar en mal lugar a mister Farraday, ya que, después de todo, es un caballero norteamericano, con una educación diferente. Ni que decir tiene que no había querido molestarme, pero, evidentemente, repararán en que la situación me resultó violenta.

—Nunca habría imaginado que fuera usted un mujeriego —prosiguió—. Supongo que será un modo de quitarse años. Claro que, siendo así, no sé si debo facilitarle un encuentro tan sospechoso.

Como es natural, tuve la tentación de negar rotundamente las razones que mi patrón me atribuía. Por fortuna, me di cuenta a tiempo de que, de haber actuado así, habría caído en la trampa de mister Farraday y la situación sólo habría sido más incómoda. Por lo tanto, aunque azorado, me quedé en espera de que mi patrón me diera su consentimiento para emprender el viaje.

A pesar de que, como digo, me sentí muy violento en aquellos momentos, no quiero dar a entender que el culpable fuera mister Farraday, ya que de ningún modo le juzgaría desconsiderado. Tengo la certeza de que en realidad se estaba divirtiendo con esa clase de bromas que, en los Estados Unidos, son signo de una buena relación entre patrón y empleado, bromas que se permitía conmigo pero que no eran malintencionadas. A decir verdad, durante estos últimos meses mi patrón ha mostrado en muchas ocasiones esta misma actitud socarrona. No obstante, debo confesarles que nunca he sabido cómo reaccionar. De hecho, durante los primeros días que estuve al servicio

de mister Farraday recuerdo que hubo un par de ocasiones en que me sorprendieron sus palabras. Una fue, por ejemplo, el día en que le pregunté si un caballero al que esperábamos en casa vendría acompañado por su esposa.

—Recemos para que no venga —me respondió mister Farraday—. Si fuera así, debería mantenerla alejada, o llevársela a una de las cuadras de la granja de mister Morgan. Distráigala, ya sabe usted que en esas cuadras hay mucho heno. Quizá la mujer sea su tipo.

Durante unos instantes no supe bien a qué se estaba refiriendo, hasta que caí en la cuenta de que sólo se trataba de una broma y procuré responder con una sonrisa. Sospecho, no obstante, que mi gesto dejó entrever parte de mi asombro, por no decir pasmo.

Los días que siguieron me enseñaron a captar el tono jocoso en su voz, y cuando me hacía determinadas observaciones, siempre le respondía con una sonrisa. Nunca llegué a saber, sin embargo, cómo debía reaccionar. No sabía si debía reírme abiertamente o bien responderle con otro comentario.

Concretamente, esta última posibilidad me ha causado, durante estos meses, cierta preocupación y, de hecho, es algo que me sigue desconcertando. Es posible que en Estados Unidos se considere adecuado profesionalmente que un empleado muestre una actitud desenfadada en su trabajo. Recuerdo, por ejemplo, que mister Simpson, el propietario del *Ploughman's Arms*, me comentó una vez que, de ser un patrono norteamericano, no emplearía ese tono amable y cordial a que nos tenía acostumbrados sino que nos atacaría con palabras groseras, sacando a relucir nuestras debilidades y nuestros vicios, llamándonos borrachos y toda la gama de insultos parecidos, con el fin de satisfacer plenamente las expectativas de sus clientes. Y recuerdo también que, hace unos años, mister Rayne comentó que cuando estuvo en Estados Unidos, al ser vicio de sir Reginald Mauvis, un taxista de Nueva York, al reclamar el precio del viaje se dirigía a sus clientes de un modo que, en Londres, le habría costado un escándalo, por no decir un paseo a la comisaría de policía más próxima.

Es muy posible, por lo tanto, que mi patrón espere de mí un trato igualmente desenfadado y que, al no verse correspondido, encuentre mi actitud algo indolente. Es una cuestión que, como digo, me preocupa, pero reconozco que no siempre me veo con el suficiente ánimo para seguir sus bromas. En una época con tantos cambios, considero perfecto que todo el mundo asuma nuevas obligaciones, aunque se trate de deberes con los que no estemos familiarizados por la tradición. El sarcasmo, no obstante, pertenece a

otra esfera. Es imposible saber cuándo una persona espera realmente de otra una respuesta jocosa. En cambio, es mucho más fácil cometer el grave error de hacer algún comentario chistoso y descubrir inmediatamente que no era nada apropiado.

En una ocasión, sin embargo, no hace mucho tiempo, osé aventurar ese tipo de respuesta. Fue una mañana en que, mientras le servía el café a mister Farraday, me dijo:

—Stevens, supongo que no habrá sido usted el causante de los graznidos que he oído esta mañana.

Mi patrón se estaba refiriendo a los dos gitanos que habían pasado por casa recogiendo chatarra, tras anunciarse a gritos como siempre acostumbraban, y una vez más me vi en el dilema de corresponder o no al tono jocoso de mi patrón, con el miedo al mismo tiempo de causarle una mala impresión si volvía a decepcionarle. Me propuse, pues, buscar una frase ingeniosa que no le resultase ofensiva, ya que era posible que yo hubiese malinterpretado sus palabras. Así, pasados unos instantes, le dije:

—Yo, por su carácter migratorio, más bien diría piar de golondrinas, señor. —Y modestamente sonreí para dejar bien claro que se trataba de un chiste, ya que no deseaba que mister Farraday, por mostrarse en este caso inmerecidamente respetuoso, optase por reprimir las carcajadas. De todas formas, mister Farraday se limitó a levantar la mirada y preguntarme:

—¿Cómo dice, Stevens?

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que una persona que no supiese que eran gitanos los que habían pasado no podía apreciar mi chiste. No estaba seguro, pues, de si era mejor seguir con la broma. Finalmente, decidí dejar el asunto tal cual y fingir haber recordado algo que requería urgentemente mi atención. Me disculpé y salí, dejando a mi patrón bastante perplejo.

No era muy alentador haber iniciado así esta nueva faceta de mi profesión, hasta tal punto que, en realidad, no he vuelto a hacer el esfuerzo, aunque tampoco he conseguido alejar de mis pensamientos la sensación de que a mister Farraday no le satisface mi modo de reaccionar a sus bromas, y es muy probable que la insistencia, cada vez en mayor grado, que ha manifestado últimamente, sea su medio de forzarme a mostrar una actitud similar a la suya. En cualquier caso, desde el día de los gitanos, no he tenido suficiente agilidad para devolverle las bromas.

Actualmente, son este tipo de problemas los que más nos preocupan, pues en la profesión ya no gozamos de la posibilidad de comentar y

corroborar nuestras opiniones con otros colegas, como hacíamos antes. Hasta no hace mucho, si a alguno de nosotros le asaltaba alguna duda sobre algún aspecto de nuestras obligaciones, siempre contaba con el consuelo de saber que otro compañero, cuyas ideas respetase, no tardaría en presentarse en la casa acompañando a su patrón, lo que era la ocasión propicia para discutir el problema. Con lord Darlington, por supuesto, cada vez que una dama o un caballero venía a pasar unos días, siempre había la posibilidad de tocar todo tipo de temas con los compañeros de profesión que le acompañasen. En realidad, durante aquella época, en la sala del servicio se daban cita algunos de los mejores profesionales de Inglaterra, y en torno al calor de la chimenea se entablaban conversaciones que duraban hasta altas horas de la noche. Y les diré que durante esas veladas en la sala no se contaban chismes. Muy al contrario, podían presenciarse debates sobre los grandes temas que preocupaban a nuestros señores, o bien sobre los temas de interés que trataba la prensa. Y evidentemente, como ocurre en todas las reuniones de profesionales, sean del gremio que sean, también conversábamos sobre los aspectos propios de nuestro trabajo. Como es natural, en ocasiones se producían fuertes discrepancias, pero, en general, las más de las veces el sentimiento que predominaba era el de mutuo respeto. Quizá se formen una mejor idea de estas reuniones si les digo que entre los asiduos figuraban hombres como Harry Graham, mayordomo de sir James Chambers, y John Donalds, ayuda de cámara de mister Sydney Dickinson. Y había otros quizá menos distinguidos, pero que por su personalidad resultaban memorables, por ejemplo, mister Wilkinson, mayordomo de mister John Campbell, que tenía todo un repertorio de caballeros ilustres a los que imitaba; mister Davidson, de Masterly House, cuya fogosidad a la hora de defender un argumento podía ser en algunas ocasiones tan chocante para un extraño como cautivador era por lo general su trato; mister Herman, ayuda de cámara de mister John Henry Peters, con unas opiniones extremas ante las que era difícil permanecer impasible, pero de risa tan espontánea y personal y de carácter tan encantador, típico de Yorkshire, que era inevitable apreciarle. Y así, podría citarles otros muchos nombres. Fue una época en la que en nuestra profesión reinaba gran camaradería, a pesar de algunas pequeñas diferencias. Por decirlo de algún modo, en lo esencial estábamos todos cortados por el mismo patrón. No ocurría como hoy, en que las raras veces que un criado acompaña a algún invitado su actitud responde más bien a la de un intruso que, al margen de algún comentario sobre fútbol poco tiene que decir y, en lugar de



pasar la velada delante de la chimenea, prefiere salir al *Ploughman's Arms* o al *Star Inn* que, al parecer, es ahora el lugar predilecto.

Acabo de mencionarles a mister Graham, el mayordomo de sir James Chambers. Hace unos dos meses, me alegró enormemente oír que sir James visitaría Darlington Hall, y si la noticia me hizo tanta ilusión no fue sólo porque las antiguas amistades que venían a Darlington Hall eran ahora muy escasas (como es natural, el círculo de mister Farraday es bastante distinto del antiguo propietario de la mansión), sino también porque supuse que mister Graham acompañaría, como en los viejos tiempos, a sir James, lo cual, para mí, sería la ocasión apropiada para conocer su opinión respecto al problema de las bromas. Me sorprendió y me decepcionó, por lo tanto, enterarme un día antes de que sir James vendría solo. Durante su estancia deduje además que mister Graham ya no estaba a su servicio y que sir James ya no contaba con ningún criado que trabajase para él a jornada completa. Me habría gustado poder saber qué era de mister Graham, ya que, aunque no habíamos llegado a ser grandes amigos las veces que habíamos coincidido nos habíamos entendido muy bien. El caso es que no pude obtener ningún tipo de información al respecto. Debo confesar que me sentí verdaderamente desilusionado; ya que me habría gustado comentar con él el asunto de las bromas.

Permítanme, no obstante, que vuelva a mi primer tema. Ayer por la tarde, como iba diciendo, los minutos que pasé en el salón aguantando las ironías de mister Farraday fueron bastante incómodos. Como de costumbre, le respondí con una ligera sonrisa, suficiente para mostrarle al menos que participaba del tono desenfadado que seguía manteniendo conmigo, y esperé a saber si contaba con su permiso para emprender el viaje. Tal y como yo había previsto, no tardó mucho tiempo en darme su beneplácito, y no sólo eso, también tuvo la bondad de recordarme y reiterar su generoso ofrecimiento de «pagar la gasolina».

No veo, por lo tanto, motivo alguno que me impida ir de viaje al oeste del país. Naturalmente, tendré que escribir a miss Kenton para decirle que quizá pase a verla, y otro asunto del que tendré que ocuparme serán los trajes. Asimismo, tendré que dejar resueltas durante mi ausencia algunas cuestiones de la casa, pero por lo demás no veo razón alguna que me impida partir.

## PRIMER DIA POR LA NOCHE

### *Salisbury*

Esta noche me alojo en una casa de huéspedes de Salisbury. Ha sido mi primer día de viaje y debo decir que, en general, me encuentro satisfecho. Esta mañana inicié mi expedición, y a pesar de tener listo el equipaje, de haber metido todo lo necesario en el coche mucho antes de las ocho, he salido una hora más tarde de lo previsto.

Creo que el hecho de que mistress Clements y las chicas también hayan salido esta semana me ha hecho caer en la cuenta de que en cuanto me fuera, Darlington Hall se quedaría, quizá por primera vez en este siglo, vacío. Ha sido una extraña sensación y puede que el motivo de haberme retrasado tanto, ya que he recorrido la casa varias veces comprobando, siempre por última vez, que todo estaba en orden. Ya de camino, he sentido algo difícil de explicar. No puedo decir que durante los primeros veinte minutos de carretera me sintiese entusiasmado o lleno de ilusión. El motivo era, no me cabe la menor duda, el hecho de que los paisajes que me rodeaban me resultaban familiares, a pesar de que el coche se iba alejando cada vez más. Siempre he considerado que mis viajes han sido más bien escasos por la limitación que me supone ser el responsable de la casa, pero, evidentemente, por motivos profesionales, he tenido que realizar numerosas gestiones a lo largo de los años y ésa es la razón por la que, al parecer, me he llegado a familiarizar con este entorno más de lo que yo creía. Como he dicho, mientras conducía bajo la luz de la mañana en dirección a los límites de Berkshire, me ha sorprendido comprobar hasta qué punto me resultaba conocido el paisaje.

Hasta al cabo de un rato no he notado que todo me parecía extraño, y ése ha sido el momento en que me he dado cuenta de que se abrían ante mí nuevas fronteras. Supongo que el sentimiento de desasosiego unido a la emoción con que algunos describen el momento en que, desde un barco, se pierde de vista la costa, es muy similar al que yo he experimentado en el coche al comprobar que el paisaje que me rodeaba me resultaba cada vez más extraño, sobre todo cuando, tras una curva, fui a parar a una carretera que rodeaba una colina. Intuí que a mi izquierda se abría una pronunciada pendiente, aunque los árboles y el espeso follaje me impedían verla. Fue

entonces cuando me invadió la sensación de que, definitivamente, había dejado atrás Darlington Hall, y debo confesar que en cierto modo me asusté, llegando incluso a temer que me hubiese equivocado de carretera y me estuviese adentrando a toda velocidad en parajes desconocidos; a pesar de que fue una sensación fugaz, me hizo aminorar la marcha.

E incluso estando ya convencido de no haberme equivocado, sentí la necesidad de parar un momento y asegurarme del todo.

Decidí bajar a estirar un poco las piernas y en ese momento volví a sentir con más intensidad que antes la sensación de encontrarme al borde de la colina. A un lado de la carretera, matorrales y arbustos se alzaban en la pendiente, mientras que al otro lado se vislumbraba a través del follaje la lejana campiña.

Tras andar durante unos instantes por el borde de la carretera, intentando distinguir el paisaje que ocultaba la vegetación, oí detrás de mí una voz que me llamaba. Mi sorpresa fue grande, ya que hasta ese momento había creído estar solo.

Al otro lado de la carretera, unos metros más arriba, alcancé a ver un sendero que subía y se perdía entre los matorrales, y en el mojón de piedra que indicaba el inicio del sendero estaba sentado un hombre de pelo blanco, con una gorra, que fumaba en pipa. Volvió a llamarme y, aunque no pude descifrar sus palabras, con un gesto me indicó que me acercase. Al principio pensé que era un vagabundo, pero enseguida vi que se trataba de un lugareño que estaba tomando el aire y disfrutando del sol estival. No había motivo, por lo tanto, para no acercarme.

—Me estaba preguntando —dijo cuando me acerqué— si tendría usted buenas piernas.

—¿Cómo dice?

El hombre señaló el sendero.

—Por ahí sólo se puede subir con un par de buenas piernas y unos buenos pulmones. Yo no tengo ni una cosa ni la otra, si no ya habría subido. No me vería usted aquí si estuviese en buena forma. Hay un banco y todo, y le aseguro que además la vista es espléndida. No hay nada igual en toda Inglaterra.

—Si es verdad eso que dice —respondí—, creo que será mejor que no suba. Acabo de empezar una excursión en coche durante la cual espero descubrir magníficos paisajes, y es un poco pronto para ver ya el mejor.

Creo que el hombre no me entendió, pues lo primero que dijo fue:

—Es el paisaje más bonito de toda Inglaterra, pero ya le digo que se necesitan un buen par de piernas y un buen par de pulmones para verlo.

Seguidamente, añadió:

—Ya veo que para su edad está usted muy fuerte. Creo que podrá subir sin problemas. Incluso yo puedo, los días que me encuentro bien.

Levanté la mirada en dirección al sendero, un sendero que ascendía por una pendiente bastante escarpada.

—Le digo que se arrepentirá si no sube. Quizá dentro de unos años sea demasiado tarde, nunca se sabe —dijo riendo de un modo bastante vulgar—. Mejor es que lo haga ahora que puede.

Tal vez el hombre estuviese simplemente bromeando, es decir, que solamente quisiera hacerse el gracioso. En cualquier caso, reconozco que su insinuación de aquella mañana me pareció una provocación y, para demostrarle que se trataba además de una insinuación ridícula, finalmente subí por el sendero.

Y en realidad, me alegro de haberlo hecho. El camino ascendía en zigzag por la colina a lo largo de unos cien metros, por lo que el paseo era, ciertamente, bastante duro. A pesar de todo, no me costó grandes esfuerzos. Por fin llegué a un claro que debía de ser el rincón que el hombre había mencionado. Allí estaba el banco y, efectivamente, ante mi vista aparecieron kilómetros y más kilómetros de maravillosos paisajes.

Delante de mí se extendía una sucesión de campos que se perdían en la lejanía. La tierra parecía ligeramente ondulada y los campos estaban bordeados de árboles y setos. En algunos de los más alejados vislumbré unas manchas que supuse que eran ovejas, y a mi derecha, casi perdida en el horizonte, me pareció ver la torre cuadrada de una iglesia.

Fue una sensación muy agradable contemplar aquel paisaje, con la brisa acariciando mi cara y escuchar los sonidos del verano: creo que fue en aquel preciso momento cuando por primera vez sentí energía y entusiasmo para afrontar los días venideros, los cuales, con toda seguridad, me tenían reservadas interesantes experiencias. Fue la primera vez que se apoderó de mí el estado de ánimo adecuado para el viaje que me esperaba. Y fue, además, el momento en que decidí no acobardarme y cumplir la única tarea que me había asignado, a saber: hablar con miss Kenton e intentar resolver el problema del servicio. Todo ello ha ocurrido esta mañana. Ahora es de noche y me encuentro en Salisbury, en una acogedora casa de huéspedes situada en una calle cerca del centro. Es una casa bastante sencilla, muy limpia, que se

ajusta perfectamente a mis necesidades. La propietaria es una mujer de unos cuarenta años que, por el Ford de mister Farraday y la buena calidad de mi traje, ha pensado que soy un huésped importante. Además, esta tarde (he llegado a Salisbury sobre las tres y media), al escribir mi dirección en el registro y poner Darlington Hall, he visto cómo me miraba agitada, ya que sin duda habrá supuesto que tenía ante sí a un caballero acostumbrado a alojarse en lugares como el Ritz o el Dorchester, y que, al ver la habitación, mi reacción sería abandonar indignado el establecimiento. Me hizo saber que tenía una habitación doble en la parte delantera que estaba libre, pero que podía ocuparla por el precio de una individual.

Me condujo a la habitación. A aquella hora del día el sol iluminaba los motivos florales de la pared y el efecto resultante era muy agradable. En la habitación había dos camas iguales y dos ventanas bastante grandes que daban a la calle.

Al preguntarle dónde estaba el baño, la mujer me dijo tímidamente que se hallaba enfrente de la habitación, pero que no podría disponer de agua caliente hasta después de la cena. Le pedí que me subiera una taza de té y, al marcharse, seguí inspeccionando el cuarto. Las camas estaban muy bien hechas y muy limpias. En una esquina había un lavabo también muy limpio. A través de las ventanas se veía una panadería, con una gran variedad de pasteles expuestos, una farmacia y una barbería. También podía verse, a más distancia, el arco de un puente por el que subía la calle hasta perderse en un paisaje más campestre. Me refresqué las manos y la cara con el agua fría del lavabo y, acto seguido, me senté en una silla que había junto a una de las ventanas a esperar el té. Debían de ser pasadas las cuatro cuando salí de la pensión para adentrarme en las calles de Salisbury, unas calles que, al ser tan amplias y despejadas, dan a la ciudad una magnífica sensación de espacio. Por tanto, pude deambular durante varias horas agradablemente, sintiendo en mi cuerpo los tibios rayos del sol. Descubrí además que la ciudad tenía múltiples encantos. A mi paso se sucedían las hileras de casas antiguas con fachadas de madera, casas muy lindas, y estrechos puentes de piedra levantados sobre los numerosos riachuelos que cruzan la ciudad. Naturalmente, no se me pasó por alto la merecida visita a la catedral, tan elogiada por mistress Symons en su libro. Localizar este solemne edificio me resultó bastante fácil, ya que dondequiera que uno se encuentre en Salisbury se ve asomar su aguja por todas partes. Y en efecto, esta tarde, de regreso a la pensión, cada vez que volvía hacia atrás me sorprendía la imagen de la aguja

dominando la puesta de sol.

No obstante, ahora que he vuelto a la cama de mi cuarto, debo decir que la única estampa que realmente me ha quedado grabada de este primer día de viaje no ha sido la imagen de la catedral ni ningún otro de los encantadores rincones de esta ciudad, sino la maravillosa vista del ondulado paisaje inglés que he presenciado esta mañana. Admito que otros países puedan ofrecer paisajes de una espectacularidad mucho más obvia. En enciclopedias y en la revista *National Geographic* he visto fotografías de paisajes conmovedores de distintos rincones del planeta: cañones y cascadas impresionantes, hermosas y escarpadas montañas, paisajes que he tenido la fortuna de ver en persona. No obstante, me atrevería a asegurarles que el paisaje inglés, como el que he podido contemplar esta mañana, posee una cualidad de la que carecen los paisajes, más impresionantes a primera vista, de otras naciones. A mi juicio, es una cualidad gracias a la cual el paisaje inglés aparece a los ojos de cualquier observador imparcial como el más grato del mundo, y es probable que el término que mejor resuma esta cualidad de la que hablo sea el adjetivo «grandioso». Cuando esta mañana he divisado el paisaje que a mis pies ofrecía la colina, he experimentado la rara e inequívoca sensación de encontrarme ante algo grandioso. Designamos a nuestro país con el nombre de *Gran* Bretaña, hecho que algunos considerarán de poco tacto. Sin embargo, me atrevería a decir que sólo nuestro paisaje ya justifica el empleo de este término altanero.

¿A qué se debe exactamente esta calidad de «grandioso» y dónde se aprecia? ¿En qué reside? Reconozco que sería precisa una inteligencia mucho mayor que la mía para contestar a estas preguntas, pero si me viese en la obligación de aventurar una respuesta, diría que el carácter único de la belleza de esta tierra es consecuencia de la *falta* evidente de grandes contrastes y de espectacularidad, mientras destaca, en cambio por su serenidad y comedimiento, como si el país tuviera una íntima y profunda conciencia de su grandeza y su belleza, y no necesitase lucirlas. Por comparación, los paisajes que se encuentran en Africa o en América sin duda resultan impresionantes, pero estoy convencido de que un observador imparcial los considerará inferiores, precisamente por esa descomunal grandiosidad que los caracteriza.

En los ambientes profesionales nos hacemos desde hace años una pregunta, que en muchas reuniones ha sido nuestro tema de discusión: ¿Qué es un «gran» mayordomo? Todavía me parece escuchar el bullicio que

organizábamos algunas noches en la sala del servicio, cuando conversábamos durante horas en torno a la chimenea sobre este tema. Y reparen en que si he dicho «qué es» y no «quién puede ser» un gran mayordomo, se debe a que nadie se atrevería a cuestionar seriamente los grandes nombres que en mi época podían recibir este apelativo. Me estoy refiriendo a personalidades como mister Marshall, el mayordomo de Charleville House, o como mister Lane, de Bridewood. Si han tenido ustedes el privilegio de conocer a tales hombres, sabrán en qué consiste esta cualidad a la que me refiero, aunque al mismo tiempo también entenderán por qué digo que no es nada fácil definirla de un modo preciso.

Lo cierto es que, pensándolo mejor, me alejo un tanto de la verdad al decir que no había divergencias en lo referente a la *identidad* de quienes eran considerados los mejores mayordomos, aunque también debo añadir que estas divergencias nunca se suscitaban entre verdaderos profesionales con cierta autoridad en estos temas. La sala del servicio de Darlington Hall, como la sala del servicio de cualquier otra mansión, acogía a fámulos de distinto nivel intelectual y sensibilidad también distinta, y son numerosas las ocasiones en que recuerdo haber tenido que morderme la lengua cuando algún criado —incluso de los que yo dirigía, aunque lamente decirlo— elogiaba acaloradamente a personas como, por ejemplo, Jack Neighbours.

No tengo nada contra Jack Neighbours, un hombre que, por desgracia, murió en la guerra. Le menciono simplemente porque constituye un ejemplo típico. En la década de los treinta su nombre fue, durante dos o tres años, el tema principal de todas las reuniones de criados del país. Como he dicho, también en Darlington Hall los sirvientes que estaban de paso nos narraban las últimas aventuras de mister Neighbours, por lo que personas como mister Graham y yo tuvimos que padecer la triste experiencia de oír el sinfín de anécdotas que se contaban sobre él. Lo más descorazonador era presenciar la reacción final que suscitaba cada una de estas anécdotas, es decir, ver que colegas que parecían de lo más sensatos asentían asombrados y exclamaban frases como «Mister Neighbours es realmente el mejor» y otras por el estilo.

No dudo que mister Neighbours tuviese sentido de la organización; de hecho, supo salir magistralmente airoso de buen número de situaciones difíciles. Sin embargo, nunca llegó a adquirir el rango de gran mayordomo. Y con la misma convicción con que sostenía esta opinión cuando estaba en pleno auge, habría augurado que su resplandor sólo duraría unos años.

¿Cuántas veces habrá ocurrido que mayordomos considerados en un

momento dado los mejores de su generación, al cabo de unos años han demostrado ser puras medianías?

Sin embargo, esto no es óbice para que los mismos sirvientes que colman de elogios a tales nulidades, al poco se deshagan en alabanzas de algún nuevo personaje, sin pararse a pensar en qué basan realmente sus juicios. El tema central de conversación de muchas reuniones de criados suele ser, sin excepción, algún mayordomo que ha saltado a la fama al haber sido contratado por cierta casa distinguida, y que quizá haya salido triunfante de unas cuantas situaciones difíciles. Y entonces, en las salas del servicio de un extremo a otro del país, empieza a rumorearse que tal o cual aristócrata se ha interesado por aquel mayordomo, o que varias casas de entre las más importantes compiten por sus servicios ofreciendo elevados sueldos. Pero ¿qué ocurre pasados unos años? A este mismo mayordomo que encarna todas las perfecciones se le atribuye alguna torpeza o, por el motivo que sea, pierde la confianza de sus señores, y el resultado es que deja la casa donde había adquirido su fama, y no vuelve a oírse hablar más de él. Y mientras tanto, los mismos chismosos ya habrán dado con algún otro recién llegado al que dedicar su entusiasmo. Me he dado cuenta de que los criados que están de paso suelen ser los más deslenguados, dado que, en general, son también aquellos que aspiran al rango de mayordomo con mayor ahínco. Son los que siempre insisten en que debe emularse a tal o cual figura o repiten incesantemente lo que algún ídolo suyo ha dicta minado sobre determinado aspecto de nuestra profesión.

Sería injusto olvidar que hay muchos criados que nunca caerían en semejantes desatinos, criados que son, sin duda, profesionales de gran lucidez. Cuando en nuestra sala se reunían dos o tres personas de esta categoría, personas como mister Graham por ejemplo, con quien parece que, por desgracia, he perdido todo contacto, las discusiones sobre los temas inherentes a nuestra profesión resultaban de lo más ingeniosas y estimulantes. De hecho, son estas veladas las que, hoy día, recuerdo con más cariño de toda aquella época.

Pero volvamos a la cuestión principal, esa cuestión tan interesante en torno a la cual nos complacíamos en discutir cuando nuestras veladas no se veían interrumpidas por las intervenciones de colegas sin ningún sentido de la profesión. Me refiero a la cuestión fundamental:

«¿Qué significa ser un gran mayordomo?»



A pesar de todo lo que se ha hablado durante años y años en los medios profesionales acerca de esta cuestión, que yo sepa ha habido muy pocos intentos de darle una respuesta concreta. El único que ahora me viene a la mente es el de la Hayes Society, con sus rígidos criterios para la admisión de socios. Hoy día se habla muy poco de la Hayes Society. Es posible, por tanto, que no la conozcan. En los años veinte, no obstante, y a principios de los treinta, esta asociación ejerció una influencia considerable en buena parte de Londres y en los condados más cercanos. Tanto fue así que hubo quien pensó que su poder se había extendido demasiado, y cuando se vio obligada a disolverse, creo que en 1932 o 1933, muchos no lo lamentaron.

La Hayes Society afirmaba admitir tan sólo a mayordomos «de primera clase», y gran parte de su poder y prestigio se debían al hecho de que, a diferencia de otras organizaciones semejantes que han ido surgiendo y desapareciendo, siempre mantuvo un número de miembros extremadamente reducido, siendo éste un factor que daba a tal afirmación cierta credibilidad. Se decía que el número de miembros de esta asociación nunca había superado los treinta y se había limitado, a lo largo de buena parte de su existencia, a sólo nueve o diez. Esto, y el hecho de que habitualmente rehuyera la publicidad, contribuyó a que su nombre se viese rodeado durante un tiempo de cierto misterio, y cada vez que la Hayes Society se pronunciaba sobre determinados aspectos de la profesión, sus dictados adquirían valor de mandamientos.

No obstante, había un punto sobre el cual la asociación se resistió a pronunciarse durante algún tiempo. Se trataba de los criterios en que se basaba para admitir a sus socios. Por tanto, cada vez fueron más las presiones para que diese a conocer estos principios, hasta que, como respuesta a una serie de cartas publicadas en *A Quarterly for the Gentleman's Gentleman*, la asociación reconoció que uno de los requisitos para ser admitido como socio era la «vinculación del candidato a alguna casa distinguida». Por supuesto, cumplir dicho requisito, añadía, «no es lo único, ni mucho menos». Quedaba claro, además, que no consideraba «distinguidas» las casas de «nuevos ricos» nacidas del mundo de los negocios; a mi juicio, esta anticuada actitud minó gravemente la autoridad y el respeto que la asociación podría haber llegado a merecer a la hora de fijar los cánones de nuestra profesión. Como respuesta a otras cartas que aparecieron más tarde en *A Quarterly*, la asociación justificó su postura alegando que, si bien era cierto como opinaban algunos en sus cartas, que en las casas de los nuevos ricos había mayordomos excelentes,

«había que esperar, no obstante, a que los *auténticos* señores solicitaran los servicios de estos magníficos profesionales». La asociación argumentaba que era necesario guiarse por el criterio de los «auténticos señores» o «de otro modo, ¿por qué no aceptar también las normas sociales de la Rusia bolchevique?». Esta última reflexión avivó todavía más la controversia, y aumentó el número de cartas que presionaban a la asociación para que diese a conocer de forma más explícita los principios en que basaba la admisión de nuevos socios. Finalmente, en una breve carta dirigida a *A Quarterly*, se hizo saber que, según la asociación, y citaré literalmente si la memoria no me falla «un requisito fundamental es que el candidato posea la dignidad propia de su condición, y los candidatos que no lo cumplan plenamente no serán admitidos aunque gocen de otras muchas cualidades».

Aunque yo, personalmente, no sea un gran entusiasta de la Hayes Society, creo que este aserto se fundamentaba, al menos, en una gran verdad. Tomemos a mister Marshall y a mister Lane, por ejemplo. Todos estamos de acuerdo en que son «grandes» mayordomos, pero, a mi juicio, el rasgo que los distingue de otros mayordomos que sólo son muy eficientes se halla estrechamente relacionado con el sentido de la palabra «dignidad».

Naturalmente, todo ello conduce a que nos preguntemos en qué reside esta «dignidad», pregunta en torno a la cual personas como mister Graham o yo mismo hemos centrado algunos de nuestros más interesantes debates. Mister Graham siempre afirmaba que la «dignidad» era algo semejante a la belleza de una mujer, y por tanto carecía de sentido intentar analizarla. Yo, por mi parte, mantuve siempre la opinión de que semejante comparación tenía como consecuencia rebajar la «dignidad» de personas como mister Marshall. Por otra parte, mi principal objeción a la comparación de mister Graham era que con ella daba a entender que dicha «dignidad» era un don que la naturaleza concedía a su gusto, por lo que, para aquellos que no la poseían de nacimiento, cualquier esfuerzo por intentar adquirirla resultaría siempre inútil, al igual que resultan baldíos los intentos de una mujer fea por ser bella. Ahora bien, aunque llegara a admitir que la mayor parte de los mayordomos pueden, un día u otro, descubrir que no están capacitados para su trabajo, creo firmemente que esta dignidad de la que hablamos es algo que uno puede afanarse por conseguir a lo largo de toda una carrera. Y pienso en esa clase de «grandes» mayordomos, como mister Marshall, que, sin que me quepa la menor duda, han adquirido su dignidad formándose durante muchos años e impregnándose cuidadosamente de la experiencia ajena. Mi opinión es

que una postura como la de mister Graham resulta, profesionalmente, bastante derrotista.

En cualquier caso, a pesar del escepticismo de mister Graham, recuerdo que pasamos juntos muchas veladas intentando concretar la esencia de tal «dignidad». Nunca llegamos a ponernos de acuerdo, pero por mi parte puedo decir que durante el transcurso de aquellas discusiones consolidé una serie de ideas al respecto en las que aún sigo creyendo hoy en día. Con su permiso, a continuación trataré de exponerles lo que para mí significa dicha «dignidad».

Estarán ustedes de acuerdo, supongo, en que mister Marshall de Charleville House y mister Lane de Bridewood han sido los dos mayordomos más importantes de los últimos tiempos, y quizá estén convencidos de que mister Henderson de Branbury Castle también forma parte de esta rara especie. Ahora bien, me considerarán ustedes parcial si les digo que mi padre también merecería, por muchos motivos, ser incluido en esta categoría de hombres, y que su vida profesional siempre me ha servido de modelo para definir la palabra «dignidad». Además, tengo la absoluta certeza de que en Loughboroug House, momento cumbre de su carrera, mi padre fue la reencarnación de dicha virtud.

Reconozco que, considerando este asunto objetivamente, se me podría argüir que mi padre carecía de algunas de las cualidades que, en general, se esperan de un gran mayordomo. A esto respondería que esas cualidades que no poseía se han calificado siempre de superficiales y poco relevantes. Son cualidades atractivas, no cabe duda, como lo son los adornos de un pastel, pero por sí solas no constituyen atributos realmente esenciales. Me estoy refiriendo a cosas como tener buen acento y dominio del lenguaje, o una cultura general que abarque temas tan variados como la cetrería o el apareamiento de las salamandras, conocimientos de los cuales ciertamente mi padre no podría haberse vanagloriado. Hay que tener en cuenta, además, que mi padre perteneció a una generación anterior de mayordomos, los cuales entraron en la profesión en un momento en que tales cualidades no se consideraban las propias ni las deseables en un criado. Esta obsesión por la elocuencia y los conocimientos generales ha surgido más bien con nuestra generación, después de mister Marshall probablemente, cuando personas mediocres que intentaron imitar su grandeza confundieron lo superficial con lo esencial. Mi opinión es que nuestra generación ha concedido demasiada importancia a los «aderezos», y sólo Dios sabe el tiempo y la energía que hemos desperdiciado ejercitando nuestra dicción y perfeccionando nuestro

lenguaje, y las horas que hemos pasado consultando enciclopedias y publicaciones para ampliar nuestros conocimientos, en lugar de dedicarnos a dominar los principios básicos de nuestra profesión.

Aunque es innegable que la responsabilidad es, en el fondo, nuestra, hay que decir, no obstante, que algunos señores también han contribuido, y en gran manera, a fomentar esta moda. Siento decirlo, pero al parecer buen número de casas de la más alta alcurnia han establecido entre sí cierta rivalidad y, delante de sus invitados, no han dudado en convertir los conocimientos de sus mayordomos en un «espectáculo»; en muchas ocasiones he oído comentar que en alguna fiesta se ha exhibido al principal criado de la casa como si fuese un mono de feria. Yo mismo presencié una vez algo lamentable. En cierta casa, observé que los invitados se divertían dirigiéndose al mayordomo y haciéndole preguntas al azar, preguntas como por ejemplo quién había ganado el Derby en tal año, al igual que se hace en los teatros de variedades cuando actúa el Hombre de la Memoria Infalible.

Como he dicho, la generación de mi padre se vio, afortunadamente, libre de la exigencia de estas supuestas cualidades profesionales. E insistiré en que mi padre, a pesar de su limitado dominio del inglés y sus reducidos conocimientos generales, sabía todo lo que había que saber sobre cómo gobernar una casa, y no sólo eso: ya en su juventud, alcanzó esa «dignidad propia de su condición» tan cara a la Hayes Society. Si intento, por tanto, describirles lo que a mi juicio distinguió a mi padre, es para expresar lo que entiendo por «dignidad».

Había una historia que a mi padre le gustaba contar muy a menudo. Siendo yo niño, e incluso más tarde, en mis primeros años de lacayo bajo su supervisión, solía escucharle cuando la contaba a las visitas. Recuerdo que volvió a contarla el día que fui a verle tras obtener mi primer puesto de mayordomo, en casa de los Muggeridge, una propiedad relativamente modesta situada en Allshot, en Oxfordshire. Evidentemente, se trataba de una historia que para él significaba mucho. La generación de mi padre no tenía costumbre de analizar y discutir todo como hace la nuestra, por eso creo que la reflexión más crítica que mi padre llegó a realizar referente a su profesión fue esta historia que no dejó nunca de contar. En este sentido, podemos decir que la anécdota representa una pista esencial para conocer las ideas de mi padre.

Al parecer, era una historia verídica sobre un mayordomo que había viajado con su señor a la India, donde le sirvió durante muchos años

manteniendo entre el personal nativo el mismo nivel de perfección que había sabido imponer en Inglaterra. Una tarde, como era habitual, nuestro hombre entró en el comedor para asegurarse de que todo estaba listo para la cena, y descubrió que debajo de la mesa había un tigre moribundo. El mayordomo abandonó en silencio el comedor, se aseguró de cerrar bien la puerta y se dirigió sin prisas al salón en que su señor tomaba el té con algunos invitados. Tosiendo educadamente, llamó la atención de su patrón y, acto seguido, acercándosele al oído, susurró:

—Discúlpeme, señor, pero creo que hay un tigre en el comedor. ¿Me permite que utilice el rifle?

Y según dicen, unos minutos después, el patrón y sus invitados oyeron tres disparos; cuando algo más tarde el mayordomo volvió a aparecer en el salón para rellenar las teteras, el dueño de la casa le preguntó si todo estaba en orden.

—Perfectamente, señor. Gracias —fue la respuesta—. La cena será servida a la hora habitual, y me complace decirle que no quedará huella alguna de lo ocurrido.

Esta frase, «no quedará huella alguna de lo ocurrido», es la que mi padre repetía siempre con más agrado, entre risas y gestos de admiración. Nunca mencionó el nombre del mayordomo, y no le oí decir si había alguien que le hubiese conocido; sin embargo siempre insistía en que los hechos habían acontecido tal y como él los describía. En cualquier caso, lo más importante no es saber si la historia es o no cierta. Lo interesante es, naturalmente, que la historia transmite en cierto modo las ideas de mi padre, ya que cuando pienso en su trayectoria profesional me doy cuenta de que a lo largo de toda su vida se esforzó por *ser* el mayordomo de su historia, y, a mi juicio, en el momento cumbre de su carrera mi padre logró lo que tanto ambicionaba. Aunque tengo la certidumbre de que nunca tuvo ocasión de encontrarse con un tigre debajo de la mesa del comedor, puedo citar varias ocasiones en las que pudo hacer gala de esa cualidad especial que tanto admiraba en el mayordomo de su historia.

Tuve noticia de una de esas ocasiones por mister David Charles, de la empresa Charles & Redding, que durante la época de lord Darlington pasó varias veces por Darlington Hall. Fue una noche en que le serví como ayuda de cámara. Mister Charles me contó que, unos años atrás, había tenido ocasión de conocer a mi padre en casa de mister John Silvers, el famoso industrial, donde sirvió durante quince años, época cumbre de su carrera, y

mister Charles me dijo que a causa de un incidente ocurrido durante su visita nunca había podido olvidar a mi padre.

Una tarde, mister Charles, para vergüenza suya, se emborrachó en compañía de otros dos invitados, dos caballeros a los que simplemente llamaré mister Smith y mister Jones, ya que es probable que en determinados círculos aún se les recuerde. Después de haber estado más o menos una hora bebiendo, a estos dos caballeros se les antojó dar un paseo en coche por los pueblos de la zona; los coches, en aquella época, eran todavía una novedad. Convencieron a mister Charles para que les acompañara y, dado que en aquel momento el chofer estaba de permiso, mi padre los llevó en su lugar. Iniciado el paseo, mister Smith y mister Jones, a pesar de tener ya sus años, empezaron a comportarse como colegiales a cantar canciones picantes y a hacer comentarios aún más picantes sobre todo lo que veían por la ventanilla. En el mapa de la zona, además, los dos caballeros descubrieron que muy cerca había tres pueblos llamados Morphy, Saltash y Brigoon. Ahora mismo no estoy seguro de si eran éstos los nombres exactos, pero el caso es que a mister Smith y a mister Jones estos lugares les recordaron un número musical llamado «Murphy, Saltman y Brigid la Gata», del cual quizá hayan oído hablar ustedes. Al reparar en la curiosa coincidencia, los caballeros se obstinaron en visitar los tres pueblos en cuestión como homenaje, dijeron, a los artistas de variedades. Según mister Charles, mi padre ya les había llevado hasta uno de los pueblos y estaba a punto de entrar en el segundo cuando mister Smith o mister Jones, no supo decirme cuál de los dos descubrió que el pueblo era Brigoon, es decir, el tercero de la serie y no el segundo. En tono furioso ordenaron a mi padre que diese inmediatamente la vuelta para visitar los tres pueblos «en el orden correcto» lo cual suponía tener que repetir un buen tramo de carretera. Según mister Charles, mi padre acató, no obstante, la orden como si fuese totalmente razonable, y siguió comportándose con una cortesía irreprochable.

A partir de ese momento, la atención de mister Smith y mister Jones se centró en mi padre y, Ya aburridos de lo que el otro lado de las ventanillas les ofrecía, decidieron variar de diversión y empezaron a comentar en voz alta, con palabras poco halagüeñas, el «error» de mi progenitor. Mister Charles recordaba maravillado su actitud impertérrita, ya que no dio muestras de disgusto o enfado, sino que siguió conduciendo mostrando una actitud muy equilibrada, entre digna y decididamente complaciente. La ecuanimidad de mi padre, no obstante, no duraría demasiado, ya que cuando se cansaron de

proferir insultos contra él, los dos caballeros la emprendieron con su anfitrión, es decir, con mister John Silvers, el patrón de mi padre. Los comentarios llegaron a ser tan desagradables e infames, que mister Charles, o al menos eso me dijo, se vio obligado a intervenir insinuando que aquella conversación era de muy mal gusto. Esta opinión fue rebatida con tal ímpetu, que mister Charles no sólo temió convertirse en el nuevo centro de atención de ambos caballeros, sino que realmente consideró que corría el peligro de ser agredido físicamente. De pronto, tras una insinuación sobremana perversa contra su señor, mi padre detuvo el coche bruscamente. Lo que ocurrió después fue lo que causaría en mister Charles una impresión tan imperecedera.

La portezuela trasera del coche se abrió, y advirtieron la figura de mi padre a unos pasos del vehículo, con la mirada clavada en su interior. Según el relato de mister Charles, los tres pasajeros se sintieron anonadados al advertir la imponente fuerza física que tenía mi padre. En efecto, era un hombre de casi metro noventa y cinco de estatura y su rostro, que en actitud servicial resultaba tranquilizante, en un contexto distinto podía parecer extremadamente severo. Según mister Charles, mi padre no manifestó enfado alguno. Por lo visto, se había limitado a abrir la portezuela, pero su aspecto, al mirarlos desde arriba, parecía tan acusador y al mismo tiempo tan inexorable, que los dos compañeros de mister Charles, totalmente ebrios, se encogieron como dos mocosos a los que un granjero sorprendiera robando manzanas. Mi padre permaneció unos instantes inmóvil, con la portezuela abierta y sin pronunciar palabra. Finalmente, mister Smith o mister Jones, no distinguió quién, inquirió:

—¿No continuamos el viaje?

Pero mi padre no respondió, tan sólo permaneció de pie, en silencio. Tampoco les pidió que bajaran ni les dejó entrever lo más mínimo cuáles eran sus deseos o intenciones. Me imagino perfectamente el aspecto que debía de tener aquel día, entre las cuatro esquinas de la portezuela del vehículo, ensombreciendo con su oscura y adusta figura la dulzura del paisaje de Hertfordshire. Según recordaba mister Charles, fueron unos momentos singularmente incómodos durante los cuales también él, a pesar de no haber participado del comportamiento anterior, se sentía culpable. El silencio pareció interminable hasta que mister Smith o mister Jones decidieron susurrar:

—Creo que hemos estado un poco impertinentes, pero no volverá a

repetirse.

Tras considerar sus palabras, mi padre cerró suavemente la portezuela, cogió de nuevo el volante y se dispuso a proseguir la excursión por los tres pueblos, excursión que, según me aseguró mister Charles, se llevó a cabo casi en silencio.

Ahora que he sacado a la luz este episodio, referiré otro hecho relativo a la vida profesional de mi padre que tuvo lugar más o menos en esa misma época, y que quizá refleje de forma más patente la particular «dignidad» que llegó a poseer. Quizá deba explicar que mi padre tuvo dos hijos y que el mayor, Leonard, fue muerto durante la guerra de Sudáfrica siendo yo todavía un muchacho. Como es natural, mi padre debió de sentir intensamente esta pérdida, pero además, como puntilla, el consuelo habitual de un padre en estas situaciones el pensamiento de que su hijo había entregado su vida honrosamente por su rey y su patria, se vio enturbiado por el hecho de que mi hermano falleció durante una acción que poco tuvo de honrosa. Además de saberse que la maniobra había constituido un ataque impropio de soldados británicos contra objetivos civiles bóers, hubo pruebas contundentes de que fue dirigido de modo irresponsable y sin haberse tomado precauciones elementales, de forma que muchos de los hombres que murieron, y entre ellos mi hermano, fueron sacrificados innecesariamente. Por lo que me dispongo a contarles, no sería apropiado entrar en más detalles referentes a dicha acción, aunque supongo que sabrán a cuál me refiero si les digo que en su momento fue motivo de escándalo, lo que aumentó la controversia que ya de por sí había suscitado el conflicto. Se pidió la destitución del general responsable e incluso que se le sometiera a consejo de guerra, pero el ejército le defendió y así pudo acabar la campaña. Algo no tan sabido es que al finalizar la contienda se obligó discretamente al susodicho general a pedir el retiro. Se introdujo entonces en el mundo de los negocios, sobre todo en el comercio con Sudáfrica. Les cuento esto porque diez años después del conflicto, cuando las cicatrices causadas por la pena apenas se habían cerrado, mi padre fue llamado al estudio de mister John Silver, quien le dijo que ese mismo personaje —al que simplemente llamaré el General— pasaría unos días con ellos para asistir a una tiesta que tendría lugar en la casa; además, en el transcurso de su estancia el patrón de mi padre esperaba sentar las bases de una operación comercial muy lucrativa. Mister Silvers había pensado, no obstante, en lo penosa que aquella visita resultaría para mi padre. Le había llamado, por tanto, para ofrecerle la posibilidad de tomarse un permiso



durante los días que durase la visita del General.

Naturalmente, mi padre sentía un absoluto desprecio por el General, pero comprendía que las aspiraciones comerciales de su patrón dependían del buen desarrollo de la fiesta, que, con la veintena de personas que se esperaban, no iba a ser un asunto fácil. Mi padre respondió, por tanto, que se sentía enormemente agradecido por el hecho de que se hubiesen tenido en cuenta sus sentimientos, pero que mister Silvers podía estar seguro de que el servicio ofrecería el mismo nivel de siempre.

Finalmente, el padecimiento de mi padre resultó mayor de lo que había imaginado. Por un lado, la esperanza que albergaba de que, al encontrarse con el General en persona, el rechazo que sentía por él se viera transformado en un sentimiento de respeto o comprensión, resultó infundada. El General era un hombre grueso, feo y de maneras poco refinadas, con una conversación que introducía sin cesar imágenes militares en cualquier tema que se tratara. Aún peor fue saber que el caballero no había traído ayuda de cámara, dado que su criado habitual se había puesto enfermo. Este hecho creó una situación delicada, ya que otro de los invitados tampoco contaba con ayuda de cámara. El problema que se planteaba era, por tanto, a quién se debía asignar como ayuda de G cámara el mayordomo y a quién el lacayo. Mi padre, haciéndose cargo de la posición de su señor, se ofreció sin vacilar de voluntario para ocuparse del General, por lo que se vio obligado a soportar durante cuatro días la continua compañía del hombre al que odiaba. Al mismo tiempo, el General, que no tenía idea de los sentimientos de mi padre, aprovechaba —como es habitual entre los militares— la menor oportunidad para relatar sus hazañas guerreras a su ayuda de cámara cuando estaban solos en su habitación. No obstante, mi padre supo ocultar tan bien sus sentimientos y cumplir sus funciones con tal profesionalidad, que el General, al marchar se, felicitó a mister John Silvers por las cualidades de su mayordomo y dejó una cuantiosa gratificación, algo poco habitual, como muestra de agradecimiento. Mi padre solicitó de su patrón que esa gratificación fuese donada a una entidad benéfica.

Supongo que estarán de acuerdo en que estos dos episodios de la carrera de mi padre que he narrado, cuya veracidad no ofrece dudas, demuestran que mi padre, además de constituir un ejemplo de mayordomo, personificó lo que la Hayes Society entendía por una «dignidad propia de su condición».

Si nos paramos a pensar en el abismo que en circunstancias semejantes hubiera separado a mi padre de un individuo como Jack Neighbours, aunque

éste realizara algunos de sus mejores malabarismos, creo que no es difícil distinguir lo que separa a un «gran» mayordomo de otro sólo competente. Asimismo, también resulta fácil entender por qué a mi padre le gustaba tanto la historia del mayordomo que, al descubrir a un tigre debajo de la mesa del comedor, supo mantener la calma. Y el motivo es que, de un modo instintivo, sabía que esa historia encerraba la clave de lo que realmente significa la palabra «dignidad». Y ahora permítanme manifestar lo siguiente: la «dignidad» de un mayordomo está profundamente relacionada con su capacidad de ser fiel a la profesión que representa. El mayordomo mediocre, ante la menor provocación, antepondrá su persona a la profesión. Para estos individuos ser mayordomo es como interpretar un papel, y al menor tropiezo o a la más mínima provocación dejan caer la máscara para mostrar al actor que llevan dentro. Los grandes mayordomos adquieren esta grandeza en virtud de su talento para vivir su profesión con todas sus consecuencias, y nunca les veremos tambalearse por acontecimientos externos, por sorprendentes, alarmantes o denigrantes que sean. Lucirán su profesionalidad como luce un traje un caballero respetable, es decir, nunca permitirán que las circunstancias o la canalla se lo quiten en público. Y se despojarán de su atuendo sólo cuando ellos así lo decidan y, en cualquier caso, nunca en medio de la gente. Como digo, es una cuestión de «dignidad».

A veces se dice que, en realidad, sólo existen mayordomos en Inglaterra. En otros países no hay más que criados, sea cual sea el título que les pongan. Cada vez más, me inclino a pensar que es cierto. En el continente no puede haber mayordomos porque son una raza incapaz de reprimir sus emociones del modo que es propio del pueblo inglés. A los continentales convendrán conmigo en que, sobre todo, a los celtas— les cuesta, por regla general, controlarse en momentos de gran tensión. Por este mismo motivo, excepto en algunas situaciones que no suponen ningún reto, tampoco son capaces de guardar las maneras profesionalmente. Volviendo a la metáfora anterior, y me disculparán por expresarme de modo tan tosco, son como un hombre que ante la menor provocación reaccionara rasgándose las vestiduras y emprendiendo una veloz huida a la vez que profería estentóreos alaridos. En una palabra, la «dignidad» no está al alcance de esta clase de personas. Así pues, nosotros los ingleses tenemos una importante ventaja con respecto a los extranjeros, y ésta es la razón por la que, cuando alguien piensa en un gran mayordomo, casi por definición se ve obligado a pensar en un inglés.

Naturalmente, ustedes podrían responderme, como hacía mister Graham

cada vez que, sentados junto a la chimenea, le exponía estas ideas en el transcurso de nuestras gratas conversaciones, que si es cierto lo que digo, sólo sería posible reconocer a un gran mayordomo viéndole actuar en una situación extrema. No obstante, es evidente que consideramos grandes mayordomos a personas como mister Marshall o mister Lane sin que la mayoría de nosotros les hayamos nunca visto en semejantes lances. Y en esto le doy la razón a mister Graham. Sólo puedo decir que, después de haber ejercido esta profesión tanto tiempo, intuitivamente puedo valorar el nivel de profesionalidad de una persona sin tener que verla sometida a una prueba. En realidad, cuando alguien tiene la suerte de encontrarse frente a un gran mayordomo, lejos de reclamar, por desconfianza, ansiosamente una «prueba», la sensación que se tiene es que cuesta imaginar una situación en la que tal autoridad se viese de pronto despojada de su talento profesional. Y tengo la certeza de que si los pasajeros que mi padre transportó aquel domingo por la tarde, hace ya muchos años, se quedaron callados y avergonzados, fue porque, a pesar de la turbia pesadez creada por el alcohol, llegaron a comprender esto. Al ver a mi padre, aquellos hombres tuvieron la misma sensación que la que yo he tenido esta mañana al contemplar el paisaje inglés en todo su esplendor: la sensación de *saber* que estaban ante algo lleno de grandeza.

Entiendo que siempre habrá quien diga que intentar analizar el concepto de grandeza, tal y como yo he estado haciéndolo en estas líneas, es un acto bastante infructuoso.

«Se sabe cuando alguien tiene esa cualidad y cuando no la tiene», diría mister Graham. «No hay mucho más que añadir.» No obstante, creo que nuestra obligación es no ser derrotistas, y, profesionalmente, nuestro deber es sin duda reflexionar profundamente sobre este tema con el fin de llegar a ser hombres «dignos» gracias a nuestros propios esfuerzos.

## SEGUNDO DIA POR LA MAÑANA

### *Salisbury*

Las camas desconocidas se han mostrado raras veces complacientes conmigo y, tras dormir profundamente tan sólo durante un breve lapso de tiempo, me he despertado hace apenas una hora. Aún era de noche y, sabiendo que me esperan muchas horas de volante, he intentado volver a dormirme intento que ha resultado inútil. Y cuando finalmente he decidido levantarme, era tal la oscuridad que me he visto obligado a encender la luz para poder afeitarme en el lavabo del rincón. Al apagar la luz una vez hube terminado, el amanecer ya clareaba tras las cortinas.

Las he corrido hace unos instantes, y la luz de fuera era todavía muy pálida. Había además un poco de niebla que me impedía ver la panadería y la farmacia de la acera de enfrente. Algo más lejos, donde la calle sube por el arco del puente, he podido apreciar que la niebla venía del río y ocultaba a mis ojos casi por completo uno de los pilotes del puente. No se veía un alma y, aparte de los martillazos que el eco traía de algún lugar distante y las toses que llegaban de algún cuarto del fondo de la casa, tampoco se oía ningún ruido. Está claro también que la patrona de la casa sigue en la cama, por lo que no tengo posibilidades de que me sirva el desayuno antes de la hora anunciada, es decir, antes de las siete y media.

En estos momentos, rodeado de tanta calma y esperando que el mundo se despierte, me han venido de nuevo a la mente pasajes de la carta de miss Kenton. Por cierto, ahora que lo pienso, creo que debería haber hecho algunas aclaraciones respecto a miss Kenton. Debo decir que miss Kenton es en realidad mistress Benn. No obstante, dado que sólo la traté de cerca durante sus años de soltera y que desde que se marchó al oeste del país para convertirse en mistress Benn no he vuelto a verla, espero que disculpen mi falta de precisión por referirme a ella utilizando el nombre con que yo la conocí y en el cual la he recordado durante todos estos años. Por otra parte, su carta me ha dado motivos para seguir considerándola como miss Kenton, dado que, por desgracia, parece que su matrimonio ha concluido. La carta no da detalles específicos sobre el asunto, como sería de esperar; miss Kenton sólo afirma de modo inequívoco haber dejado el hogar de mister Benn, en

Helston, y encontrarse alojada en casa de unos amigos cerca del pueblo de Little Compton.

Es realmente trágico que su matrimonio haya sido un fracaso. Sin duda, en estos momentos debe de estar lamentando el haber tomado en el pasado ciertas decisiones por las cuales ahora, en plena madurez, se encuentra afligida y sola. También es fácil imaginar que, en tal estado de ánimo, volver a Darlington Hall supondría para ella un gran consuelo. He de confesar que su carta no muestra de modo explícito en ningún pasaje que desee volver; no obstante, es una idea que, manifiestamente, se trasluce en muchos de sus párrafos, impregnados de nostalgia por los días pasados en Darlington Hall. Como es natural, no creo que piense que volviendo a aquella etapa de su vida vaya a poder recuperar todos esos años perdidos, y en cuanto la vea, debo insistir en primer lugar sobre este punto. Le advertiré lo mucho que han cambiado las cosas, y que es probable que los días en que trabajábamos con una magnífica servidumbre a nuestra disposición ya nunca vuelvan o que nosotros no los veamos. Miss Kenton es una mujer inteligente y ya habrá pensado en todas estas cosas. En realidad, es posible que volver a Darlington Hall y recordar los años dedicados a esta casa pueda servir de consuelo a una vida que, de pronto, se ha visto truncada y transformada en un tiempo perdido.

Por supuesto, si considero el asunto profesionalmente, es evidente que, a pesar de una interrupción de tantos años, miss Kenton sería la solución perfecta al problema que ahora nos inquieta en Darlington Hall. Creo que, en realidad, emplear el término «problema» sea quizá darle demasiada importancia a la cuestión. Después de todo, sólo se trata de una serie de errores menores de los cuales he sido responsable, y mi pro ceder actual es sólo un modo de adelantarme a los «problemas» antes de que pueda surgir alguno. Es cierto que estos mismos errores sin importancia me preocuparon en un principio, pero en cuanto descubrí que sólo eran síntomas de un mal de diagnóstico tan sencillo como la escasez de personal, dejé de pensar en ellos. Como he dicho, con la vuelta de miss Kenton todos estos problemas quedarán resueltos.

Volviendo a su carta, hay momentos en que deja entrever cierto desánimo en cuanto a su situación actual, lo cual es francamente perturbador. Una de las frases empieza así:

«Aunque no tengo la menor idea de qué utilidad puedo darle a lo que me queda de vida...». En otro párrafo dice: «... sólo veo el resto de mis días

como un gran vacío que se extiende ante mi» Como ya he señalado, el tono de casi todos los párrafos es nostálgico. En un momento dado, por ejemplo escribe:

«Todo este incidente me recuerda a Alice White. ¿Se acuerda de ella? De hecho, me costaría imaginar que la hubiese usted olvidado. Personalmente, me siguen obsesionando aquellos sonidos vocálicos y aquellas frases, desde un punto de vista gramatical tan absurdas, que sólo a Alice se le podían ocurrir. ¿Sabe qué ha sido de ella?» La verdad es que no sé nada de ella, aunque confieso que me reconfortó pensar en aquella exasperante doncella que al final resultó ser una de las más fieles. En otra parte de la carta, miss Kenton escribe:

«Me gustaba mucho contemplar el paisaje que se veía desde los dormitorios del segundo piso, con las colinas a lo lejos. Me pregunto si se verá todavía lo mismo. En las noches de verano, este paisaje tomaba un aspecto mágico y, ahora se lo confieso, fueron muchos los instantes preciosos que pasé ociosamente junto a aquellas ventanas, absorta en su contemplación. «Y a continuación añade: «Discúlpeme si se trata de un triste recuerdo, pero nunca olvidaré aquel día en que ambos vimos a su padre paseándose delante del cenador, escrutando el suelo como si esperase encontrar alguna piedra preciosa que hubiese perdido».

Es casi una revelación que miss Kenton recuerde del mismo modo que yo un hecho que se remonta a hace más de treinta años, un hecho que debió de ocurrir una de esas tardes de verano a las que hace referencia. Ya que me acuerdo perfectamente de que una de esas tardes subí al segundo rellano de la escalera y de pronto encontré ante mí un haz de rayos anaranjados con que el atardecer cortaba la oscuridad del corredor, en el que se veían entornadas las puertas de las habitaciones. A través del umbral de una de ellas, vi la silueta de miss Kenton dibujada contra la ventana. Al oírme pasar, se volvió y me dijo en voz baja: «Mister Stevens, ¿puede venir un instante?». Miss Kenton, entonces, al entrar o se volvió de nuevo hacia la ventana. Al otro lado, la sombra de los chopos reposaba sobre el césped. A la derecha, éste formaba una pendiente hasta un terraplén en el que se levantaba el cenador, y era allí donde podía divisarse la figura de mi padre, caminando lentamente con aire preocupado. Miss Kenton lo expresa muy bien cuando dice: «como si esperase encontrar alguna piedra preciosa que hubiese perdido».

En realidad, quiero explicarles que hay razones muy justificadas por las que este recuerdo ha permanecido en mi memoria. De hecho, ahora que lo

pienso, no es sorprendente que aquello dejara una huella tan profunda en miss Kenton, habida cuenta de determinados hechos que configuraron su relación con mi padre y que tuvieron lugar durante los días que siguieron a su llegada a Darlington Hall.

Miss Kenton y mi padre llegaron a la casa más o menos al mismo tiempo, es decir, en la primavera de 1923, al faltarme de repente y al mismo tiempo el ama de llaves y el ayuda de cámara. La razón por la que perdí a estas dos personas fue que decidieron casarse y dejar la profesión. Siempre he considerado este tipo de relaciones una seria amenaza al buen funcionamiento de una casa. Por este motivo he perdido desde entonces a gran número de empleados. Naturalmente, son cosas que se espera que ocurran entre criados, y, de hecho un buen mayordomo debe prever esta clase de circunstancias cuando organiza a su servidumbre. Pero que se unan en matrimonio empleados ya veteranos puede dar lugar a graves trastornos en el trabajo. Evidentemente, si dos miembros del personal se enamoran y deciden casarse sería ridículo hacerles sentirse culpables. Lo que me saca de quicio —y es un hecho del que las amas de llaves son especialmente culpables— es el personal doméstico que no siente ningún apego por su trabajo y se pasa el tiempo cambiando de colocación, siempre en busca de amoríos. Esa clase de personas deshonoran a la profesión.

Pero permítanme dejar bien claro que cuando digo esto no estoy pensando en miss Kenton. Es cierto que dejó de ser empleada mía para casarse, pero puedo garantizar que durante los años que trabajó como ama de llaves a mis órdenes se entregó plenamente a sus tareas y en ningún momento descuidó el ejercicio de sus funciones.

En fin, creo que estoy apartándome de lo que en realidad quería decirles. Les estaba explicando que de pronto nos vimos sin ama de llaves y sin ayuda de cámara, y miss Kenton llegó con unas referencias extraordinariamente buenas para ocupar el primer empleo. Mi padre, entretanto, había dejado de prestar sus servicios en Loughborough House tras la muerte de su patrón, lo que le dejó sin empleo ni alojamiento. Aunque seguía siendo un profesional de primera clase, lo cierto es que pasaba de los setenta y estaba muy afectado por la artritis y otros achaques. No era seguro, por lo tanto, que pudiese rivalizar con la nueva casta de mayordomos preparados que buscaban situarse, y por este motivo me pareció una solución razonable pedirle que pusiera su gran distinción y experiencia al servicio de Darlington Hall.

Según recuerdo, varias semanas después de que se incorporaran mi padre y miss Kenton, una mañana, estando sentado a la mesa de la despensa revisando papeles, escuché que alguien llamaba a la puerta. Me quedé muy desconcertado al ver que era miss Kenton quien abría la puerta y entraba en la habitación antes de darle permiso. Traía un jarrón grande con flores y, sonriendo, me dijo:

—He pensado que esto alegrará un poco la habitación.

—¿Cómo dice?

—Me parecía una pena que con el sol que hace fuera estuviese usted encerrado en un lugar tan frío y oscuro. Por eso he pensado que estas flores le darían vida.

—Es usted muy amable, miss Kenton.

—Es una lástima que no entre más sol en esta habitación.

Las paredes están incluso un poco húmedas, ¿no cree, mister Stevens?

Volví a mis cuentas, y le respondí:

—No es más que un poco de vaho, miss Kenton.

Digo yo.

Dejó el jarrón en la mesa, delante de mí, y, echando un vistazo en derredor, dijo:

—Si quiere, le traigo unos esquejes más.

—Le agradezco que sea tan amable, miss Kenton, pero esta habitación no es para pasar mis ratos libres. Prefiero que las cosas que puedan distraerme sean mínimas.

—Por supuesto, mister Stevens, pero no es necesario que sea tan triste y oscura.

—Tal como está ahora me sirve perfectamente. De todas formas, aprecio su interés. Por cierto, ya que está aquí, quisiera que tratáramos cierto asunto.

—¿Sí?

—Sí. La verdad es que se trata de algo sin importancia. Es sólo que ayer al pasar por delante de la cocina, la oí llamar varias veces a un tal William.

—¿Sólo eso?

—Así es, miss Kenton. Oí que llamaba varias veces a un tal William. ¿Puede decirme a quién se dirigía?

—Evidentemente, me dirigía a su padre. Creo que no hay otro William en esta casa.

—Sí, es comprensible que haya cometido este error —le dije con una sonrisa, pero quisiera pedirle que en el futuro llame usted a mi padre mister



Stevens, y si le menciona hablando con una tercera persona, llámelo mister Stevens padre, para que no le confundan conmigo. Es un favor que le agradecería mucho, miss Kenton.

Seguidamente volví de nuevo a mis papeles, pero, para sorpresa mía, miss Kenton permaneció en la habitación.

—Discúlpeme, mister Stevens —dijo miss Kenton al cabo de un rato.

—¡Sí!

—La verdad es que no entiendo muy bien lo que me acaba de decir. Hasta ahora siempre he tenido la costumbre de llamar al personal subalterno por su nombre de pila, y no veo por qué deba ser diferente en esta casa.

—Es un error comprensible, miss Kenton, pero piense por un instante en las circunstancias y se dará cuenta de que es una gran falta de tacto que alguien como usted trate de «inferior» a una persona como mi padre.

—Sigo sin entender muy bien lo que quiere decirme, mister Stevens. Dice usted alguien como yo; que yo sepa, soy el ama de llaves de esta casa, mientras que su padre no es más que un subordinado.

—Como bien dice, su cargo es de ayudante de mayordomo, pero me sorprende que sus dotes de observación todavía no hayan descubierto que, en realidad, es mucho más que eso. Muchísimo más.

—Seguramente no habré prestado la debida atención. Hasta ahora sólo había reparado en que su padre era un sirviente muy competente, y le he dado el trato que correspondía. Al parecer, recibir este trato de mí debe de haber sido muy humillante para él.

—Por lo que dice, es evidente que no ha observado con atención a mi padre, de lo contrario, usted misma habría caído en la cuenta de que llamarle William denota gran falta de tacto por parte de una persona de su edad y su condición.

—Mister Stevens, aunque llevo poco tiempo ejerciendo como ama de llaves, puedo asegurarle que no me han faltado los elogios.

—En ningún momento he puesto en duda sus buenas cualidades, miss Kenton, pero hay muchos detalles que deberían haberle hecho adivinar que mi padre es una persona de gran distinción, de la que podría usted recibir infinidad de enseñanzas si fuese más observadora.

—Le agradezco enormemente sus consejos, mister Stevens, y le ruego que me exponga qué magníficas enseñanzas son ésas.

—Creo que saltan a la vista, miss Kenton.

—Será así, pero parece que soy bastante deficiente como observadora,

¿no hemos quedado en eso?

—Miss Kenton, si a su edad ya se considera usted perfecta, nunca llegará todo lo lejos que le permiten sus facultades. Un ejemplo: muchas veces no sabe usted dónde van las cosas ni para qué sirven.

Parece que mis palabras desconcertaron a miss Kenyon, ya que durante unos instantes la noté molesta.

—Al llegar tuve algunas dificultades, pero considero que es lo normal. —¿Lo ve? Si hubiese observado a mi padre, que llegó una semana después que usted, se habría dado cuenta de que conocía la casa perfectamente desde que puso los pies en Darlington Hall.

Miss Kenton se quedó un rato pensativa al oír mis palabras y, acto seguido, dijo de mala gana:

—No dudo que su padre sea excelente en su trabajo, pero también yo lo soy en el mío, se lo aseguro. A partir de hoy, cada vez que me dirija a él lo haré llamándole por su apellido. Y ahora le ruego que me disculpe.

Tras esta conversación, miss Kenton cejó en su intento de poner flores en mi mesa y, en general, me alegró observar que se iba adaptando magníficamente. Era evidente, por otra parte, que era un ama de llaves que se tomaba muy en serio su trabajo, y que, a pesar de su juventud, no le costaba ganarse el respeto del personal a su cargo.

También observé que, efectivamente, llamaba a mi padre mister Stevens. Una tarde, creo que transcurridas dos semanas después de nuestra conversación en la despensa, estaba atareado en la biblioteca cuando entró miss Kenton y me dijo:

—Discúlpeme, mister Stevens, pero si necesita el recogedor recuerde que está en el vestíbulo.

—¿Cómo dice, miss Kenton?

—Le digo que ha dejado fuera el recogedor. ¿Quiere que se lo traiga?

—No lo he utilizado.

—¡Ah!, entonces perdóneme. Creía que se había servido de él y lo había dejado fuera. Siento haberle distraído.

Al llegar a la puerta, se volvió y dijo:

—Podría dejarlo yo misma en su sitio, pero ahora tengo que subir al piso de arriba. ¿Tendrá la bondad de hacerlo?

—Por supuesto, miss Kenton. Le agradezco que me lo haya dicho.

—No tiene importancia.

Oí que cruzaba el vestíbulo y empezaba a subir la escalera. Acto

seguido, salí al vestíbulo. Desde la puerta de la biblioteca se domina todo el vestíbulo hasta la puerta principal de la casa, prácticamente en medio del piso, muy limpio por cierto, se destacaba el recogedor al que había hecho referencia miss Kenton.

El error me pareció trivial, pero irritante. El recogedor no sólo era visible desde las cinco puertas que daban al vestíbulo, sino que también podía verse desde la escalera y desde la balaustrada del piso. Crucé el vestíbulo e hice desaparecer el cuerpo del delito, consciente de lo que aquello implicaba. Recordé que mi padre había estado barriendo el vestíbulo aproximadamente media hora antes. Al principio, me costó atribuirle semejante error, pero enseguida comprendí que cualquiera podía tener de vez en cuando fallos como aquél y mi cólera se concentró entonces en miss Kenton por haber intentado organizar un escándalo injustificado a partir de un incidente sin importancia.

Días más tarde, apenas transcurrida una semana, venía de la cocina por el pasillo del servicio cuando miss Kenton se asomó a la puerta de su habitación y pronunció unas palabras que, con toda seguridad, había estado ensayando. Resumiendo, me dijo que, aunque le resultaba violento advertirme los errores que cometía el personal a mi cargo, era mejor que trabajáramos en equipo, por lo que esperaba que, por mi parte, no tuviese ningún reparo en avisarle de los fallos del personal femenino. Prosiguió diciendo que alguien había dispuesto algunos cubiertos de plata para el comedor con restos perceptibles de la cera para pulir, y que las púas de un tenedor habían quedado prácticamente negras. Le di las gracias por la información, y miss Kenton se retiró de nuevo a su habitación. Sabía de sobras que la plata era una de las responsabilidades principales de mi padre y una de las tareas de las que más orgulloso se sentía.

Es posible que surgieran otras muchas situaciones como éstas, y que ahora ya no las recuerde. En cualquier caso, el momento culminante llegó una tarde gris y lluviosa en que me encontraba en la sala de billar, ocupado con los trofeos de lord Darlington. Entonces miss Kenton entró y, desde la puerta, me dijo:

—Mister Stevens, acabo de ver algo fuera que me ha extrañado.

—¿De qué se trata?

—¿Ha ordenado el señor que cambiemos la figura del chino que está siempre al lado de esta puerta por la del rellano de la escalera?

—¿Cómo dice, miss Kenton?

—Verá, mister Stevens, la figura del rellano está ahora junto a la puerta.

—Creo que se ha confundido, mister Kenton.

—En absoluto, mister Stevens. Mi trabajo consiste en situar correctamente los objetos de la casa. A mi juicio, alguien ha limpiado la figura y después no ha sabido ponerla en su sitio. Si no me cree, le ruego que se tome la molestia de salir y podrá comprobar lo que digo.

—En estos momentos estoy ocupado, miss Kenton.

—Ya lo veo, mister Stevens, pero, al parecer, no cree lo que le digo. Le pido, pues, que salga y lo compruebe usted mismo.

—Ahora estoy ocupado. Saldré dentro de unos instantes. No creo que sea tan urgente.

—Reconoce, entonces, que tengo razón.

—Hasta que lo compruebe no sabré si tiene usted razón o no. Ahora estoy muy ocupado.

Volví a mi trabajo, pero miss Kenton se quedó en el umbral de la puerta, observándome. Al cabo de un rato dijo:

—Veo que casi ha terminado. Le esperaré fuera, y cuando salga podremos dejar zanjado este asunto.

—Miss Kenton, creo que le da demasiada importancia.

Miss Kenton ya había salido, pero al ver que yo seguía trabajando, empezó a hacer toda clase de ruidos para recordarme que me esperaba fuera. Decidí, por lo tanto, permanecer en la sala e iniciar alguna otra tarea. Pensé que de ese modo se daría cuenta de que su comportamiento era absurdo y se iría. No fue así. Aunque transcurrió un buen rato durante el cual pude finalizar todas las tareas que los utensilios que tenía a mano me permitían, miss Kenton no se movió de su sitio. Dado que no estaba dispuesto a seguir perdiendo el tiempo con semejante chiquillada, consideré la posibilidad de salir por uno de los ventanales. Sólo había un inconveniente y era el tiempo, es decir, había charcos bastante grandes y trechos de barro, y por otra parte era evidente que, llegado el momento, tendría que volver a la sala de billar y cerrar el balcón por dentro. Por último, decidí que la mejor estratagema era, simplemente, salir de pronto de la habitación, a grandes pasos y con aire furioso. Me dirigí, por tanto, en silencio a un rincón de la sala donde miss Kenton no me veía para ejecutar mejor mi plan y, asiendo fuertemente mis utensilios de trabajo, crucé la puerta y avancé por el pasillo ante el asombro de miss Kenton, que no daba crédito a sus ojos. El ama de llaves reaccionó, no obstante, con rapidez y, a los pocos segundos, tras adelantárseme, se

detuvo ante mí y me cerró el paso.

—¡No me negará que esa figura no está en su sitio!

—Estoy muy ocupado, miss Kenton. Me sorprende que no tenga usted otra cosa que hacer que andar todo el día por los pasillos.

—Mister Stevens, está mal puesta, ¿sí o no?

—Miss Kenton, le rogaría que bajase la voz.

—Y yo le rogaría, mister Stevens, que se volviese y mirase esa figura.

—Baje la voz, se lo ruego. ¿Qué va a pensar el resto del servicio si nos oyen dar voces discutiendo si la figura está o no en su sitio?

—Mister Stevens, el problema es que desde hace cierto tiempo nadie se ocupa de limpiar las figuras de esta casa y ahora, de pronto, ¡están todas cambiadas de sitio!

—¡Esto es ridículo, miss Kenton! Y ahora, ¿tendría la amabilidad de dejarme pasar?

—Mister Stevens, ¿le molestaría mirar la figura que tiene detrás?

—Reconozco, puesto que al parecer es tan importante para usted, que la figura que tengo detrás no está en su sitio. Pero también le diré que no llego a comprender por qué se preocupa usted por unos errores tan triviales.

—Quizá sean errores triviales, mister Stevens, pero debe comprender lo mucho que significan.

—No sé qué quiere decirme, miss Kenton. Y ahora, si es usted tan amable de dejarme pasar...

—El problema, mister Stevens, es que su padre tiene asignadas más tareas de las que un hombre de su edad puede abarcar.

—Es evidente que no es usted consciente de lo que me insinúa.

—Por muy competente que fuese su padre en otros tiempos, sus facultades están ahora muy mermadas. He ahí el significado de esos, como usted dice, «errores tan triviales», y si no tiene usted más cuidado, llegará pronto el día en que su padre tenga algún fallo realmente grave.

—Miss Kenton, lo que dice es verdaderamente absurdo.

—Discúlpeme, pero no he terminado. Creo que hay muchas obligaciones de las que su padre debería quedar exento. Por ejemplo, no debería llevar bandejas muy cargadas. No deja de ser preocupante el modo cómo le tiemblan las manos cuando las lleva para la cena. El día menos esperado veremos a alguna dama o a algún caballero con una de esas bandejas por sombrero. Y aún hay más. Aunque lamente decirlo, me he fijado en la nariz de su padre.

—¿De veras?

—Siento tener que decir esto, pero hace dos noches vi que su padre se dirigía con su bandeja lentamente hacia el comedor y, encima de la sopa, le colgaba una gota de la nariz. No creo que sea un modo de servir que despierte el apetito.

Ahora que lo pienso mejor, no creo que miss Kenton emplease aquella noche palabras tan bruscas. Naturalmente durante todos los años en que trabajamos juntos, hubo ocasiones en que hablamos con toda confianza, pero la conversación de aquella tarde que acabo de referir tuvo lugar cuando apenas nos conocíamos. Me cuesta creer, por tanto, que miss Kenton fuese tan directa, y no creo que llegase a decir cosas como «quizá sean errores triviales, mister Stevens, pero debe comprender lo mucho que significan». La verdad es que, pensándolo bien, tengo la impresión de que pudo ser el propio lord Darlington el que me hiciera este comentario, concretamente, un día en que me pidió que fuese a su despacho, más o menos dos meses después de la conversación que mantuve con miss Kenton en la puerta de la sala de billar. Por aquella época, la caída de mi padre hizo cambiar mucho su situación.

La puerta del despacho se encuentra enfrente de la escalera principal. Actualmente, junto a ella hay una vitrina con algunos objetos de adorno de mister Farraday, pero en la época de lord Darlington había allí un estante con volúmenes de varias enciclopedias, incluida una colección completa de la *Britannica*. Lord Darlington tenía un truco que consistía en que, cuando yo bajaba la escalera, se colocaba de pie frente al estante examinando el lomo de los volúmenes, e incluso a veces, para dar mayor veracidad al encuentro, sacaba alguno y fingía estar absorto en él mientras yo descendía los peldaños. Así, cuando por fin pasaba por su lado, decía: «Por cierto, Stevens, hay algo que quería decirle», tras lo cual volvía a su despacho, todavía visiblemente interesado por el volumen que mantenía abierto en sus manos. Cuando lord Darlington actuaba así era porque se sentía violento por algo que debía comunicarme, y en ocasiones, e incluso con las puertas del despacho cerradas, se quedaba junto a la ventana y aparentaba consultar el tomo de la enciclopedia mientras conversábamos.

Esto que ahora les relató no es más que uno de los muchos ejemplos que podría citarles, testimonio del carácter tímido y modesto de lord Darlington. Durante estos últimos años, se han dicho y escrito muchas sandeces sobre mi señor y sobre el destacado papel que llegó a desempeñar en el mundo de los

grandes negocios, señalándose en algunas crónicas totalmente indocumentadas que sus únicos móviles fueron el egocentrismo y el orgullo. Permítanme observar aquí que no hay nada tan lejos de la verdad como tales afirmaciones. La actitud pública que mostró algunas veces se oponía radicalmente a su propia naturaleza, y puedo decir que mi señor sólo vencía ese lado retraído de su personalidad por su gran sentido del deber. A pesar de todo lo que pueda decirse hoy día de lord Darlington, verdaderas sandeces en su mayor parte, puedo afirmar que fue un hombre de buen corazón y un caballero de la cabeza a los pies, un caballero al que entregué los mejores años de mi profesión, de lo cual me siento enormemente orgulloso.

En la época a que me estoy refiriendo, mi señor debía de tener cumplidos los cincuenta. Recuerdo que tenía todo el cabello gris y ya empezaba a andar encorvado, una característica que marcaría su delgada figura al final de sus días. Sin apenas levantar la mirada del libro, me preguntó:

—¿Y su padre, se encuentra mejor?

—Afortunadamente, se ha recuperado por completo, señor.

—Me alegra que así sea. Sí, me alegro mucho.

—Gracias, señor.

—Stevens, ¿ha notado usted algún..., en fin, *algo* que nos indique que quizá debiéramos aligerar las responsabilidades de su padre? Al margen de este asunto de su caída, quiero decir.

—Como le digo, parece haberse recuperado por completo y, a mi juicio, podemos seguir confiando en él. Es cierto que últimamente ha cometido algunos errores en el ejercicio de sus funciones, aunque lo cierto es que se trata de errores de poca monta.

—Sin embargo, a ninguno de los dos nos gustaría que volviera a repetirse una situación semejante, ya sabe, que su padre volviera a caerse y todo eso.

—No, claro que no, señor.

—Del mismo modo que se cayó fuera, en el césped, podría volver a caerse en cualquier parte, y en cualquier momento.

—Cierto, señor.

—Imagínese que le ocurre en la mesa, sirviendo la cena, por ejemplo.

—Sí, cabría la posibilidad.

—Uno de nuestros primeros delegados llega dentro de dos semanas.

—Todo está dispuesto, señor.

—Lo que suceda en esta casa a partir de ese momento puede ser de gran relevancia.

—Por supuesto, señor.

—De gran relevancia, insisto, para el rumbo que está siguiendo Europa. Y considerando las personas que estarán aquí presentes, creo que no exagero.

—En absoluto, señor.

—No podemos permitirnos correr riesgos innecesarios.

—Claro que no, señor.

—Escúcheme bien, Stevens, no se trata, en modo alguno, de que su padre nos deje. Sólo le pido que se replantee usted sus obligaciones. —Fue en ese momento, creo, cuando mi señor, bajando la mirada de nuevo hacia el libro, y abriéndolo torpemente por una página, dijo: Quizá sean errores triviales, Stevens, pero debe comprender lo mucho que significan. Su padre ha sido, ciertamente, una persona muy disciplinada, pero hoy en día es mejor no asignarle ninguna tarea que pueda comprometer el éxito de nuestro próximo encuentro.

—Claro que no, señor, lo entiendo perfectamente.

—Bien, entonces, lo dejo en sus manos.

Debo decir que lord Darlington había estado presente en el momento en que mi padre, una semana antes más o menos, se había caído. Mi señor se encontraba en el cenador, atendiendo a dos invitados una joven dama y un caballero había visto cómo mi padre se acercaba por el jardín llevando en las manos una bandeja con refrescos. Frente al cenador, el césped forma una ligera pendiente de varios metros y durante aquellos días, al igual que hoy, había cuatro losas clavadas en la hierba a modo de peldaños que facilitaban la subida. La caída de mi padre ocurrió cerca de estos peldaños y, con la caída, se volcó todo el contenido de la bandeja, la tetera, las tazas, los platos, bocadillos y pasteles, encima del último peldaño. Al conocer la noticia, salí y me encontré con que mi señor y sus dos invitados habían tendido a mi padre de costado, y le habían puesto un cojín y una alfombrilla del cenador a modo de sábana y almohada. Mi padre estaba inconsciente y tenía la cara de un tono gris muy singular. Habían mandado llamar al doctor Meredith. Mi señor pensó, no obstante, que era mejor ponerle a la sombra hasta que el médico llegase. Trajeron, por lo tanto, una silla de ruedas y, con cierta dificultad, condujeron a mi padre hasta la casa. Cuando llegó el doctor Meredith, ya casi se había restablecido; por lo tanto, sólo estuvo unos minutos, y, al marcharse, comentó vagamente que la causa podía ser que mi padre hubiese estado



«trabajando demasiado».

Mi padre, evidentemente, se sintió muy violento por lo ocurrido, pero el día en que tuvo lugar la conversación que he mencionado en el despacho de lord Darlington, llevaba ya un tiempo dedicándose a las mismas ocupaciones de siempre. El tema de reducir sus responsabilidades era una cuestión nada fácil de abordar, y a ello se añadía el hecho de que, desde hacía varios años, por algún motivo que nunca he logrado desentrañar, mi padre y yo habíamos conversado cada vez menos hasta el punto de que, a su llegada a Darlington Hall, hasta el intercambio de la información relacionada con nuestro trabajo se producía siempre en un ambiente tenso para ambos.

Finalmente, pensé que lo más adecuado era tratar el tema en la intimidad de su habitación, dado que, de este modo, una vez me hubiese marchado tendría la posibilidad de considerar a solas su nueva situación. Mi padre solía estar en su habitación a primeras horas de la mañana y ya tarde por la noche, de modo que una mañana, bien temprano, decidí subir a su habitación, en el ático de la casa, encima de las habitaciones de los demás criados y llamé con los nudillos suavemente a su puerta.

Antes de aquel momento habían sido pocas las veces que había tenido motivo para entrar en su habitación. Su sobriedad y sus pequeñas dimensiones volvieron, pues, a sorprenderme.

Recuerdo que tuve la impresión de entrar en una celda, no sólo por el tamaño del cuarto o la desnudez de las paredes, también influyó en ello la palidez de la luz que entraba a aquellas horas. Mi padre, además, había abierto las cortinas y se hallaba, recién afeitado y con el uniforme puesto, sentado al borde de la cama. Supuse, por tanto, que había estado con templando el amanecer. Era, al menos, la única deducción posible, dado que desde el ventanuco de su habitación sólo se alcanzaban a ver tejados y canalones. La lámpara de aceite que tenía junto a la cama estaba apagada, y al ver que mi padre miraba con reproche la lámpara que yo había llevado conmigo para alumbrarme el camino por la endeble escalera, bajé inmediatamente la llama. La palidez de la luz que entraba en la habitación me resultó, por lo tanto, más perceptible, así como el modo en que esta misma luz resaltaba los rasgos ajados y ásperos, aunque todavía imponentes, del rostro de mi padre.

—¡Oh! —exclamé sonriendo—, debía de haber supuesto que ya estaría usted en pie dispuesto a empezar el día.

—Hace tres horas que estoy levantado —dijo mirándome fríamente de arriba abajo.

—Espero que la artritis no le haya impedido dormir.

—Duermo lo justo.

Mi padre se inclinó hacia la única silla que había en la habitación, una sillita de madera, y, apoyándose con las manos en el respaldo, se levantó. Al verle en pie frente a mí, no supe si el hecho de permanecer encorvado se debía a su enfermedad o a la costumbre de tener que adaptarse al pronunciado declive del techo de la habitación.

—Padre, he venido porque tengo algo que decirle.

—Dime lo que sea con rapidez y concisión. No tengo toda la mañana para oír tus discursos.

—Muy bien, entonces iré al grano.

—Ve al grano y punto, que algunos tenemos trabajo que hacer.

—Está bien. Si lo que quiere es que sea breve, acataré sus órdenes. Se trata de lo siguiente: sus problemas de salud han llegado a un punto en que incluso las tareas de un ayudante de mayordomo exceden sus capacidades. Nuestro señor estima, y yo también, que si continúa usted desempeñando las mismas funciones que hasta ahora, el buen funcionamiento de la casa puede verse en peligro, y, sobre todo, la importante reunión a nivel internacional que tendrá lugar la semana próxima.

El rostro de mi padre, a media luz, no dejó entrever emoción alguna.

—Hemos considerado, principalmente —proseguí—, que se le exima de servir la mesa, haya o no invitados.

—En los últimos cincuenta y cuatro años he servido diariamente la mesa —replicó mi padre con voz completamente serena.

—Hemos acordado, además, que no lleve usted bandejas cargadas, de la clase que sean, aunque se trate de distancias cortas. Ante tales limitaciones, y sabiendo que gusta usted de la brevedad, he elaborado una lista con las labores que, a partir de ahora, deberá llevar a cabo.

Fui incapaz de entregarle el pedazo de papel que tenía en la mano y decidí, por lo tanto, dejárselo a los pies de la cama.

Mi padre lanzó una mirada al papel y después se volvió hacia mí. Su rostro seguía impermeable a cualquier emoción y sus manos, que descansaban en el respaldo de la silla, estaban totalmente distendidas. Encorvado o no, era imposible no recordar la impresión que causaba su aspecto físico, el mismo aspecto que en otra época había logrado serenar la

embriaguez de dos caballeros en el asiento trasero de un coche. Mi padre, finalmente, dijo:

—Si me caí el otro día fue culpa de los peldaños. Están gastados. Habría que decirle a Seamus que los arregle antes de que a alguien le ocurra el mismo percance.

—Por supuesto. De cualquier modo, ¿me da usted su palabra de que leerá atentamente esta hoja —Habría que decirle a Seamus que arreglase esos peldaños, sobre todo, antes de que empiecen a llegar de Europa esos caballeros.

—Por supuesto, padre. Ahora, le ruego que me disculpe.

Los acontecimientos de la tarde de verano a que se refería miss Kenton en su carta sucedieron poco tiempo después de este encuentro; es posible, incluso, que ocurrieran la tarde de aquel mismo día. No recuerdo por qué motivo subí al último piso de la casa, donde las habitaciones para los invitados se suceden a lo largo del pasillo. Sólo tengo un vivo recuerdo, como creo que ya he dicho anteriormente, de los haces color naranja que atravesaban los umbrales de las puertas, trayendo hasta el pasillo los últimos rayos del día. Y fue al pasar por delante de estas habitaciones, que nadie utilizaba, cuando oí que la silueta de miss Kenton, frente a la ventana de una de las habitaciones, me llamaba. Pensándolo bien, cuando me viene a la memoria el modo en que miss Kenton me hablaba de mi padre desde que llegó a Darlington Hall, no es de extrañar que durante todos estos años haya conservado el recuerdo de aquella tarde. Y no me cabe la menor duda de que, mientras contemplábamos la figura de mi padre desde la ventana, miss Kenton sintiese cierto sentimiento de culpa. La sombra de los chopos cubría gran parte del césped, aunque el rincón donde la hierba subía en pendiente hasta el cenador todavía recibía los rayos del sol. Mi padre estaba de pie junto a los peldaños de piedra, sumido en sus pensamientos. La brisa despeinaba ligeramente su cabello. De pronto, vimos que ascendía despacio por los peldaños. Arriba, se dio la vuelta y volvió a bajarlos, esta vez más deprisa. Volviéndose de nuevo, se quedó unos instantes quieto, sin dejar de observar los peldaños. A paso lento, volvió a subirlos, aunque esta vez siguió avanzando por la hierba hasta llegar casi al cenador, momento en que, sin apartar los ojos del suelo, hizo el mismo recorrido. En realidad, el mejor modo de describir el comportamiento de mi padre durante aquellos momentos sería citar la frase que miss Kenton escribió en su carta. Fue, efectivamente, «como si esperase encontrar alguna piedra preciosa que

hubiese perdido».

Veo que estos recuerdos están haciendo que me preocupe, lo cual quizá sea un poco absurdo. Después de todo, pocas veces tengo la oportunidad de saborear las múltiples maravillas del paisaje inglés, y este viaje es una de ellas. Por lo tanto, si me distraigo demasiado sé que después lo lamentaré. Me acabo de dar cuenta de que todavía me quedan por relatar todos los detalles de mi viaje hasta esta ciudad. En realidad, sólo he mencionado brevemente mi parada en lo alto de la colina al iniciar el trayecto, y considerando lo mucho que ayer disfruté con el viaje, olvidarme de estos detalles ha sido un verdadero lapsus.

El viaje hasta Salisbury lo había planeado con mucho cuidado, evitando al máximo las carreteras principales. Era un recorrido que, a juicio de muchos, podría resultar innecesariamente tortuoso, pero que me permitía adentrarme en un buen número de paisajes recomendados por mistress Symons en su excelente obra. Debo añadir, por tanto, que el circuito me entusiasmaba. Gran parte del trayecto discurría a través de campos de cultivo, entre caminos impregnados del agradable aroma de los prados, y a ratos aminoraba al máximo la marcha del Ford para apreciar mejor el valle o el riachuelo que estuviese cruzando. No obstante, hasta cerca ya de Salisbury no volví a bajarme del coche.

Recuerdo que fue bajando por una carretera larga y recta, bordeada de extensos prados. Era un punto en que el paisaje se volvía llano, con una panorámica tan despejada que la vista abarcaba todas las direcciones hasta alcanzar la aguja de la catedral de Salisbury, que dominaba la línea del horizonte. Me sentí de pronto más tranquilo y, a partir de aquel momento, seguí conduciendo con gran lentitud, es posible que a una velocidad no superior a veinticinco kilómetros por hora, lo cual ya era ir despacio, puesto que una gallina vino a cruzarse con total parsimonia y la vi justo a tiempo. Detuve el coche a menos de medio metro del ave, que a su vez también se quedó parada, justo frente a mí, en medio de la carretera. Al ver que pasado un rato no se movía, recurrí a la bocina del coche, aunque el intento tuvo como único efecto que el animal empezase a picotear algo que había en el suelo. Exasperado, decidí bajar del coche y, con un pie todavía en el estribo, oí la voz de una mujer que decía:

—Disculpe, señor.

Miré mi alrededor y vi que acababa de pasar junto a una granja que

lindaba con la carretera. Sin duda, al oír la bocina, la mujer con su delantal puesto había salido corriendo. Pasando por delante de mí, recogió la gallina del suelo y, acurrucándola en sus brazos, volvió a disculparse. Tras asegurarse de que no le había hecho ningún daño a la gallina, me dijo:

—Gracias por pararse y no atropellar a mi pobre Nellie. Es muy buena, y nos da unos huevos enormes. En su vida habrá visto usted nada igual. Ha sido muy amable. A lo mejor tenía prisa.

—Oh, no, en absoluto. No tengo ninguna prisa —dije yo con una sonrisa—. Desde hace muchos años, es la primera vez que dispongo del tiempo a mi gusto, y le aseguro que es una experiencia muy agradable. Voy en coche simplemente por el placer de conducir.

—Qué bien. Supongo que se dirige usted hacia Salisbury.

—Así es. De hecho, aquello que se ve al fondo es la catedral, ¿no? Me han dicho que es una construcción magnífica.

—Es cierto, señor. Es muy bonita. Bueno, para serle sincera, voy muy poco a Salisbury, o sea que realmente no puedo decirle cómo es de cerca. Pero le diré que hay días en que desde aquí se ve muy bien la torre, y otros en que, con la niebla, es como si desapareciese por completo. Pero ya ve usted, en días de sol como hoy, hay una vista muy bonita.

—Es magnífica.

—Le agradezco tanto que no haya atropellado a Nellie... Hace tres años nos atropellaron a una tortuga, justo en este sitio. Nos dolió de un modo terrible.

—Lo sentirían ustedes mucho —dije con desgana.

—Sí, señor. Hay gente que cree que los campesinos estamos acostumbrados a que se hiera o se mate a los animales, pero no es cierto. Mi hijo pequeño se pasó llorando varios días. Gracias por no haber atropellado a Nellie. Si le apetece tomar un té, ya que ha bajado y todo, está usted invitado. Le dará fuerzas para el camino.

—Es usted muy amable, pero tengo que seguir, de verdad. No quisiera llegar muy tarde a Salisbury, si no, no podré ver los múltiples encantos de la ciudad.

—Claro, señor. En fin, le doy otra vez las gracias.

Me puse de nuevo en marcha, conduciendo el coche. Con la misma lentitud que antes, temiendo, quizá, que se cruzase en mi camino alguna otra criatura del campo. Debo decir que este breve encuentro me había puesto de muy buen humor. El hecho de agradecerme una deferencia tan simple y la

sencillez con que se me había tratado me hicieron sentirme sumamente eufórico ante la empresa que me esperaba. Con tal estado de ánimo seguí, por tanto, hasta llegar a Salisbury.

Debería volver unos instantes, sin embargo, al tema de mi padre, ya que me parece que antes he podido dar la impresión de haber sido demasiado brusco con él al tratar el asunto de su pérdida de facultades. El caso es que no había otra forma posible de abordar el tema, y estarán ustedes de acuerdo conmigo cuando les haya explicado las circunstancias en que transcurrieron aquellos días. Para ser más exactos, el importante encuentro internacional que tendría como escenario Darlington Hall era un hecho que se cernía ante nosotros y no dejaba lugar a la tolerancia o, simplemente, a «andarnos por las ramas». Es importante señalar, además, que aunque Darlington Hall estaba destinado a albergar otros muchos acontecimientos de igual notoriedad durante aproximadamente los quince años siguientes, la conferencia de marzo de 1924 era la primera. Por mi, supongo, escasa experiencia, no era partidario de encomendarme al azar. De hecho, pienso a menudo en aquella conferencia y, por muchos motivos, considero que constituyó un momento clave de mi vida. En realidad, creo que para mi carrera significó justo el momento en que, como mayordomo, me convertí en adulto. No estoy diciendo que me convirtiese necesariamente en un «gran» mayordomo —no soy yo quien debe formular semejante juicio, pero si algún día alguien afirmara que en el transcurso de mi carrera he llegado a adquirir un mínimo de esta cualidad primordial que es la «dignidad», ese alguien tomaría como punto de referencia, y como momento en que por primera vez demostré estar capacitado para adquirir dicha virtud, el encuentro de marzo de 1924. Fue uno de esos acontecimientos que, al presentarse en un momento crucial de la vida de una persona, suponen la prueba de fuego y el desafío con que medir el límite de sus posibilidades, de modo que posteriormente esa persona ve en ellos un nuevo baremo a partir del cual puede juzgarse. Naturalmente, también fue un encuentro memorable por otros motivos que a continuación quisiera explicarles.

La conferencia de 1924 fue la culminación del proyecto que lord Darlington había planeado desde hacía tiempo. Considerando los hechos con la perspectiva que da el tiempo, es evidente que mi señor llevaba tres años o más programando aquel momento. Que yo recuerde, cuando se redactó el tratado de paz, al finalizar la Gran Guerra, no se mostró, en principio, muy

inclinado a ello, y creo que es justo decir que no fue el tratado en sí lo que posteriormente despertó su interés, sino su amistad con el señor Karl—Heinz Bremann.

El señor Bremann visitó por primera vez Darlington Hall, vestido todavía con su uniforme de oficial, poco tiempo después de terminar la guerra, y para todos resultó evidente que entre lord Darlington y él había nacido una estrecha amistad.

Para mí no fue ninguna sorpresa, ya que, a primera vista, se veía que el señor Bremann era un perfecto caballero. Tras dejar el ejército alemán, durante los dos años siguientes volvió varias veces a Darlington Hall, a intervalos bastante regulares, y según se sucedían las visitas su aspecto físico iba decayendo.

Sus ropas eran cada vez más pobres y su talle más delgado, sus ojos transparentaban una sensación de acoso y, las últimas veces que estuvo de visita, pasaba largos intervalos de tiempo con la mirada perdida en el espacio, totalmente ausente y sin reparar en la presencia de mi señor o en las palabras que le dirigiesen. Llegué a pensar que el señor Bremann sufría una grave enfermedad, pero algunos comentarios de mi patrón al respecto me hicieron ver que estaba equivocado.

Debió de ser a finales de 1920 cuando lord Darlington emprendió el primero de sus viajes a Berlín, el cual le causó una penosa impresión. A su vuelta, pasó varios días invadido por un profundo pesar, y recuerdo que uno de esos días, como respuesta a mi interés por saber si el viaje había sido agradable, me dijo:

—Me siento perturbado, Stevens, muy perturbado. No podemos seguir tratando de este modo a un enemigo que ha sido derrotado. Es deshonroso para nosotros y contrario a las costumbres de este país.

En relación con este mismo asunto, hay, sin embargo, otro recuerdo que me ha quedado profundamente grabado. Hoy día, el antiguo comedor de gala ya no tiene mesa, pues mister Farraday ha convertido el espacioso salón, con sus altos y magníficos techos, en una especie de galería. No obstante, en la época de lord Darlington la sala se destinaba, con su gran mesa, a banquetes que reunían a cincuenta o más invitados. En realidad, el comedor de gala es tan espacioso que, cuando era necesario, se añadían a la mesa principal otras más pequeñas hasta acomodar a un centenar de invitados. Evidentemente, los días normales, lord Darlington, como ahora mister Farraday, comía en el comedor, en un ambiente más íntimo, ideal para reunir, como máximo, a una

docena de personas. Aquella noche de invierno a la que me estaba refiriendo, lord Darlington cenó en el gran comedor de gala con un solo invitado, creo que sir Richard Fox, un colega suyo de la época en que trabajó en el Ministerio de Asuntos Exteriores; el otro comedor estaba, no recuerdo por qué motivo, inhabilitado. Sin duda convendrán conmigo en que servir una cena sólo para dos constituye para un mayordomo una situación en extremo delicada. Personalmente, prefiero servir a un solo comensal, aunque se trate de un completo desconocido. Cuando hay únicamente dos comensales, no importa que uno de ellos sea el patrón, resulta más difícil lograr ese equilibrio esencial a la hora de servir que consiste en mostrarse atento y ausente al mismo tiempo. En esta clase de situaciones siempre nos asalta la sospecha de que nuestra presencia es un obstáculo que dificulta la conversación.

En aquella ocasión, gran parte de la sala permanecía a oscuras, y los dos caballeros estaban sentados uno al lado del otro, en mitad de la mesa, dado que era demasiado ancha para que se hubiesen sentado frente a frente, dentro del círculo que formaba la luz de las velas y delante de la chimenea. Decidí reducir al máximo mi presencia retirándome hacia el lado de las sombras, a una distancia de la mesa mayor que la que normalmente habría sido correcta. Evidentemente, el gran inconveniente de esta estrategia era que, cada vez que me dirigía hacia la luz para servir a ambos caballeros, mis pasos resonaban con fuerza antes de llegar a la mesa, anunciando mi inminente llegada de un modo extremadamente aparatoso. El gran mérito de esta estrategia era, sin embargo, que me permitía mantenerme medio escondido durante los momentos en que permanecía inmóvil. Y fue en uno de esos momentos en que me encontraba escondido en las sombras, a cierta distancia de los dos caballeros aposentados en medio de las sillas vacías, cuando entre las grandes paredes de la sala resonó intensamente la voz de lord Darlington que, con su tono cálido y tranquilo de siempre, habló del señor Bremann.

—Fue mi enemigo —dijo—, pero siempre se comportó como un caballero. Durante los seis meses que combatimos el uno contra el otro nuestro trato fue siempre cordial. Era un caballero que cumplía con su deber y, por este motivo, nunca le guardé ningún rencor. Un día le dije: «Escúchame bien, ahora somos enemigos y combatiré contra ti con todas mis fuerzas. Pero cuando este lamentable asunto haya terminado, ya no estaremos obligados a seguir luchando y podremos brindar juntos». Lo lamentable es que con este tratado quedo como un embustero. Le dije que una vez acabara todo ya no seríamos enemigos, ¿cómo le voy a decir ahora, cara a cara, que



nada ha cambiado?

Y aquella misma noche, un poco más tarde, mi señor dijo mientras movía negativamente la cabeza con gesto un tanto duro:

—Luché en aquella guerra para que siguiera reinando la justicia en el mundo y no para fomentar ningún tipo de venganza contra el pueblo alemán, al menos que yo supiera.

Y aún hoy, cuando oigo hablar a alguien de mi señor, o cuando escucho los razonamientos ridículos con que la gente pretende explicar su comportamiento —dos cosas que hoy día me ocurren con demasiada frecuencia—, me gusta rememorar aquel momento en que, en el comedor de gala casi vacío, pronunció tan sentidas palabras, y, a pesar de las complicaciones que posteriormente fueron brotando en el transcurso de su vida, siempre tendré la certeza de que el móvil de todas sus acciones fue ver triunfar «la justicia en el mundo». Poco tiempo después de aquella noche, conocimos la triste noticia de que el señor Bremann se había pegado un tiro en un tren, entre Hamburgo y Berlín. Como es natural, mi señor se sintió muy compungido e inmediatamente hizo planes para enviar a la señora Bremann algún dinero y un mensaje de pésame. No obstante, tras varios días de esfuerzos, durante los cuales también contó con mi ayuda, mi señor no logró averiguar el paradero de ninguno de los miembros de la familia Bremann. Al parecer, el señor Bremann se había quedado durante un tiempo sin casa y su familia se había dispersado.

Aunque lord Darlington hubiese desconocido la gravedad de estos hechos, a mi juicio habría actuado con la misma celeridad. Era el comportamiento que le dictaban su naturaleza y su profundo deseo de acabar con tanta injusticia y sufrimiento. Así, durante las semanas que siguieron a la muerte del señor Bremann, la crisis de Alemania fue un tema que iba absorbiendo cada día más horas del tiempo de mi señor. Caballeros muy conocidos y poderosos empezaron a venir a casa de forma regular. Entre ellos recuerdo a celebridades como lord Daniels, el profesor Maynard Keynes y H. G. Wells, el famoso escritor, así como a otros personajes que no puedo citar, ya que nos visitaban de forma «extraoficial» celebridades que, en compañía de mi señor, se encerraban con frecuencia a conversar durante horas.

La visita de algunos invitados era tan «extraoficial» que en ocasiones se me daban órdenes de mantener en secreto, ante el resto del personal, su identidad. En algunos casos, incluso se me daban órdenes para que no les vieran. Debo añadir no obstante, con gran agradecimiento y orgullo, que lord

Darlington nunca hizo esfuerzo alguno por privarme de ver u oír nada. Recuerdo que en numerosas ocasiones alguno de estos personajes solía quedarse de pronto callado en mitad de una frase, volviendo cautelosamente su mirada hacia mí. Y ante esta actitud mi señor comentaba:

—No se preocupe. Delante de Stevens puede usted hablar tranquilo, se lo aseguro.

Así, durante aproximadamente dos años después de la muerte del señor Bremann, mi señor y sir David Cardinal, su más íntimo aliado en aquella época, lograron reunir a un amplio círculo de celebridades, todas las cuales coincidían en que la situación en Alemania era ya insostenible. Y no sólo había ingleses y alemanes, también venían belgas, franceses, italianos y suizos. Entre ellos se contaban diplomáticos y políticos de importancia, clérigos distinguidos, militares retirados, escritores y pensadores. Algunos de estos caballeros tenían la firme convicción, al igual que mi señor, de que en Versalles no se había jugado limpio y de que era inmoral seguir castigando a una nación por una guerra que ya había terminado. Otros, naturalmente, mostraban menos preocupación por Alemania o por sus habitantes, pero pensaban que el caos económico del país, si no se frenaba, podía extenderse con rapidez al resto del mundo.

A finales de 1922 mi señor ya encaminaba sus esfuerzos hacia un objetivo concreto, a saber, reunir en Darlington Hall a los caballeros más influyentes que había conseguido poner de su parte, con el fin de organizar un encuentro internacional «extraoficial» en el que se discutiese de qué modo sería posible hacer revisar las duras condiciones del tratado de Versalles. Sólo que, para que el encuentro surtiese efecto en los foros internacionales «oficiales», debía tener suficiente peso. De hecho, ya se habían celebrado varios encuentros con el propósito de revisar el tratado. El único resultado, sin embargo, había sido crear mayor confusión y resentimiento. Nuestro primer ministro de entonces, Lloyd George, organizó en aquellos días un gran congreso que se celebraría en Italia, en la primavera de 1922, por lo que la primera intención de mi señor fue organizar una reunión en Darlington Hall con el fin de garantizar que dicho acontecimiento tuviese un resultado positivo, pero, a pesar de todos los esfuerzos de mi señor y de sir David, el plazo previsto para la reunión resultó demasiado corto. La conferencia planeada por mister Lloyd George también quedó en el aire, siendo éste el motivo que impulsó a mi señor a organizar un gran encuentro que tendría lugar en Suiza durante el año siguiente.

Recuerdo una mañana, más o menos a esta misma hora, en que le llevé el café a Lord Darlington al salón donde siempre desayunaba. Al abrir el *Times* me dijo con tono de desagrado:

—Son los franceses. De verdad, Stevens, son los franceses.

—Sí, señor.

—Y que el mundo nos vea como grandes amigos... Al pensarlo le entran a uno ganas de llorar.

—Sí, señor.

—La última vez que estuve en Berlín, el barón Overath, un buen amigo de mi padre, me dijo: «¿Por qué nos hacen esto? ¿No ve que así no podemos seguir?». Y le aseguro que bien tentado me vi de decirle que todo era culpa de esos miserables franceses. Y me habría gustado hacerle ver que los ingleses no actuábamos así, pero claro, me imagino que esas cosas no se pueden hacer. No se puede hablar mal de nuestros queridos aliados.

El hecho de que Francia fuese el país más reacio a eximir a Alemania de las duras cláusulas del tratado de Versalles hacía mucho más urgente la necesidad de invitar al encuentro de Darlington Hall a algún caballero francés con verdadera influencia en la política exterior de su país. Y, efectivamente, en varias ocasiones le oí decir a mi señor que, a su juicio, sin la participación de una persona así, la cuestión alemana podía convertirse en un simple tema anodino de conversación. Sir David y mi señor se dispusieron, por tanto, a abordar la última fase de los preparativos. Cualquiera que hubiese contemplado la firme resolución y la perseverancia que supieron mostrar ante los repetidos desengaños, se habría sentido verdaderamente empujado. De Darlington Hall salieron innumerables cartas y telegramas, y mi señor hizo tres viajes a París en sólo dos meses. Finalmente, quedó confirmado que un muy ilustre caballero francés, al que llamaré monsieur Dupont, asistiría a la reunión de un modo estrictamente «extraoficial». Entonces fue cuando se fijó la fecha de la conferencia, a saber, marzo de 1923, una fecha memorable.

A medida que se acercaba aquella fecha, las responsabilidades que vi pesar sobre mí, aunque más modestas que las que debía sobrellevar mi señor, eran, no obstante, de gran trascendencia. Por mi parte, sabía muy bien que si un solo huésped se sentía mínimamente incómodo en Darlington Hall las repercusiones que podría tener eran de una magnitud inimaginable. Mi labor se complicaba, además, por el hecho de que desconocía el número de las personas que asistirían. Dado que el encuentro era de alto nivel, se había

limitado el número de participantes a catorce distinguidos caballeros y dos damas: una condesa alemana y la formidable mistress Eleanor Austin, que por aquella época aún vivía en Berlín. Resultaba imposible, sin embargo, saber a ciencia cierta el número exacto de personas que vendrían, porque era de suponer que cada uno de los invitados traería consigo a secretarios, ayudas de cámara e intérpretes. Era natural, además, que algunos de los asistentes llegasen a Darlington Hall unos días antes de los tres reservados para el encuentro, con el fin de preparar el terreno y tantear a las distintas partes. El problema era, de nuevo, que no se sabían las fechas de su llegada. Estaba claro, por tanto, que la servidumbre no sólo tendría que esforzarse al máximo y estar siempre alerta, sino que también tendría que mostrarse extraordinariamente flexible. Durante un tiempo, llegué a pensar que para vencer este enorme reto que se nos avecinaba sería necesario contratar a personal de fuera, aunque esta opción, aparte de los celos que podía despertar en mi señor de cara a los posibles rumores, implicaba que yo, por mi parte, debía contar con una serie de incógnitas en unas circunstancias en las que el menor error podía costar muy caro. Así, empecé a planear lo necesario para los días que se acercaban, del mismo modo, supongo, que un general planifica sus batallas. Concienzudamente ideé un plan especial que permitiera a la servidumbre responder a todos los imprevistos que pudiesen surgir. Analicé todas las deficiencias de nuestro personal y elaboré una serie de planes con los que poder subsanar estas carencias en caso de que saliesen a la luz. Llegué incluso a pronunciar ante los criados todo un discurso «edificante» al estilo militar, haciendo hincapié en la idea de que, aunque tuviesen que trabajar a un ritmo extenuante, debían sentirse muy orgullosos de ofrecer sus servicios durante los días venideros. «Probablemente serán días que harán historia», les dije. Y sabiendo que no soy una persona que guste de elocuentes exageraciones, entendieron muy bien que se avecinaba algún acontecimiento importante.

Imaginarán ustedes cuál era el ambiente que reinaba en Darlington Hall el día en que mi padre se cayó enfrente del cenador, cuando no faltaban más que dos semanas para que, en principio, llegase el primer asistente al encuentro, y a qué me estaba refiriendo al decir que no había tiempo para «andarnos por las ramas». En cualquier caso, mi padre descubrió enseguida un sistema para vencer las limitaciones que la orden de no transportar bandejas cargadas suponía para él. Así, la silueta de mi padre arrastrando un carrito repleto de fregonas, artículos de limpieza, cepillos dispuestos sin

ningún orden, pero muy pulcramente, junto a teteras, tazas y platillos, un carrito que a veces más bien semejava el de un vendedor ambulante, se convirtió en una imagen habitual en la casa. Naturalmente, hubo de renunciar al derecho de servir en el comedor, aunque el disponer del carrito le permitió seguir cumpliendo con buen número de funciones. De hecho, conforme se iba acercando la fecha del encuentro, fue operándose en mi padre un cambio sorprendente. Era como si una fuerza sobrenatural se hubiese apoderado de él y le hubiese quitado veinte años de encima. El rostro hundido que había mostrado en días anteriores casi había desaparecido, y todas sus tareas las realizaba con tal ímpetu que, a los ojos de un extraño, habríase dicho que, en lugar de una sola, eran varias las siluetas con carritos que recorrían los pasillos de Darlington Hall.

En cuanto a miss Kenton, creo recordar que la tensión creciente que reinó aquellos días en la casa tuvo sus efectos sobre ella. Recuerdo, por ejemplo, el día que me la encontré en el pasillo de servicio. Este pasillo, cuya función es servir de espina dorsal a las habitaciones del servicio, era un lugar bastante sombrío por la poca luz que iluminaba la considerable longitud que ocupaba, e incluso los días de sol estaba tan oscuro que cruzarlo era como atravesar un túnel. Aquel día, de no ser por el ruido de pasos que oí acercarse hacia mí retumbando en la madera del suelo, no habría podido reconocerla basándome sólo en su figura. Al verla acercarse me detuve en uno de los pocos haces de luz que convergían contra el suelo y dije:

—¡Ejem! Miss Kenton...

—¿Sí, mister Stevens?

—No sé si debo recordarle que la ropa de cama del piso de arriba tiene que estar lista a más tardar mañana.

—Todo está preparado.

—Me alegro de que así sea. Es sólo que de pronto me he acordado.

Tras estas palabras, me dispuse a seguir mi camino, pero miss Kenton permaneció inmóvil. Dio un paso hacia mí, y la expresión de enojo que mostraba su cara quedó iluminada por un rayo de luz.

—No sé si sabe que tengo muchísimo trabajo y, desgraciadamente, no dispongo de un solo minuto para mí. Ya me gustaría disfrutar de todo el tiempo libre que, al parecer, tiene usted. Me pondría a dar vueltas por la casa recordándole cuáles son *sus* quehaceres.

—Está bien, miss Kenton, no hay razón para ponerse así. Sólo he querido estar seguro de que no se había olvidado de...

—Mister Stevens, ésta es ya la cuarta o quinta vez que quiere usted estar seguro en los últimos dos días. Me parece muy raro que pueda permitirse pasar tanto tiempo de un rincón a otro de la casa, molestando a los demás con sus comentarios gratuitos.

—Si de verdad cree que dispongo de mucho tiempo, es que, evidentemente, tiene una gran falta de experiencia. Confío en que durante los próximos años se forme usted una clara idea de lo que ocurre en una casa como ésta.

—Siempre está hablando de mi «gran falta de experiencia», pero nunca consigue encontrarme fallos. De otro modo, ya hace tiempo que me los habría echado en cara, sí, y no se andaría con rodeos. Ahora ya le he dicho que tengo mucho que hacer y le agradecería que no me siguiese por todas partes interrumpiéndome continuamente. Si dispone de tanto tiempo libre, haría mejor en pasarlo tomando un poco de aire fresco.

Se alejó de mí por el pasillo, con paso enérgico. Decidí que era mejor no dar importancia a lo ocurrido y también yo seguí mi camino. Cuando casi había llegado a la puerta de la cocina, oí que sus pasos furibundos se acercaban.

—Otra cosa —me dijo—, de ahora en adelante no quiero que me dirija la palabra.

—Pero... ¿sabe lo que está diciendo?

—Si tiene que transmitirme algún mensaje, le ruego que lo haga a través de otra persona. También puede hacerlo por escrito y darle la nota a alguien para que me la pase. Estoy segura de que así ambos podremos trabajar de forma mucho más agradable.

—Pero... miss Kenton...

—Ahora estoy muy ocupada, mister Stevens. Si el mensaje es muy complicado, puede escribirme una nota. De otro modo puede decírselo a Martha o a Dorothy, o a cualquiera de los hombres del servicio a los que usted considere de bastante confianza. Mi deber ahora es seguir trabajando y dejarle con sus paseos.

Aunque el comportamiento de miss Kenton me irritó sobremanera, no pude permitirme pensar demasiado en el asunto, pues para entonces los primeros invitados ya estaban entre nosotros. Los representantes extranjeros llegarían dos o tres días más tarde, pero los tres caballeros a los que mi señor llamaba su «equipo local», dos ministros adjuntos del *Foreign Office* que asistían de modo totalmente «extraoficial» y sir David Cardinal, habían

llegado antes para preparar el terreno lo más concienzudamente posible. Como siempre, nada me impidió entrar y salir de las habitaciones donde se encontraban los invitados enzarzados en sus discusiones y, gracias a esta falta de cautela frente a mí, pude hacerme una idea de la disposición que en general predominaba en aquella fase del encuentro. Naturalmente, mi señor y sus colegas se pasaban la información más exacta posible sobre los participantes que se esperaban, aunque el mayor motivo de preocupación lo constituía monsieur Dupont, el caballero francés, y sus posibles amistades o enemistades. De hecho, creo que en una ocasión entré en el salón de fumar y oí decir a uno de los caballeros:

—En realidad, el futuro de Europa puede depender de la habilidad que tengamos para poner a Dupont de nuestro lado.

Fue en esta primera fase de las conversaciones cuando mi señor me confió una misión tan poco corriente que quedó grabada en mi memoria hasta el día de hoy, de igual modo que otros acontecimientos, por razones obvias mucho más inolvidables, que tendrían lugar a lo largo de aquella singular semana. Lord Darlington me pidió que entrara en su estudio y, nada más mirarle, vi que estaba intranquilo. Se sentó a su mesa y, como era costumbre en él, cogió un libro abierto, el *Who's Who* esta vez, Y empezó a pellizcar una hoja.

—Stevens —dijo fingiéndose indiferente, aunque sin saber cómo seguir. Yo permanecí en pie, dispuesto a aliviar su desazón en cuanto me fuese posible, pero mi señor siguió manoseando la hoja hasta que, pasados unos instantes, inclinándose para otear una de las puertas, me dijo—: Stevens, sé que lo que voy a pedirle no es algo habitual.

—¿Sí?

—Verá, ahora mismo ocupan mi mente cosas muy importantes.

—Será un placer servirle, señor.

—Siento tener que pedirle algo semejante. Sé que está usted muy ocupado, pero no sé cómo demonios resolver este asunto.

Mi señor volvió a ocuparse del *Who's Who* mientras yo seguía esperando. Al cabo de un rato, me dijo sin mirarme:

—Supongo que está usted al tanto de los misterios de la naturaleza.

—¿Cómo dice, señor?

—Sí, Stevens, los pájaros, las abejas... los misterios de la naturaleza, ya sabe.

—Creo que no sé a qué se refiere, señor. —Le hablaré más claro. Sir

David es un gran amigo mío, y en la organización de esta conferencia ha desempeñado un papel inapreciable. Diría incluso que, sin su ayuda, no habríamos conseguido que monsieur Dupont aceptara venir.

—Ciertamente, señor.

—Con todo, Stevens, debo decir que sir David tiene sus rarezas. Como sabe, ha venido con su hijo Reginald, que le hará de secretario. El caso es que está a punto de casarse. Reginald, claro.

—Sí, señor.

—Durante estos últimos cinco años, sir David ha intentado contarle a su hijo cuáles son los misterios de la naturaleza. Piense que el joven tiene ahora veintitrés años.

—Así es, señor.

—En fin, iré al grano. Resulta que el padrino de este caballereito soy yo, y, por este motivo, sir David me ha pedido que le haga saber al muchacho qué son los misterios de la naturaleza.

—Sí, señor.

—Es que sir David considera que se trata de una tarea bastante penosa y teme que llegará el día de la boda y aún no habrá podido acometerla.

—Sí, señor.

—El caso es que ahora estoy enormemente ocupado. Sir David debería ser consciente de ello, sin embargo, me pide que haga esto, que no es ninguna tontería.

Mi señor se quedó en silencio durante un rato, y siguió examinando su hoja.

—Si no me equivoco —dije yo—, lo que desea es que sea yo quien dé a conocer al joven esa información.

—Si no le molesta... Cada dos por tres, sir David me pregunta si ya lo he hecho. Si me ayuda, me quitará un buen peso de encima.

—Lo entiendo, señor. En unas circunstancias tan difíciles como las actuales, no debe de ser una tarea agradable.

—Y además está muy por encima de mis responsabilidades.

—Haré todo lo que pueda, señor, aunque quizá me resulte difícil dar con el momento apropiado.

—Sólo con que lo intente le estaré eternamente agradecido. Es muy amable, Stevens. No hace falta que dé usted grandes explicaciones, con cuatro cosas basta. Si me permite un consejo, hablele claro.

—Sí, señor. Haré lo que pueda.



—No sabe cómo se lo agradezco, Stevens. Y, por favor, manténgame informado.

Como imaginarán ustedes, el ruego de mi señor me dejó algo desconcertado. Se trataba de un asunto sobre el que, normalmente, habría tenido que reflexionar durante algún tiempo, pero al plantearseme de aquel modo, en un momento en que estaba tan ocupado, no podía permitirme distraerme demasiado. Así que decidí despacharlo en cuanto se presentase la primera oportunidad. Según recuerdo, más o menos una hora después de que se me hubiese confiado semejante misión pude comprobar que el joven mister Cardinal se encontraba solo en la biblioteca, sentado en uno de los escritorios, absorto en unos documentos. Visto de cerca, era fácil comprender los reparos que sentía mi señor, así como los que sentía el padre del joven. El ahijado de mi señor era un caballereite serio y cultivado, con unas facciones muy finas. Dado el tema que iba a tratar, habría preferido tener ante mí a un joven más alegre, a un joven, digamos, más frívolo. En cualquier caso, decidido como estaba a dar por concluido el asunto lo antes posible, me adentré en la biblioteca y, a unos pasos de distancia del escritorio de mister Cardinal, tosí discretamente.

—Discúlpeme, señor, pero debo transmitirle un mensaje.

—¿Sí? —dijo mister Cardinal en tono apremiante, apartando la mirada de sus papeles—. ¿Trae un mensaje de mi padre?

—Sí, señor. Exactamente.

—Un momento.

El joven se inclinó para abrir su maletín, que tenía junto a los pies, y sacó un cuaderno y un lápiz.

—Dispare.

Volví a toser e intenté dar a mi voz el tono más neutro posible.

—El deseo de sir David es que usted sepa, señor, que las damas y los caballeros difieren en varios aspectos que son fundamentales.

Supongo que, tras decir estas palabras, debí de hacer una pausa antes de proseguir, ya que mister Cardinal suspiró y dijo:

—De sobra lo sé, Stevens. Y ahora le ruego que vaya al grano.

—¿Lo sabe usted, señor?

—Mi padre siempre me ha infravalorado. Le diré que es un tema que he investigado a fondo y sobre el cual he leído mucho.

—¿De verdad?

—En realidad, durante estos últimos meses prácticamente no he pensado en otra cosa.

—En ese caso, mi mensaje puede resultar superfluo.

—Puede usted decirle a mi padre que es un tema sobre el que estoy muy bien documentado. Este maletín —dijo empujándolo ligeramente con el pie— está repleto de notas que abarcan todos los ángulos posibles e imaginables.

—¿De veras, señor?

—Realmente, creo que me he planteado todas las variaciones de que es capaz la mente humana. Le ruego que, a este respecto, tranquilice usted a mi padre.

—Así lo haré, señor.

Mister Cardinal pareció tranquilizarse. Volvió a darle otro puntapié al maletín, aunque preferí no mirar demasiado, y dijo:

—Supongo que se habrá preguntado por qué nunca me separo de este maletín. Ahora ya lo sabe. Imagínese que lo abriese según quién...

—Sería una situación muy delicada, señor.

—Por supuesto —dijo, volviéndose a incorporar repentinamente—, a menos que mi padre tenga algún elemento totalmente nuevo sobre el que quiera que reflexione.

—No creo, señor.

—¿No? ¿Hay noticias del tal Dupont?

—Parece que no, señor, lo siento.

Hice lo posible por disimular la exasperación que me producía el descubrir que una misión que daba por cumplida estaba aún por empezar, y creo que mientras ponía en orden mis ideas con el fin de reanudar mis esfuerzos, el joven se puso repentinamente en pie y, aferrándose al maletín, dijo:

—En fin, saldré a respirar un poco de aire fresco. Le agradezco su ayuda, Stevens.

Procuré hallar el momento de entablar de nuevo la conversación en el más breve plazo, pero me resultó imposible, sobre todo porque aquella misma tarde, dos días más o menos antes de lo esperado, llegó mister Lewis, el senador norteamericano. Me encontraba en la despensa calculando las provisiones de sábanas cuando oí el sonido inconfundible de unos coches que se detenían en el patio. Me apresuré a subir las escaleras y de pronto, en el pasillo trasero, me encontré con miss Kenton en el mismo sitio en que había tenido lugar nuestro desafortunado encuentro, hecho que la animó a mantener

el comportamiento infantil que mostraba desde entonces. Así, cuando le pregunté por la identidad del recién llegado, miss Kenton pasó de largo frente a mí pronunciando simplemente estas palabras: «Por escrito, si es urgente». La respuesta me pareció de lo más inoportuna y, por supuesto, mi única alternativa fue subir las escaleras corriendo. Recuerdo a mister Lewis como a un caballero de gran corpulencia y con una amable sonrisa casi perenne en su cara. Su antelación resultó más bien molesta tanto para mi señor como para sus colegas, dado que hubieran deseado disponer de uno o dos días más de intimidad para poder prepararse. No obstante, la actitud simpática e informal de mister Lewis y sus comentarios durante la cena, en el sentido de que «los Estados Unidos siempre estarían a favor de la justicia y no tendrían inconveniente en admitir que en Versalles se habían cometido algunos errores», parecieron infundir confianza dentro del «equipo local» de mi señor. En el transcurso de la cena, de forma lenta pero decidida se fue pasando de temas como los méritos de la Pennsylvania natal de mister Lewis hasta el inminente congreso, y, llegado el momento de encender los puros, se oyeron comentarios tan sinceros como los que se habían formulado antes de la llegada del senador. En un momento dado, éste dijo a los presentes:

—Caballeros, estoy de acuerdo con ustedes en que la reacción de monsieur Dupont es imprevisible. Pero déjenme decirles que hay una cosa con la que pueden contar, algo de lo que pueden estar seguros. —Se echó hacia adelante y levantó el puro vehementemente—. Monsieur Dupont odia a los alemanes. Los odiaba antes de la guerra y los odia ahora, de un modo que ninguno de ustedes, caballeros, puede imaginarse. —Mister Lewis volvió a reclinarsse, luciendo de nuevo una amplia sonrisa en la cara—. Pero díganme, señores —prosiguió—, ¿no es comprensible que un francés odie a los alemanes? No le faltan motivos, ¿no creen? Al recorrer la mesa con su mirada, la audiencia se sintió un tanto incómoda y, acto seguido, lord Darlington dijo:

—Evidentemente, es irremediable que sientan cierta amargura, pero hay que considerar que nosotros, los ingleses, también hemos luchado duramente contra los alemanes y durante mucho tiempo.

—La diferencia, sin embargo, es que, al parecer —dijo mister Lewis—, ustedes ya no los odian. Para los franceses, son los alemanes los que han destruido la civilización en Europa y cualquier castigo que se les inflija será poco. Evidentemente para nosotros, los norteamericanos, se trata de una postura muy poco práctica, aunque lo que más me desconcierta es ver que los

ingleses parecen no compartir la opinión de los franceses. Después de todo, como dicen ustedes, Gran Bretaña también perdió mucho en esa guerra.

Hubo un tenso silencio antes de que sir David, bastante titubeante, dijera:

—Hay cosas que, a menudo, los franceses y nosotros hemos considerado de forma distinta.

—¿Quiere decir que es cuestión de temperamento?

Y al pronunciar estas palabras la sonrisa de mister Lewis pareció aún más dilatada. Asintió para sí, como si de repente hubiese comprendido muchas cosas, y se llevó de nuevo el puro a la boca. Quizá confunda este recuerdo con hechos posteriores. No obstante, tengo la clara sensación de que fue en aquel momento cuando, por primera vez, noté algo extraño, un rasgo de hipocresía quizá, en aquel caballero norteamericano de aspecto tan encantador. Lord Darlington no compartió, sin embargo, las mismas sospechas que en aquel momento tuve yo, ya que tras unos molestos segundos de silencio mi señor tomó una decisión.

—Mister Lewis —dijo—, voy a hablar con franqueza. Somos muchos los ingleses que pensamos que la actitud que mantiene actualmente Francia es despreciable. Usted podrá atribuir nuestra postura a una diferencia de temperamento. No obstante, me atrevería a decir que se trata de algo más que eso. Es indecoroso seguir odiando al enemigo cuando ha finalizado el conflicto. Una vez que la presa ha caído en la red, la persecución se da por terminada y hay que dejar de acosarla. Para nosotros, la actitud francesa empieza a rayar en la irracionalidad.

El discurso de mi señor pareció reconfortar a mister Lewis. Murmuró algo en señal de aceptación y sonrió complacido al resto de los comensales, inmersos en las nubes de humo que el tabaco había condensado de un extremo a otro de la mesa.

Durante la mañana siguiente llegaron nuevos invitados, concretamente las dos damas procedentes de Alemania, que habían viajado juntas —a pesar de los supuestos contrastes en su pasado— y traían consigo un nutrido grupo de damas de honor y lacayos, así como un buen número de baúles. Por la tarde llegó un caballero italiano acompañado de un ayuda de cámara, un secretario, un «experto» y dos guardaespaldas. No sé dónde creía este caballero que se dirigía para traer consigo a dos guardaespaldas; el caso es que resultaba un tanto extraño ver a los dos silenciosos hombrones vigilando con mirada inquisitiva todos los pasos que daba el suspicaz invitado.

Además, según descubrí durante los días que siguieron, el plan de trabajo de aquellos guardaespaldas les obligaba a dormir por turnos a horas inusitadas a fin de garantizar la vigilancia durante toda la noche. Al enterarme de toda esta organización, intenté informar a miss Kenton. Sin embargo una vez más se negó a hablarme. Finalmente, dado que quería dejar todo dispuesto con la mayor brevedad posible, me vi obligado a escribir una nota y pasársela por debajo de la puerta de su habitación.

El día siguiente trajo a otros invitados y, aunque faltaban todavía dos días para el inicio del encuentro, Darlington Hall ya estaba lleno de gentes de todas las nacionalidades, gentes que conversaban en las habitaciones o se quedaban paradas, aparentemente de forma casual, en el vestíbulo, en los pasillos o en los rellanos, examinando las pinturas y otras obras de arte. El trato entre los invitados era cortés, aunque el aire que en general se respiró aquellos días era tenso e impregnado de una gran falta de confianza. Correspondiendo a este sentimiento de desasosiego, los ayudas de cámara y los lacayos que venían con los invitados se miraban unos a otros con manifiesta frialdad, y nuestra servidumbre estaba muy contenta de no tener apenas tiempo para tratar con ellos.

Fue por aquel entonces, teniendo aún por atender muchas de las demandas que me habían hecho, cuando, al mirar por casualidad a través de una ventana, reparé en la figura de mister Cardinal, que daba un paseo por el jardín. Como de costumbre, nuestro joven caballero tenía bien sujeto su maletín. También observé que caminaba a paso lento, profundamente absorto en sus pensamientos, por el camino que circunda el césped. Recordé, evidentemente, que tenía algo que decirle, y se me ocurrió que un encuentro al aire libre, tan cerca de la naturaleza y, sobre todo, con el ejemplo de los gansos tan a mano, podía ser la situación más apropiada para transmitirle mi mensaje. Me percaté, además, de que si me apresuraba a salir y esconderme tras el gran rododendro que había junto al sendero, mister Cardinal pasaría por allí al poco tiempo. De este modo, tendría la oportunidad de abordarle y transmitirle el mensaje. Reconozco que no era una estrategia muy sutil, pero comprenderán que, aunque a su modo era un asunto importante, en unos momentos como aquellos no era algo que me quitara el sueño.

A pesar de la escarcha que cubría el suelo y gran parte del follaje, el día era templado para aquella época del año. Crucé raudo el césped, me situé detrás del arbusto y no tardé en oír los pasos de mister Cardinal que se aproximaban. Desgraciadamente, no calculé bien el momento de mi

aparición. Mi intención era salir justo cuando mister Cardinal aún estuviese a una distancia razonable, de modo que, en el instante en que me viese, pensase que me dirigía al cenador, o quizá a la casita del jardinero. De esta forma podría fingir un encuentro fortuito y entablar con él una conversación improvisada. El caso es que aparecí un poco tarde y me temo que asusté al joven caballero. Alzó inmediatamente el maletín y lo sujetó contra su pecho entre los brazos.

—Discúlpeme, señor.

—¡Dios mío, Stevens! ¡Qué susto me ha dado! Creía que ya habían empezado a calentarse los ánimos.

—Lo lamento mucho, señor, pero es que tengo algo que decirle.

—¡Dios mío, vaya susto me ha dado!

—Si me lo permite, iré al grano. Habrá usted reparado en aquellos gansos...

—Gansos —Miró a su alrededor sorprendido—. ¡Ah, sí, es cierto, son gansos!

—Y habrá reparado usted en las flores y en los arbustos. En realidad, no es ésta la mejor estación del año para verlos en su pleno esplendor, pero ya observará que con la llegada de la primavera se producirá un muy especial cambio en todo este paisaje.

—Es cierto, ya sé que los jardines no están ahora en todo su esplendor, pero para serle sincero no prestaba atención a estas maravillas de la naturaleza. Ahora mismo me preocupan otras cosas, por ejemplo, que monsieur Dupont haya llegado con un auténtico humor de perros. Realmente, era lo último que podíamos desear.

—¿Dice usted que monsieur Dupont ha llegado a esta casa?

—Hace media hora, más o menos. Y de un mal humor insoportable.

—Discúlpeme entonces, señor. Debo ocuparme de él inmediatamente.

—Por supuesto, Stevens. En fin, ha sido usted muy amable al darme un poco de conversación.

—Le ruego que me disculpe, señor, pero en realidad tenía un par de cosas que decirle a propósito de... como usted mismo ha señalado, las maravillas de la naturaleza. Si tiene usted a bien escucharme, le quedaré muy agradecido, aunque ahora me temo que habrá que esperar otra ocasión.

—Está bien, lo tendré en cuenta, Stevens, a pesar de que mi fuerte es más bien la pesca. Sé todo sobre la pesca, sea en agua dulce o salada.

—Nuestra próxima conversación tendrá que ver con todas las criaturas

vivientes. No obstante, le ruego que ahora me disculpe. No sabía que monsieur Dupont ya estuviera aquí.

Regresé a la casa a toda velocidad, y casi tropecé con el primer lacayo, que me dijo:

—Le hemos estado buscando por todas partes, señor. El caballero francés ha llegado.

Monsieur Dupont era un caballero alto y elegante, con barba gris y monóculo. Iba vestido como acostumbran los caballeros del continente cuando están de vacaciones; durante toda su estancia conservó cuidadosamente la apariencia de haber venido a Darlington Hall únicamente por placer y en plan amistoso. Tal y como había dicho mister Cardinal, monsieur Dupont había llegado malhumorado. Ahora no recuerdo todas las molestias que le habían importunado desde que desembarcó en Inglaterra días antes; pero, concretamente, al visitar Londres se le habían formado unas dolorosas llagas en los pies que, como él temía, se infectaron, y, aunque envié a su ayuda de cámara a miss Kenton, esto no impidió que monsieur Dupont me llamara sin cesar, chasqueando los dedos, para pedirme nuevos vendajes.

Su mal humor pareció apaciguarse al ver a mister Lewis. Monsieur Dupont y el senador norteamericano se saludaron como antiguos compañeros, y durante el resto del día pudo vérselos juntos casi todo el tiempo, comentando divertidos muchos recuerdos. Era evidente que aquella relación casi constante entre mister Lewis y monsieur Dupont resultaba un grave inconveniente para lord Darlington, quien, naturalmente, tenía gran interés por estrechar sus contactos con este último antes de que empezaran las reuniones. En varias ocasiones pude observar que mi señor intentaba alejarse con monsieur Dupont para hablar con mayor intimidad, pero mister Lewis, sonriendo, se inmiscuía entre los dos haciendo observaciones como «Perdónenme, caballeros, pero hay algo que me tiene confundido», tras las cuales mi señor se veía en la obligación de escuchar alguna de las jocosas anécdotas de mister Lewis. Aparte del senador, los demás invitados, quizá por aprensión o quizá por un sentimiento de desafío, se mantenían cautelosamente distantes del caballero francés. Era un hecho patente, incluso en aquel ambiente en general discreto, que incrementaba la sensación de que en el resultado final de las reuniones monsieur Dupont desempeñaría, en cierto modo, un papel clave.

Las reuniones empezaron la última semana de marzo de 1923, una

mañana lluviosa. Se eligió un lugar poco común, como es el salón, para mantener así el carácter «extraoficial» de la visita de muchos invitados. De hecho, a mi juicio la pretensión de crear un ambiente informal se había llevado a un extremo ligeramente ridículo. Resultaba extraño ver una habitación de naturaleza más bien femenina llena a rebosar de austeros caballeros vestidos de negro, sentados, a veces en grupos de tres o cuatro, en un mismo sofá; algunas de estas personas estaban tan convencidas de la necesidad de mantener la ficción de que aquella reunión no era más que una tertulia informal que llegaron al extremo de sentarse con periódicos o revistas encima de las rodillas.

Durante aquella primera mañana, me vi obligado a entrar y salir sin cesar del salón, motivo por el que no pude seguir por completo la reunión. No obstante, recuerdo que lord Darlington abrió formalmente el encuentro dando la bienvenida a los invitados antes de explicar la necesidad moral de mitigar algunos aspectos del tratado de Versalles, e hizo hincapié en el gran padecimiento que por sí mismo había presenciado en Alemania. Como supondrán, ya había oído a mi señor expresar estos sentimientos en muchas ocasiones anteriores, pero fue tal la convicción con que habló en aquellas solemnes circunstancias, que no pude evitar emocionarme de nuevo. Sir David Cardinal fue el siguiente en tomar la palabra y, aunque me perdí gran parte de su discurso, su exposición me pareció básicamente técnica y, si he de decirles la verdad, de un nivel demasiado elevado para mí. El fondo, sin embargo, fue bastante parecido al de mi señor, y, para terminar, pidió que se congelara el pago de las indemnizaciones a que estaban obligados los alemanes y que las tropas francesas se retirasen de la región del Ruhr. Entonces intervino la condesa alemana, pero en aquel momento, por no recuerdo qué razón, me vi obligado a dejar el salón durante un buen lapso de tiempo. Cuando regresé los invitados ya estaban en pleno debate, y la discusión, sembrada de términos comerciales y de tipos de interés, era demasiado técnica para mí.

Por lo que pude observar, monsieur Dupont no participaba en la discusión y, por su aspecto taciturno, era difícil saber si seguía con atención lo que allí se decía o si estaba profundamente absorto en otros pensamientos. En un momento dado en que tuve que marcharme del salón, justo en plena alocución de uno de los caballeros alemanes, monsieur Dupont se levantó repentinamente y me siguió.

—Mayordomo —me dijo en el vestíbulo—, ¿podría cambiarme las



vendas de los pies? Me duelen de un modo terrible y no puedo concentrarme en lo que están diciendo estos caballeros.

Si no recuerdo mal —a través de un mensajero, por supuesto—, solicité de miss Kenton que me ayudara y dejé a monsieur Dupont sentado en la sala de billar esperando al ama de llaves. Justo en aquel momento el primer lacayo bajó presuroso la escalera para anunciarme angustiado que mi padre se encontraba arriba, muy enfermo.

Subí corriendo al primer piso y, al doblar por el rellano, apareció ante mí una extraña escena. Al fondo del pasillo, casi enfrente del gran ventanal, a través del cual se veía la lluvia y una luz gris, se recortaba la silueta inmóvil de mi padre. Por su postura se habría podido pensar que participaba en alguna ceremonia. Apoyado sobre una rodilla y con la cabeza inclinada, parecía empujar el carrito, que, por algún motivo, se resistía a desplazarse. Dos doncellas, que estaban de pie a una distancia prudente, observaban sus esfuerzos asustadas. Me acerqué a mi padre y, soltándole las manos del asa del carrito le fui acostando poco a poco en la alfombra. Tenía los ojos cerrados, la cara de color ceniza y gotas de sudor en la frente. Pedimos más ayuda y, al poco tiempo, trajeron una silla de ruedas y lo llevamos a su habitación.

Una vez le acostaron en su cama, no supe qué hacer. A pesar de que no era conveniente que dejase a mi padre en tal estado, mis obligaciones me esperaban. Finalmente, mientras seguía pensativo en el umbral de la puerta, miss Kenton se acercó y me dijo:

—Mister Stevens, en estos momentos tengo menos trabajo que usted. Si quiere, me ocuparé de su padre. Haré subir al doctor Meredith, y si tiene algo importante que notificarle, ya le avisaré.

—Gracias, miss Kenton —le respondí, y me marché.

Cuando volví al salón, un sacerdote estaba hablando de las calamidades que sufrían los niños en Berlín. Nada más entrar tuve que volver a servir té y café a los invitados. Observé que algunos de los caballeros bebían licores y un par de ellos, a pesar de haber dos damas presentes, incluso fumaban. Recuerdo que salía del salón con una tetera vacía en las manos cuando miss Kenton se acercó para decirme.

—Mister Stevens, el doctor Meredith se va.

Mientras decía estas palabras, vi que el médico se ponía la gabardina y el sombrero en el vestíbulo. Me dirigí hacia él con la tetera aún en la mano. El médico me miró preocupado.

—Su padre no se encuentra bien —dijo—. Si empeora, avíseme inmediatamente.

—Sí, señor. Gracias.

—¿Qué edad tiene su padre, Stevens?

—Setenta y dos años, señor.

El doctor Meredith se quedó pensativo y dijo:

—Si empeora, avíseme inmediatamente.

Volví a darle las gracias y le acompañé hasta la puerta.

Aquella misma noche, poco antes de la cena, fue cuando casualmente oí la conversación entre mister Lewis y monsieur Dupont. Por no recuerdo qué motivo, había subido a la habitación de este último y, antes de llamar, me paré a escuchar a través de la puerta, como es mi costumbre. Quizá ustedes no suelen tomar esta pequeña precaución para evitar que la llamada provoque una situación embarazosa, pero yo, personalmente, siempre he procedido de este modo y puedo garantizarles que en mi profesión es una práctica muy común. No se trata de un acto que esconda ninguna malsana curiosidad. Debo decirles que no tenía la menor intención de escuchar lo que llegó a mis oídos aquella noche. No obstante, por fortuna, cuando pegué mi oreja a la puerta de monsieur Dupont alcancé a oír la voz de mister Lewis, y aunque no recuerdo sus palabras exactas, el tono en que hablaba despertó en mí algunas sospechas. Era la misma voz acompasada y afable con que el caballero norteamericano había hechizado desde su llegada a muchos de los invitados. En aquel momento, sin embargo, sonaba inequívocamente traicionera. Esta impresión y el hecho de que se hallase en la alcoba de monsieur Dupont, conversando probablemente con esta persona cuyo papel era crucial, me frenaron la mano y, en lugar de golpear con los nudillos la puerta, escuché.

Dado que las puertas de los dormitorios de Darlington Hall son de cierto espesor, me fue imposible seguir toda la conversación. Ése es el motivo por el que ahora me resulta difícil recordar exactamente todo lo que alcancé a escuchar, del mismo modo que me resultó difícil aquella misma noche, cuando informé del incidente a mi señor. Esto no quiere decir, sin embargo, que no me hiciese una idea cabal de lo que ocurría en aquella habitación. El caballero norteamericano le estaba explicando a monsieur Dupont que mi señor y los demás asistentes le estaban manipulando; que deliberadamente se le había hecho llegar más tarde para que los demás participantes pudiesen discutir todos los temas importantes sin su presencia, y que incluso después

de su llegada había observado que mi señor mantenía breves conversaciones en privado con los representantes más relevantes, a las que monsieur Dupont no era invitado. Finalmente, mister Lewis pasó a relatarle algunas de las observaciones que mi señor y los demás asistentes habían hecho durante la cena, la noche que siguió a su llegada.

—Para serle sincero —le oí decir a mister Lewis—, me aterró la actitud de estos caballeros ante sus conciudadanos. Utilizaron términos como «bárbaros» y «despreciables». De hecho, anoté estas palabras en mi diario pocas horas después.

Monsieur Dupont hizo un lacónico comentario que no llegué a captar y mister Lewis prosiguió:

—Le digo que me quedé aterrado. ¿Cree que ésas son palabras para calificar a un aliado con el que se combatía codo a codo hace tan pocos años?

No sé si al fin llamé a la puerta. Es posible que, dadas las inquietantes palabras que escuché, considerase más oportuno retirarme. En cualquier caso, según le expliqué a mi señor poco después, no me quedé el tiempo suficiente para conocer cuál era la reacción de monsieur Dupont ante las observaciones de mister Lewis.

Al día siguiente, el tono de las conversaciones que se oían en el salón había alcanzado mayor virulencia y, a la hora del almuerzo, el ambiente estaba bastante caldeado. Mi impresión fue que monsieur Dupont, que permanecía en su sillón sin decir palabra y mesándose la barba, era el centro de todas las acusaciones, de forma, además, cada vez más descarada. Pude observar asimismo que, en cuanto se suspendía la reunión, mister Lewis se reunía rápidamente con monsieur Dupont en algún rincón o cualquier otro lugar donde pudieran departir sin ser molestados, hecho que mi señor también observó preocupado. De hecho, una de esas veces, poco después del almuerzo, recuerdo que me acerqué a los dos caballeros, que hablaban furtivamente justo en el umbral de la biblioteca, y mi primera impresión fue que al verme llegar interrumpieron su conversación.

Mientras tanto, mi padre ni había mejorado ni había empeorado. Según me dijeron, durmió casi todo el tiempo y así fue como le encontré las pocas veces que dispuse de un momento para subir a su buhardilla. Así pues, no tuve oportunidad de hablar con él hasta la segunda noche, en la que experimentó una ligera mejoría.

También dormía mi padre en aquella ocasión, pero la sirvienta que miss Kenton había dejado de guardia se puso en pie al verme y empezó a sacudirle

de un hombro.

—Pero ¡qué hace! —exclamé—. ¿Puede saberse qué está haciendo?

—Mister Stevens me ha dicho que le despertase si usted volvía.

—Déjele dormir. Si ha enfermado, ha sido por agotamiento.

—Me dijo que le despertara, señor —replicó la chica, y acto seguido volvió a sacudirle de un hombro.

Mi padre abrió los ojos, dobló un poco la cabeza, que tenía apoyada encima de la almohada, y se quedó mirándome.

—Espero que se encuentre mejor, padre —dije.

Siguió observándome durante unos instantes y luego me preguntó:

—¿Todo en orden ahí abajo?

—La situación es bastante turbulenta. Es un poco más tarde de las seis, y ya puede imaginarse cómo está la cocina en estos momentos. El rostro de mi padre mostró de pronto una mirada de impaciencia.

—Pero... ¿todo está en orden? —volvió a preguntar.

—Sí, y me atrevo a decir que puede usted estar tranquilo. Me alegro mucho de que se sienta mejor.

Lentamente sacó los brazos de debajo de las mantas y se observó cansado el envés de las manos durante unos instantes.

—Me alegro mucho de que se sienta mejor —repetí—. Ahora es preciso que vuelva al trabajo. Como le he dicho, la situación es bastante turbulenta.

Siguió observándose las manos y, al cabo de un rato, dijo pausadamente:

—Espero haber sido un buen padre.

Sonreí y le dije:

—Estoy muy contento de que se sienta mejor.

—Me siento orgulloso de ti. Eres un buen hijo. Hubiera deseado ser un buen padre, aunque temo que no lo he sido.

—Ahora tengo mucho trabajo, pero mañana por la mañana hablaremos de nuevo.

Mi padre aún seguía mirándose las manos como si, en cierto modo, le irritasen.

—Estoy muy contento de que se sienta mejor —repetí, y seguidamente me marché.

Al volver abajo, la cocina era un auténtico infierno. El ambiente era muy tenso entre todo el personal, sin excepciones. No obstante, me complace señalar que cuando se sirvió la cena; un ahora más tarde, mi equipo mostró

gran serenidad, pericia y eficiencia.

Ver el magnífico comedor de gala en todo su esplendor siempre me ha parecido una escena memorable, y en este sentido aquella noche no constituyó ninguna excepción. Naturalmente, aquellas hileras de caballeros en traje de etiqueta, cuyo número era tan desproporcionado en relación con las representantes del bello sexo, le daban un aspecto muy severo. Sin embargo, como compensación, las dos lámparas de araña que pendían encima de la mesa —las cuales en aquella época aún funcionaban con gas— difundían una luz tenue y suave que bañaba el salón sin darle ese brillo deslumbrante que desprenden las actuales, que son eléctricas. En aquella segunda y última cena del encuentro —se esperaba que buen número de invitados partiesen al día siguiente, tras el almuerzo— los asistentes se mostraron mucho menos reservados que durante los días precedentes. No sólo la conversación fluía más libre y su tono era más franco, sino que sirvió el vino a un ritmo visiblemente acelerado. Al finalizar la cena, que había transcurrido, profesionalmente hablando, sin grandes dificultades, mi señor se puso en pie para dirigirse a sus invitados.

Empezó su discurso agradeciendo a los asistentes que las reuniones que habían celebrado durante los dos días anteriores, «aunque a veces alentadoramente sinceras», hubiesen transcurrido en un ambiente amistoso y que hubiese reinado el deseo de ver prevalecer el bien. La solidaridad que pudo observar durante aquellos dos días había sobrepasado todas sus expectativas, y confiaba en que la sesión que tendría lugar por la mañana, con la que se «remataría» el encuentro, fuese prolífica en acuerdos por parte de los participantes, que establecieran, para cada uno de ellos, modalidades de actuación previas al gran congreso internacional que se celebraría en Suiza. Fue más o menos en aquel momento, e ignoro completamente si lo tenía previsto con antelación, cuando lord Darlington empezó a recordar viejas historias de su difunto amigo, el señor Karl—Heinz Bremann. Sacar a colación un tema tan personal, en el que mi señor tiene tendencia a explayarse, no fue muy oportuno. También hay que decir que lord Darlington nunca fue lo que se dice un orador, de modo que la agitación que siempre se oye una vez se ha perdido la atención del público empezó a notarse inmediatamente y se extendió por todo el salón. De hecho, llegado por fin el momento en que lord Darlington pidió a sus invitados que se levantaran y brindaran por «la paz y la justicia en Europa», la algarabía había llegado a tal grado —como consecuencia, quizá, de las generosas cantidades de vino

consumidas— que rayaba en la mala educación.

Los asistentes se habían vuelto a sentar y empezaba a reanudarse la conversación, cuando se oyó el vigoroso repiqueteo de unos nudillos sobre la madera y vimos que monsieur Dupont se ponía en pie. En la sala se hizo de pronto un gran silencio, y el distinguido caballero recorrió la mesa con mirada grave y dijo:

—Espero no usurpar un derecho que corresponda a alguna otra de las personas aquí presentes, pero el caso es que no he oído qué nadie haya propuesto un brindis de agradecimiento a nuestro anfitrión, nuestro amable y honorable lord Darlington. —La concurrencia asintió con un murmullo y monsieur Dupont prosiguió—: Durante estos últimos días se han dicho cosas muy interesantes en esta casa, cosas muy importantes.

Hizo una pausa, pero esta vez la sala permaneció callada.

—He observado —continuó— que, unas veces implícitamente y otras con mayor franqueza, se ha *criticado*, y no me parece exagerado emplear este término, la política exterior de mi país. Volvió a hacer una pausa, y adoptó una expresión severa: Se habría dicho incluso que estaba enfadado—. Estos dos días hemos escuchado profundos e inteligentes análisis sobre la compleja situación que presenta hoy día Europa, y puedo decir, sin embargo, que en ninguno de ellos se han recogido íntegramente las razones que explican la actitud de Francia ante su país vecino. En cualquier caso —siguió, con un dedo levantado—, éste no es el momento de abordar semejante tema. En realidad, si durante los últimos días me he resistido deliberadamente a tratar esta cuestión ha sido porque he venido ante todo a escuchar. Y permítanme que les diga que me ha impresionado la veracidad de algunos argumentos que aquí he oído, aunque probablemente se preguntarán cuánto lo han hecho. —Monsieur Dupont hizo otra pausa al tiempo que su mirada se desplazaba tranquilamente por todos los rostros que le rodeaban, rostros que, a su vez, tenían sus ojos clavados en él. Finalmente, dijo—: Señoras y señores, discúlpenme, he reflexionado mucho acerca de estos asuntos y deseo decirles con toda confianza que, a pesar de mis discrepancias con muchos de los presentes en la forma de interpretar lo que en realidad está ocurriendo actualmente en Europa, así como en muchas de las cuestiones que se han planteado en esta casa, estoy convencido, señoras y señores, y digo *convencido*, de que son cuestiones justas y viables. —Un murmullo que traducía un doble sentimiento de victoria y alivio recorrió la mesa, pero esta vez monsieur Dupont alzó ligeramente la voz y, superponiendo al murmullo

sus palabras, dijo—: Me complace anunciar a todos ustedes que pondré en juego mi modesta influencia con el fin de promover determinados cambios profundos en la política francesa, siguiendo las directrices expuestas aquí, y procuraré por todos los medios que tales cambios se operen antes del congreso que habrá de celebrarse en Suiza.

Hubo un fuerte aplauso, y observé cómo mi señor cruzaba un mirada con sir David. Monsieur Dupont levantó una mano, pero nadie supo si con ello agradecía los aplausos o los rechazaba.

—Pero antes de seguir dando las gracias a nuestro anfitrión, hay algo que quisiera confesarles, claro que algunos de ustedes pensarán que contar intimidades en la mesa no es de muy buena educación. —Estas palabras provocaron una risotada en el resto de los invitados—. Aun así, en este tipo de asuntos siempre he preferido ser sincero. Del mismo modo que es fundamental mostrarse agradecidos, formal y públicamente, a lord Darlington, artífice de que nos hallemos aquí y de que hayamos alcanzado este sentimiento presente de solidaridad y buena voluntad, también es fundamental, creo yo, condenar sin paliativos a los que han venido para servirse malintencionadamente de la hospitalidad de nuestro anfitrión, gastando sus energías tan sólo en intentar sembrar el descontento y suscitar todo tipo de equívocos. Esta clase de personas, además de resultar socialmente repugnantes, en la situación en que hoy nos encontramos son también muy peligrosas. —Volvió a hacer una pausa, y una vez más reinó un profundo silencio. Monsieur Dupont prosiguió con voz suave y pausada—. Mi única pregunta respecto a mister Lewis es la siguiente: ¿En qué medida refleja su execrable comportamiento la postura del actual gobierno norteamericano? Permítanme, señoras y señores, aventurar una respuesta, dado que un caballero capaz de mostrar la falsedad de que ha hecho gala estos días no merece ninguna confianza. Me atreveré pues, a formular mis propias conjeturas. Como es natural, los norteamericanos temen que no paguemos nuestra deuda si, llegado el caso, congelamos el cobro de las reparaciones de guerra procedentes de Alemania. No obstante durante estos últimos seis meses, he tenido ocasión de hablar de este mismo asunto con algunos norteamericanos situados en importantes cargos, y mi impresión es que en ese país hay gente con una visión más amplia de las cosas que el ciudadano que aquí lo representa. Para todos los que nos sentimos afectados por el futuro bienestar de Europa, es un alivio pensar que, actualmente, mister Lewis ya no tiene... ¿cómo les diría?, la influencia que tenía antaño. Quizá

les parezca que estoy siendo excesivamente duro al exponer de un modo tan sincero lo que pienso, pero les aseguro, señoras y señores, que me muestro indulgente. Me abstendré, por ejemplo, de revelarles lo que este caballero ha estado diciéndome a propósito de cada uno de ustedes con una torpeza, un descaro y una ordinariez que apenas puedo creer. En fin, basta ya de acusaciones. Ha llegado el momento de que todos demos las gracias y les ruego, por tanto, señoras y señores, que brinden conmigo en honor de lord Darlington.

Durante su discurso, monsieur Dupont no había mirado ni una sola vez al lugar donde se encontraba mister Lewis.

Después de brindar por mi señor, se volvió a sentar y todos los asistentes parecieron evitar cuidadosamente mirar en dirección del caballero norteamericano. Durante unos instantes reinó un silencio embarazoso hasta que, por fin, mister Lewis se puso en pie, sonriendo afablemente como era su costumbre.

—Bien, puesto que todo el mundo ha pronunciado su discurso, ahora me toca a mí —dijo con una voz que dejó bien patente que ya había bebido lo suyo—. No tengo nada que objetar a las sandeces que nuestro amigo francés acaba de decir. Repudio esa forma de hablar y ha habido otras personas que han intentado tenderme la misma trampa otras veces. Pero les digo, señoras y señores, que muy pocos me han hecho caer en ella. Sí, muy pocos. —Mister Lewis se quedó callado y durante unos instantes pareció no saber cómo seguir. Finalmente, volvió a sonreír y dijo—: Como he dicho, aunque no voy a perder el tiempo con nuestro amigo francés, sí hay algo que tengo que decir. Ahora que somos todos tan sinceros, también lo seré yo. Me disculparán por lo que voy a decir, pero, a mi juicio, parecen ustedes una pandilla de ingenuos soñadores y serían unos caballeros encantadores si no se empeñasen en entrometerse en asuntos que afectan a todo el planeta. Pongamos como ejemplo a nuestro anfitrión, aquí presente. En el fondo, ¿qué es? Un caballero, y supongo que en eso están todos de acuerdo. Un típico caballero inglés, recto, bienintencionado, sí pero un mero *aficionado*. —Al pronunciar esta palabra, hizo una pausa y paseó la vista por la mesa—. Es un aficionado, pero hoy día los asuntos internacionales ya no pueden estar en manos de aficionados, y cuanto antes lo comprendan ustedes aquí, en Europa, mejor. Y ahora, amables y bienintencionados caballeros, permítanme que les pregunte algo. ¿Tienen idea de cómo evoluciona el mundo que los rodea? Ya forman parte del pasado los días en que se podía ser bondadoso. Sin embargo,



parece que aquí, en Europa, todavía no se han dado cuenta. Hay caballeros como nuestro buen anfitrión que se creen con derecho a entrometerse en asuntos que no entienden. Se han dicho muchas tonterías estos días. Con muy buen corazón y muy buena intención, pero tonterías. Lo que necesitan en Europa son buenos profesionales que dirijan sus asuntos, y como no reaccionen pronto, están abocados al desastre. Ahora brindemos, caballeros, brindemos por los profesionales.

Hubo un silencio sepulcral y no se movió nadie. Mister Lewis se encogió de hombros, alzó su copa ante la concurrencia, bebió y volvió a sentarse. A los pocos segundos, lord Darlington se levantó.

—No es mi deseo iniciar una discusión —dijo mi señor— precisamente la última noche que estamos todos juntos, una noche alegre y gloriosa de la que debemos disfrutar. Sin embargo, mister Lewis, aunque sólo sea por el respeto debido a toda opinión, creo que sus consideraciones no merecen ser relegadas a un segundo plano como si fuesen palabras pronunciadas por uno de esos excéntricos oradores que vemos por las calles. Le diré, por tanto, una cosa. El comportamiento que usted considera propio de «aficionados», nosotros lo consideramos atribuible a una cualidad llamada «honor».

Esta intervención provocó en la sala un fuerte murmullo de complacencia, palabras de aprobación y algunos aplausos.

—Y lo que es más —prosiguió mi señor—, creo de hecho comprender lo que usted entiende por «profesionales». Por lo visto, es un término que significa abrirse camino con trampas y engaños, así como dar preferencia en nuestra escala de valores a la ambición y la codicia en perjuicio del ansia de ver reinar en el mundo la justicia y la bondad. Y si ser «profesional» implica todo eso, es una virtud que no me interesa lo más mínimo ni tengo deseos de alcanzar.

Como respuesta se oyó un estallido mayor de entusiasmo, seguido de un aplauso cálido y continuado. Vi entonces que mister Lewis sonreía mirando su copa de vino y movía la cabeza con aire cansado. En aquel momento advertí que detrás de mí estaba el primer lacayo, que me susurró al oído:

—Señor, miss Kenton desea hablarle. Le espera fuera.

Salí lo más discretamente que pude, justo en el momento en que mi señor, aún en pie, comenzaba a tratar otro tema.

Miss Kenton parecía preocupada.

—Su padre se ha puesto muy grave, mister Stevens —dijo—. He llamado al doctor Meredith, pero supongo que aún tardará un poco en llegar.

Debí mostrarme confundido, ya que miss Kenton añadió:

—Mister Stevens, le aseguro que está muy mal. Será mejor que venga y le vea.

—Ahora no tengo tiempo. Los caballeros pasarán a la sala de fumar de un momento a otro.

—Lo sé, pero debe acompañarme, o es posible que más tarde lo lamente mucho.

Miss Kenton ya se había puesto en camino. Fuimos a paso de carga hasta la buhardilla de mi padre. Mistress Mortimer, la cocinera, estaba plantada a los pies de su cama, con el delantal todavía puesto.

—¡Oh, mister Stevens! —exclamó al vernos entrar, su padre está muy mal... Efectivamente, la cara de mi padre había adquirido un color rojizo sombrío que nunca había visto antes en ningún ser vivo. Detrás de mí, oí que miss Kenton me susurraba:

—Tiene el pulso muy débil.

Me quedé observando a mi padre unos instantes, le palpé suavemente la frente y a continuación retiré la mano.

—Creo —dijo mistress Mortimer— que ha sufrido un ataque. He visto dos en mi vida, y juraría que es eso.

Y seguidamente empezó a llorar. Noté que despedía un fuerte y desagradable olor a grasa y carne asada. Me volví y le dije a miss Kenton: — Es una situación muy dolorosa, pero mi deber es ir abajo.

—Por supuesto, mister Stevens. Le avisaré cuando llegue el médico, o si hay algún cambio.

—Gracias.

Bajé corriendo la escalera y llegué justo cuando los caballeros se dirigían a la biblioteca. Los lacayos se sintieron aliviados al verme e, inmediatamente, les indiqué mediante señas sus respectivos puestos.

Ignoraba qué podía haber sucedido en el comedor de gala durante mi ausencia. Sólo sé que ahora el ambiente entre los invitados era realmente de júbilo. Por toda la sala de fumar se habían formado grupos de caballeros que reían y se daban palmaditas en la espalda. Según pude ver, mister Lewis ya se había retirado. Me abrí paso entre los invitados llevando una bandeja con una botella de oporto, y cuando estaba terminando de servir una copa a uno de los caballeros, oí una voz a mis espaldas que decía:

—Ah, Stevens, ¿le interesan los peces?

Y al volverme me encontré con el joven mister Cardinal, que me sonreía

jovialmente.

Yo también sonreí y le dije:

—¿Los peces, señor?

—Cuando era joven, tenía en un estanque toda clase de peces tropicales. Era una especie de acuario. ¿Se encuentra bien, Stevens?

Volví a sonreír.

—Perfectamente, señor. Gracias.

—Como muy bien dijo usted, debería volver por aquí en primavera. Supongo que Darlington Hall estará precioso durante esa época. Creo que la última vez que vine era invierno. Stevens, ¿de verdad se encuentra usted bien?

—Perfectamente. Gracias, señor.

—¿No se siente mal?

—En absoluto, señor. Le ruego que me disculpe.

Seguí sirviendo el oporto a otros invitados. Detrás de mí, el sacerdote belga soltó una fuerte carcajada y exclamó:

—¡Esto es una herejía! ¡Una auténtica herejía!

Y soltó una nueva carcajada. Noté que alguien me tocaba discretamente el codo y, al volverme, me encontré frente a lord Darlington.

—Stevens, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente, señor.

—Parece que esté llorando.

Me reí y, sacando un pañuelo, me sequé rápidamente la cara.

—Lo lamento, señor. Ha sido un día muy duro.

—Sí, hemos tenido mucho trabajo.

Alguien se dirigió a mi señor y éste se volvió para responder. Cuando me dispuse a seguir recorriendo el salón, vi que miss Kenton me hacía señas desde la puerta. Avancé hacia ella, pero antes de llegar a la puerta, monsieur Dupont me cogió del brazo.

—Mayordomo —dijo—, ¿podría traerme más vendas? Me duelen de nuevo los pies.

—Sí, señor.

Y mientras me dirigía a la puerta, observé que monsieur Dupont me seguía. Me volví y le dije:

—Volveré enseguida a traerle lo que me ha pedido.

—Dése prisa, por favor. Me duelen mucho.

—Sí, señor. Discúlpeme, señor.

Miss Kenton seguía esperándome en el vestíbulo, en el mismo lugar desde donde me había llamado. Al verme salir, se encaminó en silencio hacia la escalera con una expresión extrañamente serena. Acto seguido se volvió y me dijo:

—Lo lamento mucho, mister Stevens. Su padre falleció hará aproximadamente unos cuatro minutos.

—Ya.

Se miró las manos y después, levantando de nuevo la mirada, añadió: —Lo siento mucho, mister Stevens. Quisiera poder decirle algo que le sirviera de consuelo.

—No es necesario, miss Kenton.

—El doctor Meredith todavía no ha llegado. —Durante un momento mantuvo la cabeza gacha, y de pronto soltó un sollozo. Casi al instante recobró la calma y preguntó con voz templada—: ¿Quiere subir a verle?

—Ahora estoy muy ocupado, miss Kenton. Quizá suba dentro de un rato.

—En ese caso, permítame que sea yo quien le cierre los ojos.

—Se lo agradecería mucho, miss Kenton.

Empezó a subir la escalera, pero la detuve y le dije:

—Miss Kenton, no me juzgue mal si no subo a ver a mi padre en el estado en que se encuentra, se lo ruego. Estoy seguro de que a él le gustaría que siguiera con mi trabajo.

—Claro, mister Stevens.

—Si obrara de otro modo, creo que le decepcionaría.

—Claro, mister Stevens.

Me volví con la botella de oporto aún en mi bandeja y entré de nuevo en la sala de fumar. Ésta, relativamente pequeña, parecía una selva de trajes de etiqueta, cabellos grises puros humeantes. Busqué copas vacías para volverlas a llenar, sorteando a numerosos caballeros. Monsieur Dupont me dio un golpecito en el hombro y me preguntó:

—Mayordomo, ¿ha buscado lo que le he pedido?

—Lo siento, señor, pero no se puede hacer nada hasta dentro de un rato.

—¿Qué quiere decir? ¿No tienen vendas en el botiquín?

—Señor, un médico está en camino.

—¿Ha llamado a un médico? Muy bien, muy bien.

—Sí, señor.

—Muy bien.

Monsieur Dupont prosiguió su conversación y yo seguí recorriendo la sala durante unos instantes. En un momento dado, la condesa surgió de entre dos caballeros y, antes de que pudiera llenarle la copa, se sirvió ella misma cogiendo el oporto de la bandeja.

—Felicite de mi parte a los cocineros, Stevens —dijo.

—Por supuesto, señora. Gracias, señora.

—Usted y su equipo han trabajado formidablemente.

—Es muy amable, señora.

—Ha habido un momento durante la cena en que habría jurado que era usted tres personas a la vez —dijo riéndose.

Sonreí y respondí:

—Es un placer poder servirla, señora.

Más tarde localicé a mister Cardinal, que no andaba muy lejos. Seguía solo, y temí que la compañía de gentes como aquéllas hubiera intimidado a nuestro joven caballero. En cualquier caso, tenía la copa vacía y rápidamente me acerqué a él. Pareció más animado al verme llegar y alargó su copa.

—Stevens, creo que es admirable que sea usted un amante de la naturaleza —dijo mientras le servía—. Y me atrevería a decir que para lord Darlington es una gran ventaja tener a alguien que vigile con interés las tareas que realiza el jardinero.

—¿Cómo dice, señor?

—Le estar hablando de la naturaleza, Stevens. El otro día charlamos acerca de sus maravillas. Y estoy de acuerdo con usted en que debemos estar agradecidos por las cosas maravillosas que nos rodean.

—Sí, señor.

—Piense en todo lo que se ha estado diciendo aquí, por ejemplo. Se ha hablado de tratados, fronteras, reparaciones de guerra, ocupaciones, y sin embargo fíjese en la madre naturaleza que nos mira impasible. ¿No le parece divertido?

—Sí, señor. Lo es.

—Me pregunto si no habría sido mejor que Dios todopoderoso nos hubiese creado a todos..., no sé..., como plantas. Para empezar, nadie hablaría de guerras y fronteras.

Al joven caballero le pareció haber hecho una reflexión muy graciosa. Se rió y, tras pensar de nuevo en lo que había dicho, volvió a reírse. Yo también solté una carcajada y entonces, dándome un codazo, me dijo.

—¿Se lo imagina, Stevens?

Y volvió a reírse.

—Sí, señor —dije riéndome a mi vez—, sería una situación muy divertida.

—Aunque seguiríamos necesitando a personas como usted para hacer llegar mensajes, traer el té y todas esas cosas. De otro modo, ¿quién iba a hacerlas? ¿Se lo imagina, Stevens? ¿Todo el mundo pegado al suelo? ¡Imagínese por un instante!

Justo en ese momento, se me acercó un lacayo por la espalda.

—Miss Kenton tiene algo que decirle, señor —me informó.

Pedí disculpas a mister Cardinal y me dirigí a la puerta. Observé que monsieur Dupont permanecía alerta y, cuando estuve cerca de él, me dijo:

—Mayordomo, ¿ha llegado el médico?

—Ahora mismo voy a ver, señor. Enseguida vuelvo.

—Me duelen mucho los pies.

—Lo siento, señor. El médico no tardará.

Esta vez monsieur Dupont salió fuera conmigo. Miss Kenton se encontraba de nuevo en el vestíbulo.

—Mister Stevens —dijo—, el doctor Meredith ya ha llegado. Se encuentra arriba.

Había dirigido a mí estas palabras, pero monsieur Dupont, que estaba detrás de mí, exclamó:

—¡Ah, perfecto!

Me volví hacia él y le dije:

—Si es usted tan amable de seguirme.

Le conduje a la sala de billar y avivé el fuego mientras se instalaba en una de las sillas de cuero y se quitaba los zapatos.

—Siento que la habitación esté un poco fría, señor. El médico no tardará.

—Gracias, mayordomo. Ha sido muy amable.

Miss Kenton seguía esperándome en el vestíbulo y subimos en silencio. El doctor Meredith se encontraba en el cuarto de mi padre tomando algunas notas, y mistress Mortimer lloraba amargamente. Seguía con el delantal puesto. Como es natural, lo había utilizado para secarse las lágrimas, y por consiguiente se había llenado la cara de manchas de grasa. Ahora tenía el aspecto de una artista de varietés embadurnada de negro. Temía que la habitación oliese a muerte, pero gracias a mistress Mortimer, o más bien a su delantal, estaba impregnada de olor a carne asada.

El doctor Meredith se puso en pie y dijo:

—Le acompaño en el sentimiento, Stevens. Ha sufrido un fuerte ataque, pero, por si le sirve de consuelo, le diré que casi no ha padecido. No había forma humana de salvarlo.

—Gracias, señor.

—Ahora debo marcharme. ¿Se encargará usted de los preparativos?

—Sí, señor. Aunque, si me permite, abajo hay un distinguido caballero que precisa de sus cuidados.

—¿Es algo urgente?

—El caballero ha manifestado un gran deseo de verle, señor.

Conduje al doctor Meredith al piso de abajo, le llevé hasta la sala de billar y después volví rápidamente a la sala de fumar, donde el ambiente era más eufórico si cabe.

Evidentemente, no soy yo quien debería sugerir que merezco figurar junto a los «grandes» mayordomos de nuestra gene ración, como mister Marshall o mister Lane; sin embargo, debo decir que hay quien, quizá por una exagerada magnanimidad, sostiene esta idea. Permítanme aclararles que cuando digo que el encuentro de 1923, y aquella noche en concreto, fue un momento decisivo para mi carrera, hablo tomando como referencia mis propios juicios, más modestos. Aun así, si piensan por un momento en las tensiones a que me vi sometido aquella noche, quizá no les parezca que me vanaglorio en exceso si me atrevo a sugerir que posiblemente demostré poseer, en todos los aspectos, algo de aquella «dignidad» que caracterizó a profesionales como mister Marshall y, por qué no decirlo, mi padre. ¿Por qué habría de negarlo? A pesar de los tristes recuerdos que en mí evoca aquella noche, siempre que me viene a la memoria va acompañada de una gran sensación de triunfo.

## SEGUNDO DIA POR LA TARDE

*Mortimer's Pond, Dorset*

Al parecer, la pregunta «qué significa ser un gran mayordomo» tiene una faceta que hasta ahora no he abordado convenientemente, y, tratándose de un tema acerca del cual he reflexionado tanto durante toda mi vida, un tema que me afecta tan de lleno, debo decir que no haber reparado en este descuido me resulta bastante embarazoso. Francamente, creo que he desestimado con excesiva ligereza algunas de las consideraciones en que se basaba la Hayes Society para admitir a nuevos socios. Permítanme dejar bien claro que no es mi intención, en modo alguno, retractarme de las ideas que he expuesto antes sobre la «dignidad» y la importante relación entre esta virtud y el concepto de «grandeza». Sin embargo, he estado reflexionando más a fondo sobre otro de los postulados de la Hayes Society, concretamente, el que estipula como requisito previo para ser socio que «el candidato pertenezca a una casa distinguida». Mi opinión sigue siendo la misma, a saber, que semejante exigencia no es más que una manifestación inconsciente de esnobismo por parte de aquella asociación. No obstante, también pienso que con lo que estoy en desacuerdo es, sobre todo, con la forma anticuada de entender lo que es «una casa distinguida», y no con la idea general que encierra en sí este principio. En realidad, ahora que me he planteado más a fondo esta cuestión, creo que es posible que tuvieran razón al decir que todo gran mayordomo *debe* «pertenecer a una casa distinguida», siempre que se confiera a la palabra «distinguida» un significado más profundo que el que le atribuye la Hayes Society.

De hecho, si comparásemos la definición que yo daría de la expresión «una casa distinguida» y la que daba la Hayes Society, quedarían claramente explicados, a mi juicio, los aspectos fundamentales que distinguen los valores de nuestra generación de mayordomos de los que tuvo la generación anterior. Al decir esto, no me refiero únicamente al hecho de que nuestra generación ya no tenía la actitud esnob que colocaba a los señores que pertenecían a la aristocracia rural por delante de los que procedían del mundo de los «negocios». Quiero decir, en definitiva, y no creo que mi comentario sea infundado, que nuestra generación era mucho más idealista. Mientras que la



que nos precedió se preocupaba por saber si el patrón era noble, nosotros nos sentíamos mucho más interesados por conocer su rango *moral*. No es que nos importase su vida privada, sino que nuestra mayor ambición, ambición que en la generación anterior pocos habrían compartido, era servir a caballeros que, por decirlo de algún modo, contribuyeran al progreso de la humanidad. Por poner un ejemplo, desde un punto de vista profesional habría sido considerado mucho más interesante servir a un caballero como mister George Ketteridge, quien a pesar de sus humildes orígenes contribuyó de forma innegable al futuro bienestar del Imperio, que a cualquier personaje de noble cuna que malgastara su tiempo en clubes o campos de golf.

Ciertamente, son muchos los caballeros procedentes de las más nobles familias que se han dedicado a paliar los grandes problemas de su época, de modo que, en la práctica, podría decirse que las ambiciones de nuestra generación se distinguían muy poco de las de la anterior. Puedo asegurar, sin embargo, que había una diferencia fundamental en la actitud mental, que se reflejaba en los comentarios de los profesionales más destacados y en los criterios que seguían los mayordomos más conscientes de nuestra generación para cambiar de colocación. No eran decisiones basadas en cuestiones como el sueldo, el número de criados a su cargo o el brillo del apellido familiar. Creo que es justo decir que, para nuestra generación, el prestigio profesional residía ante todo en el valor moral del patrón.

Tal vez pueda explicar mejor la diferencia entre ambas generaciones hablando de mí mismo. Digamos que los mayordomos de la generación de mi padre veían el mundo como una escalera. Las casas de la realeza, los duques y los lores de las familias más antiguas ocupaban el peldaño más alto, seguían los «nuevos ricos», y así sucesivamente hasta llegar al peldaño más bajo, en el que la jerarquía se basaba simplemente en la fortuna familiar. El mayordomo ambicioso hacía lo posible por subir al peldaño más alto, y en general, cuanto más arriba se situaba, de mayor prestigio gozaba. Éstos eran, justamente, los valores que plasmaba la Hayes Society en su exigencia de una «casa distinguida»; el hecho de que todavía se formularan, con plena conciencia, semejantes afirmaciones en 1929 muestra a las claras por qué era inevitable, por mucho que se intentara retrasarlo, que aquella asociación desapareciera, pues por aquel entonces esta forma de pensar contrastaba con la de hombres excelentes que constituían la vanguardia de nuestra profesión. Considero acertado señalar que nuestra generación percibía el mundo no como una escalera, sino como una *rueda*. Quizá convenga que explique

mejor esta idea.

A mi juicio, nuestra generación fue la primera en reconocer un hecho que había pasado inadvertido hasta entonces, a saber, que las decisiones importantes que afectan al mundo no se tornan, en realidad, en las cámaras parlamentarias o en los congresos internacionales que duran varios días y están abiertos al público y a la prensa. Antes bien, es en los ambientes íntimos y tranquilos de las mansiones de este país donde se discuten los problemas y se toman decisiones cruciales. La pompa y la ceremonia que presencia el público no es más que el remate final o una simple ratificación de lo que entre las paredes de estas mansiones se ha discutido durante meses o semanas. Para nosotros el mundo era, por tanto, una rueda cuyo eje lo formaban estas grandes casas de las que emanaban las decisiones relevantes, decisiones que influían en el resto de los mortales, ricos o pobres, que giraban a su alrededor. Y la mayor aspiración de todos los que teníamos ambiciones profesionales era forjar nuestra carrera tan cerca de este eje como nos fuera posible, dado que, como he dicho, éramos una generación de idealistas a quienes nos importaba no sólo el correcto ejercicio de nuestra profesión, sino con qué fin la ejercíamos, y todos alimentábamos el deseo de aportar nuestro granito de arena a la creación de un mundo mejor; resultaba obvio que, como profesionales, el medio más seguro de conseguirlo era servir a los grandes caballeros de nuestra época, en cuyas manos estaba el futuro de la civilización.

Naturalmente, todo esto son consideraciones de tipo general, y debo admitir que muchos profesionales de nuestra generación no tenían ideales tan elevados. Por otra parte, estoy seguro de que muchos mayordomos de la generación de mi padre reconocían instintivamente esta dimensión «moral» de su trabajo. Sin embargo, creo que no me equivoco al generalizar de este modo, y realmente los «ideales» que he mencionado motivaron en gran manera mi propia carrera. Durante los primeros años cambié varias veces de empleo al comprender que no eran puestos que pudiesen proporcionarme una satisfacción duradera, hasta que finalmente me vi recompensado con la oportunidad de servir a lord Darlington.

Es curioso, pero hasta ahora no me había planteado esta cuestión en estos términos. A pesar de habernos pasado tantas horas discutiendo el significado del concepto de «grandeza» junto a la chimenea del salón del servicio, ni mister Graham ni yo consideramos nunca la verdadera dimensión de esta cuestión. Sin retractarme de ninguna de las opiniones que

anteriormente he expresado sobre el concepto de «dignidad», debo admitir que, por mucho que un mayordomo hiciese gala de esta virtud, si estaba al servicio de una persona indigna resultaría difícil que sus colegas le considerasen un «gran» mayordomo. Profesionales como mister Marshall o mister Lane sirvieron siempre a caballeros de indiscutible talla moral —lord Wakeling, lord Camberley, sir Leonard Grey—, y es lógico suponer que nunca habrían consagrado su talento a señores de tres al cuarto. Cuanto más se piensa en este hecho, más obvio parece: pertenecer a una casa *verdaderamente* distinguida es condición necesaria para ser considerado un «gran» mayordomo, y sin duda alguna sólo es un «gran» mayordomo el que a lo largo de su carrera ha estado siempre al servicio de grandes caballeros y, a través de éstos, ha servido a toda la humanidad.

Como he dicho, hasta ahora no me había planteado esta cuestión en estos términos. Tal vez sea propio de viajes como el que realizo que uno se vea incitado a replantearse, desde perspectivas sorprendentemente nuevas, temas que ya creía superados. Otro hecho que sin duda me ha impulsado a reflexionar sobre este tema ha sido un pequeño incidente que ha ocurrido hace una hora aproximadamente, y que me ha trastornado bastante.

El viaje resultaba espléndido, pues el tiempo era magnífico, y después de un buen almuerzo en una hostería crucé los límites con Dorset. Justo en ese momento, me di cuenta de que el motor del coche desprendía un fuerte olor a quemado. Evidentemente, mi mayor preocupación fue pensar que quizá había estropeado el Ford de mi patrón, y por este motivo decidí detener el vehículo.

Me encontraba en una estrecha carretera, limitada a ambos lados por un bosque espeso que apenas me permitía hacerme una idea de lo que había a mi alrededor. Al frente tampoco alcanzaba a ver muy lejos, ya que la carretera iniciaba una curva bastante pronunciada a unos veinte metros de distancia. Pensé entonces que no podía permanecer mucho tiempo donde estaba, puesto que corría el riesgo de que algún vehículo girase por aquel recodo y colisionara contra el Ford de mi señor. Puse de nuevo el coche en marcha y, en parte, me tranquilizó comprobar que el olor era menos intenso.

Lo mejor que podía hacer, pensé, era buscar un taller, o alguna mansión, en la que con toda probabilidad hallaría a un chofer que me diría qué tenía el coche. Pero la carretera seguía serpenteando entre el bosque, y el follaje que se alzaba a ambos lados me impedía ver bien. Así, aunque pasé ante varias portaladas que sin duda daban acceso a caminos particulares, no divisé casa

alguna. Después avancé casi un kilómetro, molesto al advertir que el olor del motor volvía a ser más fuerte, hasta que llegué a un tramo de la carretera que corría entre campos. Podía ver a mi alrededor a una distancia mucho mayor, y efectivamente, al fondo, a mi izquierda, vislumbré una casa victoriana muy alta, con una amplia extensión de césped al frente y un camino asfaltado que, a todas luces, debía de haber sido antaño un paseo para carruajes. Al llegar y pararme, me causó gran alegría ver un Bentley tras las puertas abiertas de un garaje contiguo al cuerpo principal de la casa.

Al comprobar que la verja estaba abierta, avancé con el Ford unos cuantos metros, bajé del coche y me dirigí a la puerta trasera de la casa. Me abrió un hombre en mangas de camisa. Tampoco llevaba corbata, pero al preguntarle por el chofer de la casa, me contestó de un modo muy simpático que «había acertado a la primera». Le expliqué mi problema y, sin vacilar, salió a ver el Ford, abrió el capó y, tras inspeccionar el motor durante unos segundos, me dijo:

—Agua, amigo, lo que tiene que hacer es echarle un poco de agua al radiador.

La situación pareció divertirle, pero se mostró muy amable. Volvió a entrar en la casa y, tras unos instantes, salió de nuevo con un jarro de agua y un embudo. Con la cabeza inclinada sobre el motor, se puso a hablar conmigo mientras llenaba el radiador, y al averiguar que estaba haciendo una excursión en coche por la región, me recomendó que visitara un bonito rincón con un estanque situado a menos de un kilómetro de distancia.

Mientras tanto, pude observar la casa. Era más alta que ancha y constaba de cuatro plantas. La hiedra cubría gran parte de la fachada hasta el tejado. Por las ventanas vi, sin embargo, que la mayoría de las habitaciones tenían los muebles enfundados para librarlos del polvo. Seguidamente, cuando el hombre acabó con el radiador, tras cerrar el capó le comenté lo que había observado:

—Sí, es una pena —me dijo—. Es una mansión antigua y muy bonita, pero lo cierto es que el coronel quiere vendérsela. Es una casa muy grande y ahora apenas la utiliza.

Sin poder contenerme, le pregunté cuántas personas componían la servidumbre y me quedé bastante sorprendido al averiguar que se reducía a él y el cocinero, que sólo iba por las tardes. Por lo visto, hacía de mayordomo, ayuda de cámara, chofer y encargado de la limpieza en general. Durante la guerra fue ordenanza del coronel, me comentó. Estuvieron juntos en Bélgica

cuando los alemanes invadieron el país y después volvieron a estar juntos en el desembarco aliado. De pronto, me miró atentamente y exclamó:

—¡Ya lo tengo! Llevo un rato preguntándomelo, pero ya lo tengo. Usted es uno de esos mayordomos finos que hay en las casas de mucho postín.

Y cuando le dije que no iba por mal camino, siguió diciéndome:

—¡Ahí está! ¿Sabe?, llevaba un rato pensando, porque el caso es que habla usted casi como un caballero. Y como le he visto subido a esta preciosidad —dijo señalando el Ford— primero pensé que sería usted uno de esos tíos finos de verdad. Aunque finura no le falta, ¿eh? Nunca he tenido buenos modales, ¿sabe? No soy más que un ordenanza, pero vestido de paisano.

Me preguntó dónde ejercía mi profesión y, al responderle, meneó la cabeza y exclamó con mirada burlona.

—¡Darlington Hall! Debe de ser un sitio muy lujoso. ¡Figúrese, hasta a mí me suena! *Darlington Hall*. ¿No se referirá a la residencia de lord Darlington?

—Fue su residencia hasta hace tres años, cuando murió —le informé—. Actualmente vive en la casa mister John Farraday, un caballero norteamericano.

—¡Vaya lujo trabajar en un sitio así! Ya no deben de quedar muchos como usted, ¿verdad? —Cambiano el tono de voz me preguntó—: Entonces... ¿trabajó usted para lord Darlington?

Volvió a mirarme burlón y yo le respondí:

—¡Oh, no! Trabajo para mister John Farraday, el caballero norteamericano que compró la casa a los Darlington.

—¡Ah!, entonces no conoció usted al tal lord Darlington. Siempre me he preguntado qué clase de hombre sería.

Le dije que debía reemprender el camino y le reiteré mi agradecimiento por sus servicios. Después de todo, el hombre fue muy amable tomándose la molestia de ayudarme a dar marcha atrás hasta la verja. Antes de irme, se asomó a la ventanilla, volvió a recomendarme que visitara el estanque y me repitió las instrucciones para poder llegar hasta él.

—Es un bonito rincón —añadió—. Sería una lástima que se lo perdiera. Además, es posible que el coronel esté por allí pescando.

El Ford parecía otra vez en forma y, dado que para llegar al estanque en cuestión sólo tenía que desviarme un poco de mi camino, decidí hacerle caso al ordenanza. Sus instrucciones parecían bastante claras, pero al desviarme de

la carretera principal según me había indicado, comprobé de pronto que me había perdido en un sinfín de carreteras serpenteantes y estrechas, semejantes a aquella en que, por primera vez, había reparado en el alarmante olor. En ocasiones, el bosque que se alzaba a los lados era tan espeso que prácticamente ocultaba el sol por completo. Tuve pues que forzar los ojos para asimilar los contrastes repentinos entre los brillantes rayos de luz y las oscuras sombras. Finalmente, después de pasar un rato buscando, encontré un letrero que indicaba Mortimer's Pond, y así pude llegar a este rincón, donde he pasado la última media hora, más o menos.

Y debo decir que me siento sinceramente en deuda con el ordenanza ya que, además de ayudarme con el Ford, me ha permitido descubrir un lugar cautivador que, con toda probabilidad; nunca habría podido hallar de otra forma. El estanque no tiene grandes dimensiones —unos quinientos metros de perímetro, aproximadamente—, por lo que subiendo a cualquier cerro es fácil abarcarlo por completo con la vista. Es un enclave donde reina una calma absoluta. Alrededor del agua se han plantado árboles lo suficientemente cerca de la orilla para que ésta reciba una agradable sombra, al mismo tiempo que, en diversos puntos, hay matas altas de juncos y enneas que rompen la superficie del agua y su inerte reflejo del cielo. El calzado que llevo no me permite pasear cómodamente por todo el contorno —desde aquí veo incluso algunas partes en que la vereda se hunde en el fango—; sin embargo, debo decir que es tal el encanto de este lugar que, nada más llegar, lo primero que se me ha ocurrido ha sido justamente eso, y sólo me han disuadido las posibles catástrofes que hubieran podido derivarse de tal expedición y los estropicios que podía causar en mi ropa de viaje. Así, me he tenido que contentar con sentarme aquí, en este banco, que es donde he pasado la última media hora, contemplando a un tiempo el movimiento de las distintas siluetas que, dispersas por varios puntos, veo sentadas tranquilamente con sus cañas de pescar. Ahora mismo tengo ante mí a una docena, más o menos, de pescadores, si bien el fuerte contraste de luces y sombras provocado por las ramas más bajas me impide identificarlos claramente. Por este motivo, he tenido que renunciar a saber cuál de ellos podría ser el coronel en cuya casa me han prestado tan útil servicio.

Sin duda ha sido la calma que inspira este lugar lo que me ha hecho reflexionar a fondo durante esta última media hora sobre ciertas cuestiones que han ocupado mi mente. De hecho, de no haber sido por la paz de este sitio, posiblemente no habría vuelto a plantearme por qué he reaccionado de

una manera tan insólita durante mi encuentro con el ordenanza.

Quiero decir que lo más seguro es que no se me hubiera ocurrido preguntarme por qué motivo he dado la impresión de que nunca he estado al servicio de lord Darlington, ya que, en buena lógica, eso es lo que ha debido entender aquel hombre. A su pregunta: «¿Trabajó usted para lord Darlington?», he dado una respuesta cuyo significado no puede ser otro que no, que nunca trabajé para él. La única explicación podría ser que en ese momento me he dejado llevar por un simple impulso, aunque esto no justifica un comportamiento tan sumamente extraño. En cualquier caso, debo aceptar que lo sucedido con el ordenanza no ocurría por primera vez. Sin lugar a dudas, este episodio tiene que ver, aunque no sepa explicar muy bien la relación, con algo que pasó hace unos meses, durante la visita de los Wakefield.

Los señores Wakefield son una pareja de norteamericanos que se establecieron en Inglaterra, creo que cerca de Kent, hace ya veinte años. Dado que tienen una serie de conocidos en común con mister Farraday entre la sociedad de Boston, un día vinieron de visita a Darlington Hall, se quedaron a comer y se fueron antes del té. Me estoy refiriendo a la época en que mister Farraday llevaba sólo unas cuantas semanas en la casa, una época en que estaba realmente exaltado por su adquisición. Por esta razón, los Wakefield recorrieron toda la casa en compañía de mi patrón, incluso las salas que tenían los muebles enfundados, lo cual algunos podrían juzgar excesivo. Los señores Wakefield parecían, no obstante, tan entusiasmados con la visita como mister Farraday, y mientras me ocupaba en mis quehaceres me llegaban de vez en cuando las exclamaciones que proferían los norteamericanos cada vez que se mostraban encantados por algún detalle de la casa. Mister Farraday había empezado la visita por los pisos superiores, y al llegar a la planta noble, que deslumbró a los invitados por su magnificencia, advertí que mi patrón estaba verdaderamente exaltado: les hacía observar los más nimios detalles de las cornisas y los marcos de las ventanas, y describía con ademán triunfal «lo que los lores ingleses hacían» en cada una de las habitaciones. Si bien mi intención no era escuchar la conversación, no pude evitar oír lo esencial de lo que decían. Y me sorprendió la amplitud de conocimientos de mister Farraday, que, a pesar de incurrir en algunas impropiedades, reflejaba una profunda admiración por las costumbres inglesas. También era notable comprobar que los Wakefield, y principalmente mistress Wakefield, conocían muy bien las tradiciones de

nuestro país, y, por las numerosas observaciones que hicieron, pude inferir que también ellos debían de ser propietarios de alguna mansión inglesa de cierta categoría.

En un momento de la visita por las distintas estancias, cruzaba yo el vestíbulo convencido de que el grupo había salido a recorrer los jardines, cuando noté que mistress Wakefield se había quedado atrás y examinaba de cerca el arco de piedra que sirve de marco a la puerta de entrada al comedor. Al pasar por su lado, y susurrar un leve «Disculpe, señora», ésta se volvió y dijo:

—Stevens, quizá pueda usted sacarme de dudas. Este arco *parece* del siglo XVII, pero no sé... ¿Sería posible que hubiera sido construido recientemente, cuando aún vivía lord Darlington?

—Es posible, señora.

—Es precioso, aunque quizá se trate de una imitación realizada hace tan sólo unos años.

—No estoy seguro, señora, pero es posible.

Y acto seguido, bajando la voz, mistress Wakefield me dijo:

—Dígame, Stevens, ¿cómo era lord Darlington? Supongo que trabajó usted para él.

—No, señora.

—¡Oh! Creía que sí. No sé por qué.

Mistress Wakefield se volvió de nuevo hacia el arco y pasando la mano por la superficie, dijo:

—O sea, que no podemos saber el siglo. En fin, como le dije, me parece una imitación. Muy lograda, pero imitación.

No di más importancia a esta conversación; sin embargo, cuando los Wakefield se hubieron marchado le llevé a mister Farraday una taza de té al salón y le noté bastante preocupado. Tras unos momentos de silencio, me dijo:

—¿Sabe una cosa, Stevens? Mistress Wakefield no se ha ido tan impresionada como pensaba.

—¿En serio?

—Sí, Stevens, le ha parecido que exageraba la antigüedad de la casa, que le ponía siglos a todo.

—¿De verdad, señor?

—No ha dejado de decir que si esto era «una imitación», que si lo otro era «una imitación». Hasta de usted lo ha dicho Stevens.



—¿En serio, señor?

—En serio. Le he dicho que usted era un auténtico mayordomo inglés, de los de antes. Que durante más de treinta años había servido en esta casa a un auténtico lord inglés. Sin embargo, mistress Wakefield me ha rebatido este último dato, y me lo ha rebatido además muy segura de sí misma.

—¿De verdad?

—Mistress Wakefield estaba convencida de que, antes de contratarle Yo, no había trabajado en esta casa. Y es más, me ha asegurado que usted mismo se lo había dicho. Como podrá suponer, me ha hecho sentirme bastante ridículo.

—Lo lamento, señor.

—Lo que quiero decirle, Stevens, es que esta casa *es* una antigua casa inglesa, una genuina mansión. ¿No es así? Eso es lo que compré. Y usted es un mayordomo inglés a la antigua, también genuino. No un simple criado pretencioso. ¿No es así? Eso es lo que buscaba y eso es lo que tengo. ¿No es así?

—Personalmente, me atrevería a decir que sí, señor.

—Y si es así, ¿puede explicarme por qué mistress Wakefield dice esas cosas? Le aseguro que me intriga bastante.

—Posiblemente le expuse mi carrera de forma errónea. Discúlpeme si le he puesto en una situación embarazosa.

—Sí, ha sido una situación muy embarazosa. Ahora, estos señores pensarán que soy un fanfarrón y un mentiroso. Y dígame, ¿qué quiere usted decir con eso de que «posiblemente le expuso su carrera de forma errónea»?

—Discúlpeme. No pensaba que esto pudiese dar lugar a una situación tan embarazosa.

—¡Pero Stevens, maldita sea! ¿Por qué ha tenido que contarle a esta señora semejante historia?

Me quedé pensativo durante un instante y después le dije:

—Lo lamento mucho, señor. Pero se trata de un asunto relacionado con las costumbres de este país.

—¿Puede explicarse de una vez?

—Quiero decir que en Inglaterra los sirvientes tienen por norma no hablar de sus anteriores señores.

—Muy bien, Stevens, admito que no quiera usted revelar los secretos de otras personas, pero de ahí a negar que ha trabajado usted para ellas, ¡vamos, hombre!

—Planteado así, parece realmente un absurdo, pero en muchos casos se ha considerado que era preferible que un sirviente diera á entender eso. Si me permite usted la comparación, es lo mismo que se hace con los matrimonios. Cuando una dama divorciada está en compañía de su segundo marido, a menudo se considera preferible no hacer ninguna referencia al primero. En nuestra profesión se sigue un comportamiento parecido, señor.

—Ojalá lo hubiese sabido antes, Stevens —dijo mi patrón echándose hacia atrás en su silla—; ya se lo he dicho, he que dado como un auténtico imbécil.

Incluso en aquel momento comprendí que la explicación que le había dado a mister Farraday, aunque naturalmente tenía algo de cierta, por desgracia no era del todo correcta. No obstante, cuando uno tiene tantas cosas en que pensar, es fácil restar importancia a esta clase de problemas. Y eso fue exactamente lo que hice; durante algún tiempo, borré de mi mente este suceso. Sin embargo, ahora que he vuelto a recordarlo, delante de este estanque e inmerso en la calma que lo rodea, no hay duda de que mi reacción ante mistress Wakefield tiene cierta relación con lo ocurrido esta misma tarde.

Como es natural, actualmente hay mucha gente que se cree con derecho a hacer toda clase de comentarios absurdos sobre lord Darlington. Pensarán ustedes que, en cierto modo, puedo sentirme violento y avergonzado de que me asocien con mi señor, y que éste es el motivo que me induce a adoptar tan extraña actitud. Permítanme, por lo tanto, decirles que no hay nada más lejos de la verdad. Gran parte de las cosas que oigo decir sobre mi señor son sandeces basadas tan sólo en una ignorancia supina de los hechos. R mi juicio, mi extraño comportamiento puede ser muy plausible si la razón que lo explica es que trato de evitar toda posibilidad de oír más tonterías sobre mi señor. Quiero decir que, en los dos casos que he expuesto, decidí contar mentiras piadosas por ser el modo más sencillo de evitarme disgustos. Y pensándolo bien, me parece una explicación muy razonable, ya que, francamente, no hay nada que me moleste más que oír una y otra vez todas esas tonterías. Permítanme decirles que lord Darlington fue un caballero de gran talla moral, una talla muy superior a la de la mayoría de las personas que dicen todas esas tonterías sobre él, y les aseguro que mantuvo esa cualidad hasta el último de sus días. Nada podría ser menos cierto que sugerir que lamento que me asocien con semejante caballero. Y comprenderán que los años que pasé sirviendo a mi señor en Dartington Hall constituyeron el

período de mi carrera en que más cerca me sentí de ese eje que mueve la rueda del mundo. Más cerca de lo que nunca había imaginado. Consagré treinta y cinco años de mi carrera a lord Darlington, y por este motivo tengo razones de sobra para alegar que, durante ese tiempo, «pertenecí a una casa distinguida», con todo lo que estas palabras significan. La satisfacción que me produce pensar en mi carrera tiene como causa principal aquella época, y en todo momento me siento muy orgulloso y agradecido por haber tenido ese gran privilegio.

## TERCER DIA POR LA MAÑANA

*Taunton, Somerset*

Anoche me alojé en una hostería llamada Coach and Horses, situada en las afueras de Taunton, en Somerset. Como es un caserón con el techo de bálago al pie de la carretera, cuando me aproximaba en el Ford al caer los últimos rayos del sol, me pareció un lugar sumamente sugestivo. El hostelero me condujo por una escalera de madera hasta una pequeña alcoba, sin ningún lujo, pero limpia. Al preguntarme si ya había cenado, le pedí que me subiera un bocadillo a la habitación que como cena resultó ser una alternativa totalmente satisfactoria. Sin embargo, conforme fueron avanzando las horas empecé a sentirme inquieto dentro de la habitación, y al fin decidí bajar al bar a probar la sidra del lugar.

En torno a la barra, había un grupo de cinco o seis clientes —gente dedicada a las faenas del campo, a juzgar por su aspecto— y el resto de la pieza estaba vacío. Tras recibir del hostelero una jarra de sidra, me instalé en un rincón, con el fin de reposar un poco y recopilar mis impresiones del día. Pronto me di cuenta, sin embargo, de que mi presencia había alterado los hábitos de los lugareños y, en cierto modo, les obligaba a mostrarse hospitalarios. Así, cada vez que interrumpían su conversación, siempre había alguno de ellos que lanzaba una mirada hacia mi mesa, como si deseara dirigirse a mí. Finalmente, uno de ellos alzó la voz y me dijo:

—Me han dicho que va a pasar aquí la noche.

Al responderle afirmativamente, mi interlocutor meneó la cabeza con aire dubitativo y me hizo la siguiente observación:

—Ahí arriba no dormirá usted mucho, señor. A menos que no le importe oír los ronquidos de Bob —y con un gesto me señaló al hostelero— toda la noche. Después, será su parienta la que le despierte cuando empiece a darle órdenes a gritos así que rompa el alba.

A pesar de las protestas del hostelero, los presentes soltaron una fuerte carcajada.

—¿De verdad? —pregunté, y al hablar volvió a invadirme la sensación, la misma que me ha invadido en numerosas ocasiones delante de mister Farraday, de que deseaban escuchar una respuesta graciosa. De hecho, los

lugareños guardaron educado silencio, a la espera de que redondeara mi respuesta. Avivé un poco mi ingenio y, finalmente, dije—: Será... como el canto del gallo, sólo que en versión humana.

Al principio siguieron en silencio, como si pensaran que faltaba algo, pero al reparar en la alegre expresión de mi rostro, soltaron una carcajada, desconcertados. A continuación, volvieron a sus conversaciones y ya no intercambié ninguna palabra con ellos hasta que les di las buenas noches algo más tarde.

Al ocurrírseme semejante chiste como respuesta me sentí bastante satisfecho; sin embargo, reconozco que el poco éxito con que fue recibido me dejó un tanto abatido. Y supongo que me sentí así porque durante estos últimos meses he dedicado mucho tiempo y esfuerzos a aumentar mis recursos en j este terreno. Quiero decir que he procurado sumar este mérito al acervo profesional que poseo con el fin de hacer frente, con toda confianza, a cualquier situación jocosa. Esperanza que también alberga mister Farraday.

Por ejemplo, últimamente he procurado escuchar la radio en mi habitación cada vez que he tenido un rato libre; en realidad, las tardes en que mister Farraday no está en casa. Uno de los programas que escucho es *Dos o más veces a la semana*. Se emite tres veces a la semana, de hecho, y en él intervienen básicamente dos personas que tratan de forma humorística diversos temas planteados en las cartas de los oyentes. Lo he seguido con atención porque los chistes que cuentan son siempre de muy buen gusto y, a mi juicio, se ajustan muy bien al tipo de humor que mister Farraday espera de mí. Siguiendo este programa como ejemplo, he ideado un tipo de ejercicio que intento practicar al menos una vez al día. Siempre que me encuentro ante una situación extraña, intento formular tres chistes sobre las circunstancias que me rodean en ese momento. Y otra variante de este ejercicio es intentar imaginar tres chistes a partir de los sucesos que hayan acaecido una hora antes.

Quizá comprendan ahora por qué anoche me sentí tan abatido al ver que mi agudeza caía en saco roto. En primer lugar, pensé que su poco éxito podía deberse a que no hubiese hablado con suficiente claridad, pero después, una vez que me hube retirado, se me ocurrió que quizá había ofendido a aquella gente. Al fin y al cabo, pudieron pensar perfectamente que con mis palabras había comparado a la esposa del hostelero con un gallo, propósito totalmente ajeno a mis intenciones.

Esta idea siguió torturándome todo el tiempo que tardé en dormirme, e

incluso esta mañana he estado a punto de presentar mis disculpas al dueño, pero la cordialidad con que me ha servido el desayuno me ha impulsado, finalmente, a dejar estar todo ese asunto.

Aunque se trate de un episodio insignificante, sirve para ilustrar los riesgos que pueden llevar consigo estas gracias. Es propio de su naturaleza el que la persona de quien se espera un chiste no tenga tiempo de calibrar las repercusiones que éste pueda tener, por tanto, corre el riesgo de pronunciar algunas inconveniencias si no cuenta con la habilidad y la experiencia necesarias. No hay razón para pensar que con el tiempo y mucha práctica no pueda llegar a defenderme en este terreno, pero, dados los errores en que puedo incurrir, he decidido que lo mejor, al menos por el momento, es abstenerme de cumplir con esta obligación ante mister Farraday hasta que no tenga más maña.

En cualquier caso, lamento informarles de que el comentario que los lugareños me hicieron anoche a modo de chiste —asegurarme que pasaría una mala noche por el alboroto que me llegaría del piso de abajo— resultó ser más que cierto. La esposa del hostelero gritó y además habló incesantemente con su marido, y no sólo anoche mientras realizaba sus tareas, pues esta mañana también la he oído gritar. A pesar de todo, estaba dispuesto a perdonar a esta pareja tan diligente en su trabajo, seguro de que todos los ruidos se debían a este hecho. Por otra parte, tenía en cuenta mi desafortunado comentario. Por este motivo, no he querido comentar que había pasado una noche de perros al darle las gracias al dueño y marcharme a explorar el mercadillo de Taunton.

Ahora estoy disfrutando de una buena taza de té, a media mañana, y quizá habría hecho mejor en alojarme en este establecimiento, ya que en el letrero que tienen fuera anuncian no sólo «té, bocadillos y pasteles», sino también «habitaciones tranquilas, limpias y confortables». El establecimiento está situado en la calle mayor de Taunton, muy cerca del mercadillo. Es un edificio algo hundido, con una fachada muy característica por las vigas de madera oscura que la cruzan. Me encuentro en el salón de té, una pieza muy espaciosa, con paredes de madera de roble y mesas suficientes para acomodar, imagino, a una veintena de personas sin que se sientan agobiadas. En la barra, detrás de una exquisita selección de pastas y pasteles, sirven dos joviales señoritas. En general, me parece un sitio excelente para tomar el té a media mañana, pero lo sorprendente es que, al parecer, muy pocos vecinos de

Taunton frecuentan este lugar. En estos momentos sólo me acompañan dos señoras mayores sentadas cara a cara en la mesa que hay junto a la pared de enfrente, y un hombre, probablemente un campesino jubilado, sentado a una mesa que hay junto a otra que está al lado del gran ventanal. Al hombre no alcanzo a verle claramente porque el sol brilla tanto que sólo deja distinguir su contorno. Sin embargo, veo que está leyendo con atención el periódico y que, de vez en cuando levanta la mirada para observar a los viandantes que pasan por la acera. Al principio, por su modo de mirar he pensado que esperaba a alguien; sin embargo, parece que su intención es únicamente saludar a los conocidos que pasan.

Me he instalado cómodamente en la pared del fondo, pero incluso a esta distancia percibo con toda claridad la calle, inundada de sol. En la acera de enfrente distingo asimismo una señal en la que se indican varias localidades cercanas. Una de ellas es Mursden. Mursden es un nombre que quizá les diga algo. Es lo que me ocurrió a mí ayer, al descubrirlo en el mapa. De hecho, debo decir que me sentí incluso tentado de desviarme ligeramente del recorrido previsto con el único fin de ver este pueblo. En Mursden, situado en el condado de Somerset, se hallaba la empresa Giffen & Co. Era a Mursden adonde había que dirigirse antiguamente para hacer los pedidos de barras Giffen's que se utilizaban para sacar brillo a la plata, unas barras de color negro que había que «raspar, mezclar con cera y aplicar con la mano». Durante una época, Giffen's fue sin duda el mejor producto para limpiar la plata que había en el mercado, hasta que con la aparición, poco antes de la guerra, de nuevas sustancias químicas, la demanda de este magnífico producto decayó.

Si bien recuerdo, Giffen's apareció a principios de los años veinte; y no soy la única persona para la que el auge de este producto y el cambio de tendencia que experimentó nuestra profesión estuvieron estrechamente relacionados. Un cambio que hizo de la limpieza de la plata la tarea trascendental que, en general, sigue siendo hoy. Supongo que, como otros muchos cambios relevantes de aquel período, éste fue una cuestión generacional. Durante aquellos años nuestra generación de mayordomos «alcanzó su mayoría de edad», Y personajes como mister Marshall, sobre todo, fueron los principales causantes de que la limpieza de la plata llegara a alcanzar una trascendencia semejante. No quiero decir con ello que sacar brillo a la plata, concretamente a los objetos empleados en la mesa, no se considerara desde siempre una tarea seria. Sin embargo, es justo decir que

muchos mayordomos de, digamos, la generación de mi padre, no pensaban que se tratase de un asunto fundamental. Prueba de ello es el hecho de que en aquellos días el mayordomo de una casa no supervisaba personalmente la limpieza de la plata. En realidad, se contentaba con dejar esta tarea a la propia iniciativa del segundo mayordomo, limitándose a echar una ojeada de vez en cuando. Se dice que mister Marshall fue el primero en hacer ver la gran importancia de la plata, al subrayar que no había otro objeto en la casa que un invitado examinase tan a fondo como la plata durante las comidas. Se trataba, por lo tanto, de un indicador público del nivel de una casa. Y fue mister Marshall el primero que dejó estupefactos a las damas y caballeros que visitaban Charleville House con una plata limpia y brillante como nunca se había visto antes. Naturalmente, todos los mayordomos del país, acuciados por sus patronos, empezaron a obsesionarse con el tema de la plata, y enseguida hubo varios mayordomos, lo recuerdo muy bien, que presumían de haber descubierto métodos de limpieza que superaban los empleados por mister Marshall, métodos que mantenían celosamente secretos, como hacen los chefs franceses con sus recetas. No obstante, tengo la certeza, la misma certeza que tenía entonces, de que, por misteriosos y complejos que fuesen los métodos aplicados por alguien como mister Jack Neighbours, el resultado final era nulo o, en cualquier caso, apenas perceptible. Por lo que a mí respectaba, el problema no tenía mayores complicaciones: bastaba con emplear un buen producto y supervisar la tarea muy de cerca. Giffen's era el producto que aconsejaban los más expertos mayordomos de la época, y si se empleaba correctamente, no había por qué temer que la plata ajena fuese mejor que la propia.

Me complace poder recordar varias ocasiones en que la plata de Darlington Hall impresionó gratamente a nuestras visitas. Recuerdo, por ejemplo, la vez que lady Astor comentó, no sin cierto resquemor, que nuestra plata «era probablemente incomparable». También recuerdo una cena en que mister George Bernard Shaw, el famoso escritor, se puso de pronto a examinar atentamente la cucharilla de postre que tenía enfrente, manteniéndola con la mano a contraluz y comparando su superficie con la de una bandeja que tenía cerca, sin preocuparse del resto de los comensales. Sin embargo, es posible que el caso que hoy recuerde con mayor satisfacción sea el ocurrido una noche en que un distinguido político, que posteriormente fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores, vino a hacernos una visita absolutamente «extraoficial». En realidad, ahora que los frutos de aquellas



visitas ya han sido bien estudiados, no hay razón para ocultar que el personaje de quien hablo es lord Halifax.

Según evolucionaron las cosas, aquella visita fue la primera de toda una serie de encuentros «extraoficiales» entre lord Halifax y el embajador alemán en aquella época, el señor Ribbentrop. Aquella primera noche, sin embargo, lord Halifax se mostró cauto y desconfiado, como se desprende de las palabras con que se dirigió a lord Darlington nada más llegar:

—De verdad te digo que no sé para qué me has animado a venir. Sé que lo lamentaré.

Dado que al señor Ribbentrop no se le esperaba hasta aproximadamente una hora más tarde, mi señor propuso a su huésped dar un paseo por Darlington Hall, un buen modo de tranquilizar a muchos invitados que llegaban nerviosos. Sin embargo, mientras seguía con mis quehaceres sólo llegó a mis oídos, desde distintas partes del edificio, la voz de lord Halifax que no cesaba de manifestar sus dudas ante el encuentro que se avecinaba, con la réplica consiguiente de lord Darlington que intentaba tranquilizarle. En cierto momento me pareció oír que lord Halifax exclamaba:

—¡Dios mío!, Darlington, en esta casa la plata es una maravilla.

Fueron unas palabras que, por supuesto, me encantó oír aunque debo añadir que lo que realmente me causó mayor placer de todo ese episodio no acaecería hasta dos o tres días más tarde, cuando lord Darlington me hizo el siguiente comentario:

—Por cierto, Stevens, la otra noche lord Halifax quedó muy impresionado por la plata. De hecho, le hizo cambiar por completo de estado de ánimo.

Recuerdo perfectamente que éstas fueron sus palabras, así que no invento nada al decir que el asunto de la plata contribuyó aquella noche de forma mínima pero no desdeñable a facilitar las relaciones entre lord Halifax y el señor Ribbentrop.

A este respecto, quizá convenga decir un par de cosas sobre este último. Actualmente, todo el mundo sabe muy bien que el señor Ribbentrop era un farsante, que durante aquellos años Hitler se propuso ocultar sus verdaderas intenciones a Inglaterra todo el tiempo que fuese posible y que la única misión en nuestro país del señor Ribbentrop fue orquestar este engaño. Como he dicho, es la versión por todo el mundo aceptada y no pretendo sostener ahora lo contrario. Si resulta, sin embargo, bastante molesto oír hablar hoy día a la gente como si a ellos el señor Ribbentrop nunca les hubiera resultado

simpático y como si el único embaucado y el único que colaboró con él hubiese sido lord Darlington. Lo cierto es que, en los años treinta, el señor Ribbentrop era un personaje bien considerado y en las mejores casas gozaba, incluso, de cierto prestigio. Recuerdo especialmente que, hacia 1936 o 1937, a los criados que venían con los invitados sólo se les oía hablar del «embajador alemán», y por lo que contaban, era evidente que suscitaba verdaderas pasiones entre las damas y los caballeros más distinguidos del país. Por eso, como he dicho, resulta desagradable escuchar hoy a esa misma gente cuando hablan de aquellos tiempos, y sobre todo las cosas que algunas de ellas comentan sobre mi señor. Su gran hipocresía quedaría rápidamente patente si pudieran ver ustedes algunas de las listas de invitados que estas personas elaboraban por aquella época. Verían no sólo la frecuencia con que el señor Ribbentrop comía en sus casas, sino también el número de veces que se sentó a ellas como invitado de honor.

Y sin embargo les oirán comentar escandalizados que, durante los viajes que lord Darlington realizó a Alemania en aquellos años, aceptó la hospitalidad de los nazis. Creo que se mostrarían más cautos si por ejemplo el *Times* publicase la lista de invitados de algunos de los banquetes que ofrecieron los nazis durante el Congreso de Nuremberg. Damas y caballeros que figuraban entre los más respetados y renombrados de Inglaterra gozaron de la hospitalidad de los dirigentes nazis, y de buena tinta sé que la gran mayoría de estas personas regresaron deshaciéndose en elogios y alabanzas para con sus anfitriones. Insinuar que lord Darlington mantenía contactos encubiertos con el enemigo significa ignorar por completo el verdadero ambiente de aquellos tiempos.

También faltan a la verdad quienes afirman que lord Darlington era antisemita o que mantenía estrechos contactos con organizaciones como la Unión Británica de Fascistas. Sólo la más absoluta ignorancia de la clase de caballero que era mi señor puede explicar que se hagan tales afirmaciones. Lord Darlington aborrecía el antisemitismo. En varias ocasiones en que mi señor se vio confrontado con esta clase de actitudes, manifestó ante mí su rechazo. Y tampoco tienen fundamento las afirmaciones de que mi señor nunca permitió que entrasen judíos en su casa o que se contratase a sirvientes judíos, exceptuando quizá un caso sin importancia que ha sido exagerado hasta llegar a extremos inauditos. Por lo que respecta a la Unión Británica de Fascistas, sólo puedo decir que asociar a mi señor con esa clase de gente es simplemente ridículo. Sir Oswald Mosley, el caballero que dirigía a los

camisas negras, vino de visita a Darlington Hall tres veces como máximo, creo recordar, y todas ellas recién creada esa organización y antes de manifestar su auténtico carácter. Pero una vez resultó evidente la peligrosa naturaleza de aquel movimiento —y permítaseme añadir que mi señor no fue de los últimos en reparar en ello— lord Darlington rompió todos sus vínculos con él.

En cualquier caso, éstas eran organizaciones sin trascendencia alguna en la vida política del país. Comprenderán ustedes que a un caballero como lord Darlington apenas le preocupaba todo aquello que no fuese el auténtico meollo de las cosas, y las figuras que se esforzó en reunir a su alrededor durante aquellos años eran personas totalmente al margen de estos molestos grupúsculos. Su ambiente lo constituían personas altamente respetables, con gran influencia en la vida británica: políticos, diplomáticos, militares, clérigos. Y añadiré además que algunos de estos personajes eran judíos, un hecho que prueba lo absurdo de gran parte de las acusaciones que se han formulado contra mi señor.

En fin, me estoy desviando del tema. Lo cierto es que estaba hablando de la plata y de la favorable impresión que causó su aspecto en lord Halifax la noche de su encuentro con el señor Ribbentrop en Darlington Hall. Permítanme que les haga observar que en ningún momento he sugerido que la plata fuese el factor determinante que convirtió una noche que a juicio de mi patrón se avecinaba bastante desalentadora, en una velada triunfante. No obstante, tal y como he señalado, el propio lord Darlington sugirió que aquella noche la plata había, en cierto modo, influido en el cambio de ánimo de su invitado. Quizá sea lógico, pues, rememorar estos hechos con gran satisfacción.

Algunos miembros de nuestra profesión consideran que, en última instancia, servir a un patrón, sea quien sea, es un hecho que apenas reviste importancia. Son los que piensan que ese noble idealismo que caracteriza mayoritariamente a nuestra generación —y sobre todo la idea de que la mayor aspiración de un mayordomo debe ser estar al servicio de importantes caballeros que tengan como objetivo servir a su vez a la humanidad— es mera palabrería altisonante sin base alguna en la realidad. Y es curioso que los individuos que invariablemente muestran este escepticismo sean por regla general los más mediocres dentro de nuestra profesión. Son, por lo común, los menos capacitados para desempeñar cualquier puesto de responsabilidad y sólo aspiran a arrastrar consigo y a degradar hasta su propio nivel al mayor

número posible de compañeros. Por este motivo, es difícil tomar en serio sus opiniones. A pesar de todo, siempre es un halago para mí recordar los momentos de mi carrera que demuestran sin lugar a dudas lo equivocados que están tales individuos. Naturalmente, hay que intentar ofrecer en todo momento un buen servicio, pero su nivel no puede nunca evaluarse sobre la base de un número determinado de casos específicos como, por ejemplo, el que acabo de citar referente a lord Halifax. Sin embargo, son estos casos concretos los que, con el tiempo, dan cuerpo a un hecho irrefutable, a saber: gozar del privilegio de haber impulsado grandes acontecimientos mediante el ejercicio de nuestra profesión. Y los que se contentan con servir a patronos mediocres no experimentarán nunca la satisfacción de poder decir, en cierto modo justificadamente, que sus esfuerzos han contribuido, aunque sea de forma modesta, a encauzar la historia, una satisfacción a la que quizá nosotros sí tengamos derecho.

Tal vez haría mejor en no mirar tanto al pasado, ya que después de todo tengo ante mí muchos años durante los cuales aún debo prestar mis servicios. Y mister Farraday, además de ser un excelente patrón, es un caballero norteamericano al que me considero obligado a mostrar el incomparable nivel de nuestra profesión en Inglaterra. Por este motivo, es primordial que me mantenga bien centrado en el presente y que esté alerta ante cualquier indicio de suficiencia que pueda rezumar de mis logros pasados; porque debo admitir que, durante estos últimos meses, en Darlington Hall las cosas no han funcionado como habría sido deseable y ha habido unos cuantos errores, entre los cuales cabe incluir el incidente ocurrido el pasado abril en relación con la plata. Afortunadamente, no tuvo lugar en un momento en que mister Farraday tuviese invitados: sin embargo, ello no es óbice para que fuera un fallo imperdonable.

Ocurrió una mañana durante el desayuno, y mister Farraday, quizá por su natural indulgente o porque, como norteamericano, no llegase a captar el alcance de tal deficiencia, no formuló ninguna queja. Tras sentarse a la mesa cogió el tenedor, lo examinó unos instantes tocando las puntas con las yemas de los dedos, y volvió a concentrarse en el periódico matutino. Fue un gesto que había realizado maquinalmente, pero como es natural yo, que me había percatado del detalle, me acerqué a la mesa y retiré el cuerpo del delito. Es posible que tanta celeridad turbara a mister Farraday, puesto que se sobresaltó y dijo en voz baja:

—¡Ah!, es usted.

Salí de la habitación raudo y veloz, y volví a toda prisa con un tenedor limpio. Al acercarme de nuevo a la mesa, pensé por un instante en deslizar el tenedor sobre el mantel con cuidado de no distraer a mi señor, que aparentemente seguía absorto en la lectura del periódico. Sin embargo, también se me ocurrió que mister Farraday podía estar fingiendo para aliviar mi desazón y que el hecho de entregarle el cubierto de forma tan subrepticia podía ser interpretado como un deseo por mi parte de restar importancia a mi descuido, o peor aún, como un intento de disimularlo. Por esta razón decidí que era más apropiado dejar el tenedor en la mesa con cierto brío. Mi patrón, entonces, volvió a sobresaltarse, levantó la mirada y dijo:

—¡Ah!, es usted, Stevens. Son esta clase de errores, acaecidos durante los últimos meses, los que, naturalmente, han cuarteado mi autoestima: sin embargo, tampoco hay que pensar que suponen algo mucho más grave que un problema de escasez de personal. Con ello no estoy diciendo que la escasez de personal no sea un problema preocupante, pero si miss Kenton decidiera volver a Darlington Hall, este tipo de tropiezos quedarían, con toda seguridad, subsanados. Evidentemente, no debo olvidar que la carta de miss Kenton —que ayer volví a leer en mi habitación antes de apagar la luz— no manifiesta nada concreto que indique un firme deseo de volver a ocupar su antiguo empleo. Debo reconocer que existe la posibilidad de que, al hacerme unas ilusiones de carácter estrictamente profesional, haya exagerado cualquier supuesto indicio que permita inferir la existencia de ese deseo, dado que anoche me quedé un tanto sorprendido por lo difícil que me resultaba encontrar algún pasaje en el que claramente se pudiese demostrar que miss Kenton quiere volver.

De todas formas, me parece carente de sentido hacer demasiadas lucubraciones ahora que sé que, con toda probabilidad, podré hablar con miss Kenton cara a cara en un plazo que no supera las cuarenta y ocho horas. Debo decir, sin embargo, que anoche las páginas de esa carta voltearon por mi imaginación durante no escasos minutos mientras, echado en la cama, oía en la oscuridad al dueño y a su esposa terminando de recoger y limpiar, después de cerrar.

## TERCER DIA POR LA TARDE

*Moscombe, cerca de Tavistock, Devon*

Pienso que debería volver a tratar el tema del antisemitismo, dado que hoy día se ha convertido en una cuestión bastante delicada, y al mismo tiempo replantear todo lo referente a la actitud de mi señor hacia los judíos. Y permítanme dejar bien claro que, contrariamente a como al parecer se ha dicho, en Darlington Hall nunca se ha discriminado a los judíos que han querido trabajar como empleados. Ésta es una cuestión que me atañe muy de cerca y una aseveración que puedo refutar con absoluto conocimiento de causa. Durante los años que pasé con mi señor siempre hubo muchos judíos entre el personal y permítanme añadir, además, que nunca recibieron un trato distinto por el hecho de ser judíos. Me cuesta realmente comprender las razones que subyacen bajo estas absurdas aseveraciones, a menos que tengan como origen —lo cual es ridículo— una época, breve e insignificante, allá por los años treinta, en que, durante unas cuantas semanas, mistress Carolyn Barnet ejerció una influencia ciertamente notable sobre mi señor.

Mistress Barnet, viuda de mister Charles Barnet, era a sus cuarenta años una mujer hermosa, y algunos dirían incluso que encantadora. Tenía fama de ser extraordinariamente inteligente, y por aquellos días solía contarse que había llegado a mofarse de más de un docto caballero en alguna cena donde se habían tratado importantes temas de actualidad. Durante sus frecuentes visitas a Darlington Hall, en el verano de 1932, esta dama y mi señor pasaron horas y horas conversando sobre temas de carácter social o político. Y recuerdo que fue mistress Barnet quien condujo a mi señor a una de aquellas «visitas organizadas» en que se recorrían los barrios más pobres del este londinense, y mediante las cuales mi señor conoció los hogares de numerosas familias que padecían la desesperada y lamentable situación de aquellos años. Quiero decir que, con toda probabilidad, fue mistress Barnet quien despertó en lord Darlington su creciente preocupación por las clases más pobres de nuestro país y, en este sentido, no puede decirse que su influencia fuese totalmente negativa. Pero, naturalmente, mistress Barnet también pertenecía a los camisas negras de sir Oswald Mosley, y los escasos encuentros que mi señor mantuvo con sir Oswald tuvieron lugar durante aquellas semanas de

verano. Y fue igualmente por aquel entonces cuando ocurrieron en Darlington Hall una serie de incidentes, absolutamente atípicos, que supongo que sentaron los frágiles cimientos en que se basaron tan absurdas aseveraciones.

He empleado la palabra «incidentes», aunque algunos de estos hechos fueran realmente anodinos. Recuerdo, por ejemplo, una cena en la que mi señor, al comentarle una alusión que le habían hecho en un determinado periódico, replicó diciendo:

«¡Ah, sí! Se refiere usted a ese panfleto judío», y en otra ocasión, por aquella misma época, mi señor me ordenó no seguir dando donativos a una organización benéfica local que pasaba regularmente por nuestra puerta, alegando que los componentes de la directiva eran «casi todos judíos». Son detalles que he retenido en la mente porque, por aquel entonces, me causaron gran desconcierto, ya que con anterioridad a aquellos hechos mi señor nunca había mostrado aversión alguna por el pueblo judío.

Finalmente, hubo una tarde en que mi señor me pidió que fuera a su despacho. En un principio, nuestra conversación giró en torno a temas de carácter general, como preguntarme si funcionaba bien la casa, y esa clase de cosas. Pero, pasado un rato, me dijo:

—Stevens, hay un asunto que he estado pensando mucho. Sí, mucho. Y he llegado a la siguiente conclusión. Entre la servidumbre de Darlington Hall no podemos tener judíos.

—¿Cómo dice, señor?

—Es por el bien de la casa y en interés de nuestros huéspedes, Stevens. Tras reflexionarlo mucho, es la conclusión a la que he llegado.

—Muy bien, señor.

—Y dígame, Stevens, en estos momentos creo que tenemos algunos a nuestro servicio. ¿No es así? Judíos, quiero decir.

—Creo que entre el personal que tenemos actualmente a nuestro servicio hay dos, señor.

—¡Ah! —mi señor hizo una pausa, mirando por la ventana—, evidentemente tendrá que despedirlos.

—¿Cómo dice, señor?

—Lamentablemente, así es, Stevens. No tenemos otra alternativa. Debemos considerar la seguridad y el bienestar de mis invitados. Le aseguro que he reflexionado mucho sobre este asunto. Es la única solución en interés de todos.

Los dos empleados afectados eran, concretamente, dos criadas. No habría sido correcto, por tanto, actuar sin dar parte antes del asunto a miss Kenton. Decidí hacerlo aquella misma tarde cuando nos encontrásemos en su habitación para tomar el chocolate. Explicaré en pocas palabras en qué consistían realmente estos encuentros que celebrábamos en el gabinete de miss Kenton al terminar el día. En general, estas reuniones tenían carácter básicamente profesional; sin embargo, como es natural, de vez en cuando hablábamos de temas más informales. La razón por la que nos reuníamos era muy simple: nos habíamos dado cuenta de que llevábamos unas vidas tan ajetreadas que, a veces, podían pasar varios días sin que encontrásemos el momento de hablar aunque fuese de las cosas más elementales. Reconocimos que esta situación ponía en grave peligro la buena marcha de nuestras tareas, y que el remedio más eficaz sería que pasásemos, los dos solos unos quince minutos en la habitación de miss Kenton al terminar el día. Insisto en repetir que estas reuniones tenían un carácter esencialmente profesional. Es decir que, por ejemplo, estudiábamos el plan de algún próximo acontecimiento o hablábamos de cómo se iba adaptando algún nuevo empleado.

Pero volviendo al hilo de la historia, se darán cuenta de que la perspectiva de anunciar a miss Kenton que estaba a punto de despedir a dos de sus criadas no dejaba de angustiarme. Las muchachas habían cumplido de modo satisfactorio con sus tareas y, dado que la cuestión judía se ha convertido en un tema tan delicado, añadiré lo siguiente: todo mi ser se oponía instintivamente a la idea de tener que despedirlas. No obstante, estaba muy claro cuál era mi obligación en aquel caso concreto, y comprendí que no iba a ganar nada con revelar irresponsablemente mis dilemas personales. Se trataba de un difícil cometido, pero justamente por eso era preciso llevarlo a cabo con dignidad. De este modo, aquella noche, cuando por fin me decidí a sacar el tema al final de nuestra conversación, lo hice del modo más conciso posible y con la mayor profesionalidad, concluyendo con estas palabras:

—Mañana a las diez y media hablaré en la despensa con las dos empleadas. Le agradecería que me las enviase. Y dejo a su criterio el que les comunique o no de antemano lo que tengo que decirles.

Después de esas palabras, como miss Kenton no parecía tener nada que objetar, proseguí:

—Gracias por el chocolate, miss Kenton. Ahora, debo retirarme. Mañana me espera otro día muy ajetreado.

Y fue entonces cuando miss Kenton repuso:



—Mister Stevens, no doy crédito a mis oídos. Ruth y Sarah llevan más de seis años a mi servicio. Tengo absoluta confianza en ellas, y ellas en mí. Su trabajo en esta casa ha sido excelente.

—No lo dudo, miss Kenton; sin embargo, no debemos permitir que los sentimientos nos ofusquen la razón. Ahora debo retirarme.

—Mister Stevens, me parece indignante que esté ahí sentado, hablándome de todo esto, como si estuviésemos haciendo la hoja de pedidos. ¿Me está usted insinuando que hay que despedir a Ruth y a Sarah por el hecho de ser judías?

—Miss Kenton, acabo de explicarle cuál es la situación. Mi señor ya ha tomado una decisión y no hay nada que usted o yo tengamos que discutir al respecto.

—¿Y no le parece, mister Stevens, que estaría... *mal* despedir a Ruth y a Sarah por ese motivo? Le digo que no pienso aceptarlo. Y es más, me niego a trabajar en una casa donde ocurren estas cosas.

—Miss Kenton, le ruego que se calme y se comporte como corresponde a su rango. Este es un asunto que ya está decidido. Mi señor desea que se rescindan estos dos contratos, no hay nada más que hablar.

—Le advierto, mister Stevens, que no pienso seguir trabajando en una casa donde pasan estas cosas. Si echan a estas dos muchachas, yo también me iré.

—Miss Kenton, me sorprende que reaccione usted de este modo. ~~No creo que deba recordarle que en nuestra profesión no debemos dejarnos llevar por nuestros sentimientos y debilidades.~~ Nuestra obligación es acatar los deseos de nuestro patrón.

—Le digo, mister Stevens, que hará usted muy mal si despide mañana a esas dos chicas. Cometerá un pecado muy grave. Y, además, le aseguro que me iré de esta casa.

—Miss Kenton, permítame decirle que no es usted la persona más indicada para emitir juicios de tal gravedad. Vivimos en un mundo complicado y traicionero. Hay muchas cosas que ni usted ni yo, en nuestra posición, podemos comprender, como por ejemplo el problema de los judíos. En cambio, mi señor, me atrevo a suponer, está capacitado para juzgar lo que es más conveniente. Y ahora, miss Kenton, debo retirarme. Gracias de nuevo por el chocolate. Mañana a las diez y media le ruego me envíe a las dos empleadas.

Por los sollozos de las dos muchachas cuando entraron en la despensa a

la mañana siguiente, comprendí que miss Kenton ya había hablado con ellas. Les expliqué la situación lo más brevemente que pude, dejando bien claro que su trabajo había sido satisfactorio y que, por consiguiente, tendrían buenas referencias. Que ahora recuerde, ninguna de las dos dijo nada de particular durante la entrevista, que duró quizá tan sólo tres o cuatro minutos, y se fueron sollozando, igual que habían llegado.

Miss Kenton se mostró extremadamente fría los días que siguieron al despido de ambas empleadas, y en ocasiones, incluso delante de los criados, me trató de forma bastante descortés. Aunque continuamos viéndonos cada tarde para tomar el chocolate, las reuniones eran siempre muy breves y tensas. Al pasar dos semanas y ver que su comportamiento no variaba lo más mínimo, comprenderán que empezara a irritarme, y una tarde, en una de nuestras reuniones, le dije irónicamente y esbozando una sonrisa:

—Miss Kenton, me sorprende que todavía no se haya marchado.

Naturalmente, pensaba que tras este comentario se aplacaría un poco y tendría algún gesto conciliador que nos permitiera de una vez por todas poner fin a este episodio. Sin embargo, miss Kenton se limitó a mirarme fijamente y dijo:

—Sigo teniendo la intención de marcharme, mister Stevens. Pero he estado muy ocupada y no he tenido tiempo para ocuparme del asunto.

Debo admitir que por un momento su respuesta me dejó algo preocupado e incluso llegué a pensar que había proferido aquella amenaza en serio; sin embargo, conforme transcurrieron las semanas, resultaba cada vez más evidente que miss Kenton no se iría de Darlington Hall. La tensión entre nosotros fue progresivamente cediendo y recuerdo que de vez en cuando la molestaba con bromas y me burlaba de su amenaza. Por ejemplo, si estábamos hablando de algún importante acontecimiento futuro que debía tener lugar en la casa, le hacía observaciones como: «Bueno, eso suponiendo que aún siga usted con nosotros». Y habiendo transcurrido ya varios meses desde nuestro incidente, cuando oía este tipo de observaciones miss Kenton todavía solía quedarse callada, aunque supongo que, más que por rabia, era porque se sentía violenta.

Como es natural, llegó un momento en que el asunto quedó olvidado. Sin embargo, recuerdo que el tema volvió a tratarse, por última vez, un año después que las chicas hubiesen sido despedidas.

Fue mi señor quien una tarde en el salón, mientras le servía el té, volvió

sobre el asunto. Por aquel entonces mistress Carolyn Barnet ya no influía en él; de hecho, había dejado de venir a Darlington Hall. Y quizá convenga añadir que, por otra parte, mi señor había roto todos sus vínculos con las camisas negras tras haber comprobado el auténtico y peligroso carácter de esta organización.

—¡Ejem! Stevens —me dijo aquel día—, hace tiempo que quería hablarle... respecto a aquel asunto, hace un año. ¿Se acuerda? Sobre las dos criadas judías.

—Sí, señor.

—Supongo que será imposible localizarlas. Aquello no estuvo bien. La verdad es que me gustaría poder compensarlas de algún modo.

—Me ocuparé del asunto, señor. Pero no puedo asegurarle que nos sea posible saber qué ha sido de ellas.

—Vea usted qué se puede hacer. No, no estuvo bien.

Pensé que esta conversación con mi señor podía interesar a miss Kenton, y juzgué adecuado hacérsela saber, con el riesgo incluso de que renaciese su enfado. Finalmente, le comenté lo ocurrido una tarde de niebla en que la vi en el cenador, y el encuentro tuvo curiosos resultados.

Recuerdo que aquella tarde la bruma empezaba a posarse mientras cruzaba el césped. Me dirigía al cenador con el fin de recoger el servicio del té, que mi señor y unos invitados habían tomado un poco antes, y bastante antes de llegar a las escaleras donde se había caído mi padre descubrí, a lo lejos, la figura de miss Kenton, que se movía dentro del cenador. Al entrar, miss Kenton ya se había sentado en una silla de mimbre que había a un lado y estaba, creo, ocupada en una labor de costura. Efectivamente, al acercarme vi que estaba arreglando un cojín. Empecé a recoger las tazas y demás vajilla que había entre las plantas y sobre los muebles de caña, y si no me falla la memoria intercambiamos algunas palabras corteses y no sé si hablamos de algún asunto del trabajo. El caso es que, después de haber pasado varios días en el cuerpo principal de la casa, era realmente estimulante estar en el cenador, y ninguno de los dos nos sentíamos impulsados a realizar presurosamente nuestras tareas. En realidad, aquel día no se alcanzaba a ver demasiado lejos, porque la niebla lo envolvía todo y la luz se apagaba rápidamente. Miss Kenton, por ello, tenía que levantar la costura en dirección a los últimos rayos de sol que entraban. Recuerdo que los dos interrumpíamos a ratos nuestras respectivas ocupaciones, y nos poníamos a contemplar el

paisaje que nos rodeaba. Yo tenía mi mirada puesta en los chopos plantados a lo largo del camino de acceso, donde la niebla se estaba espesando, cuando por fin me atreví a sacar a colación el tema de las dos muchachas que habían sido despedidas el año anterior:

—Estaba pensando, miss Kenton... Ahora me hace gracia, pero recordará que hace un año, por estas mismas fechas, seguía usted insistiendo en que iba a dejar este trabajo. Tiene gracia, ¿no?

La verdad es que la situación me divertía. Solté una pequeña carcajada, pero miss Kenton siguió callada. Al volverme a mirarla, la vi contemplando el mar de niebla que se extendía fuera, al otro lado del cristal.

—Posiblemente no se haga usted idea, mister Stevens —dijo por fin—, de lo seriamente que hablaba. Estaba decidida a dejar esta casa. Me sentía tan indignada... Si hubiese sido alguien mínimamente respetable, le aseguro que me habría ido de Darlington Hall hace mucho tiempo. —Hizo una pausa y yo volví a contemplar los chopos a lo lejos. Al cabo de unos instantes, prosiguió con voz cansada—: No fue más que cobardía, mister Stevens. Pura cobardía. ¿Adónde habría ido? No tengo familia. Sólo una tía. Y aunque la quiero mucho, cuando vivo con ella tengo la sensación de que estoy perdiendo el tiempo. Me decía que podía buscar otro empleo, pero me daba miedo, mister Stevens. Cada vez que pensaba en irme, me veía sola por ahí, dando vueltas, sin ningún conocido y sin que a nadie le importara mi vida. ¡Ya ve lo fuertes que son mis elevados principios! ¡Me da tanta vergüenza! No pude irme, mister Stevens, me faltó valor.

Miss Kenton hizo otra pausa y se quedó pensativa. Entonces me pareció que era el momento oportuno para contarle, del modo más exacto posible, lo ocurrido un rato antes entre lord Darlington y yo. Procedí a narrarle los hechos y concluí diciendo:

—Lo que está hecho ya no tiene remedio, pero al menos me ha consolado oírle decir a mi señor que todo aquello fue un grave error. He pensado que le gustaría saberlo. Después de todo, a usted la afectó tanto como a mí.

—Discúlpeme, mister Stevens —dijo miss Kenton, que aún seguía a mis espaldas, con una voz totalmente distinta, como si la hubiesen despertado bruscamente de un sueño—, pero no lo entiendo. —Y tras volverme, prosiguió—: Si no recuerdo mal, a usted le importaba un comino que Ruth y Sarah tuviesen que marcharse. Diría que incluso hasta le pareció bien.

—Escúcheme, miss Kenton, creo que se muestra injusta. Fue un asunto

que me afectó mucho, sí, mucho. Le aseguro que me divierten más otras cosas.

—¿Y por qué no me dijo usted eso en aquel momento?

Sonreí, pero durante unos instantes no supe muy bien qué contestar. Y antes de encontrar una respuesta, miss Kenton dejó a un lado la costura y añadió:

—¿No se da cuenta del gran apoyo que habría supuesto para mí el año pasado que me hubiera confiado sus sentimientos? Usted sabía cuánto me dolía que despidiesen a esas dos chicas. ¿No se da cuenta de lo mucho que me habría ayudado? ¿Por qué, mister Stevens? ¿Me puede explicar por qué siempre tiene que *fingir*? ¿Me lo puede decir?

Volví a reírme. Me parecía ridículo el cariz que estaba tomando la conversación.

—Miss Kenton —le dije—, creo que no la entiendo muy bien.

¿Fingir, dice usted?

—Me dolió mucho que Ruth y Sarah se marcharan. Y me dolió sobre todo porque creía que sólo me importaba a mí.

—Vamos, miss Kenton —cogí la bandeja donde había puesto las tazas y los platos sucios—, ¿de verdad cree que aprobaba esos despidos? Por supuesto que no.

Miss Kenton no dijo nada, y mientras me retiraba, me volví a mirarla. Contemplaba de nuevo el paisaje, pero el cenador se había quedado tan oscuro que sólo alcancé a ver su silueta dibujada en un fondo pálido y vacío. Le rogué que me disculpara y me fui.

Ahora que he relatado el episodio de las dos empleadas judías que fueron despedidas, recuerdo otro hecho que, a mi juicio, bien podría suponer lo que llamaríamos un curioso corolario de todo este asunto. Me estoy refiriendo a la llegada de una criada llamada Lisa. Al ser despedidas las dos muchachas judías, nos vimos obligados a contratar a sustitutas, siendo la tal Lisa una de ellas. Esta joven había solicitado el puesto vacante presentando unas referencias de lo más confusas, las cuales, a los ojos de cualquier mayordomo experimentado, dejaban entrever que la chica había sido despedida de su anterior empleo. Por otra parte, cuando miss Kenton y yo la interrogamos, quedó claro que nunca había permanecido en sus anteriores colocaciones más de dos semanas. En líneas generales, no me pareció que fuese una persona adecuada para desempeñar trabajo alguno en Darlington

Hall. Sin embargo, para mi gran sorpresa, una vez hubimos terminado la entrevista, miss Kenton insistió en que debíamos contratarla.

—Es una chica con muchas posibilidades —me decía constantemente como réplica a mis protestas—. Estará directamente bajo mi supervisión y yo misma me encargaré de que se porte bien.

Estuvimos en desacuerdo durante algún tiempo, y quizá por el hecho de que aún seguía fresco en nuestras mentes el asunto de las dos chicas que habían sido despedidas, no me opuse contra su deseo con toda la energía que hubiera podido. Finalmente, acabé por ceder, aunque diciendo:

—Miss Kenton, comprenderá que si se contrata a esta chica todas las responsabilidades que de ello se deriven recaerán sobre usted. Por lo que a mí respecta, no me cabe la menor duda de que esta muchacha no está en absoluto capacitada para formar parte de nuestro personal. Y sólo entrará a formar parte con tal que se encargue usted misma de su formación.

—Nos dará buenos resultados, mister Stevens. Ya lo verá.

Y para sorpresa mía, durante las semanas que siguieron, la joven hizo muchos progresos, y a un ritmo notable. Su actitud en el trabajo parecía mejorar cada día, e incluso su actitud al andar y realizar las tareas, tan poco armoniosa en un principio que era mejor mirar para otro lado, mejoró espectacularmente.

Conforme avanzaron las semanas, y con ellas la milagrosa transformación de la muchacha en una útil empleada más, quedó patente el éxito de miss Kenton. Parecía regocijarse especialmente asignándole tareas o funciones que requiriesen un mayor grado de responsabilidad, y si por azar yo estaba observando, procuraba atraer mi atención adoptando una expresión burlona. La reunión que mantuvimos aquella noche en torno a nuestras tazas de chocolate fue un ejemplo típico de la clase de conversaciones que solíamos tener sobre Lisa.

—Lamentablemente —me dijo miss Kenton— debo decirle que Lisa no ha cometido todavía ningún error grave que valga la pena mencionar aquí. Se sentirá usted decepcionado.

—No estoy decepcionado en absoluto, miss Kenton. Más bien me alegro por usted y por todos nosotros. Reconozco que, por lo que se refiere a los progresos de la chica, tiene usted cierto mérito.

—¡Cierta mérito! ¡Mire, mire cómo se sonríe, mister Stevens! Siempre que hablo de Lisa sonríe usted de ese modo. Una sonrisa que dice muchas cosas. Si, muchas cosas.

—¿De verdad, miss Kenton? ¿Qué, exactamente?

—Es muy significativo que desde un principio se mostrase usted tan pesimista respecto a la chica. Todo porque Lisa es guapa, no vamos a negarlo. Y me he dado cuenta de que, en cierto modo, tiene usted aversión a que haya chicas guapas entre el personal.

—Eso que está diciendo son bobadas, y lo sabe muy bien.

—Pues eso es lo que he observado, mister Stevens. No le hace ninguna gracia que haya chicas guapas entre el personal. ¿Teme acaso que le distraigan? ¿No será que no tiene demasiada confianza en sí mismo? Después de todo, también usted es de carne y hueso.

—Miss Kenton, si encontrase a sus palabras el mínimo sentido, me molestaría en iniciar con usted una discusión. Sin embargo, creo que será mejor que piense en otras cosas si usted sigue hablando de este tema.

—Bueno, pero dígame, ¿por qué sigue sonriendo de esa forma tan pecaminosa? —¿Pecaminosa, miss Kenton? Sólo estoy asombrado por la asombrosa capacidad que tiene usted para decir tonterías, no es más que eso.

—No, se sonríe usted de forma *pecaminosa*, mister Stevens. Y además he notado que no se atreve nunca a mirar a Lisa. Ahora entiendo por qué se mostró tan reacio a que entrase esa chica.

—Me mostré reacio por razones mucho más sensatas, miss Kenton. Y usted lo sabe. Cuando se nos presentó la chica, no era de ningún modo la persona adecuada.

Comprenderán ustedes que en presencia de los criados nunca habríamos organizado semejante escena; sin embargo, aquellos momentos en que nos reuníamos a tomar el chocolate, sin perder su carácter básicamente profesional, nos permitían a menudo charlar de este modo inofensivo, lo cual, por otra parte, descargaba mucho las tensiones acumuladas tras un día ajetreado.

Lisa llevaba ya con nosotros ocho o nueve meses y yo apenas si pensaba en ella, cuando una noche se fue de la casa junto al segundo lacayo. Claro que cualquier mayordomo de cualquier mansión sabe que esto puede ocurrir. Y aunque son cosas verdaderamente muy irritantes, uno acaba por acostumbrarse. Además, comparada con otras escapadas «nocturnas», ésta había sido de lo más civilizada. Aparte de un poco de comida, la pareja no se había llevado nada que perteneciese a la casa, y, lo que es más, habían dejado dos cartas. El segundo lacayo, cuyo nombre ya no recuerdo, dejó una breve nota a mi nombre en la que decía algo así: «No nos juzgue mal, por favor.

Estamos enamorados y vamos a casarnos». Lisa había escrito una nota más larga dirigida al ama de llaves, la carta que miss Kenton me enseñó en la despensa la mañana después de que los dos jóvenes desaparecieran. Que ahora recuerde, la carta estaba llena de faltas de ortografía y frases mal estructuradas, y en ella hablaba de lo enamorados que estaban, de lo formidable que era el segundo lacayo y del maravilloso futuro que les esperaba. Recuerdo que uno de los párrafos decía así: «No tenemos dinero pero no nos importa porque nos queremos. No queremos nada más si nos tenemos uno a otro es lo único que nos importa». Aunque se trataba de una carta de folio y medio, no había expresión alguna de gratitud hacia miss Kenton por sus muchas atenciones, ni palabra alguna de disculpa por dejarnos a todos plantados.

Evidentemente, miss Kenton se quedó muy desconcertada. Durante el rato que tardé en leer la carta de la muchacha, había permanecido sentada junto a la mesa delante de mí, con la cabeza agachada. En realidad, y fue una rara sensación, creo que nunca la había visto tan desconsolada como aquella mañana. Finalmente, cuando dejé la carta en la mesa, me dijo:

—Ya ve, mister Stevens, parece que tenía usted razón, y yo me equivoqué.

—Miss Kenton, no tiene usted por qué tomárselo así —dije yo—, son cosas que pasan. La gente como usted o como yo no puede hacer nada para evitar que ocurran.

—Ha sido culpa mía, mister Stevens, lo reconozco. Tenía usted razón y yo estaba equivocada, como siempre.

—Miss Kenton, en eso no estoy de acuerdo con usted. Hizo maravillas con esa chica. Lo que consiguió con ella ha sido en varias ocasiones la prueba de que era yo el que estaba equivocado. Hablo en serio, miss Kenton, lo que ha pasado podría haber ocurrido con cualquier otro empleado. La chica hizo muchos progresos con usted. Comprendo que se sienta defraudada, pero no tiene motivos para sentirse culpable.

Miss Kenton siguió con aire abatido y, finalmente, dijo en voz baja:

—Le agradezco que diga eso, mister Stevens. Es usted muy amable. —Después suspiró, como si estuviera cansada, y dijo—: Ha sido tonta. Tenía una buena carrera por delante. No le faltaban cualidades. ¡Son tantas las chicas como ella que desperdician las oportunidades que tienen! ¿Y todo para qué?

Nos quedamos los dos mirando la carta que había encima de la mesa y,



seguidamente, miss Kenton apartó su mirada con un gesto de fatiga.

—Tiene razón —dije—, es una lástima.

—Ha sido tonta. Y ya verá qué pronto la dejará. Con la buena carrera que tenía por delante. Si hubiese perseverado un poco... en un par de años habría estado preparada para ejercer como ama de llaves en alguna casa más o menos grande. Tal vez piense que exagero, pero no tiene más que ver lo que mejoró conmigo en unos meses. ¡Y pensar que lo ha echado todo a perder por nada!

—Sí, ha sido tonta.

Empecé a recoger las hojas pensando en archivarlas como referencias, pero se me ocurrió que quizá miss Kenton no tenía intención de darme la carta sino que preferiría conservarla. Volví a dejar los folios en la mesa, aunque miss Kenton, en cualquier caso, seguía ausente.

—Ya verá usted qué pronto la dejará —repitió—. ¡Qué tonta ha sido!

Estoy viendo que me he perdido entre tantos recuerdos y, realmente, no era mi intención, pero quizá no sea tan grave considerando que, así, al menos he conseguido no pensar demasiado en los malos ratos que he pasado esta tarde; por cierto, confío en que hayan concluido por fin, ya que las últimas horas, todo hay que decirlo, han sido más bien agotadoras.

Ahora mismo me encuentro en casa de los señores Taylor, concretamente, en el ático. Estoy, pues, en un domicilio particular, y esta habitación que tan amablemente me han cedido por una noche los Taylor era la del mayor de sus hijos, que, ya adulto, reside en Exeter. Lo más visible en ella son las vigas y los travesaños. No hay alfombras en el suelo, que es de tablas, ni moqueta que las cubra. Sin embargo, debo decir que resulta una habitación sorprendentemente acogedora. Mistress Taylor, además, no sólo me ha hecho la cama sino que también ha limpiado y arreglado toda la habitación, y, aparte de una telaraña que cuelga cerca de una viga, no hay ningún otro indicio que haga pensar que el cuarto ha estado sin ocupar desde hace años. En cuanto a los señores Taylor, he averiguado que desde 1920 hasta hace tres años, cuando se jubilaron, llevaron la tienda de comestibles del pueblo. Son gente muy amable, y aunque he insistido varias veces en compensarles económicamente su hospitalidad, se han negado a aceptar nada.

El hecho de que me halle aquí ahora y de que, a todos los efectos, esta noche dependa completamente de la generosidad de los señores Taylor, se debe a un descuido estúpido e irritantemente simple: el coche se quedó sin

gasolina. Si a esto se añade el problema de ayer con el agua del radiador, cualquier persona un poco atenta pensará que la falta de organización es propia de mi carácter. Debo decir que, por lo que respecta a los viajes largos en coche, soy más bien un novato. Por este motivo, no es de extrañar que incurra en tantos descuidos. Sin embargo, si uno considera que la previsión y la buena organización son cualidades fundamentales en nuestra profesión, es casi inevitable pensar que en cierto modo no estoy a la altura que me corresponde.

No obstante, también es verdad que antes de quedarme sin gasolina, más o menos en la última hora del trayecto, me fue imposible concentrarme. Mi plan era pasar la noche en Tavistock, ciudad a la que he llegado poco antes de las ocho, pero en la hostería principal de esta ciudad me dijeron que todas las habitaciones estaban ya ocupadas debido a la feria agrícola que se celebra estos días. Me indicaron otros varios establecimientos, pero en todos ellos me dieron la misma disculpa. Al final, en una casa de huéspedes situada a la salida de la ciudad, la propietaria me sugirió que siguiera unos cuantos kilómetros más hasta llegar a una hostería que vería junto a la carretera, propiedad de unos familiares suyos, en la que, con toda seguridad, encontraría habitaciones libres, ya que el sitio, a la distancia que estaba de Tavistock, no debía verse afectado por la feria.

A pesar de las instrucciones que me dio para llegar, las cuales en aquel momento me parecieron bastante claras, lo cierto es que no conseguí encontrar el establecimiento situado al lado de la carretera; el caso es que al cabo de unos quince minutos, aproximadamente, me vi de pronto en una larga carretera que tras una curva se perdía en un amplio páramo desierto. Por ambos lados me rodeaban lo que me pareció que eran terrenos pantanosos, y la niebla envolvía el camino por el que iba conduciendo. A mi izquierda, el sol despedía sus últimos rayos y, cortando el horizonte, se dibujaban las siluetas de graneros y granjas dispersos por el campo a cierta distancia. Por lo demás, sin embargo, me pareció que había dejado atrás todo signo de vida.

Recuerdo que entonces se me ocurrió dar la vuelta y recorrer de nuevo un trecho en busca de un desvío ante el que había pasado, pero cuando por fin di con él, resultó que aquella carretera estaba aún más desierta que la anterior. Seguí un rato conduciendo, casi ya a oscuras, entre setos bastante altos, y en un momento dado noté que la carretera formaba una curva pronunciada. Evidentemente, supuse que ya no encontraría la hostería de la carretera, de modo que decidí seguir conduciendo hasta llegar al próximo pueblo o ciudad

a fin de buscar alojamiento. Me resultaría más fácil, pensé, reanudar la ruta prevista por la mañana, pero justo mientras estaba ocupado en estos razonamientos oí que el motor carraspeaba, y fue entonces cuando me di cuenta de que me había quedado sin gasolina.

Después; el coche siguió corriendo unos metros hasta quedarse parado, y cuando salí para ver dónde me encontraba comprobé que sólo faltaban unos minutos para que oscureciera y la carretera, que formaba una pendiente, estaba rodeada de árboles e hileras de matorros, aunque al final de la pendiente se divisaba un hueco entre los matorros por el que asomaba una cerca de hierro cuyo contorno se dibujaba en el cielo. Empecé a subir la pendiente, pues suponía que desde la cerca me haría una idea más clara de dónde me hallaba, y con la esperanza de que a lo mejor habría alguna granja donde pudiesen ayudarme. Las imágenes con que se toparon mis ojos me dejaron, sin embargo, algo desconcertado. Al otro lado de la cerca el terreno formaba un declive bastante pronunciado, y a unos veinte metros de distancia desaparecía totalmente de mi vista. A lo lejos, a un kilómetro más o menos en línea recta, se veía un pueblo situado al fondo del declive. A través de la niebla alcanzaba a divisar la torre de una iglesia, junto a la cual se agrupaban los oscuros tejados de pizarra. De las chimeneas salían columnas de humo blanco, y confieso que en aquel momento me invadió una verdadera sensación de desaliento. Evidentemente, no estaba en una situación desesperada. El coche, por ejemplo, estaba sin gasolina pero no estaba averiado. En una media hora podía llegar al pueblo y encontrar, sin duda alguna, alojamiento y un bidón de gasolina. Simplemente, no me reconfortaba en absoluto hallarme en la cima de una colina solitaria, contemplando a través de aquella cerca las luces que brotaban de un pueblo situado a lo lejos, bajo un cielo que ya se consumía y una niebla cada vez más espesa.

No obstante, con ponerme pesimista no ganaba nada, y en cualquier caso era absurdo desperdiciar de aquel modo los últimos minutos de claridad que quedaban. Bajé de nuevo hasta el coche para buscar un maletín y meter las cosas esenciales y, armándome de una lámpara de bicicleta que daba una luz sorprendentemente potente, empecé a buscar un sendero por el que descender hasta el pueblo. Pero después de subir un buen rato por la colina hasta alejarme de la cerca un buen trecho, no conseguí encontrar ningún sendero. Después, cuando noté que la pendiente terminaba y que la carretera empezaba a bajar formando curvas no muy pronunciadas siguiendo una dirección que se

alejaba del pueblo, cuyas luces aún vislumbraba a través del follaje, me volvió a invadir un profundo desánimo. De hecho, por unos instantes pensé que la mejor salida era volver a andar el camino que me separaba del coche y meterme dentro hasta que pasara algún otro vehículo. Pero faltaba muy poco para que anoheciera y pensé que si intentaba detener un coche en aquellas circunstancias me tomarían por un salteador de caminos o algo por el estilo. Por otra parte, desde que había dejado el coche no había pasado ningún otro vehículo. Pensándolo bien, creo que no había visto ningún vehículo desde que había salido de Tavistock. Decidí, por lo tanto, regresar hasta el lugar en que se hallaba la cerca y, desde allí, avanzar a campo través lo más recto posible en dirección a las luces del pueblo, hubiese camino o no.

La bajada no me resultó, al fin y al cabo, demasiado dura. Los pastos se sucedían unos a otros marcando el camino hacia el pueblo, y si bajaba pegado a los lindes podía andar más o menos cómodamente. Pero cuando ya estaba cerca del pueblo me resultó imposible encontrar forma de llegar al campo siguiente, y tuve que ir enfocando con la lámpara de la bicicleta, a un lado y a otro, los setos que me obstruían el paso. Finalmente, descubrí una pequeña abertura por la que pude escurrirme, no sin que se me rompieran los hombros de la chaqueta y las vueltas de los pantalones.

Al cabo de un rato fui a parar a un camino empedrado que llegaba hasta el pueblo, y fue mientras bajaba por ese camino cuando me encontré con mister Taylor, el amable señor que me ha hospedado esta noche. Salía de un cruce que había a unos metros delante de mí y tuvo la cortesía de esperar a que le alcanzara. Me saludó con la gorra y me preguntó si podía ayudarme en algo. Le expliqué lo más brevemente posible la situación en que me encontraba, añadiendo que le agradecería sobremanera si me acompañaba a alguna buena hostería. Al oír mis palabras, mister Taylor meneó la cabeza y me dijo:

—Lo siento, pero no va a encontrar usted ninguna hostería en nuestro pueblo, señor. John Humphreys suele alojar a los viajeros en el Crossed Keys, pero ahora está haciendo obras en el techo. —Y antes de que estas descorazonadoras noticias pudieran tener todo su efecto, mister Taylor añadió —: Si no le importa estar un poco incómodo, en mi casa podemos ofrecerle habitación y una cama para que pase usted la noche. No es nada del otro mundo, pero mi esposa limpiará y dispondrá lo imprescindible para que esté usted cómodo.

Creo que, aunque no muy convencido, le dije que no podía abusar de su

amabilidad hasta ese extremo. Sin embargo, mister Taylor me respondió:

—Le aseguro que será un honor para nosotros. No hay muchas personas como usted que pasen por Moscombe y, sinceramente, no sé qué otra cosa puede hacer a estas horas. Mi esposa no me perdonaría nunca que le dejara abandonado toda la noche.

así es como al final he aceptado la amable hospitalidad de los señores Taylor. Pero cuando antes he dicho que la tarde había sido agotadora por todos los acontecimientos, no me refería simplemente al disgusto de quedarme sin gasolina y a tener que hacer tan duro trayecto hasta el pueblo. Lo sucedido ulteriormente, lo que ha sobrevenido una vez que me he sentado a cenar con los señores Taylor y sus vecinos, ha resultado, a su manera, más extenuante que las molestias básicamente físicas que había tenido que afrontar antes. Les aseguro que ha sido un verdadero alivio poder por fin subir a mi habitación y refrescar durante unos momentos los recuerdos que guardo de todos estos años en Darlington Hall.

El caso es que últimamente me he visto repetidas veces voluntariamente inmerso en todos estos recuerdos. Sobre todo, desde que hace unas semanas ha surgido la posibilidad de volver a ver a miss Kenton, he pasado mucho tiempo pensando por qué nuestra relación sufrió semejante cambio. Efectivamente, entre 1935 y 1936, después de muchos años durante los cuales habíamos conseguido compenetrarnos muy bien profesionalmente, nuestra relación experimentó un cambio importante. Terminamos incluso por abandonar la costumbre de reunirnos para tomar nuestra taza de chocolate ya concluido el día, aunque la verdadera raíz de ese cambio, la serie de acontecimientos que realmente motivaron esta ruptura, nunca he sido capaz de elucidarla.

Estos días he estado pensando que, posiblemente, un incidente decisivo en este cambio fuese el ocurrido la noche en que miss Kenton entró en la despensa sin haberla llamado. Ahora no recuerdo con exactitud por qué se presentó ante mí. Me parece que entró con un jarrón de flores «para alegrar el ambiente», aunque quizá vuelva a confundirme con otra ocasión al principio de conocernos, en que intentó hacer lo mismo. Sé que durante todos aquellos años, en tres ocasiones, como mínimo, intentó poner flores sobre mi mesa pero puede ser que esté equivocado y no fuese por ese motivo por lo que aquella noche en particular vino a mi gabinete. En cualquier caso, debo señalar que durante el tiempo que mantuvimos buenas relaciones profesionales nunca permití que esta relación implicase que el ama de llaves

tuviese entera libertad para entrar y salir de la despensa cuando le viniese en gana. Por lo que a mí personalmente se refiere, la despensa donde trabaja el mayordomo debe ser el centro de operaciones de la casa, un lugar con una función primordial, y no el cuartel de un general durante una batalla. Y es fundamental que en su interior todas las cosas estén ordenadas y los demás las dejen exactamente como yo quiero que estén. Nunca he sido de esos mayordomos que permiten que todo el mundo entre y salga de la despensa con quejas y preguntas. Si se quiere dirigir una casa de la forma coordinada y uniforme, la despensa del mayordomo debe ser, evidentemente, un lugar donde el aislamiento y la intimidad estén garantizados.

Es cierto que la noche en que miss Kenton entró allí no estaba ocupado en ningún asunto de trabajo. Fue de hecho durante una semana tranquila, al final del día, mientras disfrutaba de una de mis pocas horas de ocio. Como he dicho, no estoy seguro de que miss Kenton entrara con un jarrón de flores, pero sí recuerdo que me dijo:

—Mister Stevens, de noche esta despensa parece aún más incómoda que de día. Tiene usted una bombilla muy lúgubre, sobre todo para estar leyendo.

—La luz es perfecta, miss Kenton.

—Se lo digo en serio. Este cuarto parece una celda. Sólo falta un catre, ahí, en esa esquina, para que uno se imagine a un condenado en sus últimas horas de vida.

Ahora no sé si yo, a mi vez, repliqué algo. En cualquier caso, no aparté la mirada de mi libro y esperé a ver si miss Kenton se disculpaba y se marchaba. Pero entonces la oí decir:

—Me pregunto qué estará usted leyendo.

—No es más que un libro, miss Kenton.

—Eso ya lo veo. Lo que me intriga es *qué* libro.

Levanté la mirada cuando vi que miss Kenton se me acercaba. Cerré el libro y, apretándolo contra el pecho, me levanté.

—Miss Kenton —dije—, le ruego que respete mis momentos de intimidad.

—Pero... ¿por qué le da tanta vergüenza enseñarme el libro? Empiezo a sospechar que se trata de un libro algo picante.

—Miss Kenton, me sorprende que sea capaz de pensar que en las estanterías de mi señor pueda haber libros «picantes», como usted dice.

—He oído decir que muchos libros de autores eruditos contienen pasajes de lo más picantes. Claro que yo, personalmente, nunca he tenido el valor de

comprobarlo. Pero permítame, por favor, que vea lo que está leyendo.

—Miss Kenton, le ruego que me deje tranquilo. Es increíble que insista en acosarme de este modo durante los pocos ratos libres de que dispongo. Miss Kenton, sin embargo, siguió acercándose, y debo reconocer que me costaba decidir cuál podía ser el mejor modo de proceder. Por un momento tuve la tentación de meter el libro en el cajón de mi escritorio y cerrarlo rápidamente con llave, pero me pareció que podía resultar absurdo y un tanto teatral. Retrocedí entonces unos pasos con el libro todavía pegado al pecho.

—Por favor, enséñeme el libro —dijo miss Kenton acercándose más— p después le dejaré que siga disfrutando de su lectura. A saber qué libro será, que lo esconde usted tanto.

—Miss Kenton, no me importa lo más mínimo que sepa usted el título de este libro. Lo que sí me importa, por una cuestión de principios, es que se presente de este modo y me usurpe los ratos que tengo para estar solo.

—Lo que me pregunto es si se trata de un libro perfectamente respetable o si pretende usted impedir que me escandalice.

Y de pronto, con miss Kenton allí delante, parada frente a mí, algo cambió entre nosotros, fue como si de repente nos encontrásemos en un mundo aparte. Creo que no es fácil describir exactamente lo que intento decir. Sólo sé que a nuestro alrededor todo pareció enmudecer, y tuve la impresión de que la actitud de miss Kenton había sufrido una transformación. Su rostro reflejó una extraña seriedad, y una expresión que me pareció la de una persona asustada.

—Déjeme que vea el libro, por favor.

Avanzó unos pasos y empezó a soltarme lentamente el libro de las manos. Consideré que lo mejor, mientras tanto, era que mirase hacia otro lado, pero al tener su cuerpo tan cerca sólo podía desviar la mirada doblando el cuello de forma muy poco natural. Miss Kenton siguió arrebatándome el libro; levantándose prácticamente un dedo tras otro. Durante todo el proceso, que me pareció larguísimo, conseguí mantener mi postura, y finalmente la oí decir:

—¡Válgame Dios, mister Stevens! Pero si no es un libro nada escandaloso. No es más que una simple historia de amor.

Y creo que justo en ese momento decidí que ya había soportado bastante. No recuerdo con exactitud qué le dije, sólo sé que le ordené que se marchase de mi despensa y di por concluido el episodio.

Supongo que debería añadir unas cuantas palabras referentes al libro

sobre el que giró este incidente. Bien, es cierto que se trataba de lo que podríamos llamar una «historia sentimental», una de las muchas que albergan la biblioteca y alguna de las habitaciones de los huéspedes, para distracción de las damas que nos visitan. Pero la razón por la que a veces me enfrascaba en esos libros era muy simple. Suponían un medio extremadamente eficaz de mantener y desarrollar mi dominio del lenguaje. Mi opinión, y no sé si también la de ustedes, es que por lo que respecta a nuestra generación se ha hecho demasiado hincapié en la conveniencia, desde un punto de vista profesional, de poseer buen acento y dominio del lenguaje. Es decir, han sido factores sobre los cuales en ocasiones se ha insistido mucho, menospreciando cualidades profesionales más importantes. Yo, por mi parte, nunca he considerado que el buen acento y el dominio del lenguaje no sean atributos agradables. De hecho, he juzgado que era mi obligación el mejorarlos al máximo. Y para ello, un método rápido es leer, en los escasos ratos libres, unas cuantas páginas de un libro bien escrito. Es la política que he seguido durante varios años, y el libro que miss Kenton me sorprendió leyendo aquella tarde era el tipo de libro que solía escoger, ya que son obras que están escritas en buen inglés y contienen numerosos diálogos elegantes, de gran valor práctico para mí. Otros libros más pesados, trabajos más versados, digamos, aunque puedan permitir mayores avances, están redactados en términos que probablemente no me serían de tanta utilidad, teniendo en cuenta la clase de diálogos que, en general, pueda yo mantener con una dama o un caballero. Nunca he tenido tiempo ni ganas de leer de cabo a rabo una de esas novelas; sé que la trama siempre era absurda, sólo historias pasionales, y de no haber sido por la utilidad que, como ya he dicho, tenían para mí, no habría desperdiciado un solo minuto en estos libros. Debo confesar sin embargo, y no me importa decirlo ni creo que deba avergonzarme, que en ocasiones estas historias me divertían. Quizá en aquella época me empeñaba en no reconocerlo pero, como ya digo, no veo motivo para avergonzarme. ¿Qué hay de malo en que uno se divierta leyendo historias de damas y caballeros que se enamoran y declaran mutuamente sus sentimientos, empleando frases, a veces, de lo más elegantes?

No quiero decir con ello que mi actitud la noche que ocurrió lo del libro no esté justificada. Deben comprender que en aquella ocasión estaba en juego una importante cuestión de principios. Se trataba de que en aquel momento en que miss Kenton irrumpió tan resueltamente en mi despensa, yo me encontraba «fuera de servicio». Evidentemente, un mayordomo orgulloso de



su profesión, que aspira a mantener a toda costa la «dignidad propia de su condición», como antaño postulaba la Hayes Society, nunca puede permitirse el lujo de estar «fuera de servicio» en presencia de otra persona. Realmente, lo mismo daba que fuese miss Kenton o un completo extraño la persona que en aquel momento entrara en mi despensa. Un mayordomo que se precie debe *encarnar* su papel plena y constantemente. No puede lucirlo un día y desecharlo al siguiente, como si se tratara de un disfraz. Y sólo en un caso, en un único caso, puede un mayordomo a quien su dignidad le importa desembarazarse de su función. Ese único caso es cuando está completamente solo. Entenderán, por tanto, que un hecho como que miss Kenton se metiera en mi despensa en un momento en que yo, por sobradas razones, estimaba que debía estar solo, era una cuestión de principios, de dignidad, que me obligaba a revestirme inmediatamente de mi categoría de mayordomo, pues de lo contrario hubiera representado un papel que no era el que me correspondía.

No era mi intención, sin embargo, analizar ahora los distintos matices de un episodio insignificante que ocurrió hace años. El único aspecto importante de aquel suceso fue que me hizo ver que entre miss Kenton y yo las cosas habían llegado, evidentemente tras un proceso gradual de muchos meses; a un punto que no era tolerable. El hecho de que aquella noche se comportase de aquel modo era bastante preocupante, y una vez que la vi salir de mi despensa y ordené un poco mis ideas, decidí que debía reconducir nuestra relación profesional por cauces más adecuados. Sin embargo, es muy difícil decir hasta qué punto aquel incidente contribuyó a que nuestra relación sufriera después tantos cambios. Seguramente hubo otros muchos factores clave que motivaron los hechos ocurridos más tarde. Uno de ellos pudo ser, por ejemplo, los días de asueto que se tomaba miss Kenton.

Desde el día en que miss Kenton empezó a trabajar en Darlington Hall hasta quizás un mes aproximadamente antes del incidente que tuvo lugar en mi despensa, miss Kenton había seguido un plan prefijado de días de asueto. Cada seis semanas se tomaba dos días libres para ir a visitar a su tía, en Southampton, y al margen de esto, siguiendo mi propio ejemplo, no se tomaba más días libres a menos que atravesásemos un período especialmente tranquilo, en cuyo caso se pasaba el día paseando por los jardines o leyendo en su habitación. Pero, como he dicho, sus pautas cambiaron y repentinamente empezó a aprovechar plenamente los días libres que le

correspondían para marcharse de la casa por la mañana, bien temprano, sin dejar más información que la hora a la que pensaba regresar por la noche. Naturalmente, nunca se tomó más tiempo del que tenía asignado, y por este motivo no consideré nunca adecuado interrogarla sobre sus salidas. Creo, sin embargo, que aquel cambio me turbó bastante, ya que recuerdo que llegué a hablarle de ello a mister Graham, el ayudante y mayordomo de sir James Chambers —un buen colega con quien por cierto parece que he perdido todo contacto— una noche que nos sentamos a conversar junto a la chimenea, en una de sus periódicas visitas a Darlington Hall.

En realidad, el único comentario que le hice fue que el ama de llaves había estado «un poco rara últimamente», de modo que me quedé sorprendido cuando mister Graham, asintiendo con la cabeza, se inclinó hacia mí y me dijo malicioso:

—Pues fíjese que me preguntaba cuánto tiempo más tardaría.

Cuando le pregunté a qué se refería, prosiguió diciendo:

—Qué edad tiene ahora miss Kenton? Debe de andar por los treinta y tres o los treinta y cuatro, ¿no? Digamos que ya se le ha pasado la mejor edad para ser madre, pero que tampoco es demasiado tarde.

—Miss Kenton —le aseguré— es una auténtica profesional, y estoy seguro de que no tiene ningún deseo de formar una familia.

Mister Graham, sin embargo, sonrió y meneó la cabeza diciendo:

—Cuando un ama de llaves le diga que no quiere formar una familia, no la crea nunca. Si nos pusiésemos ahora a contar cuántas hemos conocido que han dicho eso y después han abandonado la profesión y se han casado, nos saldrían por lo menos una docena.

Recuerdo que aquella noche rechacé, bastante convencido, la teoría de mister Graham. Sin embargo, debo admitir que durante los días que siguieron me costaba dejar de pensar en la posibilidad de que el motivo que explicaba las misteriosas salidas de miss Kenton fuese que iba a encontrarse con algún pretendiente. La idea me molestaba, ya que si miss Kenton se marchaba, su falta tendría profesionalmente repercusiones importantes, y además sería una pérdida de la que lord Darlington tendría dificultades en recuperarse. Por otra parte, debía reconocer que había otros indicios que respaldaban la teoría de mister Graham. Por ejemplo, dado que una de mis obligaciones era encargarme del correo, resultaba inevitable que advirtiera que miss Kenton había empezado a recibir cartas del mismo remitente con bastante regularidad, más o menos una vez a la semana, cartas con el matasellos de la

estafeta local. Quizá debería señalar que me habría resultado casi imposible no darme cuenta de un hecho semejante, además, porque durante los años que llevaba en la casa había recibido muy pocas cartas.

Había además otros signos más ambiguos que también venían a corroborar la opinión de mister Graham. Por ejemplo, aunque seguía cumpliendo con sus obligaciones profesionales con el mismo afán de siempre, cambiaba de humor de una forma que nunca había presenciado hasta entonces. Así, los días en que se mostraba extremadamente alegre —en principio, sin motivo aparente— me producían tanta inquietud como los períodos, a menudo bastante largos, en que se sumía en una profunda melancolía. Como he dicho, profesionalmente su rendimiento siempre fue el mismo; sin embargo, mi obligación era velar por el buen funcionamiento a largo plazo de la casa, y si efectivamente todos aquellos indicios venían a sustentar la idea de mister Graham, según la cual miss Kenton estaba planteándose dejar su trabajo por otras ocupaciones más románticas, mi responsabilidad era indagar más sobre este asunto. Así pues, una tarde mientras tomábamos el chocolate, me atreví a preguntarle:

—¿Volverá a pasar fuera el jueves, miss Kenton? Su día libre, quiero decir.

Pensé que se enojaría al hacerle esta pregunta, pero en lugar de eso la impresión que tuve fue que desde hacía tiempo esperaba una oportunidad para sacar a colación el tema. Y fue ésta mi impresión porque, como si se sintiese aliviada, me dijo:

—Mister Stevens, se trata de una persona que conozco de cuando estuve en Granchester Lodge. De hecho, es el mayordomo que había en aquella época, pero ya ha abandonado la profesión y ahora está empleado en un negocio de por aquí cerca. No sé cómo se enteró de que estaba aquí y empezó a escribirme proponiéndome que reanudásemos nuestra amistad. No es más que eso, mister Stevens.

—Ya veo. De vez en cuando sienta bien salir de casa, eso es cierto.

—Es lo que pienso.

Se produjo entonces un breve silencio, durante el cual miss Kenton pareció tomar una decisión, y prosiguió:

—Este conocido mío..., recuerdo que cuando era mayordomo en Granchester Lodge, era una persona con muchas ambiciones y sueños maravillosos. En realidad, creo que su mayor ambición habría sido trabajar de mayordomo en una casa como esta. Sin embargo, cuando pienso en los

métodos que tenía..., me imagino la cara que usted pondría si tuviese que trabajar con él. No me extraña que no alcanzara ninguna de sus ambiciones.

Me reí.

—Por mi experiencia —dije yo—, le aseguro que mucha gente se cree capacitada para ejercer la profesión a estos niveles, sin la menor idea de las obligaciones que todo ello supone. Realmente, no son puestos que convengan a todo el mundo.

—Sí; es cierto. ¡De verdad no sé qué habría dicho usted si le hubiese conocido!

—No todo el mundo puede ejercer a estos niveles, miss Kent». Es muy fácil tener tan elevadas ambiciones, pero un mayordomo que no posea determinadas cualidades, al llegar a un cierto punto se queda estancado.

Miss Kenton pareció quedarse pensativa y, al cabo de unos instantes, dijo:

—No sé por qué, creo que es usted un hombre satisfecho de si mismo. Ya ve, se encuentra en lo más alto, dueño de todos los entresijos de esta profesión. No sé qué más puede pedirle a la vida.

En aquel momento no se me ocurrió ninguna respuesta. Durante los minutos de silencio que siguieron, de un tenso silencio, miss Kenton sumergió su mirada en la taza de chocolate como absorta por algo que hubiese visto. Finalmente, tras reflexionar un rato, dije:

—Por lo que a mí respecta, miss Kenton, no veré colmadas mis ambiciones hasta que haya hecho todo lo posible por ayudar a mi señor en los grandes cometidos que se ha impuesto. El día en que mi señor haya conseguido sus fines, el día en que *mi señor* pueda permitirse dormirse en los laureles satisfecho de haber realizado todo lo que razonablemente podía exigirse de él, ese día podré sentirme, como usted misma ha dicho, un hombre satisfecho.

Es posible que mis palabras la desconcertaran, o quizá sin querer la había molestado; el caso es que, justo en aquel momento, la noté de otro talante, y nuestra conversación perdió enseguida el aire de intimidad que había empezado a tomar.

A partir de entonces las reuniones que solíamos celebrar en su habitación para tomar el chocolate se hicieron más escasas. Ahora me viene a la memoria la última vez que nos reunimos. Llevaba unos días queriendo hablar con miss Kenton de un acontecimiento que tendría lugar próximamente —durante una semana tendríamos como huéspedes a una serie

de personalidades venidas de Escocia—, y aunque bien es cierto que faltaba todavía cerca de un mes, nuestra costumbre hasta entonces había sido organizar estos acontecimientos con bastante antelación. Aquella noche en concreto, le había estado comentando varios puntos al respecto, cuando de pronto me di cuenta de que miss Kenton me prestaba cada vez menos atención. Y en efecto, al cabo de un rato le fue imposible disimular que estaba totalmente ausente. En un par de ocasiones en que le dije cosas como «¿Me sigue usted, miss Kenton?» —sobre todo, después de haberle explicado algún punto con más detalle—, al interrumpir mi discurso se mostraba más atenta; sin embargo, a los pocos segundos, volvía a quedar absorta en sus pensamientos. Finalmente, tras varios minutos de hablarle sin tener más respuesta que observaciones como «Claro, mister Stevens», o «Sí, estoy de acuerdo», le dije:

—Discúlpeme, miss Kenton, pero no tiene sentido que sigamos conversando. Al parecer, no se da usted cuenta de que estamos tratando cosas importantes.

—Lo siento, mister Stevens —dijo incorporándose ligeramente en su silla—, es que esta noche me siento cansada.

—Últimamente siempre está cansada. Podría buscarse otra excusa.

Y para mi sorpresa, miss Kenton me espetó de pronto como respuesta:

—Mister Stevens, esta semana no he parado. Me siento cansada. Hace ya tres o cuatro horas que estoy deseando meterme en la cama. Tengo un cansancio tremendo. ¿Es que no puede entenderlo?

No es que esperara que se disculpase, pero la virulencia de la respuesta me dejó algo sorprendido. Decidí, de todas formas, no entrar en una discusión que podría resultar indecorosa y conseguí refrenarme un momento antes de replicarle, ya sosegado:

—Si realmente se siente tan cansada, no vale la pena que sigamos celebrando estas reuniones. Lamento no haberme dado cuenta antes de lo mucho que han podido importunarle, miss Kenton.

—Mister Stevens, sólo he dicho que esta noche estoy muy cansada.

—¡Oh, no, no se preocupe, miss Kenton! Lo entiendo perfectamente. Lleva usted una vida muy ajetreada y no quiero que estas reuniones representen una carga más. Hay otras muchas formas de realizar el intercambio de las indispensables formalidades profesionales, sin que haya que recurrir a estas reuniones.

—Mister Stevens, esto es ridículo, sólo he dicho...

—Le hablo en serio, miss Kenton. De hecho, hace ya tiempo que me pregunto si, dadas las ocupaciones que ya tenemos al día, no sería mejor que suprimiésemos estas reuniones. El hecho de que las hayamos mantenido durante tantos años no es motivo para pensar que no podamos hallar soluciones más adecuadas.

—Se lo ruego, mister Stevens, estas reuniones me parecen muy útiles.

—Pero a usted no le convienen, miss Kenton. Sólo la cansan. Le sugiero que a partir de ahora nos intercambiamos la información más importante durante las horas normales de trabajo y, si no nos es posible encontrarnos, podemos dejarnos mensajes, usted en mi puerta y yo en la suya. Sí, me parece que es la solución perfecta. Ahora, le ruego que me disculpe por tenerla todavía despierta. Gracias por el chocolate. Ha sido usted muy amable.

Naturalmente —y no veo por qué no he de admitirlo—, a veces me he preguntado cómo habrían evolucionado con el tiempo las cosas si no me hubiese mostrado tan rotundo en lo referente a aquellas reuniones que celebrábamos cada noche, es decir, si hubiese cedido las veces en que, durante el transcurso de las semanas siguientes, miss Kenton me pidió que las reanudásemos. Son ideas que se me ocurren ahora, puesto que a la luz de los hechos que tuvieron lugar posteriormente podría argüirse que en el momento de tomar la decisión de terminar de una vez por todas con aquellas reuniones, quizá no fuese del todo consciente de las repercusiones que ello podía tener. Podría decirse incluso que esta resolución al parecer sin importancia resultó ser en cierto modo un hecho trascendental y el punto de partida de toda una serie de acontecimientos que inevitablemente condujeron al desenlace final.

Supongo que cuando una persona empieza a indagar, con la perspectiva que dan los años, qué momentos en el pasado han sido trascendentales, lo normal es que los vea por todas partes. Por este motivo, además de la decisión que tomé respecto a nuestras reuniones, otro factor trascendental pudo ser la escena que tuvo lugar en mi habitación la noche en que vino a traerme un jarrón de flores. Me pregunto cuál habría sido el curso de los acontecimientos si en aquella ocasión hubiese reaccionado de otro modo. Igualmente, quizá por haber sucedido más o menos durante aquella misma época, la tarde en que nos encontramos en el comedor, después de recibir la noticia de la muerte de su tía, podría considerarse otro hecho trascendental.

De esta noticia ya se había enterado unas horas antes, por la mañana, al entregarle yo mismo la carta, tras llamar y entrar en su habitación. De hecho,

había entrado para hablar de un asunto del trabajo, y recuerdo que estábamos los dos conversando sentados a su mesa cuando abrió la carta. De pronto se quedó callada, pero, con toda calma, la leyó entera, como mínimo dos veces. Acto seguido, volvió a meter la carta en el sobre y dirigió hacia mí su mirada.

—Es de mistress Johnson, una amiga de mi tía. Me comunica que mi tía murió anteayer. —Hizo una pausa y después prosiguió: El funeral será mañana. ¿Cree que podré tomarme el día libre?

—Por supuesto, ya lo arreglaremos.

—Gracias, mister Stevens. Ahora, discúlpeme, pero preferiría estar unos momentos sola.

—No faltaría más, miss Kenton.

Me dirigí hacia la puerta y, en cuanto puse los pies fuera, me di cuenta de que no le había dado el pésame. Pensé en el duro golpe que supondría para miss Kenton aquella noticia, puesto que, a todos los efectos, su tía había sido para ella como una madre. Así que me detuve cuando aún iba por el pasillo, dudando si debía volver, llamar a su puerta y rectificar mi descuido. Se me ocurrió, no obstante, que si entraba podía interrumpirla en un momento embarazoso. Era muy posible que miss Kenton estuviese llorando en aquel mismo instante, a unos metros de mí. Sólo pensarlo me causó una sensación extraña. Me quedé un rato parado en medio del pasillo, j, finalmente juzgué que era más apropiado esperar y expresar en otra ocasión mi condolencia. Seguí, pues, mi camino.

En realidad, no volví a verla hasta la tarde, cuando, como ya he dicho, la encontré en el comedor mientras guardaba la vajilla en el aparador. La aflicción que debía sentir miss Kenton era un pensamiento que me había estado rondando durante varias horas, aunque lo que más me preocupaba era saber qué debía hacer o decir para aliviar su dolor, aunque fuese mínimamente. Y al oír el ruido de sus pasos, que se adentraban en el comedor, dejé lo que estaba haciendo, salí del vestíbulo y la seguí.

—Miss Kenton —dije—. ¿Qué tal se encuentra?

—Mejor, gracias.

—¿Todo va bien?

—Perfectamente, gracias.

—Llevo unos días queriendo preguntarle si tiene algún problema con las nuevas criadas —dije sonriendo—. Ya sabe que cuando entran tantos sirvientes a la vez, suele haber algún que otro problema... Incluso a profesionales experimentados como nosotros nos viene bien, en estos casos,

intercambiar impresiones.

—Gracias, mister Stevens, pero estoy muy contenta con las chicas.

—¿Y no considera necesario introducir algunos cambios en la organización del personal?

—No creo que haga falta introducir cambios, mister Stevens, pero si cambio de opinión se lo haré saber inmediatamente. —Está bien. Así pues, según usted las nuevas empleadas se adaptan perfectamente.

—Trabajan muy bien, se lo aseguro.

—Me alegra oírsele decir. —Y volví a sonreír—. Tenía mis dudas porque las dos chicas, según comprobamos, no han trabajado nunca en una casa de esta envergadura.

—Sí, así es.

La observé mientras terminaba de llenar el aparador y esperé a ver si decía algo más. Sin embargo, al pasar un rato y no añadir ni una palabra, dije yo:

—En realidad, miss Kenton, tengo algo que decirle. He notado que últimamente ha habido ciertas deficiencias y creo, por tanto, que debería usted ser un poco menos condescendiente con las nuevas empleadas.

—¿De qué se trata?

—Personalmente, cuando llegan nuevos sirvientes me aseguro doblemente de que todo marche bien. Reviso el trabajo que hacen e intento tantear qué tal se llevan con el resto de los criados. Después de todo, es importante formarse una idea de los nuevos criados considerando tanto los aspectos técnicos como la influencia que pueden ejercer en la conducta general. Y lamento decírselo, miss Kenton, pero me temo que ha sido usted un poco descuidada en este sentido.

Miss Kenton se quedó durante unos instantes algo desconcertada... Después, se volvió hacia mí con una expresión que traslucía visiblemente cierto nerviosismo.

—No le entiendo, mister Stevens.

—Le pondré un ejemplo. Aunque la loza se lave con el mismo esmero de siempre, a la hora de guardarla en los estantes de la cocina he observado que, sin llegar a resultar peligroso, el modo de dejarla puede causar a la larga algunos desconchados fáciles de evitar.

—¿Habla en serio, mister Stevens?

—Completamente, miss Kenton. Y es más, hace tiempo que no se limpia como es debido la hornacina que hay a la entrada del comedor.



Discúlpeme, pero aún podría sacar a relucir alguna que otra cosa.

—No hace falta que insista, mister Stevens. Como usted ha dicho, vigilaré el trabajo de las dos nuevas criadas.

—Me extraña que le hayan pasado por alto cosas tan evidentes, miss Kenton.

Miss Kenton apartó la mirada y volvió a mostrar una expresión confusa, como si se estuviese devanando los sesos por entender algo que la hubiese desconcertado. Más que molesta, me pareció cansada.

Cerró el aparador y dijo:

—Le ruego que me disculpe, mister Stevens.

Y salió de la habitación.

En realidad, ¿qué sentido tiene estar siempre especulando sobre lo que habría pasado si tal situación o tal otra hubiesen terminado de forma diferente? Acabaría uno loco. En cualquier caso, aunque me parece muy bien decir que hubo momentos trascendentales, sólo es posible reconocerlos al considerar el pasado. Evidentemente, cuando ahora pienso en aquellas situaciones, es cierto que me parecen momentos cruciales o únicos en mi vida; sin embargo, mi impresión mientras sucedían no era la misma. Más bien, pensaba que disponía de un número ilimitado de años, meses y días para resolver las diferencias que enturbiaban mi relación con miss Kenton, o que aún surgirían ocasiones en que podría remediar las consecuencias de algún que otro malentendido. Lo que sí es verdad es que, en aquella época, nada parecía indicar que a causa de unos incidentes tan insignificantes todas mis ilusiones acabarían frustrándose.

Creo que me dejo llevar por los recuerdos y, en cierto modo, me estoy poniendo taciturno. Sin duda, influye en ello, por un lado, la hora que es, y por otro, la fatiga que arrastro después de todo lo ocurrido esta tarde. Tampoco cabe duda de que el estado de ánimo que me invade es consecuencia asimismo del hecho de que, según tengo previsto —si consigo gasolina en el taller del pueblo, tal y como me han asegurado los Taylor—, mañana espero llegar a Little Compton antes del mediodía y volver a ver a miss Kenton, de nuevo, al cabo de tantos años. Por supuesto, no hay motivos para pensar que nuestro encuentro vaya a ser más que una visita formal. De hecho supongo que, al margen de cierta falta de protocolo acorde con las circunstancias, la entrevista tendrá básicamente carácter profesional, es decir, procuraré averiguar si miss Kenton tiene interés o no en volver a ocupar su antiguo puesto en Darlington Hall ahora que, por desgracia, parece que se ha

quedado sin hogar, al romperse su matrimonio. Añadiré igualmente que anoche, al releer su carta, quizá saqué conclusiones erróneas, o leí demasiado entre líneas; en cualquier caso, sigo manteniendo que algunas partes de la carta transparentaban cierto anhelo nostálgico, patente en frases como la siguiente: «Me gustaba mucho contemplar el paisaje que se veía desde los dormitorios del segundo piso, con las colinas a lo lejos».

Y vuelvo a preguntarme qué sentido tiene hacer lucubraciones sobre las actuales intenciones de miss Kenton si mañana podré conocerlas de su propia boca. Además, me he desviado bastante de los hechos acaecidos esta tarde y que estaba relatando antes. Les diré que estas últimas horas me han resultado agotadoras. Pensaba que para una noche ya había tenido suficiente al verme obligado a abandonar el coche en una colina solitaria y tener que caminar hasta este pueblo, casi en plena noche, por un sendero bastante abrupto. En cuanto a los señores Taylor, mis amables anfitriones, estoy seguro de que, deliberadamente, nunca me habrían hecho aguantar lo que he tenido que sufrir esta noche. Sin embargo, el caso es que una vez en la mesa dispuesto a cenar con ellos, y tras empezar a llegar los vecinos, me he visto inmerso en una situación de lo más desagradable.

Al parecer, los señores Taylor utilizan la habitación que da entrada a la casa a modo de comedor y sala de estar. Es una habitación acogedora, con una gran mesa toscamente tallada, de esas que se encuentran en las cocinas de las granjas, que tienen el tablero sin barnizar y muchas incisiones y tajaduras de cuchillos. Eran marcas muy visibles, a pesar de que la mesa sólo estaba iluminada por la luz amarilla de una lámpara de petróleo colocada en un estante de una de las esquinas.

—No es que no tengamos electricidad, señor —me comentó mister Taylor señalando con la cabeza la lámpara—, es que tenemos problemas con la instalación. Llevamos así casi dos meses. Aunque si quiere que le diga la verdad, no nos importa mucho. Hay casas en el pueblo que no han tenido nunca luz eléctrica. La luz del petróleo es más agradable.

Mistress Taylor nos había servido un caldo muy bueno con tropezones de pan frito y, tal como se presentaba la noche, todo me hacía suponer que transcurriría tranquilamente, conversando quizá durante una hora antes de irme a la cama. No obstante, justo al final de la cena, mientras mister Taylor me ofrecía una jarra de cerveza que elaboraba un vecino, oímos unos pasos que se acercaban por la grava. El sonido de unos pies que se acercaban a una

casa aislada, en plena oscuridad, me resultaba siniestro. Sin embargo, mis anfitriones no parecieron sentirse amenazados, ya que la voz de mister Taylor al decir «Anda, ¿quién será a estas horas?» sólo revelaba curiosidad, nada más.

Aunque parecía haberlo preguntado sólo para sí mismo, en aquel momento nos llegó desde fuera una voz a modo de respuesta que decía:

—Soy Georges Andrews. Pasaba por aquí...

Y acto seguido mistress Taylor franqueó el paso a un hombre recio, de unos cincuenta años, el cual, a juzgar por su vestimenta, debía de haber pasado el día ocupado en labores agrícolas. Con una familiaridad que denotaba lo frecuente de sus visitas, tomó asiento en un taburete que había junto a la entrada y se quitó las botas de agua, no sin esfuerzo, mientras hacía una serie de observaciones intrascendentes a mistress Taylor. Seguidamente se acercó a la mesa, se calló y se puso firmes delante de mí como si se presentara ante un oficial del ejército.

—Buenas noches, señor. Me llamo Andrews —dijo—. Lamento que haya tenido semejante contratiempo, aunque espero que no le moleste demasiado tener que pasar la noche en Moscombe.

Me puse a pensar, algo confuso, en cómo se habría enterado mister Andrews de que había tenido, según sus palabras, un «contratiempo». En cualquier caso, le respondí con una sonrisa que no me «molestaba» en absoluto, sino que más bien me sentía extremadamente agradecido por la hospitalidad de que era objeto. Al decir esto me refería, como es natural, a la amabilidad de los señores Taylor; sin embargo, mister Andrews creyó, por lo visto, que mi expresión de agradecimiento también le incluía, ya que, levantando sus dos manazas en actitud defensiva, replicó:

—En absoluto, señor, su presencia es muy grata. Para nosotros es un honor tenerle aquí. No se ve a mucha gente como usted por estas tierras. Nos honra mucho que haya pasado por aquí.

Sus palabras me hicieron pensar que todo el pueblo estaba al corriente de mi «contratiempo» y de que había ido a parar a aquella casa. Y en realidad, como descubriría al poco tiempo, ése era el caso. Supongo que durante el rato transcurrido después que me mostrasen la habitación donde ahora me encuentro, mientras me lavaba las manos e intentaba arreglar del mejor modo posible los desperfectos sufridos por mi chaqueta y las vueltas de los pantalones, los señores Taylor habían informado a todos los vecinos acerca de mi persona. En cualquier caso, durante los minutos que siguieron

llegó otra visita, un hombre de aspecto parecido al de mister Andrews, es decir, algo tosco y rústico, y también con botas de agua, que se quitó con la misma familiaridad que aquél. De hecho, les encontré tan semejantes que, hasta que el recién llegado se me presentó como «Morgan, señor, Trevor Morgan», pensé que eran hermanos.

Mister Morgan me hizo saber que lamentaba mi «desgracia», y me aseguró que todo se arreglaría por la mañana; seguidamente, me dio la bienvenida al pueblo. Hacía unos instantes que había oído expresar los mismos sentimientos, sin embargo, mister Morgan añadió:

—Es un privilegio tener en Moscombe a un caballero como usted, señor.

Antes que tuviera tiempo para pensar una respuesta, se volvieron a oír pasos que se acercaban por el sendero, y al poco rato entró en la casa una pareja de mediana edad que me fue presentada como los señores Harry Smith. El aspecto de aquellas personas no era nada rústico. Ella era una mujerona con pinta de matrona que me recordaba a mistress Mortimer, la cocinera de Darlington Hall allá por los treinta. Mister Harry Smith, en cambio, era un hombre bajito, con una expresión enérgica que le surcaba el ceño. Mientras se sentaban junto a la mesa, el hombre me dijo:

—¿Su coche es ese Ford tan estupendo que está en Thornley Bush Hill, señor?

—Si se refiere a la colina desde la que se divisa el pueblo, sí, es el mío —respondí—. Aunque me sorprende que lo hayan visto.

—Personalmente no, señor. Ha sido Dave Thornton, al pasar con su tractor hace un momento, cuando volvía a su casa. Le ha sorprendido tanto ver un coche allí, que se ha bajado del tractor a mirarlo. —En ese instante, mister Harry Smith se dirigió al resto de la concurrencia—: Una maravilla de coche. Me ha dicho que nunca había visto nada igual. ¡Ni comparación con el de mister Lindsay!

Este comentario suscitó una fuerte carcajada general, y mister Taylor, que estaba sentado a mi lado, me dijo:

—Se trata de un caballero que vivía en una mansión cercana, señor. Hubo un par de cosas que le hicieron perder la simpatía de la gente.

Y se oyó un murmullo general de asentimiento, tras el cual alguien exclamó:

—A su salud, señor.

Acto seguido alzó una de las jarras de cerveza que mistress Taylor acababa de distribuir, y todos los presentes brindaron por mí.

Sonreí y dije:

—Les aseguro que es un verdadero honor.

—Es usted muy amable, señor —dijo mistress Smith—. Así hablan los caballeros de verdad. Mister Lindsay no lo era. Tendría mucho dinero, pero no era un caballero.

Volvió a oírse un murmullo de asentimiento en la estancia. Seguidamente, mistress Taylor susurró algo al oído de mistress Smith y ésta contestó:

—Me ha dicho que vendrá en cuanto pueda.

Las dos se volvieron hacia mí tímidamente y mistress Smith dijo:

—Le hemos dicho al doctor Carlisle que estaba usted aquí. Se sentirá encantado de conocerle, señor.

—Tendrá pacientes que visitar —añadió mistress Taylor a modo de disculpa—. Por desgracia, no podemos asegurarle que pueda venir antes que desee usted retirarse.

Y fue entonces cuando mister Harry Smith, el hombrecillo del entrecejo fruncido, volvió a inclinarse hacia adelante y dijo:

—Este mister Lindsay del que le hablábamos se equivocó, ¿sabe? En su modo de comportarse. Se creía superior a nosotros y nos trataba como si fuéramos tontos. Pero le aseguro que no tardó en cambiar de opinión. Aquí discurremos y conversamos mucho. Entre nosotros hay gente con muy buenas ideas y nadie tiene reparos en expresarlas. Claro, mister Lindsay se dio cuenta enseguida. —No era un caballero —dijo mister Taylor en voz baja—. No tenía nada de caballero.

—Es verdad —prosiguió mister Harry Smith—. Nada más verlo se daba uno cuenta de que no era un caballero. No se puede negar que tenía una casa muy bonita y llevaba buenos trajes, pero había algo que no cuadraba, algo que no tardamos en descubrir.

Se oyó un murmullo de asentimiento, y los presentes parecieron considerar si era conveniente o no contarme la historia de aquel personaje. Por fin, al cabo de un rato mister Taylor rompió el silencio:

—Eso que dice Harry es verdad. A un auténtico caballero se le distingue fácilmente de otro que no lo es, por más galas que éste se ponga. Usted, por ejemplo, no es sólo el corte de sus trajes o lo bien que habla. Hay algo que le distingue. No es fácil expresarlo, pero cualquiera que tenga ojos lo ve.

En la mesa volvió a producirse un murmullo de asentimiento.

—El doctor Carlisle no puede tardar —añadió mistress Taylor—. Le

gustará hablar con él.

—El doctor Carlisle también tiene ese no sé qué —dijo mistress Taylor—. Sí, él también es un auténtico caballero.

Mister Morgan, que apenas había hablado desde que llegó, se inclinó hacia adelante y me dijo:

—¿Qué cree usted que es? Quizá la persona que mejor pueda explicarlo sea alguien que tenga ese algo. Aquí estamos todos diciendo quién es un caballero y quién no lo es, pero ninguno de nosotros sabe explicarlo. Tal vez usted podría aclararnos un poco las ideas.

La mesa se quedó en silencio y sentí que todas las caras se volvían hacia mí. Me aclaré un poco la garganta y dije:

—No soy yo quien debería hablar de las cualidades que poseo o no poseo; sin embargo, por lo que a esta cuestión particular se refiere, diría que la cualidad que ustedes mencionan se define simplemente con el término «dignidad». No consideré necesario intentar explicar con más detalle mi afirmación. De hecho, sólo había dicho en voz alta los pensamientos que habían pasado por mi mente mientras escuchaba la conversación. Dudo que hubiese hablado de aquel modo si la situación no lo hubiese exigido. En cualquier caso, la respuesta pareció del agrado de todos.

—Tiene usted mucha razón —dijo mister Andrews asintiendo con la cabeza, y sus palabras fueron seguidas por el eco de otras voces.

—Mister Lindsay debería haberse comportado con mayor dignidad —dijo mister Taylor—. Lo que pasa con la gente como él, es que confunden la altanería y el orgullo con la dignidad.

—Debo señalar —repuso mister Harry Smith—, con todo mi respeto por lo que acaba usted de decir, pero es lo que pienso, que la dignidad no es algo que sólo tengan los caballeros. La dignidad es algo que cualquier hombre o cualquier mujer de este lugar puede llegar a tener con sólo proponérselo. Discúlpeme usted, pero como ya le he dicho antes, aquí no nos andamos con rodeos a la hora de decir lo que cada uno piensa. Mi opinión es ésta, aunque no sé si estaré en lo cierto. La dignidad no es algo privativo de los caballeros.

Naturalmente, comprendí que mister Harry Smith y yo hablábamos de cosas distintas, y que podía resultar bastante complicado explicarme de forma más explícita ante aquella gente. Así, consideré que lo mejor era sonreír y responder:

—Por supuesto, tiene usted toda la razón.

El efecto inmediato de mi respuesta fue diluir por completo la tensión

que había reinado en la habitación mientras hablaba mister Harry Smith. El propio mister Harry Smith pareció tranquilizarse por completo, ya que en ese momento se echó hacia adelante y prosiguió:

—Después de todo, ésa fue la razón por la que luchamos contra Hitler. Si Hitler se hubiese salido con la suya, ahora seríamos todos esclavos. En todo el mundo no habría más que unos cuantos amos y millones y millones de esclavos. Y ya sé que no hace falta que diga que ser esclavo no es nada digno. Esa es la razón por la que luchamos y eso fue lo que ganamos. Ganamos el derecho de ser ciudadanos libres. Y uno de los privilegios de ser inglés es que, al margen de lo que uno sea, de que uno sea rico o pobre, todos los hombres son libres, y gracias a esta libertad todo el mundo puede decir libremente lo que piensa, y votar por que alguien gobierne o deje de gobernar. En eso consiste la dignidad, si me permite usted decirlo.

—Vamos, Harry —dijo mister Taylor—, que ya te veo venir con uno de tus discursos.

Se oyó una carcajada y mister Harry Smith sonrió tímidamente. No obstante, siguió diciendo:

—No estoy soltando ningún discurso. Sólo hablo. Y digo que no se puede tener dignidad si se es esclavo. Y los ingleses, con sólo quererlo, pueden llegar a tenerla. Es un derecho por el que luchamos.

—Este sitio puede parecer un lugar perdido e insignificante, señor —dijo su mujer—, sin embargo, en la guerra dimos mucho más de lo que debíamos. Dimos demasiado.

Después de estas palabras, los presentes adoptaron un aire grave, hasta que mister Taylor rompió el silencio diciéndome:

—Harry, aquí donde le ve, participa mucho en las campañas de nuestro diputado local. Si quiere usted saber lo que no funciona en el gobierno, déjele hablar, déjele.

—Pero si yo de lo que hablaba es de lo que sí funciona.

—¿Usted también se dedica a la política, señor? —preguntó mister Andrews.

—No directamente —respondí—. Sobre todo ahora. Lo cierto es que estuve más involucrado antes de la guerra.

—Lo digo porque recuerdo que hace un par de años, creo, había un tal mister Stevens diputado. Le oí por la radio una o dos veces. En lo referente a la vivienda, decía cosas muy sensatas. Pero... no era usted, claro... —No, no —contesté riéndome. Ahora no estoy seguro de por qué pronuncié la frase

siguiente. Sólo sé que, en cierto modo, me lo pidieron las circunstancias en que me encontraba. Así, acto seguido, dije—: En realidad, me ocupaba más de los asuntos extranjeros que de los problemas internos. Es decir, estuve en política exterior.

Me quedé algo desconcertado al ver el efecto que mis palabras habían causado entre los presentes. De algún modo, les noté sobrecogidos, y rápidamente añadí:

—Pero nunca tuve una función importante. Mi intervención se desarrolló en un plano, más bien, extraoficial.

El silencio, no obstante, persistió durante unos breves instantes.

—Discúlpeme, señor —dijo finalmente mistress Taylor—, ¿conoció usted a mister Churchill?

—¿A mister Churchill? Sí, vino varias veces a casa. Pero si he de ser sincero, durante el período en que más metido estuve en asuntos importantes, mister Churchill no era considerado un personaje clave ni se pensaba que llegaría a serlo. Por aquella época las visitas más frecuentes eran las de personas como mister Eden o lord Halifax.

—Pero conoció usted a mister Churchill. ¡Qué honor poder decir algo así!

—No estoy de acuerdo con muchas de las cosas que dice mister Churchill —dijo mister Harry Smith—, pero, claro, no cabe duda que es un gran hombre. Debe de ser fantástico hablar con alguien como él.

—Bueno, le repito que no tuve mucho trato con mister Churchill. Pero como usted señala, y con razón, es muy grato haber podido tratarle. En realidad, creo que en general he sido muy afortunado, y soy el primero en admitirlo. He tenido la gran fortuna de tratar no sólo a mister Churchill, sino también a otros muchos dirigentes y hombres influyentes, americanos y europeos. Y cuando pienso que he podido oír su opinión sobre temas importantes de la época, sí, al recordarlo, siento efectivamente una gran satisfacción. Después de todo, es un privilegio haber podido desempeñar un papel, por pequeño que fuese, en la escena mundial.

—Discúlpeme, señor —dijo mister Andrews—, pero ¿qué clase de hombre era mister Eden? A nivel personal, me refiero. Siempre he creído que era un tipo correcto. De esos que hablan con cualquiera, pobres, ricos, gente influyente o gente de lo más humilde. ¿Tengo razón?

—Sí, a grandes rasgos, es una descripción bastante exacta. Evidentemente, durante estos últimos años no he visto a mister Eden y quizá



sus responsabilidades le hayan hecho cambiar. Algo que he comprobado es que, en sólo unos años, la vida pública puede cambiar a la gente por completo.

—No lo dude, señor —dijo mister Andrews—. Hasta nuestro Harry, desde que hace unos años se metió en política, ya no es el mismo.

Los presentes volvieron a reírse y mister Harry Smith, con una sonrisa en su cara, se encogió de hombros. Seguidamente dijo:

—Es verdad que me he entregado mucho a las campañas, pero sólo a nivel local. Y nunca he tratado con gente comparable en importancia a la que usted trata. Sin embargo, a mi modo, creo que algo aportó. Tal y como yo veo las cosas. Inglaterra es una democracia y, en este pueblo, todos hemos luchado mucho por que así siga siendo. Y ahora nos toca ejercer nuestros derechos, a todos. Muchos jóvenes de este pueblo entregaron sus vidas para darnos este privilegio, y, tal y como yo veo las cosas, ahora tenemos que corresponderles cumpliendo con nuestro papel. Aquí, todos tenemos nuestras opiniones y nuestra responsabilidad es que sean oídas. Estamos lejos de todo, es cierto, somos un pueblo pequeño, vamos envejeciendo y cada vez somos menos, pero, a mi juicio, ante los muchachos del pueblo que dieron su vida ése es nuestro deber. Por eso, señor, dedico tanto tiempo a que nuestras voces se oigan en lugares de mayor relevancia. Si eso me hace cambiar o me conduce a la tumba mucho antes, la verdad es que no me importa.

—Ya se lo decía, señor —terció mister Taylor sonriendo — era imposible que Harry viese pasar por el pueblo a alguien importante y no le hiciera un discursito.

Los presentes volvieron a reírse, pero casi inmediatamente repuse:

—Creo que entiendo lo que dice, mister Smith. Entiendo muy bien su deseo de que tengamos un mundo mejor y que usted y todos sus vecinos puedan contribuir a alcanzar esas mejoras. Es un sentimiento que aplaudo, y me atrevería a decir que fue ese mismo impulso el motivo por el que, antes de la guerra, decidí intervenir en los asuntos públicos. Entonces; como ahora, la paz mundial parecía algo frágil que podía escapársenos de las manos, y decidí igualmente ofrecer mi apoyo.

—Discúlpeme, señor —dijo mister Harry Smith—, pero no es eso exactamente lo que yo quería decir. Para la gente como usted, siempre ha sido fácil tener cierta influencia, puesto que entre sus amigos siempre figuran personas importantes; en cambio, para la gente como nosotros pueden pasar años sin que veamos siquiera a un auténtico caballero, aparte del doctor

Carlisle. Como médico, es de primera categoría, pero, con todos mis respetos, lo que son *contactos* no tiene ninguno. Aquí; olvidarnos de nuestros deberes como ciudadanos es muy fácil. Por eso me gusta participar en las elecciones. Y estén o no los demás de acuerdo, y sé que en esta habitación nadie está de acuerdo con *todo* lo que digo, al menos les hago pensar. Al menos les recuerdo cuáles son sus deberes. Vivimos en un país democrático. Por eso luchamos, y todos tenemos que participar.

—Me pregunto qué le habrá pasado al doctor Carlisle —dijo mistress Smith—. Estoy segura de que ahora le gustaría hablar con alguien *instruido*.

Se oyó de nuevo una carcajada.

—Ha sido un verdadero placer conocerles —dije—, pero la verdad es que empiezo a notar el cansancio.

—Claro —dijo mistress Taylor—. Debe de estar muy cansado. Quizá sea mejor que le ponga otra manta. Por las noches empieza a refrescar.

—No es necesario, mistress Taylor. Seguro que dormiré muy bien.

Pero antes de levantarme de la mesa, mister Morgan dijo:

—¿Sabe?, hay un individuo al que nos gusta oír por la radio, se llama Leslie Mandrake, y me estaba preguntando si le conocería usted.

Le respondí que no, y cuando intenté de nuevo retirarme, volvieron a retenerme con más preguntas sobre todas las personas que había conocido. Seguía, por lo tanto, sentado a la mesa cuando mistress Smith dijo:

—Ah!, viene alguien. Espero que sea el doctor Carlisle.

—De verdad, creo que debería retirarme —dije—. Estoy muy cansado.

—Seguro que es él —dijo mistress Smith—. Quédese sólo unos minutos.

Y mientras decía estas palabras, se oyeron unos golpes en la puerta y una voz que decía:

—Soy yo, mistress Taylor.

Entró un caballero de aspecto todavía joven, debía de rondar los cuarenta, alto y delgado, bastante alto, de hecho, ya que tuvo que agachar la cabeza para pasar por la puerta. Y apenas nos hubo saludado a todos con un «Buenas noches», mister Taylor le dijo:

—Éste es el caballero del que le hemos hablado, doctor. Se le ha quedado parado el coche en Thornley Bush y aquí le tiene, soportando los discursos de Harry.

El doctor se acercó a la mesa y me tendió la mano.

—Richard Carlisle —dijo sonriendo amablemente mientras yo me

levantaba a estrechársela—. Ha tenido usted mala suerte con el coche. En fin, estoy seguro de que le tratan estupendamente. Demasiado, me imagino.

—Gracias —contesté—. Todo el mundo es muy amable.

—Es un placer tenerle entre nosotros. —El doctor Carlisle se sentó al otro lado de la mesa, justo enfrente de mí—. ¿De qué parte del país es usted?

—De Oxfordshire —respondí, y la verdad es que me costó reprimir el «señor».

—Una región muy bonita. Tengo un tío que vive muy cerca de Oxford. Sí, una región muy bonita.

—El señor estaba contándonos —dijo mistress Smith— que conoce a mister Churchill.

—¿De verdad? Conocí a un nieto suyo, pero ya casi he perdido todo contacto. Y nunca tuve el privilegio de conocer al propio Churchill.

—Y no sólo a mister Churchill —prosiguió mistress Smith—. Conoce a mister Eden y a lord Halifax.

—¿Ah, sí?

Noté que los ojos del médico me examinaban minuciosamente. Y cuando me disponía a hacer una observación adecuada, mister Andrews le dijo:

—El señor nos estaba contando que, hace años, se ocupó mucho en asuntos de política exterior.

—¿De verdad?

Me pareció que el doctor Carlisle me estudiaba durante un lapso de tiempo excesivamente largo, tras el cual, volviendo a hacer gala de su afabilidad, me dijo:

—¿Está usted de vacaciones?

—Más bien —contesté sonriendo.

—Hay rincones muy bonitos por aquí. Por cierto, mister Andrews, siento no haberle devuelto todavía la sierra.

—No corre prisa, doctor.

Durante unos instantes dejé de ser el centro de atención, y esto me permitió permanecer en silencio. Así que, aprovechando el momento, me levanté diciendo:

—Les ruego que me disculpen. Ha sido una velada muy agradable, pero, verdaderamente, ha llegado el momento de retirarme.

—Es una lástima que ya deba usted retirarse —dijo mistress Smith—. Ahora que está aquí el doctor.

Mister Harry Smith, inclinándose por delante de su mujer, le dijo al doctor Carlisle:

—Me habría gustado saber qué piensa este señor de las ideas que tiene usted sobre el Imperio. —Y volviéndose hacia mí, prosiguió—: El doctor está a favor de la independencia de todos los países pequeños. Yo no tengo la formación necesaria para probarle que no tiene razón, porque estoy seguro de que no la tiene. Sin embargo, me gustaría saber qué piensa alguien como usted, señor.

Y una vez más, me sentí examinado por la mirada del doctor Carlisle. Finalmente, dijo:

—Sí, es una lástima, pero dejemos que el señor vaya a acostarse; supongo que ha sido un día agotador.

—Así es —dije.

Y, sonriendo de nuevo, me despedí de la mesa, pero, para gran turbación mía, todos los presentes, incluido el doctor Carlisle, se pusieron en pie.

—Muchas gracias a todos —dijo sonriendo—. Mistress Taylor, la cena ha sido magnífica. Les deseo muy buenas noches.

Como respuesta, se oyó a coro un «Buenas noches, señor», y cuando ya casi había salido de la habitación, la voz del doctor me detuvo en la puerta.

—Oiga, amigo —dijo. Y, al volverme, vi que aún seguía en pie—. Mañana temprano tengo que ir a Stanbury a ver a un paciente. Sería un placer para mí llevarle hasta su coche. Así no tendrá usted que andar. Y de camino podemos cargar un bidón de gasolina en casa de Ted Hardacre.

—Es usted muy amable —contesté—, pero no quisiera causarle ninguna molestia.

—¿Molestia?, ninguna. ¿Le va bien a las siete y media? —Me haría usted un gran favor. —Perfecto. A las siete y media, entonces. Usted, mistress Taylor, asegúrese de que, antes de las siete y media, su huésped esté bien despierto y haya desayunado. —Y volviéndose hacia mí, añadió—: así podremos hablar. Aunque a Harry no le daremos el gusto de ser testigo de mi humillación.

Volvió a oírse otra carcajada, y de nuevo nos dimos las buenas noches antes de que, por fin, me permitieran subir y refugiarme en esta habitación.

Creo que no es necesario que subraye hasta qué punto me sentí incómodo anoche por el lamentable malentendido que se creó en torno a mi persona, aunque sólo puedo decir que, sinceramente, no veo de qué modo

podría haber evitado que la situación siguiera aquellos derroteros. En realidad, cuando fui consciente de lo que estaba ocurriendo, las cosas ya habían llegado tan lejos que, de haber revelado la verdad a aquella gente, lo único que hubiese conseguido habría sido violentarlos. En cualquier caso, aunque se trate de un episodio lamentable, no creo haber causado daño a nadie. Después de todo, mañana por la mañana me despediré de todas estas personas y lo más probable es que no las vuelva a ver. No veo la necesidad, pues, de insistir en este tema.

No obstante, al margen de este lamentable malentendido hay quizá uno o dos aspectos en todo este asunto que merecen cierta atención, aunque sólo sea para que no sigan preocupándome en estos días venideros. Uno de ellos es, por ejemplo, la idea que presentó mister Harry Smith respecto al significado que encierra el término «dignidad». Es una idea que, seguramente, no es necesario considerar con demasiada seriedad. Por supuesto, hay que tener en cuenta que mister Harry Smith empleaba el término «dignidad» en un sentido totalmente distinto del que tiene para mí. A pesar de ello, aun admitiendo su definición del término, sus opiniones eran demasiado idealistas y teóricas para ser consideradas seriamente. Sólo hasta cierto punto había algo de verdad en sus palabras: en un país como el nuestro es posible que, efectivamente, la gente tenga el deber de reflexionar sobre los asuntos clave y formarse su propia opinión. Pero en el mundo en que vivimos, ¿cómo puede pensarse que la gente corriente tiene «opiniones bien fundadas» sobre cualquier clase de temas, hecho que, como imagina mister Harry Smith, caracteriza a este pueblo? Además, no sólo se trata de una idea poco realista sino que me pregunto incluso si será una idea deseable. Después de todo, las posibilidades de la gente corriente para aprender y saber son limitadas, y exigir que cada cual participe con sus «ideas bien fundadas» en los grandes debates de la nación denota muy poca cordura. En cualquier caso, es absurdo suponer que la «dignidad» de una persona se defina siguiendo estos criterios.

Precisamente, me he acordado ahora de una situación que, creo yo, ilustra muy bien qué poco hay de cierto en las ideas que defiende mister Harry Smith. Es un ejemplo basado en mi propia experiencia, un episodio que tuvo lugar antes de la guerra, hacia 1935.

Si no recuerdo mal, ocurrió una noche, pasadas las doce, en que mi señor me ordenó que me personase en el salón en que él y otros tres caballeros se habían reunido después de la cena. Naturalmente, ya había

tenido que entrar varias veces para llenar de nuevo las copas de aquellos caballeros, momentos en los que había podido escucharles tratar temas de gran peso. Sin embargo, en esta ocasión, cuando entré en el salón dejaron todos de hablar y se volvieron hacia mí. Entonces mi señor me dijo:

—Acérquese un instante, Stevens, se lo ruego. Mister Spencer tiene algo que decirle.

El caballero en cuestión siguió observándome unos minutos sin cambiar siquiera la pose algo lánguida con que estaba instalado en el sillón. Y acto seguido dijo: —Verá, amigo, tengo una pregunta que hacerle. Hemos estado discutiendo sobre un problema y necesitamos ayuda. Dígame, ¿considera que la situación de la deuda con respecto a América constituye un factor significativo del bajo nivel actual de los intercambios comerciales? ¿O cree que se trata sólo de una teoría errónea y que la auténtica raíz del problema es el abandono del patrón oro?

Como es natural, me quedé bastante sorprendido; sin embargo, comprendí rápidamente cuál era el quid de la cuestión. Estaba claro que esperaban que me sintiese totalmente perplejo ante la pregunta. De hecho, durante el rato que tardé en darme cuenta y en encontrar una respuesta adecuada, es posible que exteriormente diese la impresión de estar en Babia, ya que noté que se sonreían entre ellos con gesto divertido.

—Lo lamento, señor —dije—, pero es un problema en el que no puedo ayudarle.

En aquel instante, había conseguido dominar la situación; sin embargo, los demás caballeros siguieron riéndose disimuladamente. Mister Spencer prosiguió:

—Entonces quizá pueda sernos de ayuda en otro problema. ¿Cree usted que la situación monetaria de Europa mejoraría o empeoraría en caso de llegarse a un acuerdo militar entre franceses y bolcheviques?

—Lo siento mucho, señor, pero es un problema en el que tampoco puedo ayudarle.

—¿Cómo? —exclamó mister Spencer—. ¿Tampoco puede ayudarnos en esto?

Volvieron a disimular sus risas hasta que mi señor dijo:

—Está bien, Stevens. Puede retirarse.

—Discúlpeme, Darlington, pero aún hay otra pregunta que quisiera hacerle a nuestro amigo —dijo mister Spencer—. Realmente necesito su ayuda para el asunto que actualmente tanto nos preocupa, un asunto

fundamental, ya que de él depende el modo en que configuremos nuestra política exterior. Dígame amigo, a ver si ahora puede ayudarnos. ¿A qué se estaba refiriendo realmente monsieur Laval cuando aludía en un discurso reciente a la situación en el norte de Africa? ¿Cree usted también que se trata de una argucia para acallar al sector más nacionalista de su propio partido?

—Lo lamento, señor, pero es un problema en el que no puedo ayudarle.

—¿Ven ustedes, caballeros? —dijo mister Spencer, volviéndose al resto de los presentes—. Nuestro amigo no puede ayudarnos a este respecto.

Y esta frase provocó nuevas carcajadas, ahora con menos disimulo.

—Sin embargo —continuó mister Spencer—, aún seguimos insistiendo en la idea de que habría que dejar el destino de la nación en manos de este buen hombre Y de millones de personas como él. No es de extrañar, por tanto, que con la carga que supone nuestro sistema parlamentario actual, seamos incapaces de resolver los numerosos problemas que nos aquejan. ¿Por qué no le piden también a un comité de la asociación de madres que organice una campaña militar?

Y entre las risas y carcajadas que suscitó esta última intervención, mi señor, en voz baja, me dijo:

—Gracias, Stevens.

Tras estas palabras, pude retirarme.

Es cierto que la situación me había resultado un poco incómoda, pero, en cualquier caso, no era la más difícil ni la más insólita con que me podía haber enfrentado. Convendrán ustedes conmigo en que cualquier profesional en el ejercicio de sus funciones debe contar con que a lo largo de su carrera le salgan al paso este tipo de situaciones. Naturalmente, a la mañana siguiente ya había olvidado el episodio cuando lord Darlington, tras entrar en la sala de billar en un momento en que, subido a una escalera, estaba ocupado en limpiar el polvo de los retratos, dijo:

—Lo de ayer fue horrible, Stevens. Le hicimos pasar unos momentos muy desagradables. Dejé lo que estaba haciendo y dije: —De ningún modo, señor, fue un placer poder ayudarles. —Fue horrible. Me temo que bebimos demasiado. Le ruego que acepte mis disculpas.

—Gracias, señor. Pero le digo, y me complace decirlo, que en ningún momento me sentí importunado.

Mi señor se acercó con paso bastante cansado a un sillón de cuero, se sentó y suspiró. Desde lo alto de la escalera alcanzaba a ver prácticamente la larga silueta de mi señor bañada por el sol de invierno que entraba por los

balcones, iluminando con sus rayos gran parte de la habitación. Recuerdo que fue uno de esos momentos en que pude sentir hasta qué punto las circunstancias de la vida habían marcado a mi señor en sólo unos pocos años. Siempre había sido un hombre esbelto, pero ahora se le veía preocupantemente delgado y hasta deformado. Sus cabellos habían encanecido antes de tiempo y su cara se veía tensa y arrugada. Durante unos instantes, permaneció mirando por el balcón en dirección a las colinas y, acto seguido, dijo:

—Fue una experiencia horrible, Stevens. Pero, ¿sabe?, mister Spencer quería demostrarle algo a sir Leonard. De hecho, si le sirve de consuelo, fue usted testigo de una demostración muy importante. Sir Leonard había estado defendiendo ideas absurdas y anticuadas, según las cuales es la voluntad del pueblo la que debe regir nuestro destino y todas esas cosas. ¿No le parece increíble, Stevens?

—Sí, señor.

Lord Darlington volvió a suspirar.

—Siempre somos los últimos, Stevens. Los últimos en despegarnos de sistemas ya anticuados. Sin embargo, tarde o temprano tendremos que enfrentarnos con los hechos.

La democracia es algo de otras épocas. El mundo actual es demasiado complicado para depender de antiguallas como el sufragio universal o esos parlamentos donde los diputados discuten eternamente sin decidir nunca nada. Son cosas que podían estar muy bien hace unos cuantos años, pero no ahora.

Qué es lo que decía ayer mister Spencer? Lo explicó muy bien.

—Creo que comparaba el sistema parlamentario actual con un comité de la asociación de madres que intentara organizar una campaña militar.

—Sí, eso era. Francamente, vamos muy retrasados en este país, y es urgente que las mentes con visión de futuro hagan reaccionar a personas como sir Leonard.

—Sí, señor.

—Escúcheme bien, Stevens. Actualmente, vivimos una crisis que se prolonga. Lo he visto con mis propios ojos al viajar al norte del país con mister Whittaker. La gente sufre, la gente normal, la gente buena y trabajadora sufre horriblemente. En Alemania, en Italia, han sabido actuar y han puesto las cosas en su sitio. Igual que a su modo, supongo, han hecho esos miserables bolcheviques. Hasta el presidente Roosevelt. Fíjese que no le



da ningún miedo tomar medidas arriesgadas para ayudar a su pueblo. En cambio, mire lo que pasa aquí, Stevens. Pasan los años y todo sigue igual. Lo único que hacemos es hablar, organizar debates y aplazar las decisiones. Cuando alguien tiene una buena idea, acaba por resultar ineficaz con tantos comités por los que tiene que pasar, y además la modifican hasta el infinito. Los pocos que saben realmente de lo que están hablando acaban relegados a un segundo plano por tantos ignorantes como hay a su alrededor. ¿No lo ve usted así, Stevens?

—Parece que la nación se encuentra en una situación deplorable, señor.

—Se lo aseguro. Fíjese en Alemania y en Italia. Fíjese en lo que puede hacer un gobierno fuerte si se le deja, no como aquí con tanto sufragio universal. Cuando uno ve que su casa está ardiendo, lo último que hace es reunir a toda la familia en el salón para discutir durante una hora sobre las posibilidades que hay de escapar. Quizá en otra época todo eso tenía resultado, pero no ahora, cuando el mundo se ha complicado tanto. No se le puede pedir al hombre de la calle que sepa de política, economía, comercio mundial y qué sé yo. ¿A santo de qué? Ayer respondió usted muy bien, Stevens. ¿Qué es lo que dijo? ¿Algo así como que no era de su competencia? Claro, ¡y por qué iba a serlo!

Ahora me doy cuenta, al evocar estas palabras, que muchas de las ideas de lord Darlington resultarían en nuestros días bastante extrañas, y diría incluso que poco recomendables. Sin embargo, no puede negarse que en las cosas que me dijo aquella mañana en la sala de billar había algo de verdad. Evidentemente, es absurdo esperar que un mayordomo responda sin ninguna duda a la clase de preguntas que mister Spencer me hizo aquella noche, y, naturalmente, cuando individuos como mister Harry Smith afirman que cualquier persona con «dignidad» es capaz de hacerlo, está claro que no saben de qué hablan. Hay algo que debemos dejar bien claro: el deber de un mayordomo es procurar que haya un buen servicio, no intentar solucionar los problemas de la nación. Y la razón es que, a personas como ustedes o como yo, esa clase de asuntos se nos escapa, y aquellos de nosotros que quieren dejar huella deben comprender que, para conseguirlo, el mejor modo es concentrarse en lo que realmente *es* de nuestra competencia, es decir, centrarnos en ofrecer el mejor servicio posible a los verdaderos caballeros que tienen en sus manos el destino de nuestra civilización.

Parece algo obvio, pero no son pocos los mayordomos que, al menos durante una época, han sido de pareceres distintos. De hecho, las palabras que

oí anoche en boca de mister Harry Smith me recuerdan el idealismo mal entendido que defendieron numerosos colegas de mi generación en los años veinte o treinta. Me refiero a los colegas que eran partidarios de que el mayordomo que realmente tuviese aspiraciones serias debía examinar continuamente a su señor, evaluando sus actos y analizando las implicaciones de sus ideas; ya que, según sus argumentos, éste era el único modo de estar seguro de que nuestro talento se destinaba a buen fin. Aunque pueda comprenderse el fondo de idealismo de semejante razonamiento, es indudable, como en el caso de mister Harry Smith, que se trata de una concepción errónea. Sólo hay que ver a los mayordomos que llevaron estas ideas a la práctica. Sus carreras, algunas de ellas muy prometedoras, se eclipsaron. Personalmente, conocí al menos a dos profesionales, los dos bastante capaces, que siempre insatisfechos no pararon de cambiar de patrón sin asentarse nunca en ninguna parte. Al final, perdimos su rastro. Y no es sorprendente que acabaran así, dado que, en la práctica, es imposible que uno adopte ante su señor una postura tan crítica y le ofrezca, al mismo tiempo, un buen servicio. No sólo porque no pueden satisfacer las numerosas exigencias de un buen servicio con la mente centrada en otros asuntos, sino, fundamentalmente, porque un mayordomo que está siempre esforzándose por manifestar sus «opiniones bien fundadas» sobre los asuntos de su señor carece, con toda seguridad, de una cualidad que es esencial en todo buen profesional, y esa cualidad se llama lealtad. Pero no me interpreten mal, por favor. No me estoy refiriendo a esa «lealtad» ciega cuya falta aducen los patronos mediocres cuando ven que no pueden contratar los servicios de un buen profesional. De hecho, yo sería el último en abogar por que un mayordomo jurase lealtad ciega al primer caballero o a la primera dama que les diese trabajo. No obstante, si un mayordomo espera ser alguien, llega un día en que debe cejar en su búsqueda, un día en que debe decirse: «Este patrón encarna todo lo que considero noble y admirable. A partir de ahora, me dedicaré a servirle». Así se jura lealtad de un modo *inteligente*. ¿Es algo «indigno»? No es más que la aceptación de una verdad ineludible: que personas como ustedes o como yo no llegaremos nunca a entender los hechos importantes que se desarrollan actualmente en el mundo, y, por este motivo, lo mejor que podemos hacer es confiar en un patrón que consideremos honrado y sensato. Piensen en personas como mister Marshall o mister Lane, que son, sin duda, dos de las figuras más importantes de nuestra profesión. ¿Se imagina a mister Marshall discutiendo con lord Camberley sobre el

último informe de éste enviado al Ministerio de Asuntos Exteriores? ¿Acaso mister Lane nos parece menos admirable sólo porque nos hayamos enterado de que nunca ha gustado de expresar sus opiniones ante sir Leonard Gray cuando éste ha de pronunciar un discurso en la Cámara de los Comunes? Por supuesto que no. ¿Y qué tiene eso de «indigno»? ¿Qué tiene eso de reprochable? ¿Qué culpa tengo yo de que, con el paso del tiempo, se haya comprobado que los esfuerzos de lord Darlington no iban bien encaminados, que fueron, incluso, poco sensatos? Durante todos los años que estuve a su servicio, fue él, únicamente él, el que calibró los elementos de que disponía para actuar, después, en consecuencia. Yo sólo me limité a los asuntos que eran de mi incumbencia. Por lo que a mí respecta, cumplí con mis tareas lo mejor que pude, y algunos dirían que mi labor fue «de primera categoría». No tengo la culpa de que la vida y las obras de mi señor hayan resultado ser baldías; por eso, sería ilógico que, por mi parte, me sintiese avergonzado o dolido.

## CUARTO DIA POR LA TARDE

### *Little Compton, Cornualles*

Por fin he llegado a Cornualles y, en estos momentos, me encuentro en el comedor del Hotel Rose Garden, donde acabo de almorzar. Fuera, la lluvia cae de forma persistente.

Sin ser suntuoso, el Hotel Rose Garden resulta acogedor y confortable. Vale la pena pagar un poco más y alojarse aquí. El hotel se halla situado en una de las esquinas de la plaza del pueblo. En realidad, se trata de una casa señorial cubierta de hiedra capaz de alojar, calculo, a unos treinta huéspedes. El comedor donde me encuentro es, no obstante, un anexo moderno contiguo al edificio principal, un largo recinto de un solo piso con ventanales a cada lado. A un lado se ve la plaza del pueblo y, al otro, el jardín trasero. De ahí, seguramente, el nombre del hotel. En el jardín, que parece bastante resguardado del viento, hay dispuestas unas cuantas mesas, <: debe de ser agradable, cuando hace buen tiempo, comer o tomar algo fuera. De hecho, antes he visto que algunos huéspedes salían a comer al jardín, aunque, a causa de unas nubes que amenazaban lluvia, han tenido que interrumpir el almuerzo. Al llegar, hace aproximadamente una hora, el servicio del hotel estaba quitando a toda prisa las mesas del jardín mientras que las personas que hasta ese instante las habían ocupado, incluido un caballero con una servilleta todavía metida en la camisa, seguían en pie bastante sorprendidos. Acto seguido, al poco rato, la lluvia ha comenzado a caer con tal furia que los huéspedes han dejado de comer durante unos instantes para mirar fijamente a través de la ventana.

Mi mesa se encuentra en el lado de la sala que da al pueblo. Durante esta última hora, por lo tanto, he podido contemplar cómo llovía en la plaza y cómo caía la lluvia sobre mi coche y otros dos que están aparcados en ella. Aunque en estos momentos ha amainado un poco, sigue lloviendo con la intensidad suficiente para quitarme las ganas de salir a dar una vuelta por el pueblo. Naturalmente, también se me ha pasado por la cabeza ir a ver a miss Kenton, pero en mi carta le dije que me presentaría a las tres, y no me parece correcto sobresaltarla llegando antes. Por tanto, parece que si no cesa la lluvia, lo más probable es que permanezca aquí tomando el té hasta que

llegue la hora de dirigirme a su encuentro. Según la información que me ha dado la joven que me ha servido el almuerzo, la dirección en que actualmente reside miss Kenton dista unos quince minutos a pie. Esto quiere decir que, como mínimo, tendré que esperar otros quince minutos.

A propósito, quiero que sepan que estoy preparado para una posible decepción. Sé muy bien que miss Kenton nunca me ha asegurado, en ninguna de sus cartas, que estuviese deseosa de verme. No obstante, conociéndola, me inclino más bien a pensar que el hecho de no haber tenido respuesta es una forma de asentimiento. Estoy seguro de que si, por algún motivo, no le hubiese convenido que nos viéramos, no habría dudado en ningún momento en decírmelo. Por otra parte, en mi carta dejé bien claro que había reservado una habitación en este hotel y que podía dejarme cualquier mensaje de última hora. El hecho de no haberme encontrado con ninguna contraorden me hace suponer con mayor motivo que todo va bien.

La tormenta que está cayendo ahora me parece sorprendente, ya que el día ha empezado con el mismo sol radiante con que me he visto agraciado desde que salí de Darlington Hall. En conjunto, hasta ahora, el día me ha ido muy bien.

Para desayunar, mistress Taylor me ha preparado unos huevos frescos y unas tostadas, y a las siete y media ha llegado el doctor Carlisle, tal y como había prometido. Los Taylor han vuelto a insistir en que no les debía nada, y, tras despedirme de ellos, ha surgido una conversación mucho más embarazosa.

—He encontrado este bidón de gasolina para usted —me dijo el doctor Carlisle al invitarme a subir a su coche.

Le di las gracias por su atención, pero cuando quise pagarle, también se negó.

—¡Qué está diciendo, hombre! No es más que un resto que he encontrado en un rincón del garaje, aunque creo que le bastará para llegar a Crosby Gate. Allí podrá llenar el depósito.

El centro de Moscombe aparecía inundado por todo el sol de la mañana: unas cuantas tiendecitas rodeando la iglesia, cuyo campanario ya había podido divisar desde la colina por la que llegué anoche. Sin embargo, el doctor Carlisle no me dio ocasión de examinar el pueblo, ya que, de pronto, se metió por un camino que llevaba a una granja.

—Es un atajo. —Me hizo esta observación mientras pasábamos delante de unos graneros y unos arados mecánicos. El lugar parecía desierto y, en un

momento dado, al llegar frente a una tranquera cerrada, el doctor dijo: Disculpe, pero si no le importa...

Al bajar del coche, me acerqué a la puerta y, en ese preciso instante, de uno de los graneros se oyó un coro rabioso de ladridos. Comprenderán lo aliviado que me sentí cuando volví a entrar en el coche del doctor Carlisle.

Nos reímos con algunas bromas mientras ascendíamos por una carretera bordeada de árboles enhiestos. El doctor Carlisle me preguntó cómo había dormido en casa de los Taylor y otras cuestiones similares. De pronto, me dijo:

—Espero no parecerle mal educado, pero, dígame, es usted un criado o algo por el estilo, ¿verdad?

Y confieso que, ante todo, sentí una gran sensación de alivio.

—Sí, señor. Soy el mayordomo de Darlington Hall, una mansión situada cerca de Oxford.

—Es lo que me imaginaba. Por lo que contó ayer de Winston Churchill y todo eso. Pensé: o miente como un bellaco, o bien..., y entonces, se me ocurrió la explicación más sencilla.

El doctor Carlisle se volvió hacia mí sonriendo mientras seguía conduciendo el coche por la sinuosa pendiente que formaba la carretera. Entonces dije:

—Mi intención no era engañarles, señor. Sólo que...

—Vamos, hombre, no tiene que explicarme nada, ya me imagino lo que pasó. Por otra parte, permítame que le diga que es usted un tipo bastante peculiar y, para la clase de gente que hay por aquí, podría pasar por un lord o un duque. —El doctor soltó una carcajada—. Debe de ser un placer que de vez en cuando le tomen a uno por un lord.

Seguimos avanzando en silencio y, al cabo de un rato, me dijo el doctor Carlisle:

—En fin, espero que haya tenido usted una estancia agradable.

—Sí, he estado muy a gusto.

—¿Y qué le ha parecido la gente de Moscombe? Gente con carácter, ¿no cree?

—Muy simpática. Los señores Taylor han sido verdaderamente amables, señor.

—No tiene usted por qué llamarme «señor». Sí, vale mucho esta gente. Yo, personalmente, podría pasar aquí el resto de mis días.

Me pareció que en el tono con que el médico pronunció estas palabras

había algo de extraño. Y también me pareció curioso que insistiese en la pregunta:

—Entonces... los ha encontrado simpáticos, ¿no?

—Sí, doctor, son gente muy agradable. —Y dígame, ¿de qué estuvieron hablando anoche? Espero que no le aburrieran con historias y chismes del pueblo.

—No, no. En absoluto. En realidad, mantuvimos una conversación muy seria y algunas de las ideas que oí me parecieron muy interesantes.

Ah, se referirá usted a Harry Smith —dijo el doctor riéndose—. No le haga mucho caso. Resulta divertido durante un rato, pero la verdad es que no tiene las ideas muy claras. A veces habla como si fuera comunista y otras veces sale con cosas propias de gente de derechas. Como le digo, no tiene las ideas muy claras.

—Es muy interesante eso que dice.

—¿Y de qué trató anoche la conferencia? ¿Del Imperio? ¿De la Seguridad Social?

—No, no. Habló de temas más generales.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles fueron?

Carraspeé un poco y proseguí:

—Expuso algunas ideas sobre su concepto de dignidad.

—Pues me parece un tema muy filosófico para Harry Smith. ¿Y cómo demonios se puso a hablar de eso?

—Subrayó lo importante que era su participación en las campañas electorales.

—¿Ah, sí?

—Trató de hacerme comprender que los habitantes de Moscombe tenían ideas bien fundadas sobre todos los temas importantes de nuestra época.

—Ah, sí, eso sí que es muy suyo. Comprobaría usted mismo que no son más que tonterías. Harry siempre anda por ahí intentando que la gente del pueblo se interese por todos los problemas actuales, pero la verdad es que la gente lo único que quiere es que la dejen tranquila.

Durante unos instantes, volvimos a guardar silencio. Al final, dije:

—Discúlpeme, señor. Pero, por lo que veo, a mister Smith le consideran ustedes un personaje pintoresco, ¿no?

—Bueno..., verá. Quizá exagere, pero es verdad que la gente de este pueblo está muy concienciada políticamente. Saben que *deberían* tener las ideas más claras respecto a ciertos temas, tal y como Harry les dice. Pero en

el fondo les pasa como a todo el mundo, sólo quieren vivir en paz. Harry siempre les habla de cambios, pero nadie en el pueblo tiene ganas de jaleos, aunque pudiesen salir ganando. Sólo quieren que se les deje tranquilos y vivir en paz. No quieren que les mareen con problemas.

Me sorprendió el tono de repulsa con que había hablado. Pero inmediatamente recobró su buen humor, sonrió y dijo; —Desde su lado se ve un paisaje muy bonito.

Y en efecto, a cierta distancia, por debajo de nosotros se divisaba el pueblo. Evidentemente, la luz del sol le daba un aspecto muy distinto, pero, de cualquier modo, era un paisaje parecido al que había contemplado en penumbras la noche anterior. Deduje, por tanto, que no debíamos de encontrarnos lejos del lugar donde había dejado el Ford.

—Mister Smith sostenía la opinión —dije yo— de que la dignidad de una persona residía en esa clase de cosas. En el hecho de tener opiniones y todo eso.

—Ah, sí. Estábamos comentando lo de la dignidad. Se me había olvidado. De modo que Harry se puso filosófico. Me imagino la de tonterías que soltaría.

—No puede decirse que sus conclusiones sean de las que suscitan aplausos, señor.

El doctor Carlisle asintió con la cabeza, pero pareció quedarse sumido en sus pensamientos.

—¿Sabe, Stevens? —dijo finalmente—, al llegar yo aquí era un socialista convencido. Pensaba que el pueblo debía obtener mejores prestaciones, servicios..., en fin, todo eso. Llegué en el cuarenta y nueve. Pensaba que el socialismo ayudaría a la gente a vivir dignamente. Eran mis ideas al llegar aquí. Discúlpeme, no quiero aburrirle con sandeces. —Y se volvió hacia mí—: ¿Y qué me dice de usted? —¿Cómo, señor?

—¿Qué cree *usted* que es la dignidad?

Debo reconocer que la pregunta, al formulármela de forma tan directa, me cogió desprevenido.

—Es algo difícil de explicar en pocas palabras, señor —repuse—. Pero creo que, en realidad, se trata de no desnudarse en público.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—La dignidad, señor.

—¡Ah! —asintió con la cabeza, pero se quedó algo extrañado. Y acto seguido, dijo—: Le sonará ya este camino, aunque quizá de día le parezca



diferente. ¿Es ése su coche? ¡Caramba, es un coche fantástico!

El doctor Carlisle frenó justo detrás del Ford, bajó del coche y dijo:

—¡Es fantástico!

Y acto seguido sacó de su coche un embudo y un bidón de gasolina y me ayudó a llenar el depósito. Mis temores de que el motor hubiese sufrido alguna avería más grave desaparecieron cuando le di al contacto y el motor empezó a vibrar de forma normal. En aquel momento, le di las gracias al doctor Carlisle y nos despedimos, aunque todavía tuve que seguir su coche por la sinuosa carretera de la colina durante más de un kilómetro hasta que nuestras rutas se separaron.

Crucé el límite con Cornualles alrededor de las nueve. Faltaban por lo menos tres horas para que empezase a llover y las nubes eran todavía de un blanco luminoso. Muchos de los paisajes que he podido contemplar esta mañana figuran entre los más cautivadores que he visto en mi vida y ha sido una lástima que no pudiera dedicarles toda la atención que merecían, ya que debo confesar que me encontraba en un estado de preocupación bastante grave pensando que, de no surgir algún imprevisto, volvería a ver a miss Kenton antes de que acabase el día. Así, mientras conducía velozmente a través de extensos campos, sin persona o vehículo alguno que se cruzase en mi camino, o por pueblos preciosos, algunos de los cuales no eran más que un puñado de casas, donde debía conducir con mayor prudencia, volvieron a asaltarme recuerdos de escenas pasadas. Y ahora, en el comedor de este agradable hotel de Little Compton en el que me encuentro, mientras hago tiempo veo caer la lluvia sobre las aceras de la plaza, sin poder evitar que mi mente divague de nuevo por esos mismos senderos.

Uno de estos recuerdos, o, mejor dicho, un episodio en concreto, me ha tenido preocupado toda la mañana. Es un episodio que, Dios sabe por qué, se ha conservado íntegro durante todos estos años. Estaba solo en el pasillo trasero, con la puerta de la habitación de miss Kenton cerrada, no justo frente a la puerta sino de lado, paralizado por la indecisión, sin saber si llamar o no, porque recuerdo que en ese momento sentí claramente que detrás de la puerta, a unos metros de mí, miss Kenton estaba llorando. Como he dicho, fue un momento que ha quedado grabado en mi memoria, lo mismo que la rara sensación que me invadió en aquel instante. No obstante, no estoy muy seguro de las circunstancias que me indujeron a permanecer de pie en aquel pasillo. Ahora me parece que en otras ocasiones en que he intentado ordenar estos recuerdos, he situado este momento justo después de que miss Kenton

recibiese la noticia de la muerte de su tía, cuando al dejarla sola en su habitación, abandonada a su dolor, me di cuenta una vez en el pasillo de que no le había dado el pésame, pero ahora, tras pensarlo mejor, creo que me confundí, ya que en realidad este recuerdo refleja lo sucedido otra noche, varios meses antes de la muerte de la tía de miss Kenton, la noche en que mister Cardinal hijo se presentó de imprevisto en Darlington Hall.

El padre de mister Cardinal, sir David Cardinal, había sido durante muchos años el amigo y compañero más allegado de mi señor, y había muerto trágicamente en un accidente de caballo, tres o cuatro años antes del momento al que me refiero. Mientras tanto, su hijo se había labrado camino como periodista, escribiendo crónicas ingeniosas sobre la actualidad internacional. Lógicamente, estos artículos no solían ser del agrado de lord Darlington y puedo recordar numerosas ocasiones en las que, mirando por encima del periódico, mi señor decía:

—Otra vez estas tonterías que escribe Reggie. Menos mal que su padre ya no puede leerlas.

Pero los artículos de mister Cardinal no impedían que sus visitas fuesen frecuentes. Mi señor nunca olvidó que el joven era su ahijado y siempre le trató como a alguien de la familia. Por otro lado, nunca se presentaba a cenar sin avisar, de modo que cuando aquella noche llamaron a la puerta me sorprendió verle allí, tras el umbral, abrazado a su maletín.

—Hola, Stevens, ¿cómo está? —dijo—. ¿Sabe?, esta tarde se me han complicado las cosas y he pensado que quizá lord Darlington podría alojarme esta noche.

—Me alegra volver a verle, señor. Le diré a mi señor que está usted aquí.

—Mi idea era pasar la noche en casa de mister Roland, pero, al parecer, ha habido algún malentendido y en la casa no hay nadie. Espero que no sea ningún problema que me presente a estas horas. Me refiero a que espero que no haya nada especial esta noche.

—Creo que después de la cena mi señor espera a unos caballeros.

—Vaya, qué mala suerte. Me parece que no he escogido la mejor noche. Será mejor que pase inadvertido. De todas formas, tengo que preparar unos artículos.

Y mister Cardinal hizo un gesto señalando su cartera.

—Le diré a mi señor que está usted aquí. En cualquier caso, llega usted en buen momento si quiere cenar con él.

—Muy bien. Justo lo que esperaba. Aunque no creo que mistress Mortimer se alegre de mi visita.

Dejé a mister Cardinal en el salón y me dirigí al estudio, donde encontré a mi señor enfrascado en unos papeles. Cuando le anuncié la llegada de mister Cardinal, se dibujó en su rostro una expresión de sorpresa e irritación y, acto seguido, se hundió en su sillón como si intentara elucidar algún enigma.

—Dígale a mister Cardinal que bajaré enseguida —dijo al final—. Ya encontrará con qué distraerse.

Cuando volví a bajar, mister Cardinal se paseaba nervioso por el salón estudiando objetos que ya conocía de sobras. Le transmití el mensaje de mi señor y le pregunté si quería tomar algo.

—Oh, prepáreme una taza de té, Stevens. ¿Y a quién espera el señor esta noche?

—Discúlpeme, pero no sabría decirle, señor.

—¿No tiene usted la menor idea?

—Lo siento, señor.

—Qué raro. En fin, será mejor que no me entrometa.

Recuerdo que entonces, casi de inmediato, bajé a la habitación de miss Kenton. Estaba sentada en su mesa, aunque no estaba ocupada en nada y tenía las manos vacías. De hecho, por su actitud deduje que debía de llevar así un buen rato antes de que yo llamara a la puerta.

—Ha llegado mister Cardinal, miss Kenton —le dije—. Esta noche se alojará en su habitación de siempre.

—Muy bien, mister Stevens. Me ocuparé de todo antes de irme.

—¿Sale usted esta noche?

—Así es, mister Stevens.

Debí de parecer sorprendido, ya que miss Kenton prosiguió:

—Ya hablamos de esto hace dos semanas, ¿no lo recuerda —Sí, por supuesto. Discúlpeme, pero lo había olvidado por completo.

—¿Ocurre algo, mister Stevens?

—En absoluto, miss Kenton. Más tarde llegarán algunos invitados, pero no hay ninguna razón por la que deba usted quedarse esta noche.

—Hace ya dos semanas que convinimos que podría tener la noche libre, mister Stevens.

—Por supuesto, miss Kenton. Le ruego que me disculpe.

Me volví para marcharme, pero las palabras de miss Kenton me

retuvieron en la puerta.

—Mister Stevens, tengo algo que decirle.

—¿Sí, miss Kenton?

—Es referente a la persona que conozco y a quien voy a ver esta noche.

—La escucho.

—Me ha pedido que me case con él. He pensado que tenía usted derecho a saberlo.

—Sí, miss Kenton. Una noticia muy interesante.

—Todavía lo estoy pensando.

—Claro.

Desvió un instante su mirada hacia las manos, pero inmediatamente sus ojos volvieron a encontrarme.

—Ha encontrado un trabajo en Cornualles y empieza dentro de un mes.

—Claro.

—Como le he dicho, todavía lo estoy pensando. Pero he considerado que debía usted estar al corriente.

—Se lo agradezco, miss Kenton. Le deseo sinceramente que pase una velada agradable. Ahora, si me disculpa...

Debían de haber pasado unos veinte minutos cuando volví a encontrarme con miss Kenton, esta vez mientras estaba ocupado en los preparativos de la cena. En realidad, subía por la escalera de servicio, con una bandeja completamente llena, cuando oí unos pasos agitados que hacían temblar el suelo de la planta de abajo, y, al volverme, me encontré con la mirada furiosa de miss Kenton, que estaba al pie de la escalera.

—Mister Stevens, ¿está insinuándome que le gustaría que trabajase esta noche?

—En absoluto, miss Kenton. Como usted misma ha dicho, ya me informó hace tiempo.

—Sí, pero tengo la impresión de que no le hace ninguna gracia que salga esta noche.

—Todo lo contrario, miss Kenton.

—¿Piensa usted que armando tanto ruido en la cocina y pasando continuamente ante la puerta de mi habitación va a hacer que cambie de opinión?

—Miss Kenton, si ha oído usted un ligero revuelo en la cocina, es tan sólo porque mister Cardinal se ha presentado a cenar de improviso. No existe razón alguna por la que no pueda usted salir esta noche.

—Pienso salir de todas formas, mister Stevens, con su aprobación o sin ella. Que quede claro. Hace semanas que lo dispuse todo.

—Por supuesto, miss Kenton. Y como le he dicho, le deseo que pase una velada agradable.

Durante la cena reinó entre los dos caballeros un ambiente tirante y hubo largos ratos de silencio, en los que mi señor parecía completamente ausente. En un momento dado, mister Cardinal dijo:

—¿Ocurre algo especial esta noche, señor?

—¿Cómo dices?

—Las visitas de esta noche, ¿son muy especiales?

—Me temo que no puedo decirte nada, muchacho. Es totalmente confidencial.

—¡Oh!, entonces supongo que no debo estar presente.

—¿Estar presente en qué?

—No sé, en lo que vaya a tener lugar aquí esta noche.

—¡Bah!, no creo que te pareciera interesante. De todas formas, se trata de algo totalmente confidencial. No puede haber nadie como tú presente. Eso de ningún modo.

—Realmente, debe ser algo muy especial.

Mister Cardinal miró atentamente a mi señor, pero éste se limitó a seguir comiendo sin añadir palabra. Después de la cena se retiraron a fumar unos cigarrillos y beber una copa de oporto. Durante el tiempo que tardé en recoger el comedor y preparar el salón para recibir a los invitados que vendrían por la noche, no tuve más remedio que pasar varias veces por delante de la puerta del salón de fumar. Me resultó inevitable, por tanto, observar cómo ambos caballeros, que durante la cena se habían mantenido bastante callados, empezaban ahora a conversar entre ellos violentamente. Un cuarto de hora más tarde se oyeron algunas voces. No me detuve a escuchar, como es natural, sin embargo no pude evitar oír gritar a mi señor:

—¡Eso no es de tu incumbencia, muchacho! ¡No es de tu incumbencia!

Cuando por fin salieron de la sala de fumar, me encontraba en el comedor. Parecían más calmados, y las únicas palabras que oí al cruzar el vestíbulo fueron las que dijo mi señor:

—Ya sabes, confío en ti.

Después se separaron. Mi señor se dirigió a su estudio y mister Cardinal a la biblioteca.

Unos minutos antes de las ocho y media, se oyó el ruido de unos coches

que aparcaban en el patio. Le abrí la puerta a uno de los chóferes y, al mismo tiempo, vi que detrás de él se dispersaban por el jardín varios policías. Acto seguido, hice pasar a dos distinguidos caballeros que fueron recibidos por mi señor y conducidos inmediatamente al salón. A los diez minutos, más o menos, se oyó otro coche que llegaba, y al abrir la puerta vi que era el señor Ribbentrop, el embajador alemán, una visita ya conocida en Darlington Hall. Mi señor salió a recibirle, y me pareció que se miraban con cierta complicidad antes de desaparecer tras la puerta del salón. Cuando al cabo de unos minutos me llamaron para que llevase algún refrigerio, los cuatro caballeros hablaban de los respectivos méritos de distintos tipos de salsas, y el ambiente, al menos superficialmente, parecía bastante animado.

Acto seguido tomé la posición que me correspondía en el vestíbulo, la que tomaba Junto al arco de la entrada siempre que había acontecimientos importantes, y no me moví hasta pasadas aproximadamente dos horas, cuando llamaron a la puerta de servicio. Al bajar a abrir, encontré a un policía acompañado de miss Kenton, el cual me pidió que certificara la identidad de ésta:

—Se trata sólo de una medida de seguridad, no era mi intención molestarla —dijo el agente antes de sumirse de nuevo en la oscuridad.

Al echar el cerrojo, observé que miss Kenton no se movía. En ese instante le dije:

—Espero que haya pasado una noche agradable, miss Kenton.

Al no darme ninguna respuesta, mientras cruzábamos el amplio y oscuro recinto de la cocina, volví a decirle:

—Espero que haya pasado una noche agradable, miss Kenton.

—Sí, ha sido una velada agradable. Gracias.

—Me alegra oírlo.

Oí que los pasos de miss Kenton se detenían detrás de mí y su voz me preguntaba:

—¿No tiene usted el menor interés en saber qué ha ocurrido esta noche, mister Stevens?

—No quisiera parecerle grosero, miss Kenton, pero debo volver arriba inmediatamente. En estos mismos instantes están teniendo lugar en esta casa acontecimientos de una importancia a escala mundial.

—¿Y cuándo no, mister Stevens? Muy bien, ya que tiene usted tanta prisa, sólo le diré que he aceptado la propuesta.

—¿Cómo dice?

—La propuesta de matrimonio.

—¿Habla en serio? Mi enhorabuena.

—Gracias, mister Stevens. Como es natural, esperaré a mi sucesora. Sin embargo, si pudiese acelerar mi despedida, se lo agradecería mucho. La persona de la que le he hablado debe empezar a trabajar en Cornualles dentro de dos semanas.

—Haré lo posible por encontrar una nueva ama de llaves cuanto antes, miss Kenton. Ahora, si me disculpa, debo regresar arriba.

Empecé a andar de nuevo, pero ya casi en la puerta que da al pasillo, oí que miss Kenton decía:

—Mister Stevens. —Me volví de nuevo. No se había movido y, por consiguiente, se vio obligada a elevar ligeramente la voz al hablarme, lo que provocó un eco extraño procedente de cada hueco vacío y oscuro de la cocina —. ¿He de pensar —dijo— que después de tantos años de servicio en esta casa, no tiene usted más palabras de despedida que las que acaba de pronunciar?

Miss Kenton, reciba usted mi más sincera enhorabuena. Pero le vuelvo a repetir que arriba están teniendo lugar hechos de gran importancia y que debo volver a mi puesto.

—¿Sabía que en mi relación con esta persona ha tenido usted un papel muy importante?

—¿En serio?

—Sí, mister Stevens. A menudo, pasamos el tiempo riéndonos con anécdotas sobre usted. Por ejemplo, esta persona siempre quiere que le enseñe cómo se aprieta usted la nariz cuando echa pimienta en la comida. Le da mucha risa.

—Claro.

—También le gusta que le repita las charlas edificantes que da al personal. Debo decir que ya las reconstruyo casi a la perfección, aunque basta con dos frases para que nos partamos de risa.

—En fin, miss Kenton, ahora le ruego que me disculpe.

Subí al vestíbulo y me situé de nuevo en mi sitio, pero apenas transcurridos cinco minutos, mister Cardinal apareció en el umbral de la puerta de la biblioteca y me hizo una señal.

—No me gusta tener que molestarle, Stevens —dijo—, pero ¿le importaría servirme un poco de coñac? La botella que me ha traído hace unos instantes, parece que ya se ha acabado.

—No dude en pedirme lo que quiera, señor. Sólo que... si tiene usted que terminar esos artículos, no sé si le conviene seguir bebiendo, señor.

—No se preocupe por mis artículos, Stevens. Ande, sea amable y tráigame un poco de coñac.

—Muy bien, señor.

Cuando al cabo de un rato volví a la biblioteca, mister Cardinal erraba entre los estantes examinando el lomo de los libros. Una de las mesas cercanas estaba cubierta con algunos papeles sueltos y en desorden. Al verme llegar, mister Cardinal se mostró satisfecho y se dejó caer en uno de los sillones de cuero. Me acerqué, le serví un poco de coñac y le entregué la copa.

—Stevens —dijo—, ¿se da cuenta de que somos amigos desde hace ya muchos años?

—Claro, señor.

—¿Sabe?, cada vez que vengo aquí me gusta hablar con usted. —Sí, señor. —Me gustaría de veras que se sentara. Quiero que hablemos como amigos y no que se quede usted ahí plantado con esa maldita bandeja, como si fuese a salir corriendo de un momento a otro.

—Discúlpeme, señor.

Dejé la bandeja y me senté educadamente en el sillón que me indicaba mister Cardinal.

—Eso está mejor —dijo mister Cardinal—. Supongo que entre los presentes en el salón no estará el primer ministro.

—¿El primer ministro?

—Está bien. No tiene por qué decirme nada. Entiendo que su situación es muy delicada.

Mister Cardinal soltó un suspiro. Desvió su mirada hacia todos los papeles que había desordenados por la mesa y, acto seguido, prosiguió:

—Supongo que no es necesario que le diga lo que siento por el señor, ¿verdad, Stevens? Ya lo sabe, para mí es como un segundo padre. Sí, ya sé que no es necesario que se lo diga.

—No, señor.

—Siento por él un gran afecto.

—Lo sé, señor.

—Y sé que usted también, Stevens. Sé que le tiene usted un gran aprecio, ¿verdad?

—Así es, señor.



—Muy bien. O sea, que en eso estamos de acuerdo. Pero ahora consideremos los hechos. Verá, el señor está nadando en aguas muy peligrosas. Y no sólo eso. Estoy viendo que cada vez se está yendo más adentro, lo cual me preocupa. Además, me temo que no sepa volver.

—¿En serio?

—Stevens, ¿sabe lo que está ocurriendo justo en este momento a unos metros de aquí, mientras usted y yo estamos sentados tan tranquilos? En esa habitación se encuentran reunidos, y no necesito que usted me lo confirme, el primer ministro británico, el ministro de Asuntos Exteriores y el embajador de Alemania. El señor ha hecho lo imposible porque esta reunión se celebre y cree, con toda su buena fe, que está haciendo algo noble y respetable. Pero, ¿sabe por qué el señor ha reunido esta noche a todos esos caballeros, Stevens?

¿Sabe qué es lo que están haciendo?

—Me temo que no, señor.

—Me temo que no. Dígame, Stevens, ¿acaso no le importa?

¿No le importa lo más mínimo? Escúcheme, amigo, en esta casa se está cociendo algo trascendental. ¿De verdad no le importa?

—No estoy aquí para interesarme por esa clase de cosas, señor.

—Pero siente usted aprecio por el señor. Y mucho, lo acaba de decir. Y si le tiene usted en tan alta estima, ¿no cree que sería normal tener cierto interés? ¿Un interés mínimo? Su patrón reúne a medianoche y en secreto al primer ministro y al embajador de Alemania y usted ni siquiera se pregunta por qué.

—No es que no me interese, señor. Es sólo que mi posición no me permite mostrar interés alguno por esta clase de asuntos.

—¿Que su posición no se lo permite? Y me imagino que pensará usted que su lealtad consiste en eso, ¿no es así? ¿Cree usted que ser leal es eso? ¿Leal a su señor? ¿O a la Corona?

¡Vamos!

—Discúlpeme, señor, pero no sé qué pretende.

Mister Cardinal volvió a suspirar y meneó la cabeza.

—No pretendo nada, Stevens. Sinceramente, le digo que no sé qué se podría hacer, pero por lo menos podría usted sentir cierto interés.

Guardó silencio durante unos instantes, en los que mantuvo la mirada perdida en la parte de la alfombra que rodeaba mis pies.

—¿Está seguro de que no quiere tomar nada?

—No, señor. Gracias.

—Le diré una cosa, Stevens. El señor está haciendo el ridículo. He estado investigando a fondo y en estos momentos no hay nadie que conozca la situación en Alemania mejor que yo. Y se lo repito, el señor está haciendo el ridículo.

Yo no respondí y mister Cardinal siguió contemplando el suelo con la mirada perdida de antes. Al cabo de un rato, prosiguió:

—El señor es una persona adorable, sí, un ser adorable. Pero el caso es que, en estos momentos, se ha metido donde no le llaman. Le están manipulando. Los nazis le están manipulando como a un títere. ¿Aún no se ha dado cuenta, Stevens? ¿No se ha dado cuenta de que es justamente eso lo que ha estado pasando durante los tres o cuatro últimos años?

—Discúlpeme, señor, pero creo que no he sido consciente de semejantes acciones.

—¿No ha tenido siquiera la más mínima sospecha? ¿De que el señor Hitler, por ejemplo, a través de nuestro querido amigo el señor Ribbentrop, ha estado manipulando a lord Darlington como a un títere y, encima, con la misma facilidad con que manipula a todas las demás marionetas que tiene en Berlín?

—Discúlpeme, señor, pero me temo que no he sido consciente de semejantes acciones.

—Claro, pero es porque no le han interesado lo más mínimo. Usted sólo ve pasar las cosas, sin pararse a pensar en lo que significan.

Mister Cardinal se incorporó en su sillón, quedando un poco más erguido y, durante unos instantes, hundió su mirada en todo el trabajo sin terminar que aún tenía en la mesa. Entonces dijo:

—El señor es un caballero, ésa es la raíz del problema. Es un caballero que luchó contra los alemanes, y su naturaleza le impulsa a mostrarse generoso y condescendiente con el adversario vencido. La naturaleza de un caballero, de un auténtico caballero inglés. Así es el señor. Y no me diga que no se ha dado cuenta, Stevens. Es imposible que no se haya dado cuenta. Ha debido ver cómo le han utilizado, cómo le han manipulado, cómo se han servido de esta naturaleza buena y noble para conseguir otros fines, unos fines repugnantes. Y dice usted que no se ha dado cuenta.

Mister Cardinal volvió a clavar su mirada en el suelo y tras unos minutos de silencio, dijo:

—Recuerdo una vez que vine, hace tiempo, y estaba aquel

norteamericano. Fue con ocasión de una importante conferencia que mi padre había organizado. Recuerdo que el norteamericano estaba más borracho aún de lo que lo estoy yo ahora, y durante la cena se levantó de la mesa y se quedó allí plantado de pie, delante de todo el mundo. Entonces, dirigiéndose al señor y señalándole, le dijo que era un aficionado. Le llamó torpe aficionado y le espetó que se estaba metiendo en lo que no le llamaban. Y ahora le aseguro, Stevens, que aquel individuo no se equivocaba. Es verdad, Stevens. El mundo actual se ha convenido en algo sucio, donde los buenos sentimientos y la generosidad ya no tienen cabida. Usted mismo lo ha visto. Ha visto cómo manipulaban una naturaleza buena y generosa. ¿No se ha dado cuenta, Stevens?

—Lo siento, señor, pero no puedo decirle que lo haya advertido.

—Está bien. No puede decir que lo ha advertido. Pues bien, yo no sé qué hará usted, pero por lo que a mí respecta no voy a quedarme con los brazos cruzados. Si mi padre viviera, ya habría hecho algo.

Mister Cardinal volvió a guardar silencio y durante unos instantes, quizá por haber evocado el recuerdo de su difunto padre, su rostro reflejó una gran melancolía. Finalmente, dijo:

—¿Le satisface a usted ver cómo su señor está cada vez más cerca del precipicio?

—Discúlpeme, señor, pero no sé exactamente a qué se refiere. —Está bien, Stevens, puesto que no lo entiende usted y somos amigos, se lo explicaré claramente. Durante estos últimos años, es probable que Hitler no haya tenido un instrumento tan útil como el señor para hacer entrar su propaganda en este país. Con la ventaja, además, de que el señor es una persona sincera y respetable que no ha sabido apreciar el alcance real de lo que estaba haciendo. En sólo estos tres últimos años, el señor ha dispuesto un eslabón esencial en el establecimiento de vínculos entre Berlín y más de sesenta buenos contactos en este país. El servicio que les ha prestado es incalculable. Puede decirse que el señor Ribbentrop ha podido prescindir prácticamente de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores. Y por si no fuese ya suficiente con su maldito congreso y sus malditos Juegos Olímpicos, ¿sabe en qué tienen ahora ocupado al señor? ¿Sabe qué es lo que están negociando ahora?

—Me temo que no, señor.

—El señor está intentando convencer al primer ministro de que acepte la invitación del señor Hitler para ir a visitarle, y se muestra convencido de que

la opinión del primer ministro respecto al actual régimen político alemán es fruto de un terrible malentendido.

—No veo que haya nada que objetar a eso, señor. Lord Darlington siempre ha procurado favorecer el acuerdo entre ambas naciones.

—Y no acaba ahí la cosa, Stevens. En este preciso instante, a menos que esté totalmente equivocado, el señor está defendiendo la idea de que Su Majestad en persona también debería ir a visitar al señor Hitler. De todos es sabido el entusiasmo que los nazis suscitan en nuestro nuevo rey, y al parecer aceptaría de buen grado la invitación. Y en este preciso instante, Stevens, justo en este instante, el señor está haciendo lo posible por barrer todas las objeciones que el Ministerio de Asuntos Exteriores mantiene contra esta idea aberrante.

—Discúlpeme, señor, pero ¿en qué sentido está faltando el señor a su magnánima y noble naturaleza? Después de todo, sólo está haciendo lo posible para que siga reinando la paz en Europa.

—Pero dígame, Stevens, ¿no se ha parado a pensar, aunque sea por un momento, que podría ser yo el que tuviera razón? Lo que le estoy diciendo, ¿no le hace al menos *dudar*?

—Discúlpeme, señor, pero debo decirle que tengo plena confianza en la clarividencia de mi señor.

—Nadie con la suficiente clarividencia seguiría creyendo en las palabras que Hitler pronuncia al otro lado del Rin, Stevens. El señor no tiene ni idea de lo que está haciendo... Vaya, discúlpeme, creo que ahora sí le he molestado.

—En absoluto, señor —dije yo. De hecho, me había levantado al oír que me llamaban al salón—. Parece que los señores me necesitan. Le ruego que me disculpe.

El salón estaba lleno del humo de los cigarrillos. Y con una expresión solemne y sin pronunciar palabra, aquellos distinguidos caballeros siguieron fumando mientras mi señor me pidió que les llevara una botella de oporto de una calidad excelente que había en la bodega.

A aquellas horas de la noche, el ruido de mis pasos al bajar la escalera de servicio tuvo que oírse necesariamente, y fue con seguridad este ruido lo que atrajo la curiosidad de miss Kenton, ya que mientras avanzaba sumido en la oscuridad del pasillo, se abrió la puerta de su habitación y la vi aparecer, iluminada por la luz que venía de dentro.

—Me sorprende verla aún en pie, miss Kenton —le dije acercándome.

—Mister Stevens, me he portado como una imbécil.

—Discúlpeme, miss Kenton, pero ahora mismo no tengo tiempo para hablar.

—Mister Stevens, no debe tomarse a pecho nada de lo que le he dicho antes. Me he portado como una imbécil.

—No me he tomado nada de lo que usted ha dicho a pecho, miss Kenton. De hecho, ya no recuerdo a qué se refiere. Arriba están teniendo lugar hechos de gran importancia y en estos momentos no puedo entretenerme en hablar con usted. Ahora sólo le sugiero que descanse.

Tras pronunciar estas palabras, me marché rápidamente. Sin embargo, cuando me encontraba a unos pocos pasos de la puerta de la cocina, la oscuridad en que volvió a sumirse el pasillo me indicó que miss Kenton había cerrado de nuevo la puerta.

Encontrar en la bodega la botella en cuestión y preparar lo necesario para servirla no me llevó mucho tiempo. Por ello, tan sólo unos minutos después de haberme encontrado a miss Kenton, me vi de nuevo en el pasillo, esta vez cargado con una bandeja. Al llegar a la puerta de miss Kenton, deduje, por la luz que se filtraba a través de los contornos, que aún seguía despierta, y ése fue el momento, y ahora sí estoy seguro, que quedó grabado en mi memoria como un recuerdo imperecedero, el momento en que me detuve en la oscuridad casi absoluta del pasillo, con la bandeja en las manos, y la convicción cada vez más certera de que, a sólo unos metros al otro lado de la puerta, miss Kenton estaba llorando. Que ahora recuerde, no hubo pruebas que realmente confirmaran esta certidumbre, pues la verdad es que no oí ningún sollozo; sin embargo, sí recuerdo que en aquel momento estuve bastante seguro de que, en caso de haber llamado a la puerta y haber entrado, habría encontrado a miss Kenton llorando. No sé hasta cuándo permanecí allí de pie. En aquel momento me pareció mucho tiempo, aunque en realidad supongo que sólo fue cuestión de segundos, ya que, naturalmente, debí apresurarme a subir de nuevo para servir a algunos de los más eminentes caballeros del país y es imposible, por tanto, que me demorase demasiado.

Cuando volví al salón, vi que el ambiente entre los caballeros seguía siendo bastante grave, aunque he de señalar que, al margen de esto, no tuve demasiadas oportunidades de hacerme una idea sobre el desarrollo de la reunión, ya que nada más entrar, mi señor me cogió la bandeja de las manos y me dijo:

—Gracias, Stevens. Yo serviré. Eso es todo.

Tras cruzar de nuevo el vestíbulo, volví a mi puesto habitual debajo del arco y, durante más o menos una hora, en concreto hasta que se marcharon los señores, no ocurrió ningún hecho que me obligara a abandonar mi puesto. Fue una hora que, sin embargo, retuve perfectamente en la memoria y, durante todos estos años, he tenido de ella un recuerdo muy nítido. Al principio, debo reconocer que me sentí bastante abatido. Pero después, mientras transcurrieron los minutos, empecé a notar un fenómeno curioso. Es decir, empezó a invadirme una fuerte sensación de triunfo. No recuerdo si, en aquel momento, pude explicarme esa reacción; hoy, en cambio, analizando aquel instante de nuevo, no me parece tan difícil poder entenderlo. Después de todo, aunque las últimas horas del día habían sido agotadoras, me había esforzado por mantener cada minuto «la dignidad propia de mi condición», de un modo, además, del que incluso mi padre habría estado orgulloso. Frente a mí, al otro lado del vestíbulo, tras aquella puerta en la que tenía clavados mis ojos, en la misma habitación donde acababa de prestar mis servicios, los seres más poderosos de Europa deliberaban sobre el destino de nuestro continente. Nadie habría podido negarme que en aquellos momentos estuve todo lo cerca del eje de los acontecimientos importantes que un mayordomo podría soñar. Por lo tanto, me imagino que en esos instantes, mientras meditaba sobre lo ocurrido aquella noche y sobre lo que aún estaba sucediendo, tuve la sensación de que aquellos acontecimientos venían a resumir el transcurso y los logros de toda una vida, y no creo que exista otra explicación de la sensación de triunfo que me invadió aquella noche.

## SEXTO DIA POR LA TARDE

### *Weymouth*

Esta ciudad costera es un lugar al que siempre he deseado venir. Son muchas las personas a las que he oído comentar haber pasado unas vacaciones muy agradables aquí, y el libro de mistress Symons, *Las maravillas de Inglaterra*, la califica como «una ciudad que puede suscitar el interés del visitante durante varios días». Hace especial referencia a esta escollera por la que he estado paseándome durante la última media hora, y recomienda sobre todo que se visite al atardecer cuando la iluminan numerosas bombillas de colores. Y hace unos instantes, al decirme un empleado municipal que encenderían las luces «dentro de un momento», he decidido sentarme en este banco a presenciar el espectáculo. Desde aquí la vista de la puesta del sol en el mar es muy bonita, a pesar de que sigue habiendo mucha luz, pues ha hecho un día estupendo, por algunos puntos ya empieza a iluminarse la costa. La escollera no ha perdido mientras tanto a ninguno de sus transeúntes; detrás de mí, por consiguiente, no he cesado de oír el ruido de pasos que retumban contra los maderos.

Llegué a esta ciudad ayer por la tarde, y decidí quedarme una segunda noche para poder así disfrutar de ella otro día. Les aseguro que ha sido todo un placer no tener que conducir, ya que, por muy agradable que me parezca esta actividad, al final puede resultar fastidiosa. En cualquier caso, nada me impide disfrutar de este lugar un día más, y si mañana salgo bien temprano, podré estar en Darlington Hall para la hora del té.

Hace ya dos días que me encontré con miss Kenton en el salón de té del Hotel Rose Garden, en Little Compton. Sí, fue allí donde nos encontramos, ya que miss Kenton, para sorpresa mía, se presentó en el hotel. Después del almuerzo dejaba pasar el tiempo —creo que contemplando la lluvia a través de la ventana, sentado a mi mesa, simplemente cuando un empleado del hotel vino a comunicarme que había una dama en la recepción que deseaba verme. Me levanté y me dirigí al vestíbulo, pero no reconocí a nadie. Y en ese momento el recepcionista me dijo desde detrás del mostrador:

—La dama está en el salón de té, señor.

Al cruzar la puerta que me habían indicado, descubrí una sala atestada

de sillones que no hacían juego y con unas cuantas mesas repartidas al azar. Miss Kenton, que era la única persona presente, se puso en pie al verme entrar, sonrió y me tendió su mano.

—¡Mister Stevens, qué alegría volver a verle!

—Encantado, mistress Benn.

La luz que entraba en la habitación era bastante lúgubre a causa de la lluvia, de modo que acercamos dos sillones a uno de los ventanales y allí estuvimos hablando durante cerca de dos horas, rodeados de una luz gris, mientras fuera la lluvia seguía cayendo persistentemente sobre la plaza.

Como es natural, miss Kenton había envejecido un poco, pero, al menos a mi juicio, lo había hecho con mucha elegancia. Conservaba su figura delgada y su porte habitual. También había conservado el gesto de desafío que siempre había caracterizado su modo de erguir la cabeza. Evidentemente, bajo la fría luz que iluminaba su rostro me resultó inevitable apreciar las arrugas que ya habían nacido en él. Sin embargo, en general, la miss Kenton que tenía ante mis ojos no difería apenas de la persona que poblaba mis recuerdos de tantos años. En definitiva, reconozco que, en conjunto, fue un placer para mí volver a verla.

Durante los primeros veinte minutos, aproximadamente, sólo intercambiamos la clase de comentarios que podrían constituir la conversación de dos desconocidos cualesquiera. Quiso saber cortésmente cómo había transcurrido mi viaje, si estaba disfrutando de mis vacaciones, qué ciudades y parajes había visitado, y cosas así. Mientras hablábamos, debo decir que me pareció percibir otros cambios más sutiles que se habían operado en ella con los años. Por ejemplo, me pareció que se mostraba más *serena*. Quizá sólo era la tranquilidad que dan los años, y, durante un buen rato, procuré entenderlo así. No obstante, la impresión que verdaderamente me causaba era que, más que tranquilidad, se trataba de un sentimiento de hastío ante la vida. La chispa que había hecho de ella una persona vivaz y, algunas veces, veleidosa, se había apagado. De hecho, a ratos, en los momentos en que permanecía callada o mantenía su rostro inmóvil, me parecía vislumbrar cierta tristeza en sus ojos, aunque repito una vez más que quizá sólo se trate de impresiones falsas.

Al cabo de un rato el distanciamiento que había dominado nuestra conversación en un principio se disipó completamente, y los temas que pasamos a tratar adquirieron un cariz más íntimo. Empezamos recordando a algunas personas del pasado, comentando al mismo tiempo las posibles



noticias que tuviésemos sobre ellas, y debo decir que fueron unos minutos extremadamente agradables. Pero no fue tanto el contenido de nuestra conversación como las sonrisas con que terminaba sus frases, ciertas inflexiones irónicas con que modulaba a veces su voz y algunos movimientos de las manos o los hombros, lo que inconfundiblemente me trajo el recuerdo del ritmo y la manera que marcaban nuestras conversaciones de antaño.

También fue durante aquel rato cuando pude averiguar algunos datos referentes a su situación presente. Me enteré, por ejemplo, de que su matrimonio no estaba en un estado tan lamentable como podía deducirse por su carta; que, aunque efectivamente se había ido de su casa por un período de cuatro o cinco días, durante el cual había redactado la carta que yo había recibido, decidió volver y fue bien recibida por parte de mister Benn, su marido.

—Menos mal que al menos uno de los dos se muestra sensato cuando pasan estas cosas —me dijo sonriendo.

Naturalmente, soy consciente de que tales temas no me incumbían en modo alguno, y debo señalar que en ningún momento se me habría ocurrido entrometerme en aquellos asuntos de no haber tenido, como recordarán ustedes, importantes razones profesionales para hacerlo. Me refiero a los problemas de personal que padecemos actualmente en Darlington Hall. En cualquier caso, a miss Kenton no parecía molestarle en absoluto confiarme sus cuitas, y yo lo tomé como un verdadero testimonio de los estrechos vínculos profesionales que nos unieron en otros tiempos.

Recuerdo que, seguidamente, pasó a relatarme, en términos generales, cosas de su marido, que debería jubilarse con cierta antelación por motivos de salud, y de su hija, que ya es una mujer casada y en otoño espera un hijo. Además, miss Kenton me dio la dirección de su hija en Dorset y debo decir que me sentí halagado por la insistencia con que me pidió que le hiciera una visita durante mi viaje de vuelta. Y a pesar de explicarle que era bastante improbable que pasase por esa parte de Dorset, miss Kenton me animaba diciéndome:

—Catherine me ha oído hablar de usted tantas veces, mister Stevens. Le aseguro que estará encantada de conocerle.

Por mi parte, intenté describirle del mejor modo posible el Darlington Hall de ahora. Me esforcé por darle una idea de lo buen patrón que era mister Farraday, y le expliqué los cambios que había habido en la casa, las modificaciones, las habitaciones que habíamos cerrado y la nueva ordenación

del personal. Creo que miss Kenton se mostró especialmente interesada cuando empecé a hablarle de la casa y, acto seguido, rememoramos juntos historias pasadas, riéndonos a ratos de algunas de ellas.

Recuerdo que a lord Darlington sólo le mencionamos una vez. Acabábamos de comentar divertidos una anécdota sobre mister Cardinal hijo, y no tuve más remedio por tanto que hacerle partícipe de que éste había muerto en Bélgica, durante la guerra.

—El señor le tenía en gran estima y, naturalmente, la noticia fue un golpe muy duro —le dije.

Dado que no quería malograr nuestra agradable reunión con historias tristes, cambié de tema casi inmediatamente. Sin embargo, como me temía, miss Kenton había seguido por la prensa el fracaso con que había culminado el proceso por libelo difamatorio, y aprovechó el momento para sondearme un poco al respecto. Según recuerdo, intenté resistirme a entrar en este terreno, pero finalmente le dije:

—Verá, mistress Benn, durante la guerra se dijeron cosas muy duras sobre mi señor, sobre todo en las columnas de ese periódico en concreto, y mientras el país estuvo en peligro, él encajó todo aquello. Pero una vez que terminó la guerra, como vio que las insinuaciones no cesaban, mi señor consideró que no debía seguir sufriendo en silencio. Es verdad que ahora nos parece evidente lo peligroso que era entonces llevar ante los tribunales un asunto semejante, sobre todo teniendo en cuenta el ambiente de la época. Pero ya ve, mi señor pensó sinceramente que le harían justicia. Como era de prever, lo único que consiguió es que la tirada del periódico aumentara, y el buen nombre de mi señor quedó manchado para siempre. Mistress Benn, le aseguro que después de aquello, el señor siguió viviendo, prácticamente, como un enfermo. La casa enmudeció. Le llevaba el té al salón y... De verdad, era horrible.

—Lo lamento, mister Stevens, pero no sabía nada de eso.

—Sí, mistress Benn. Pero será mejor dejarlo. Sé que el Darlington Hall que usted recuerda es el de la época en que tenían lugar grandes acontecimientos, y la casa siempre estaba llena de personajes importantes. Y así es como debemos recordar al señor.

Como he dicho, ése fue el único momento en que mencionamos a lord Darlington. En general, rememoramos anécdotas divertidas, y las dos horas que pasamos juntos en el salón de té fueron verdaderamente muy gratas. Me parece recordar que durante el transcurso de nuestra conversación llegaron

otros clientes, que se instalaban y después se iban al cabo de un rato, pero no nos distrajerón en absoluto. De hecho, cuando miss Kenton miró el reloj de péndulo que había en la repisa de la chimenea y me anunció que ya era hora de marcharse, costaba creer que ya habían transcurrido dos horas. Al decirme que aún tenía que andar bajo la lluvia un buen trecho, hasta la parada de autobús situada a la salida del pueblo, me ofrecí a llevarla en el coche, y, después de pedir un paraguas en la recepción, salimos juntos del hotel.

Alrededor del coche se habían formado grandes charcos en el suelo, de modo que tuve que ayudar a miss Kenton a instalarse en su asiento. Enseguida llegamos a la calle mayor del pueblo, después se acabaron los comercios y de pronto nos encontramos en pleno campo. Miss Kenton, que hasta entonces se había limitado a contemplar el paisaje en silencio, se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Me puede explicar de qué se ríe?

—¡Oh, discúlpeme! Es que recordaba algunas cosas que decía usted en su carta. Me sentí un poco preocupado al leerlas, pero ahora veo que, en realidad, no había motivo.

—¿Y qué cosas eran ésas, mister Stevens?

—Nada en particular.

—Vamos, mister Stevens, debe usted decírmelas.

—Por ejemplo —dije riéndome—, hay un párrafo en su carta en que dice usted..., a ver si me acuerdo, «sólo veo el resto de mis días como un gran vacío que se extiende ante mí», o algo por el estilo.

—¿De verdad? —me dijo también riéndose—. Me parece imposible haber escrito algo semejante.

—No le miento, mistress Benn. Me acuerdo muy bien.

—En fin, es posible que algunos días me sienta así, pero se me pasa pronto. Le aseguro que *no* veo el resto de mis días como un gran vacío. Para empezar, le diré que voy a ser abuela. Y quizá sólo sea el primer nieto.

—Pues sí. Será fantástico para ustedes.

Durante unos instantes guardamos silencio y, al cabo de un rato, dijo miss Kenton:

—¿Y qué me dice de usted, mister Stevens? ¿Qué le deparará el futuro cuando vuelva a Darlington Hall?

—No sé qué me deparará, pero en cualquier caso, no serán días vacíos. Ojalá. No, no, me espera mucho, muchísimo trabajo.

Al decir esto, los dos soltamos una fuerte carcajada y, acto seguido, miss

Kenton señaló una marquesina que se veía un poco más a lo lejos, en la carretera, y, mientras nos acercábamos, dijo:

—¿Quiere usted esperar conmigo? El autobús no tardará.

Cuando bajamos del coche para dirigirnos a la marquesina, seguía lloviendo de forma persistente. La marquesina, de piedra y con un techo de tejas, tenía una apariencia muy sólida, y debía de serlo, situada como estaba en pleno campo, en medio de una gran llanura. El interior estaba muy limpio. Sólo había algunos desconchados en la pintura. Miss Kenton se sentó en el banco, y yo seguí de pie para poder ver el autobús cuando llegara. En el arcén de enfrente no había más que campos atravesados por una larga hilera de postes telegráficos, al final de los cuales la vista se perdía.

Después de unos minutos de silencio, me decidí por fin a decir:

—Discúlpeme, mistress Benn, pero quizá pase mucho tiempo hasta que volvamos a vernos y me gustaría preguntarle algo bastante personal, si no le importa. Es algo que me ha tenido muy preocupado últimamente.

—Por supuesto, mister Stevens. Después de todo, somos buenos amigos, ¿no?

—Sí, claro, como usted dice, somos buenos amigos. Sólo quería preguntarle..., pero no me conteste si no quiere. El caso es que... las cartas que me ha enviado usted durante todos estos años, y especialmente la última, daban a entender más o menos que se encontraba usted..., no sé cómo decirlo, que se sentía usted desgraciada. Y me preguntaba si..., no sé, de algún modo, no recibía usted un buen trato, en general me refiero. Discúlpeme, pero, como le he dicho, es algo que me ha tenido preocupado. Me sentiría verdaderamente como un idiota si, después de haber hecho tantos kilómetros y habernos visto, me despidiera de usted sin, al menos, habérselo preguntado.

—Vamos, mister Stevens, no debe usted sentirse violento. Somos amigos, ¿no? Aunque me conmueve, de verdad, que se haya usted preocupado tanto. Ahora bien, puede estar tranquilo a ese respecto. No, no recibo ningún trato indebido. Mi marido no es una persona cruel, ni de mal carácter.

—Le aseguro que me quita un peso de encima.

Avancé unos pasos, bajo la lluvia, por si el autobús venía.

—No le veo muy convencido, mister Stevens. ¿Es que no me cree?

—No, no. No es eso, mistress Ben, no es eso. Es sólo que, a pesar de todo, el caso es que me ha parecido que no era usted feliz durante estos años.

Quiero decir, y discúlpeme, que en varias ocasiones ha dejado usted a su marido, y si dice que no la maltrata, no entiendo cuál puede ser la causa de su desdicha.

Volví a avanzar unos pasos, bajo la lluvia, y, a mis espaldas, oí a miss Kenton que decía:

—No sé cómo explicárselo, mister Stevens. Ni yo misma sé por qué hago esas cosas. Pero sí, es verdad que le he abandonado tres veces. —Se quedó callada unos instantes, y yo volví a mirar en dirección a los campos que poblaban el otro lado de la carretera. Después añadió—: Mister Stevens, supongo que lo que quiere saber es si amo o no a mi marido.

—¡Oh, no, mistress Benn! ¡Cómo podría atreverme a...!

—Sí, le responderé. Como acaba de decir, es posible que pasen muchos años hasta que volvamos a vernos. Si, amo a mi marido. Al principio, y durante algún tiempo, no fue así. Cuando me fui de Darlington Hall, me costaba hacerme a la idea de que realmente me había ido. Pero de esto hace ya muchos años. Más bien tenía la impresión de que era una treta más para fastidiarle a usted. Me costaba creer que me hallaba de pronto aquí, y que era una mujer casada. Y durante mucho tiempo, sí, durante mucho tiempo, fui muy desgraciada. Pero entonces pasaron los años, llegó la guerra, mi hija Catherine creció, y un día me di cuenta de que quería a mi marido. Después de tanto tiempo con una persona, uno se acostumbra. Es un hombre bueno y tranquilo, y sí, mister Stevens, he aprendido a amarle.

Tras quedarse un instante callada, prosiguió:

—Claro, eso no impide que haya momentos, momentos muy tristes, en que me digo: «¿Qué he hecho con mi vida?», y pienso que habría sido preferible seguir otro camino, que tal vez me hubiese dado una vida mejor. Por ejemplo, pienso en la vida que podría haber llevado con usted, mister Stevens. Y supongo que es en esos momentos cuando me enfado por cualquier cosa y me voy. Pero cuando hago eso, no pasa mucho tiempo hasta que me digo que mi sitio está aquí, junto a mi marido. Después de todo, no se puede hacer retroceder el tiempo. No se puede estar siempre pensando en lo que habría podido ser. Hay que pensar que la vida que uno lleva es tan satisfactoria, o incluso más, que la de los otros, y estar agradecido.

Creo que no respondí inmediatamente. No me resultó fácil digerir aquellas palabras. Además, como supondrán ustedes, suscitaron en mí cierta amargura. En realidad, ¿por qué no admitirlo?, sentí que se me partía el corazón. Sin embargo, poco después, me volví hacia ella y le dije:

—Tiene usted toda la razón, mistress Benn. Ya es demasiado tarde para hacer retroceder el tiempo. Además, no viviría tranquilo si por culpa de estas ideas usted y su marido fuesen desgraciados. Como muy bien ha observado, todos debemos dar gracias por lo que *de verdad* tenemos. Y por lo que me ha estado diciendo, tiene usted motivos para estar satisfecha. Me atrevería incluso a anticiparle que, ahora que mister Benn va a jubilarse, que van ustedes a tener nietos, se les avecinan años muy felices. No debe dejar que esas ideas tan absurdas se interpongan entre usted y la felicidad que merece.

—Lo sé, mister Stevens, tiene toda la razón. Es usted tan bueno.

—¡Ah!, creo que ya viene el autobús.

Me bajé a la calzada e hice una señal. Miss Kenton, mientras tanto, se puso en pie y se acercó al borde de la marquesina. Cuando se paró el autobús, me volví hacia ella y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. Sonreí y le dije:

—Cuídense mucho, mistress Benn. Dicen que con la jubilación empiezan los años más felices de una pareja. Debe hacer lo posible para que así sea, en bien de usted y de su marido. Quizá no nos volvamos a ver nunca, por eso le pido que tenga muY en cuenta lo que le digo.

—Lo haré, mister Stevens. Gracias. Y gracias también por haberme acompañado. Ha sido muy amable. Ha sido muy agradable volver a verle.

—Ha sido un placer volver a verla, mistress Benn.

Acaban de encender las luces de la escollera y, detrás de mí, todo el mundo que pasaba ha recibido el acontecimiento con una fuerte ovación. La tarde sigue llena de luz, una pálida luz roja que ilumina el cielo; sin embargo, se diría que toda esta gente que ha empezado a congregarse en el paseo desde hace media hora está deseando que caiga la noche. Supongo que esto corrobora la observación que me ha hecho un hombre que había sentado aquí, a mi lado, hasta hace un momento, y con el que he tenido una curiosa conversación. Me decía que mucha gente prefiere la noche al día, y que son las horas que con más impaciencia esperan. Como he dicho, debe de haber algo de verdad en esta afirmación. De otro modo, no entiendo por qué iba a alegrarse tanto esta gente, cuando lo único que han visto es encenderse las luces de la escollera.

No cabe duda de que el hombre hablaba en sentido figurado. No obstante, ha sido interesante comprobar que sus palabras se han confirmado literalmente. Supongo que ya haría varios minutos que estaba sentado junto a mí, en este mismo banco, sin que yo me hubiese percatado, ya que he estado

totalmente absorto rememorando el encuentro de hace dos días con miss Kenton. En realidad, creo que sólo reparé en su presencia cuando le oí decir en voz alta:

—El aire del mar es muy sano.

Y al levantar la mirada me encontré a un hombre corpulento de unos sesenta años, que llevaba una chaqueta de lana bastante gastada y el cuello de la camisa abierto. Tenía su mirada puesta en el mar, seguramente en algún grupo de gaviotas que había a lo lejos, de modo que no supe con certeza si se dirigía a mí. Pero como ninguna otra persona respondía, y cerca no había nadie que pudiese contestar, al final dije:

—Sí, es cierto.

—Mi médico me ha dicho que es muy bueno, por eso vengo cada vez que el tiempo acompaña.

El hombre prosiguió explicándome las dolencias que padecía, desviando su mirada de la puesta de sol sólo de vez en cuando, para mirarme sonriendo o asentir con la cabeza. Pero empecé a prestarle verdaderamente atención cuando mencionó de pasada que había sido mayordomo de una casa de aquel vecindario, y que hacía tres años que se había jubilado. Al seguir hablando, me enteré de que se trataba de una casa bastante pequeña, y de que él había sido el único empleado a jornada completa. Al preguntarle si alguna vez había trabajado con todo un servicio a su cargo, antes de la guerra quizá, respondió:

—Antes de la guerra no era más que ayuda de cámara. Por *aquella* época no habría tenido los conocimientos necesarios para ser un mayordomo. No se imagina usted el trabajo que daba entonces llevar una mansión de esas.

En aquel momento, consideré apropiado revelarle mi identidad y, aunque no estaba seguro de que el nombre de Darlington Hall le resultara conocido, mi interlocutor pareció favorablemente sorprendido.

—¡Y yo intentando darle explicaciones! —dijo riéndose—. Menos mal que me lo ha dicho. Si no, imagínese qué ridículo. Esto demuestra que uno nunca sabe con quién está hablando cuando conoce a un extraño. Tendría un importante servicio a su cargo. Antes de la guerra, quiero decir.

Era un individuo simpático y me pareció que realmente se interesaba por el tema. Confieso que pasé un buen rato hablando del Darlington Hall de antes. Me esforcé, sobre todo, por informarle de algunos de los «conocimientos técnicos» —por emplear su lenguaje— que eran imprescindibles cuando organizábamos aquellas grandes celebraciones que

solía haber entonces. De hecho, creo que le revelé incluso algunos de los «secretos» profesionales con que obtenía del personal a mi cargo ese brote de energía indispensable, así como algunas «habilidades», similares a las de un mago, gracias a las cuales podía conseguirse que un objeto apareciese en el instante justo y en el lugar preciso, sin que los invitados reparasen en ningún momento en las importantes y complejas maniobras que habían precedido a la operación. Como he dicho, mi interlocutor parecía realmente interesado, pero al cabo de un rato tuve la impresión de que ya había hablado demasiado y concluí diciendo:

—Por supuesto, actualmente todo ha cambiado. Mi patrón de ahora es norteamericano.

—¿Norteamericano? Claro, son los únicos que pueden permitirse todavía esos lujos. O sea que usted iba incluido en la casa. Como si fuese parte del lote —me dijo haciendo una mueca.

—Sí —asentí sonriendo—. Como bien dice, soy parte del lote.

El hombre volvió su mirada hacia el mar, respiró hondo y suspiró satisfecho. Y allí seguimos sentados en el mismo banco durante un buen rato.

—La verdad es que —dije pasado un tiempo— todo mi talento se lo entregué a lord Darlington. Le di lo mejor de mí, y ahora, me doy cuenta de que ya no me queda mucho que ofrecer.

El hombre permaneció callado pero, como asintió con la cabeza, proseguí:

—Desde la llegada de mister Farraday, mi nuevo patrón, he procurado por todos los medios ofrecerle el servicio que me gustaría que recibiera. Le aseguro que he hecho lo imposible, pero a pesar de todos mis esfuerzos siempre me quedo con la impresión de que no llego al nivel que podía ofrecer antes. En el trabajo cada vez cometo más errores. Errores insignificantes, sí, pero errores que nunca había cometido antes, y sé lo que eso significa. Y lo intento, ¡Dios mío, vaya si lo intento!, pero nada, todo esfuerzo por superarme es inútil. Todo mi talento se lo llevó lord Darlington.

—Vamos, hombre, ¿quiere un pañuelo? Mire, lo llevo encima. Está bastante limpio. Sólo lo he usado una vez, esta mañana. Vamos cójalo, hombre.

—¡Dios mío... No, no gracias. Me encuentro bien. Cuánto lo siento. Creo que el viaje me ha fatigado mucho. Lo siento de veras.

—Debió de estar muy unido a ese lord no sé qué. ¿Y dice que murió hace tres años? Sí, tuvo usted que estar muy unido a ese señor.



—Lord Darlington era muy buena persona. Un hombre de gran corazón. Y al menos él tuvo el privilegio de poder decir al final de su vida que se había equivocado. Fue un hombre valiente. Durante su vida siguió un camino, que resultó no ser el correcto, pero lo eligió. Y al menos eso pudo decirlo. Yo no puedo. Yo sólo *confié*. Confié en su instinto. Durante todos aquellos años en que le serví, tuve la certeza de estar haciendo algo de provecho. Pero ahora ni siquiera puedo decir que me equivoqué. Dígame, ¿cree usted que a eso puede llamársele dignidad?

—Oiga, amigo, no sé muy bien a qué se está refiriendo.

Pero si quiere que le diga lo que pienso, me parece que va por mal camino. Deje de pensar en el pasado, lo único que va a conseguir es deprimirse. De acuerdo, no puede trabajar con la misma perfección de antes, pero eso es normal, nos pasa a todos. Llega un momento en que tenemos que tirar la toalla.

Míreme a mí, desde que me jubilé estoy como unas pascuas.

Vale, ya sé que no estamos en la flor de la vida, ni usted ni yo, pero tenemos que seguir viviendo con ilusión. —Y creo que fue en ese momento cuando dijo—: Disfrute, amigo. Es mucho mejor la noche que el día. Ya ha cumplido con su trabajo. Ahora relájese y disfrute. Eso es lo que pienso. Pregunte usted a cualquiera, y verá como le aconsejan lo mismo. La noche es mucho mejor que el día.

—Estoy seguro de que tiene usted razón —le dije—. De verdad lo siento. Me he portado de forma impropia. Ha debido de ser el cansancio. Llevo mucho tiempo de viaje, ¿sabe?

Hace aproximadamente veinte minutos que se ha ido el hombre. Sin embargo, he permanecido aquí, en este banco, a esperar el acontecimiento que justo ahora acaba de tener lugar; me refiero a que acaban de iluminar las luces de la escollera. Como he dicho, la alegría con que han recibido este pequeño acontecimiento todos estos azotacalles que andan por el paseo, me parece que corrobora las palabras de mi interlocutor. Mucha gente prefiere la noche al día. Siendo así, quizá deba seguir el consejo de no pensar tanto en el pasado, y de mostrarme más optimista y de aprovechar el máximo lo que me resta del día. Después de todo, ¿qué se gana con estar mirando siempre atrás? ¿Con culparnos del hecho de que la vida no nos haya llevado por el camino que deseábamos? Por duro que parezca, la realidad para la gente como ustedes o como yo es que no tenemos más opción que dejar nuestro destino en manos de esos grandes personajes que guían el mundo y que contratan

nuestros servicios. ¿Para qué preocuparse tanto por lo que deberíamos haber hecho o dejado de hacer para dirigir el curso que tomaban nuestras vidas? Para personas como usted o como yo, la verdad es que basta con que intentemos al menos aportar nuestro granito de arena para conseguir algo noble y sincero. Y los que estamos dispuestos a sacrificar una gran parte de nuestra vida para lograr estas aspiraciones, debemos considerar el hecho en sí motivo de satisfacción y orgullo, cualquiera que sea el resultado.

Hace unos minutos, poco después de que encendieran las luces, me he vuelto para observar más de cerca a esta multitud que reía y conversaba alegremente detrás de mí. Es gente de todas las edades la que deambula por la escollera: familias con niños, parejas, gente mayor, jóvenes cogidos del brazo. A poca distancia, detrás de mí, hay un grupo de seis o siete personas que ha despertado en mí cierta curiosidad. Como es natural, al principio he pensado que era un grupo de amigos que habían salido a dar un paseo. Pero al escuchar sus conversaciones, he comprobado que no se conocían y que simplemente habían coincidido aquí, justo detrás de mí. Por lo visto, se han parado un momento al encenderse las luces, y después se han puesto a hablar entre ellos. Ahora, mientras les observo, se ríen. Resulta curioso que la gente pueda congeniar tan fácilmente y con tanta rapidez. Quizá lo único que una a estas personas sea la ilusión por la noche que les espera, aunque, francamente, me pregunto si el hecho de que estén ahora juntos no se debe más bien a su capacidad para gastarse bromas. Ahora que percibo bien lo que dicen, no oigo más que chistes. Supongo que así actúa mucha gente. Es posible que mi interlocutor, el hombre que estaba aquí sentado, esperara que mantuviésemos una conversación más divertida. Creo que si ése era el caso, le debo de haber decepcionado. Sí, creo que ya va siendo hora de que empiece a abordar en serio este asunto de las bromas. Después de todo, y pensándolo bien, no puede ser un pasatiempo tan estúpido, especialmente si resulta cierto que el gastar bromas es la clave del calor humano.

Por otra parte, también se me ocurre que el patrón que espera de un profesional que éste sea capaz de gastar bromas, tampoco le está exigiendo una tarea tan disparatada. Es cierto que ya he dedicado mucho tiempo a desarrollar mis cualidades humorísticas; sin embargo, es posible que no haya puesto todo mi empeño en la labor. Cuando mañana regrese a Darlington Hall, considerando que mister Farraday aún estará ausente otra semana, empezaré a ejercitarme de nuevo con más ánimo. Así, cuando mi patrón vuelva, espero poder darle una grata sorpresa.

This file was created  
with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org  
04/12/2010